

BIOGRAFIAS DE JESUITAS VASCO-NAVARROS

fallecidos entre

**el 13 de agosto de 1773 (extinción por Clemente XIV)
y el 7 de agosto de 1814 (restablecimiento por Pío VII)**

tomo 1º: 1773-1791

Isidro Mª Sans, S.I.

Biografías de jesuitas vasco-navarros

Mediante el Breve *Dominus ac Redemptor*, de 21 de julio de 1773, el Papa Clemente XIV, importunado por las reiteradas instancias del Embajador de España D. José Moñino, extinguió la Compañía de Jesús. La ejecución de la extinción real debía estar precedida por la intimación del Breve. La zarina Catalina II de Rusia se opuso a ella y por eso la Compañía siguió existiendo en sus Dominios. Pero los jesuitas de los Dominios hispanos de Carlos III dejaron entonces de ser legalmente jesuitas, aunque lo continuaran siendo en su corazón.

El Papa Pío VII restableció la Compañía de Jesús mediante la Bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* de 7 de agosto de 1814.

A lo largo de esos 41 años, que median entre la extinción y el restablecimiento de la Compañía, fueron muchos los ‘ex-jesuitas’ que pasaron de este mundo a la Compañía triunfante. Por ser tantos, he preferido ofrecer las biografías recopiladas de los ‘ex-jesuitas’ vasco-navarros de esa época en dos tomos: el 1º hasta fines del año 1791 y el 2º desde principios del año 1792.

Casi al final de este primer tomo se encuentran las páginas dedicadas al ilustre P. Francisco Javier Idiáquez, último Provincial de la Compañía ‘antigua’. En su honor resulta oportuno que su imagen, conservada en este Santuario de Loyola, presida este tomo.

Como los volúmenes precedentes, también éste finaliza con un índice alfabético de todos los biografiados en él.

Finalizada esta época y restablecida la Compañía, más de una veintena de supervivientes de la antigua Compañía volvieron a ingresar en ella. Volveremos a encontrarlos en próximos volúmenes, Dios mediante.

Isidro M^a Sans

ÍNDICE

P. Juan Bautista de Iriarte.....	3
H. Antonio del Castillo.....	8
P. Rafael de Elorduy.....	11
P. Francisco A. Losada Figueras.....	13
P. Juan Bautista de Mendizabal Aristoy.....	15
P. José Joaquín de Aranguren.....	17
P. Juan Ignacio de Goitia.....	19
H. Juan de Cobeaga.....	21
H. Miguel de Ibaseta.....	22
H. Sebastián de Arregui.....	24
H. José Ramón Virto.....	26
P. José Gil de Muru.....	27
P. José Joaquín de Mendizábal.....	28
P. Juan Bautista de Gaztelu.....	30
H. Domingo de Urquina.....	32
H. Juan de Ilzarbe Leoz.....	35
P. Francisco Burgés.....	37
H. Pedro Zubiate.....	38
H. José de Larumbe.....	40
H. Juan Andeyeta.....	42
P. Agustín Rodríguez.....	43
H. Manuel de Perea.....	44
P. Ignacio de Elcarte Ucar.....	46
P. Pedro de Ellacuriaga.....	51
P. Lorenzo Ignacio de Uriarte.....	52
P. Ignacio de Arizaga.....	55
P. Martín de Iriarte.....	57
P. Martín Ignacio de Benitua.....	58
H. Juan de Ziriza.....	60
H. Miguel de Santesteban.....	62
H. Francisco de Ojeda Peciña.....	64
P. Martín Ocerínjáuregui.....	66
P. Martín de Xarabeitia.....	69
P. Luis de Labastida.....	71
P. Pedro de Jaureche.....	73
P. Pedro José de Górriz.....	74
P. José Cardiel Lagunas.....	76
P. Vicente de Eleta.....	78
P. Esteban Terreros Pando.....	79
P. Juan Tomás de San Cristóbal Azcona.....	81
P. José Ramón de Antomás.....	83
H. Tomás de Azpiazu Indo.....	85
P. Sebastián Manuel de Mendiburu Olano.....	87
H. Ángel Díaz.....	91
P. Juan José Arizabalo.....	93
H. Domingo de Ibaseta.....	95
P. Vicente de Yraola.....	97
P. José Urbiola.....	100
E. Pedro Idiáquez.....	101
P. José de Zubimendi.....	102
P. Miguel Ignacio de Ordeñana.....	104

P. Buenaventura San Vicente	108
H. Pedro José de Goyri.....	109
H. Andrés Martínez	110
P. Agustín de la Mata	112
P. Pedro de Azanza.....	114
H. Juan Francisco García Burunda.....	115
H. Matías Pejenaute.....	116
P. Juan Hermenegildo de Aguirre	117
P. Domingo de Lezana	119
H. José de Goitia Arangoena.....	121
P. Juan Francisco de Elorriaga	124
H. Francisco de Alberdi	126
H. Pedro de Leoz.....	128
H. José Zumbil	129
P. José de la Torre	131
P. Jerónimo Palacios	133
P. Nicolás de Zubiaur	135
P. José de Bustinzuría.....	137
P. Pedro de Sarachaga	139
H. Joaquín de Cía	141
H. Francisco José Hernández	142
H. Martín de Ozcáriz.....	144
H. José de Mugarza	146
H. Fermín de Ciganda	148
P. Atanasio de Ezterripa Zuazu	150
P. Román Arto.....	153
H. José de Burgaña.....	154
P. Pedro Juan de Zabala Madariaga	156
P. Francisco Javier Torrano Abaigar.....	158
P. Ramón M ^a Ormaza.....	160
P. Joaquín Ignacio de Iturri Otalora	163
H. Martín José Lanz	172
P. Martín Romero.....	173
H. Juan de Iturrioz.....	174
H. José Tomás Alonso.....	176
P. Antonio Eusebio de Samaniego	178
H. Manuel de Barchaguren.....	180
H. Felipe de Osés	182
H. José Antonio de Ocerín	184
P. Francisco Javier Idiáquez.....	186
P. Martín de Láriz.....	197
P. Antonio de Antomás	199
H. Juan Francisco de Maquiariain	201
H. Domingo de Ugarte	204

P. Juan Bautista de Iriarte

- n. 29.07.1724, Anzuola
- i. 07.07.1738, Vergara
- o. 10.09.1747, Salamanca
- g. 15.08.1757, ¿Bilbao?
- + 08.10.1773, Bolonia

Anzuola es una villa guipuzcoana que resultó buen semillero de vocaciones durante el último siglo de la antigua Compañía: entre 1681 y 1755 pueden contabilizarse unos 14 ingresos en el Noviciado de Villagarcía. Su cercanía a Vergara hace muy verosímil la conjetura de que fueron bastantes los que sintieron el atractivo de la vocación en las aulas de aquel Colegio jesuítico. Juan Bautista de Iriarte nació en Anzuola el 29 de julio de 1724 y en Vergara solicitó el ingreso en la Compañía cuando aún no había cumplido sus 14 años de edad. Bien es verdad que, dada su complexión robusta, es posible que aparentara una edad algo mayor. Con todo, el P. Maestro Diego de Tovar le hizo aguardar casi un mes, hasta el 23 de agosto, para ingresar en Villagarcía de Campos. Inició, pues, su vida jesuítica con el Noviciado (1738-40) y coronado éste con los votos del bienio paso inmediatamente al Colegio de Medina del Campo para cursar el trienio filosófico: Lógica, Física, Metafísica (1740-43). Sin interrupción fue destinado al Real Colegio de Salamanca para estudiar la Teología (1743-47), aunque, dada su edad, no se ordenó sacerdote, como sus compañeros, tras finalizar el tercer curso: él y su connovicio José Petisco debieron esperar hasta que, concluido su cuarto curso de Teología, fueron ordenados presbíteros el 10 de setiembre de 1747 por Msr. José Sancho Granados, Obispo de Salamanca. Ambos hicieron a continuación su Tercera Probación en el Colegio vallisoletano de San Ignacio bajo la dirección del Instructor P. Antonio Villafañe (1747-48).

Concluido así el período de su formación jesuítica, el P. Juan Bautista Iriarte es destinado al Colegio de Segovia como Profesor de Gramática (1748-50). Y pronto pasará al Colegio-Noviciado de Villagarcía para ejercer como maestro de Seminario y luego profesor de Retórica (1750-54). Se ve que ya había comenzado a ganarse la fama subrayada por el P. Luengo tras su fallecimiento: “Era un hombre propiamente erudito e instruido en lenguas, humanidad, bellas letras e historia y buen poeta latino... Estaba adornado de un tino y de una crítica tan singular para hacer juicio acertado de las obras y escritos, especialmente en lengua española y latina, que no he conocido otro que le igualase en esto”. Pero valía también para otros muchos menesteres. Así que, sustituido en Villagarcía por su connovicio el P. José Petisco, el P. Iriarte pasó al Colegio de Bilbao primero como Profesor de Lógica y prefecto de salud (1754-55) y luego como Ministro (1755-57). Más tarde lo encontraremos como Profesor de Física en el Colegio de Segovia (1758-59), como Ministro en el Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1760-61), como Superior en la pequeña Residencia de Azcoitia, como Rector del Colegio de Vergara, del que tomó posesión el 1º de julio de 1766 probablemente sin figurarse que no iba a cumplir allí ni siquiera un año.

En Vergara le sorprendió el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción a aquella Comunidad de siete jesuitas. Según el P. Luengo, “al tiempo que fuimos desterrados de España era Superior y juntamente procurador en la residencia de Azcoitia, y así siguió la suerte de los procuradores, viniendo más tarde a Córcega, estableciéndose en Ajaccio y no uniéndose a la Provincia hasta Génova”. Reunido de nuevo con sus antiguos compañeros de Provincia, el P. Iriarte reanudó su odisea del exilio desde Sestri Levante el 25 de octubre de 1768. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia,

Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Luego lograron entrar en la misma ciudad. A una casa cercana al Colegio italiano de Santa Lucía se trasladaron “unos 15 o 16 y es superior el P. Juan Bautista Iriarte. No es propiamente más que media casa que han desocupado los dueños de ella, retirándose a vivir en la otra mitad. La habitación es bastante buena, pero es muy poca; y así están bien estrechos y con la grande incomodidad de tener dentro de la misma puerta aquellos seculares (*Luengo*). Allí residía también el famoso P. José Francisco de Isla. “Entre 9 y 10 de la noche” del 8 de julio de 1773 “llamó a la puerta de la casa, de que es Rector el P. Juan Bautista Iriarte, una gran ronda de esbirros”, registraron la habitación del P. Isla y se lo llevaron preso, “quedando todos los Padres de la casa con el sentimiento y pesadumbre que se deja entender”.

Tres meses después de ese acontecimiento, el 8 de octubre de 1773, fallecía el P. Juan Bautista de Iriarte. En este intervalo había acaecido la extinción de la Compañía de Jesús por el Papa Clemente XIV. Al tantas veces citado P. Luengo le debemos esta narración y comentario a modo de Necrología:

El día 8 por la noche murió en esta ciudad de Bolonia el Padre o señor D. Juan Bautista Iriarte, y es el primero que muere en nuestra Provincia en el nuevo estado de sacerdotes seculares después de la extinción de la Compañía. Y no ha sido en la realidad poco que en estos dos meses que han pasado después de este trágico y dolorosísimo suceso, y más habiendo hecho generalmente en todos una impresión tan extraordinaria como se pintó en otra parte sin ponderación alguna, no hayan muerto unos 20 o 30. Es bien verosímil que la causa de la muerte de este apreciable sujeto haya sido la misma extinción, de la cual le oí hablar yo mismo pocos días antes que le asaltase el violento accidente que le ha arrebatado con tal peso, gravedad, fuerza y energía, presentando en su verdadero semblante sus causas el hecho mismo y sus terribles y espantosas consecuencias, que demasiado se conocía que estaba penetrado de pena, de aflicción y de congoja.

Al tiempo que fuimos desterrados de España era Superior y juntamente procurador en la residencia de Azcoitia, y así siguió la suerte de los procuradores, viniendo más tarde a Córcega, estableciéndose en Ajaccio y no uniéndose a la Provincia hasta Génova. Al tiempo de la extinción era Rector en esta ciudad y puntualmente en la misma casa en que ha muerto, estando aún reunido en ella con muchos de los que fueron sus súbditos. Era un hombre propiamente erudito e instruido en lenguas, humanidad, bellas letras e historia y buen poeta latino. No dejaba por eso de estar bien informado de las ciencias serias, graves y sagradas, y sobre todo estaba adornado de un tino y de una crítica tan singular para hacer juicio acertado de las obras y escritos, especialmente en lengua española y latina, que no he conocido otro que le igualase en esto. Tenía un juicio muy asentado, un proceder y conducta seria y grave, un corazón muy honrado y generoso, y, lo que más importa, mucha piedad y virtud sólida. Esto nos hace esperar que, aunque murió algo arrebatadamente y sin haber recibido el Santo Viático, y aunque salió de este mundo despojado de la ropa, no se desdeñará San Ignacio de recibirse entre sus Hijos y que será incorporado en la Compañía de Jesús triunfante en el cielo, en donde no tienen autoridad ninguna ni pragmática de reyes ni Breves de Papas como el de Clemente XIV de la extinción de la Compañía. Ayer al anochecer, según aquí se acostumbra, fue llevado a la parroquia de Santa Margarita, acompañado, como antes de la extinción, de muchos de los que fueron sus Hermanos; y hoy se le ha hecho el oficio del mismo modo que cuando éramos jesuitas, asistiendo muchos así a decir misa toda la mañana, como a la misa cantada al fin de ella. Aún estaba en buena edad, pues no llegaba a 50 años. Era natural de Anzuola, en Guipuzcoa y del obispado de Calahorra.

H. Antonio del Castillo

n. 08.09.1702, Durango
i. 25.08.1725, Córdoba de Tucumán
g. 02.02.1735,
+ 18.04.1774, Faenza

A comienzos del siglo XVIII nació nuestro Antonio en la antigua Tabira, ahora Durango, del Señorío de Bizkaia, de honestos padres y en el seno de una familia de gran raigambre cristiana y en su pueblo natal aprendió los primeros rudimentos de las letras humanas y sobre todo a escribir muy elegantemente, cosa que le serviría más adelante y muy bien para su modo de llevar las cosas y los negocios que le encomendaron, y también sobresalió en el estudio de las matemáticas y en el arte de hacer números. Esta su disposición literaria le pudo mover y ser acicate para probar fortuna en el Nuevo Mundo, como era costumbre de muchos de sus contemporáneos y con ese propósito cruzó el charco. Arribó a Buenos Aires, en el Río de la Plata, cuando contaba unos 22 años de edad (¿1724?); pero no se quedó en aquella ciudad que fundara el basko orduñés Juan de Garay, al principio de la Colonia, hacía ya casi dos siglos, sino que continuó su viaje hasta las minas de Potosí, Perú, lugar muy apetecido por todos los buscadores de plata y riquezas y bienestar material y fácil. En Buenos Aires se quedaría por algún tiempo un compañero de viaje y también más tarde, como él, Hermano Coadjutor, Juan Amilaga, hijo de Orozko, en el Noviciado de Córdoba. Llegado a Potosí y pasadas las primeras impresiones de aquel tumultuoso tráfico de plata y de esclavos, en que vivían envueltos sus habitantes, pronto las riquezas y comodidades que procuraban la plata, le pusieron en gran aprieto moral; pero la divina Sapiencia, que velaba por nuestro Castillo, le sacó de aquel error y mal camino. Aquella sentencia bíblica “Conmigo están las riquezas y la gloria” hizo mella en el piadoso adolescente y juvenil Castillo. Y meditando aquellas sapienciales palabras le nació el deseo de despreciar lo terreno y buscar lo que no perece.

Y con semejantes sentimientos se determinó por ingresar en la Compañía de Jesús y desde Potosí se encaminó a Córdoba del Tucumán, al Noviciado de los jesuitas, donde vistió la sotana religiosa en enero de 1725, a los 23 años de edad. En el Noviciado todos le estimaban por sus dotes mentales de que estaba revestido, aunque lo ocultara su mucha humildad. Hechos los votos del bienio en agosto de 1727 en calidad de Hermano Coadjutor, fue destinado como *Ludimagister*. Las niñerías pueriles las supo llevar con gran paciencia. Les explicaba la doctrina cristiana y les exhortaba al sacramento de la penitencia cada mes y además a recibir la sagrada Eucaristía con alguna frecuencia. Se ingeniaba de mil modos para hacerlos asistir a misa todos los días. Una enseñanza así y sobre todo su comportamiento con sus alumnos logró que varios de entre ellos abrazaran el estado clerical y religioso. Años más tarde fue encargado de la teneduría material de los colegios y fue designado Procurador a todos los efectos en el Colegio de Córdoba, que era el mayor de la Provincia, y donde vivió hasta la expulsión de 1768.

Para mejor entender su difícil y comprometedor oficio es necesario conocer un poco el ambiente social de aquella época en aquellas regiones americanas. En aquel entonces, comienzos del siglo XVIII y más adelante, no solamente los seculares, sacerdotes y laicos, sino las mismas comunidades religiosas tenían negros a su servicio (algunos les llamarían *esclavos*) y la Compañía de Jesús, no podía menos, se había ajustado aquella norma social y proceder que usaba aquella sociedad colonial, en la que vivía inmersa; pero, a Dios gracias, se guardó muy bien de convertir aquella costumbre en lucro o ganancia de riquezas.

Aquellas pobres gentes de color eran seres humanos, sí, pero indolentes y perezosos por naturaleza: cien de ellos apenas hacía el trabajo de 10 europeos. Además existía la creencia de que formaban parte de los bienes de la Iglesia (con mayúscula), o de la religión

(sociedad religiosa): una especie como de patrimonio, que no era fácil de enajenar. De ahí la prohibición de echarlos o enajenarlos sin un permiso previo de la autoridad eclesiástica o civil. Como consecuencia de ese criterio sucedía que se multiplicaba más de lo justo y necesario todo aquel mundo servil. En fin, que se hacía necesidad el tener que proveer de todo a las mujeres, los ancianos, los enfermos, los niños, de suerte que ante aquella multitud de esclavos el H. Castillo, en su procuraduría del Colegio de Córdoba se veía forzado a alquilar obreros libres para cultivar las tierras y, con el fin de sostener las casas, los Superiores tenían necesidad de echar mano de las limosnas de los fieles.

En medio de tan grandes preocupaciones nuestro H. Castillo se entregó totalmente a su oficio de Marta, dando muestras de humildad y de señorío de sí mismo, afable con todos y fiel a sus ejercicios de piedad. Habría que decir de los esclavos y siervos lo que un filósofo dijo de las mujeres: “Es un mal necesario”. En la Provincia del Paraguay, a la que pertenecía Córdoba, corría este dicho: ‘mal con ellos y peor sin ellos’, es decir mal si los tienes, pues te son causa de muchos perjuicios; y peor sino los tienes, pues o careces de su servicio o, si sólo tienes mercenarios, te cuestan el ojo de la cara. En ese tira y afloja se encontró por bastante tiempo nuestro H. Castillo. Grandes haciendas, pero poco fruto, habría que decir de muchas de que aquellas estancias americanas. Por lo demás, la virtud príncipe del H. Castillo era la inalterabilidad de ánimo y su ecuanimidad admirable. Ciertamente era hombre humilde, modesto, amante de la pobreza y del silencio y de la mortificación. Totalmente entregado a las cosas espirituales y ávido de trabajo: *ora et labora*. Pero si se mira más en los entresijos de su alma, nada movía tanto como aquella su mente tranquila y serena en cualquier circunstancia y acción; y que un anciano, que había conocido pasar por el Colegio de Córdoba a muchos otros Procuradores afirmaba del H. Castillo que ninguno había habido tan pacato y ecuaníme.

El Colegio de Córdoba, al ser de la categoría de Máximo, tenía una comunidad respetable en aquel entonces y que rondaba los 100 sujetos, de donde se deduce la cantidad de cosas de que había que proveer a tantas personas y el redactar las cuentas de entradas y salidas, etc. A pesar de todo, si se acudía a él o se le saludaba, siempre mostraba la misma tranquilidad de ánimo y de rostro y de palabras, como si ninguna otra cosa tuviera que hacer, de suerte que se creyese que gozaba de tiempo libre para las demás. Y esta tranquilidad le brotaba de su trato con Dios.

En estas trabajos se hallaba nuestro buen H. Castillo al tiempo que llegó por aquellas tierras la noticia del decreto de *extrañamiento* de todos los jesuitas pertenecientes a la monarquía española, por tanto de todos los dominios de Carlos III. Al recibirse en Córdoba tan infausta y tristísima noticia el H. Castillo tenía 65 años de edad. Tuvo que sufrir muchas incomodidades, al igual que sus compañeros, de parte de la gestión muy severa del Alcalde para hacer cumplir el decreto real. Desde el refectorio, donde todos se habían juntado, iban subiendo a las carretas que los trasladarían hasta Buenos Aires, como primera etapa del destierro; pero el H. Castillo tuvo que quedarse para dar cuenta de todos sus libras, o mejor cuadernos de cuentas, de entradas y salidas, para dar una relación exacta de todas las temporalidades de los religiosos jesuitas cordobeses.

Cumplida su misión y encargo, también él se puso en camino a Buenas Aires y allí, junto con unos 152 religiosos jesuitas, fue llevado al barco ‘Smaragdos’, que zarpó desde el puerto de Montevideo en junio de 1768. Le sucedió, por puro percance, al anciano H. Castillo que, al subir al navío su pie dio un golpe fuerte en una tabla, lastimándose la pierna, que le siguió doliendo a lo largo de la travesía marítima de tres meses de duración. El médico, que le atendía algunos días, se quedaba estupefacto al verle en la mano con un libro espiritual, sin dar la menor importancia a la dolencia de su pie. Por fin llegó al puerto de Cádiz y su compañero en América tantos años, H. Juan Amilaga, se veía forzado a no proseguir el viaje y quedarse en un hospital del Puerto de Santa María, donde al poco de ingresar en él, fallecería santamente.

Y el H. Castillo, prosiguiendo el viaje marítimo, con los expulsos de Paraguay, llegó finalmente a la ciudad italiana de Faenza, en cuya región residirían casi todos los llegados de la parte del Cono sur de América. También a él le restaban pocos años de vida, después de su arribo, al destierro de sus dos patrias chicas: la baska, donde naciera, y la adoptada americana; pero que trató de aprovecharlos al máximo, pues continuó con su vida ordinaria de trabajo, ahora más enteramente entregada a Dios solo, con ejercicios de todas las virtudes y en medio de continuos dolores corporales. Y así es como le vino el final de su laboriosa vida mortal: era 18 del mes de abril de 1774, en la ciudad de Faenza adonde había llegado desde la lejana Córdoba del Tucumán (actual Argentina) hacía sólo unos seis años. Contaba al morir 71 años y medio de edad, 48 y 8 meses de jesuita, (un año más y hubiera celebrado las Bodas de Oro, y que ahora las fue a celebrar al cielo) y 39 de últimos votos.

J. J. Totorikagüena

P. Rafael de Elorduy

n. 26.10.1743, Bilbao
i. 05.08.1763, Bilbao
o. xx.06.1770, Bertinoro
g. 15.08.1772,
+ 12.05.1774, Castel San Pedro

Nació el 26 de octubre de 1743 en Bilbao e inició sus estudios en el Colegio jesuítico de San Andrés. Allí brotó su vocación religiosa, allí solicitó su admisión a la Compañía y allí la obtuvo el 5 de agosto de 1763, cuando aún no había cumplido sus 20 años de edad. A continuación se trasladó a Villagarcía de Campos para iniciar su Noviciado bajo la dirección del P. Julián Fonseca, Rector y Maestro de Novicios. Coronado el Noviciado con los votos del bienio (1763-65), pasó al Colegio de Medina del Campo para concluir sus estudios filosóficos. Al parecer los había ya al menos iniciado en Bilbao porque el 3 de abril de 1767, fecha en que se intimó a los jesuitas de la Provincia de Castilla la Pragmática Sanción de Carlos III, se encontraba cursando “el último año de Filosofía en Medina del Campo”. La Comunidad de Medina estaba compuesta por 36 sujetos bajo el Rectorado del P. Francisco Tejerizo.

Los desterrados fueron reuniéndose en el puerto de El Ferrol, desde donde el 24 de mayo zarparon 652 jesuitas en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavechia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). El 19 de setiembre de 1768, tras un año largo de dificultades de todo tipo, volvieron a embarcar hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri siguieron hasta el puerto de Génova. Regresaron a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia.

Es de suponer que el H. Rafael Elorduy continuara sus estudios de Teología en el Palacio Panzano, en el que se ubicó el Colegio de San Luis. En él se congregaron todos los Estudiantes Teólogos bajo el Rectorado del P. Francisco Javier Idiáquez. No había resultado fácil resolver el problema de las Órdenes “de los que entran en el cuarto año de Teología, según la costumbre de nuestra Provincia en España”: el Cardenal Arzobispo de Bolonia se negaba en redondo a ordenar a los jesuitas españoles e incluso a permitir que otro Prelado les ordenase en su Diócesis. El P. Idiáquez se entrevistó el 13 de setiembre de 1769 con el Provincial P. Ossorio para plantearle el problema. “Hallábase por casualidad en la casa de Panzano el misionero Ignacio Zubimendi, hombre activísimo, de fuego, muy robusto y acostumbrado a correr centenares de leguas por riscos y montes a caza de indios y él mismo se ofreció a ir por ese mundo adelante a caza de un Obispo que quiera ordenar a nuestros jóvenes”. El P. Zubimendi se topó con varias negativas, pero al fin “encontró un caritativo Obispo”, que accedió a su petición: Msr. Francisco M^a Colombani, Obispo de “la pequeña ciudad de Bertinoro, que está ya en la montaña”, a unas 16 a 20 leguas desde Panzano. Inmediatamente se trasladó a Bertinoro una primera tanda de ordenandos, que volvieron encantados de la acogida del Sr. Obispo “con mucho agrado y humanidad”. Así que al año siguiente volvió a Bertinoro otra tanda de 23 Teólogos; el P. Luengo hace constar que el 19 de junio de 1770 regresaron tras haber recibido las Órdenes de manos del cariñoso Msr.

Colombani, quien continuó ordenando a los aspirantes “de todas o casi todas las Provincias de España” hasta ser llamado con razón “el Obispo de los jesuitas españoles”.

El P. Rafael Elorduy pudo emitir sus Últimos Votos dos años después, el 15 de agosto de 1772 y agregarse de este modo entera y definitivamente a la Compañía de Jesús. Apenas un año más tarde el Papa Clemente XIV promulgada su Breve de extinción de la Compañía de Jesús: y el P. Elorduy dejaba de ser en consecuencia legalmente jesuita, aunque continuara siéndolo plenamente de corazón.

Y no había transcurrido otro año más cuando falleció el 12 de mayo de 1774 en Castel San Pedro, donde había sido enviado para curar de su quebrantada salud, agravada por la pesadumbre de la trágica muerte de “sus padres y los demás de la familia” en su lejana Villa de Bilbao. El P. Luengo anotó así el hecho y sus circunstancias en su famoso Diario:

“Ayer llegó aviso del lugar o Castillo de San Pedro de la muerte del sacerdote Rafael Elorduy, joven todavía, y hará un año que acabó sus estudios, habiéndole cogido el destierro de España en el último año de Filosofía en Medina del Campo. Era de buenos talentos, de juicio, de piedad y de un porte regular y observante, y tenía un genio tan amable y tan dulce, junto con un candor y sencillez tan grata que se hacía amar de todos los que le trataban; y esto, juntamente con la sensibilísima desgracia de su familia, que a él le ha llevado a la sepultura, ha sido causa de que su muerte haya sido muy sentida de todos. Hará como dos años que le llegó la noticia de que, habiéndose encendido una porción de pólvora en una bodega o subterráneo de su casa en la Villa de Bilbao, voló toda ella y quedaron sepultados en sus ruinas sus padres y los demás de la familia. A pesar de todos sus esfuerzos, ayudándole los demás para sobreponerse a una pesadumbre tan grande, fue siempre perdiendo, enflaqueciéndose y arruinándose, hasta que finalmente seco y consumido con una tísica que se le pegó, ha muerto en dicho lugar, adonde había ido poco tiempo hace para ver si la mudanza de aire le daba algún alivio. Era natural de la dicha Villa de Bilbao, en el Obispado de Calahorra, en donde nació a 24 de octubre del año de 1743.”

Isidro M^a Sans

P. Francisco A. Losada Figueras

n. 08.09.1705, Marquina
i. 17.03.1725, Valladolid
o. 06.12.1733, Valladolid
g. 15.08.1742, Bilbao
+ 23.06.1774, La Pieve

Hijo de Álvaro de Losada y Margarita de Figueras, nació el 28 de setiembre de 1705 en Marquina (Vizcaya). Y debió de trasladarse a Valladolid para estudiar en el Colegio jesuítico de San Ambrosio. Tenía 19 años cuando el 17 de marzo de 1725 fue allí admitido en la Compañía de Jesús. A continuación se trasladó a Villagarcía de Campos para hacer allí el Noviciado (1725-27) bajo la dirección del Maestro de Novicios P. Francisco de la Fuente. Coronado éste con los votos del bienio, fue enviado al Colegio de Santiago de Compostela, donde cursó el trienio filosófico: Lógica, Física, Metafísica (1727-30). Y a renglón seguido estudió la Teología en su ya conocido Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1730-34). Tras concluir su tercer año de Teología, el 6 de diciembre de 1733 fue ordenado presbítero por Msr. Julián Domínguez. Fue entonces destinado al Colegio de Oñate como Profesor de Gramática durante dos años 1734-36. Y volvió de nuevo a Valladolid para hacer su Tercera probación en el Colegio de San Ignacio bajo la dirección del Instructor P. Juan de Loyola (1736-37).

Había concluido así la etapa de su formación jesuítica. Y podía por tanto iniciar su vida propiamente activa, que iba a resultar un tanto movida y ajetreada. Su primer destino le llevó a Bilbao, al Colegio de San Andrés: allí volvió primero a enseñar Gramática (1737-39) y luego el trienio filosófico (Lógica, Física, Metafísica) al mismo tiempo que ejercía el cargo de Ministro de la Comunidad (1739-42). Al final de este período se integra más plenamente en la Compañía de Jesús mediante su Profesión solemne. Cambia a continuación la docencia por la predicación en Palencia (1742-43). Pero enseguida vuelve a la docencia, ahora como profesor de Teología, conjugándola con el cargo de Consultor en el Colegio de Oviedo (1743-47). Y a las mismas ocupaciones se dedica en el Colegio de Oñate (1747-52). Destinado al Colegio de Tudela, sus cargos quedan más detalladamente especificados: aquí explicará Teología Moral y presidirá las reuniones de Casos de conciencia, ejercerá los cargos de Padre Espiritual y de confesor de la Comunidad y de los fieles, dirigirá la Congregación Mariana (1752-56). Pasa luego al Colegio de Vitoria como Admonitor y Prefecto de Iglesia, continuando con su dedicación al confesonario (1758-59). El 9 de mayo de 1760 es nombrado Rector del Colegio de Lequeitio. Y el 13 de agosto de 1765 será nombrado Rector del Colegio de Soria. Aquí, en Soria, le sorprende la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III el 3 de abril de 1767, por la que deben salir inmediatamente hacia el exilio los 13 miembros de aquella Comunidad.

El 24 de mayo de 1767 zarparon 652 jesuitas de la Provincia de Castilla desde el puerto de El Ferrol en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). El 19 de setiembre de 1768, tras un año largo de dificultades de todo tipo, volvieron a embarcar hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri siguieron hasta el puerto de Génova. Regresaron a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”, concretamente en los alrededores de Bolonia.

Un poco al norte de la ciudad de Bolonia se había acomodado una Casa para Tercera Probación en la pequeña ciudad de Cento. Y en un lugar allí cerca llamado La Pieve se constituyó otra Comunidad de la que el P. Francisco Losada llegó a ser Superior “hasta poco antes de la extinción de la Compañía”: el P. Luengo anota en su Diario a 9 de mayo de 1773 que “en la casa de La Pieve di Cento ha dejado de ser superior el P. Francisco Losada, ya anciano y muy quebrantado de salud, y ha entrado en su lugar el P. Francisco Peña”. El P. Losada tenía ya 67 años. Y poco más de un año después, el 23 de junio de 1774, fallecería en aquella misma casa, tras haberse añadido al quebranto de su salud el dolor de haber dejado de ser legalmente jesuita por el Breve de Extinción de la Compañía de Jesús *Dominus et Redemptor*, promulgado por el Papa Clemente XIV el 21 de julio de 1773. El P. Luengo nos legó las siguientes líneas a modo de Necrología del P. Francisco A. Losada Figueras:

“Hoy se ha recibido aviso de la muerte del sacerdote Francisco Losada, que vivía en La Pieve, como a 4 o 5 leguas de esta ciudad . Al tiempo de nuestro destierro de España era Rector en el Colegio de Soria y tuvo la desgracia de que él con toda su Comunidad fuese tratado con mucho rigor e indecencia por el Corregidor o comisionado para la ejecución de la órdenes de la corte y no menos el día que se detuvieron en aquella ciudad después de la intimación del decreto que en las disposiciones para el viaje, proveyéndoles tan escasamente del carruaje necesario que se vieron obligados a dejar allá aun aquellas pocas cosas que se les permitía traer consigo. En el destierro volvió a ser Superior hasta poco antes de la extinción de la Compañía, que se retiró por estar muy quebrantado de salud. Era hombre muy natural, bondadoso, de un corazón muy sano y honrado, de buen juicio, religiosidad y de vida muy ajustada; y para hacer un digno elogio suyo, en una palabra diré que era un sujeto a quien ninguno podía querer mal y todos caso por fuerza le amaban y estimaban. Era natural de Marquina, en el Obispado de Calahorra, en donde nació a 8 de setiembre de 1705”.

Isidro M^a Sans

P. Juan Bautista de Mendizabal Aristoy

n. 27.12.1705, Marquina
i. 30.09.1721, Loyola
o. 1731, Salamanca
g. 02.02.1739, Tudela
+ 15.12.1774, Bolonia

Hijo de Juan Bautista de Mendizábal y María Josefa de Aristoy, nació en Marquina el 27 de diciembre de 1705. No había cumplido todavía 16 años cuando, siendo estudiante en el Colegio de Loyola, fue admitido en la Compañía de Jesús. A continuación se trasladó a Villagarcía de Campos para iniciar allí el Noviciado y encontró allí a otro joven exactamente dos años mayor que él, ingresado en el Noviciado algo más de un mes antes: Agustín de Cardaveraz, el que había de ser famoso apóstol del Sagrado Corazón de Jesús. Consta que el novicio Juan Bautista, finalizado su primer año, hizo sus votos de devoción el 4 de octubre de 1722, y coronó su Noviciado con los votos del bienio el 1º de octubre de 1723. En el Colegio de Santiago de Compostela estudió el trienio Filosófico: Lógica, Física, Metafísica (1724-27) y, tras un curso en el Colegio de Segovia como profesor de Gramática, se dedicó en el Real Colegio de Salamanca al estudio de la Teología (1728-32). Otro nuevo curso como profesor de Gramática en el Colegio de San Sebastián (1732-33) y corona su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Diego Tobar (1733-34).

Comienza entonces la etapa propiamente dicha de su vida activa, que va a resultar bastante variada y ajetreada, pero desde un principio encaminada, al parecer, a puestos directivos. Es destinado primeramente al Colegio de Villafranca como profesor de Gramática (1734-35), pero al año siguiente asume el oficio de Ministro al mismo tiempo que enseña Filosofía (1735-36). Pasa después al Colegio de Tudela, también como Ministro, pero cambiando la dedicación a la enseñanza por el ministerio de la predicación (1736-39); y es aquí donde emite su Profesión solemne el 2 de febrero de 1739. Pasa a continuación al Colegio vallisoletano de San Ignacio, manteniendo su misión de predicador (1739-41). Regresa al ministerio de la enseñanza como profesor de Teología en el Colegio de Oñate (1741-42) y como profesor de Teología Moral y consultor en el Colegio de Tudela (1742-43). Pero luego retoma la misión de predicador en Salamanca (1744-46). Y es destinado luego a Cádiz como *confesor de cántabros* (1746-48). De nuevo asume la enseñanza de la Teología Moral en el Colegio de Ávila (1749-50), que compagina con el oficio de consultor (1750-52).

Y en fin comienza su andadura al frente de distintas Comunidades: el 31 de octubre de 1752 es nombrado Superior de la Residencia de Zamora, el 28 de setiembre de 1756 toma posesión del Rectorado del Colegio de Villafranca, el 30 de setiembre de 1750 del Rectorado del Colegio de Ávila, a continuación del Rectorado del Colegio de Oviedo y por fin del Rectorado del Real Colegio de Loyola el 15 de octubre de 1765: allí había sido admitido en la Compañía hacía 44 años. Y desde allí había de salir año y medio más tarde hacia el exilio: las tropas de Carlos III irrumpieron en Loyola el 3 de abril de 1767 e intimaron a aquella Comunidad la Pragmática Sanción por la que la Compañía de Jesús quedaba desterrada de los dominios del Rey católico.

El P. Mendizábal marchó con su Comunidad hasta San Sebastián, donde embarcó hacia La Coruña, donde llegaron un mes después, el 2 de mayo. El 18 se trasladaron desde la Coruña hasta El Ferrol. Y el 24, fiesta de San Juan Francisco de Regis, “muy temprano, tiró cañonazo de leva, como dicen los marinos, el navío de guerra *San Genaro*, que es la Nave Capitana de toda la escuadra o convoy”, compuesta por ocho embarcaciones que llevaban 652 jesuitas. “A las 8 en punto de la mañana de este día 24 de mayo de 1767 empezamos a caminar, saliendo finalmente de España, nuestra patria, y de los dominios de Su Majestad

Católica, en cumplimiento del destierro a que se nos condena, sin saber cuándo se nos permitirá volver a verla, ni de nuestro destino otra cosa que el que nos llevan a Italia”. Casi dos meses después, el 19 de julio, eran abandonados en la ciudad de Calvi de la isla de Córcega. Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Luego comenzaron a asentarse en el interior de la ciudad. El 24 de noviembre de 1769 anota el P. Luengo en su Diario: “Hay ya de algún tiempo antes otras dos casas de la Provincia no lejos de la ciudad. Una está en una aldea llamada casa Lequio, como a una milla de la ciudad. Son en ella unos 16 medianamente acomodados y es Superior en ella el P. Juan Mendizábal”. Y el 3 de julio de 1772: “Hallándose bastante quebrantado de salud y en edad avanzada el P. Juan de Mendizábal ha dejado de ser Rector en la casa de Lequio”.

El 25 de agosto de 1773 se intimó a los jesuitas españoles de Bolonia el Breve de extinción de la Compañía de Jesús *Dominus ac Redemptor*, firmado por el Papa Clemente XIV. El P. Mendizábal, ya no legalmente pero sí cordialmente jesuita, vivió todavía un año largo. Falleció en Bolonia el 15 de diciembre de 1774. El mismo P. Luengo nos legó en su Diario estas cariñosas líneas necrológicas:

“Ayer murió en esta ciudad (Bolonia) el sacerdote Juan Bautista Mendizábal. Al tiempo que salimos de España, después de haberlo sido en otros Colegios era Rector en el magnífico y venerable de Loyola; y en el destierro prosiguió siendo Superior hasta pocos meses antes de la extinción de la Compañía, que por anciano y por falta de salud se retiró del gobierno. Todo concurría en el P. Mendizábal a hacerle un sujeto respetable, querido y amado de todos. Era hombre bien instruido en las ciencias graves, que había enseñado a su tiempo y consumado en la Teología Moral. Tenía una presencia venerable, un proceder en todo grave y serio, junto con mucho agrado y dulzura en el trato común, mucho juicio, peso y madurez en todas las cosas, y, lo que más hace al caso, gran religiosidad y virtudes muy sólidas. Esta mañana se le ha hecho el oficio al modo regular, asistiendo muchos de la Provincia a decir Misa y al Nocturno y Misa cantada en la Parroquia de San Esteban, que es de Canónigos Regulares. Era natural de Marquina, en el Obispado de Calahorra, en donde nació a 2 de octubre de 1704.”

Isidro M^a Sans

P. José Joaquín de Aranguren

n. 13.01.1712, Mondragón
i. 08.03.1740, Valladolid
o. 10.09.1747, Salamanca
g. 15.08.1757, Oñate
+ 01.01.1775, San Juan (Bolonia)

José Joaquín nació el 13 de enero de 1712 en Mondragón (Guipuzcoa). Tenía ya 28 años cuando decidió entrar en la Compañía. “En el mundo había seguido la lustrosa carrera de la milicia y había llegado a ser Capitán de Caballería”. Fue admitido en Valladolid el 8 de marzo de 1740 e inmediatamente se trasladó a Villagarcía para iniciar allí su Noviciado (1740-41). Dada su edad, fue destinado durante su segundo año de Noviciado al Colegio de Palencia y en él estudió el acostumbrado trienio filosófico: Lógica, Ética y Metafísica (1741-44). A renglón seguido pasó al Real Colegio de Salamanca para estudiar la Teología (1744-48). Tras coronar el tercer año de Teología, el 10 de setiembre de 1747 fue ordenado sacerdote por el Sr. Obispo de Salamanca Monseñor José Sancho Granados. En el Colegio vallisoletano de San Ignacio concluyó su formación jesuítica con la Tercera Probación (1748-49). Había cumplido ya 37 años.

Su vida activa se inició en el Colegio de Burgos, como profesor de la 3ª clase de Gramática (1749-52). De Burgos pasó al Colegio de Oñate: el primer año al frente de la misma 3ª clase de Gramática (1752-53), pero ampliando su actividad docente gramatical desde el siguiente curso a las clases 3ª-4ª-5ª, además de encargarse de la catequesis de los empleados (1753-55). Cambió luego este último oficio por el de Bibliotecario (1755-56). Más adelante lo encontraremos en el mismo Oñate como Ministro de la Comunidad (1758-59) y después en el Colegio de Soria como Profesor de Física (1760-61), en el Colegio de Vergara (1753-64). En fin, vuelve al Colegio de Oñate, donde enseña Teología Escolástica y ejerce además como Prefecto de Salud, Espiritual y Confesor, tanto en la Comunidad como en el templo. Se ve que valía para todo.

Por la Pragmática Sanción de Carlos III también la Comunidad de Oñate sale hacia el destierro el 3 de abril de 1767. Y el 24 de mayo de 1767 zarpan desde El Ferrol 652 jesuitas de la Provincia de Castilla. Tras dos penosos meses de navegación por el Mediterráneo fueron abandonados en Calvi, en Córcega, el 19 de julio. Un largo año más, repleto de opresiones, miserias y trabajos, que, a Dios gracias, concluyó el 19 de setiembre de 1769, día en que zarparon de Córcega hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Desembarcados el 11 de octubre en la playa del Lazareto y, tras unos días de estancia en él, se reinició la aventura el 21 de octubre, primero por mar de nuevo hasta Sestri Levante y luego ya por tierra el 25 de octubre, contando con algunas caballerías, que resultaron más bien escasas. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia, Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Para el P. Aranguren aquello suponía una vuelta al país donde como Militar había luchado en su juventud por España.

No conservamos particulares noticias detalladas sobre los cuatro años largos que aún vivió en el Estado de Bolonia. Eso sí, sabemos que por la intimación del Breve de Extinción

de la Compañía de Jesús *Dominus ac Redemptor* del Papa Clemente XIV el 25 de agosto de 1773 dejó de ser legalmente jesuita, aunque lo continuara siendo cordialmente hasta su fallecimiento, acaecido en Castel San Giovanni el 1º de enero de 1775 con “una muerte más tranquila, más santa y aún más gloriosa que la que hubiera tenido si hubiera muerto en una batalla y en el lecho, como dicen los soldados, del honor”.

El P. Luengo anota en su Diario estas breves líneas necrológicas: “Este día ha llegado aviso del lugar de San Juan de haber muerto allí el Sacerdote José Aranguren. Nunca vi en España a este Padre y aquí solamente de paso. Pero, por lo que oigo decir a otros, puedo resueltamente asegurar que era un hombre muy pacífico, humilde, muy aficionado al retiro y al silencio, y de una conducta en todo piadosa y ajustada. Entró ya grande en la Compañía, y en el mundo había seguido la lustrosa carrera de la milicia y había llegado a ser Capitán de Caballería. En esta profesión honrosa de Militar se halló en las últimas guerras en este mismo país, en que ahora ha muerto en el estado y con el traje ignominioso de desterrado por traidor al Rey y por enemigo de su patria. Pero, siendo todos estos delitos mentiras y calumnias groseras, no es extraño que haya tenido una muerte más tranquila, más santa y aún más gloriosa que la que hubiera tenido si hubiera muerto en una batalla y en el lecho, como dicen los soldados, del honor. Era natural de Mondragón, en el Obispado de Calahorra, en donde nació el 13 de enero de 1712”.

Isidro M^a Sans

P. Juan Ignacio de Goitia

n. 05.11.1737, Anzuola
i. 12.06.1755, Pamplona
o. 1765, Salamanca
g. 15.08.1771, San Giovanni (Bologna)
+ 21.03.1775, Ravena

Juan Ignacio nació el 5 de noviembre de 1737 en Anzuola (Guizpuzcoa). Al parecer, hizo sus primeros estudios en el Colegio de Pamplona. En él solicitó y obtuvo la entrada en la Compañía el 12 de junio de 1755, a sus 17 años de edad. Ingresó a continuación en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1755-57), en el que tuvo por Rector y Maestro de Novicios al que había de ser famoso Francisco Xavier Idiáquez. Coronado el Noviciado con los votos del bienio, fue destinado primero al Colegio vallisoletano de San Ignacio como profesor de Gramática (1757-58) y luego al Colegio de Oñate, en el que se encargó de las tres clases inferiores de Gramática así como de la Biblioteca (1758-59). Su salud era por entonces robusta, aunque más tarde le hiciese padecer mucho. En 1760-61 le encontramos en el Colegio de Medina del Campo con el oficio de Bedel de Filósofos y concluyendo sus estudios filosóficos con la Metafísica (quizá había ingresado en la Compañía tras haberlos iniciado en Pamplona con la Lógica). Pasó entonces al Real Colegio de Salamanca para cursar sus estudios de Teología (1761-65), y allí fue ordenado sacerdote. Su salud era ya muy endeble. Volvió al Colegio de Pamplona, donde se encargó de nuevo de la humilde 3ª clase de Gramática (1766-67).

Y en Pamplona le sorprendió el 3 de abril de 1767 la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III, por la cual hubo de salir camino del destierro. En el puerto de El Ferrol se reunieron los jesuitas de la Comunidad pamplonica con tantos otros compañeros de la Provincia jesuítica de Castilla. Y desde allí zarparon a las 8 de la mañana del 24 de mayo de 1767 los ocho navíos que transportaban a 652 jesuitas hacia los Estados Pontificios. No se les permitió desembarcar en Civitavecchia y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Tras un año largo repleto de dificultades pudieron reemprender su penosa odisea hasta llegar a asentarse en los alrededores de la ciudad de Bologna, ya en los Estados Pontificios. El P. Juan Ignacio de Goitia residía en Castel San Juan cuando el 15 de agosto de 1771, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, emitió la Profesión de cuatro votos al mismo tiempo que sus compañeros Matías Lorenzo y Juan Antonio Blanco.

Aún le quedaba sufrir el amargo trago de la extinción de la Compañía de Jesús por el Papa Clemente XIV mediante el Breve *Dominus ac Redemptor* de 21 de agosto de 1773. Por supuesto, el P. Juan Ignacio de Goitia permaneció jesuita de corazón hasta su muerte, acaecida el 21 de marzo de 1775 en la ciudad de Ravena, a la que se había trasladado un mes antes “por causa de sus males”. El P. Luengo nos legó en su famoso Diario las siguientes líneas necrológicas:

Ayer llegó aviso de la muerte en Ravena del Sacerdote Juan Ignacio Goitia, de nuestra Provincia de Castilla, que por causa de sus males hará como un mes pasó de esta ciudad a aquella. Era un joven de buenos talentos para las ciencias y a pesar de su poca salud salió en ellas muy aprovechado. Tenía mucho asiento y madurez en todas cosas. Antes y después de la extinción fue siempre su vida muy arreglada y fervorosa, y a esto le ha ayudado mucho, como también para acumular grandes méritos de paciencia y resignación cristiana el haber perdido la salud antes de acabar sus estudios, por habersele quebrantado el pecho y aun herido el pulmón a juicio de los Médicos. En este deplorable estado le cogió el destierro de la Compañía de España, y en él siguió la suerte común de todos con la pena y trabajos que se dejan entender en tantos viajes desastrosos por mar y por tierra. Después algunas temporadas lo ha pasado con algún alivio y otras muchas veces se ha visto a punto de morir, y en estas

ocasiones esperaba la muerte con una paz y serenidad que asombraba a los presentes. Habiendo, pues, aprendido tantas veces a morir con tranquilidad y sosiego, no es extraño que haya finalmente tenido una muerte piadosa, santa y pacífica. Era natural de Anzuola, en la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, en donde nació a 5 de noviembre del año de 1737.

Isidro M^a Sans

H. Juan de Cobeaga

n. 09.09.1723, Lekeitio
i. 20.06.1755, Tepotzotlán
+ 05.04.1775, Bolonia

Son muy escuetas las noticias que hay sobre la vida de nuestro Juan Cobeaga. Su venida a este mundo estuvo mecida por las olas del Mar Cantábrico en su natal arrantzale pueblo bizkaino de Lekeitio, allá por el año 1723. Tal vez asistió a las aulas de los PP. Jesuitas en el Colegio que funcionaba en dicha localidad. El dato siguiente cierto es que en junio de 1755 hacía su ingreso en el Noviciado de Tepotzotlán, en las afueras de la capital de México. Lo cual quiere decir que se hizo jesuita a los 32 años de edad, pero queda oscuro lo que pudo hacer en ese lapso de tiempo y cuándo llegó a la Nueva España. En junio de 1757, acabados sus dos años de prueba del Noviciado, fue enviado al Colegio de La Habana, Cuba, donde vivió de Administrador. Al llegar el Decreto de Extrañamiento de los jesuitas y al embarcarse para España los moradores del Colegio de La Habana, por lo visto nuestro H. Juan de Cobeaga no se encontraba allí. Una nota da la explicación y dice así: “Traído de la hacienda cuando ya los Padres del Colegio habían salido para España, fue conducido al Convento de San Francisco y encerrado como preso hasta que lo embarcaron para España. En 1768 llegó a Italia muy descaecido y le tocó la ciudad de Bolonia. No consta si hizo los Últimos Votos, pero pudo haber tenido tiempos para ello. El día 5 de abril de 1775 moría en Bolonia y fue sepultado en la Parroquia de Santa María Magdalena. Tenía 52 años de edad y casi 20 de jesuita. ¡Descanse en paz el fiel siervo de la viña del Señor!

J. J. Totorikagüena

H. Miguel de Ibaseta

- n. 19.02.1727, Berriatúa
- i. 05.09.1745, Villagarcía
- g. 15.08.1757, Lequeitio
- + 07.04.1775, San Juan (Bologna)

Miguel de Ibaseta nació en Berriatúa (Vizcaya) el 19 de febrero de 1727. A sus 18 años ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos, siendo Maestro de Novicios y Vice-Rector (Rector desde el 31 de diciembre de 1745) el P. Eugenio Colmenares. Coronado el período de Noviciado (1745-47) con los votos del bienio, inició su vida activa jesuítica que puede dividirse en tres etapas. La primera duró un quinquenio y fue un algo movida en lugares y oficios. El H. Ibaseta fue destinado al Colegio de Bilbao como cocinero (1747-49). Pasó después al Colegio de Palencia como despensero (1749-51). Y finalmente concluyó esta primera etapa en el Colegio vallisoletano de San Ignacio como Sacristán ayudante del H. Alfonso García (1751-52). Su segunda etapa resulta más asentada: a lo largo de 15 años (1752-67) reside en el relativamente pequeño Colegio de Lequeitio ejerciendo el cargo de *ludimagister* o maestro de niños. A esta actividad primordial se le añaden a veces otros oficios como el de sacristán, enfermero, despertador o visitador: hay que tener en cuenta que durante mucho tiempo no tuvo como compañero más que otro Hermano, que ejercía el oficio de cocinero. Y en Lequeitio emitió el 15 de agosto de 1757, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, sus Últimos Votos, por los que se incorporó definitivamente a la Compañía en la categoría de Coadjutor Temporal Formado.

Y en Lequeitio le sorprendió el 3 de abril de 1767 la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III, que obligaba a los seis jesuitas (4 PP. y 2 HH.) a salir camino del destierro. En el puerto de El Ferrol se fueron reuniendo hasta 652 jesuitas de la Provincia de Castilla, que en ocho naves zarparon el 24 de mayo rumbo a los Estados Pontificios. Llegados a Civitavecchia tras 21 días de navegación a través del Mediterráneo, les fue denegada la posibilidad de desembarcar y hubieron de volverse atrás. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi. Tras un año largo de dificultosa estancia en Córcega, el 19 de setiembre de 1768 pudieron reiniciar su odisea hacia los Estados Pontificios. Desde Sestri Levante, en el Golfo de Génova, hubieron de cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve, hasta llegar a Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bologna. Luego se asentaron en el interior de la ciudad. El Diario del P. Luengo no nos ofrece detalles de la vida del H. Miguel durante esos años 1768-73. Únicamente nos lega, a raíz de su fallecimiento el 7 de abril de 1775, unas breves líneas laudatorias en forma de Necrología. Como puede observarse le sigue considerando como Hermano “Coadjutor”, y “buen Coadjutor de la Compañía”: y es que continuaba siendo jesuita de corazón, aunque legalmente hubiera dejado de serlo desde el 25 de agosto de 1773 por la extinción de la Compañía decretada por el Papa Clemente XIV.

“Este día ha llegado aviso del lugar de San Juan de la muerte del Coadjutor Miguel Ibaseta. Nunca viví con este Hermano y casi no me acuerdo de haberle visto. Pero oigo decir, a los que le trataron, que era un Coadjutor de buen juicio, de porte muy arreglado y religioso, y muy aplicado al trabajo. Y es buena prenda de haber sido un buen Coadjutor de la Compañía el que después de la extinción se ha conservado en su traje modesto y humilde, no obstante que muchos de los que eran Coadjutores se han vestido más galanamente de lo que puede sufrir su pobre pensión y aun de lo que corresponde a su nacimiento, y el haber vivido unido con otros varios para huir, en cuanto se pueda, los peligros y ocasiones del mundo.

Estaba aún en buena edad, pues nació el 19 de enero de 1727, y era natural de Berriatúa, en el Obispado de Pamplona”.

Isidro M^a Sans

H. Sebastián de Arregui

- n. 19.01.1713, Oñate
- i. 12.01.1737, Villagarcía de Campos
- g. 24.02.1747, Monterrey
- + 04.05.1776, Bolonia

Sebastián de Arregui nació en la Villa de Oñate el 19 de enero de 1713. Y desde pequeño conoció a los jesuitas, que allí regentaban un Colegio desde hacía mucho tiempo. En el Catálogo elaborado por el P. Nadal en 1552 figura ya el Colegio de Oñate. Sin embargo, Sebastián tardó en decidirse por el ingreso en la Compañía. Iba a cumplir sus 24 años de edad cuando, el 12 de enero de 1737, inició su Noviciado en Villagarcía de Campos bajo la dirección del bilbaino P. Carlos Gómez, Rector y Maestro de Novicios. Coronado el Noviciado (1737-39) con los votos del bienio el 20 de enero de 1739, fue destinado al Colegio de Monterrey, donde ejerció el oficio de Boticario en sustitución del H. Saturio Romero, que fallecería poco después. Siento no saber qué hizo durante esos primeros años de su juventud: ¿entraría ya en el Noviciado con ciertas habilidades farmacéuticas? El hecho es que en Monterrey mantuvo su empleo de Boticario durante 8 cursos largos (1739-47) hasta que, tras la incorporación definitiva a la Compañía mediante la emisión de sus Últimos Votos el 24 de febrero de 1747, pasó al Colegio de Loyola como Enfermero. También se mantuvo constante a lo largo de 20 años en Loyola y en su oficio de Enfermero (al que en su última época se añadieron otros dos: hospedero y sacristán) hasta aquel fatídico 2 de abril de 1767 en que la Pragmática Sanción de Carlos III obligó a los jesuitas españoles a salir hacia el destierro.

Desde el puerto de El Ferrol 652 jesuitas de la Provincia de Castilla zarparon el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve. De Fornovo a Parma, Reggio nell'Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Luego se asentaron en el interior de la ciudad.

Presionado por las cortes borbónicas, el Papa Clemente XIV, decidió extinguir la Compañía de Jesús el 21 de agosto de 1773 mediante el Breve *Dominus ac Redemptor*. El H. Arregui se entregó entonces “más a las cosas de devoción y en atesorar mayores méritos para el cielo”. Y el 4 de mayo de 1776 falleció en el mismo Bolonia. El P. Luengo nos ha legado estos recuerdos suyos en esta especie de Necrología que plasmó en su Diario:

Antesdeayer murió en esta ciudad de Bolonia el H. Coadjutor Sebastián Arregui. Hasta que en este país viví en una misma casa con este Hermano, no le había conocido, y aquí me agradó mucho, porque era un Coadjutor aficionado al trabajo, servicial, de buen modo en el trato y de muy particular respeto para con los Sacerdotes. Y lo que más importa, era muy puntual y exacto en los ejercicios espirituales, y propiamente un hombre piadoso y muy dado a la devoción. Después de la extinción de la Compañía, sólo ha pensado en entregarse más a las cosas de devoción y en atesorar mayores méritos para el cielo. Y podemos piadosamente creer que no se le retardará mucho el premio de ellos, habiéndose preparado muy cristianamente para morir y habiendo muerto efectivamente muy conforme con la voluntad del Señor, muy piadosa y santamente. Hoy se le ha hecho el oficio con la decencia

acostumbrada en la Parroquia de San Blas, que es la Iglesia de los Agustinos Calzados, asistiendo, como otras veces, muchos de la Provincia a decir Misa toda la mañana. Era natural de la Villa de Oñate, en el Obispado de Calahorra, y pasaba ya de los 70 años de edad, pues nació a 19 de enero de 1713.

Isidro M^a Sans

H. José Ramón Virto

n. 02.02.1715, Miranda de Arga
i. 18.12.1738, Villagarcía de Campos
g. 02.02.1749, Valladolid
+ 24.05.1776, Bolonia

Nació el futuro H. José Ramón en Miranda de Arga el 2 de febrero de 1715. Tenía ya 23 años de edad cuando ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos el 18 de diciembre de 1738. Al finalizar el primer año, canónico, del Noviciado, dada su madurez, fue destinado al Colegio de Pontevedra con el oficio de cocinero, habitual entre los principiantes. En Pontevedra estuvo por dos años (1739-41) y siguió otro año (1741-42) con el mismo oficio en el Colegio vallisoletano de San Ignacio. Pasó entonces al Colegio de Segovia, donde ejerció los oficios de sacristán y enfermero. Regresó al Colegio de San Ignacio, este ve como enfermero (1744-51). Y finalmente fue destinado al Colegio de Santiago de Compostela como sacristán y enfermero (1751-67). Allí encontró al P. Luengo, con quien compartió las andanzas resultantes del destierro promulgado en la Pragmática Sanción de Carlos III (3.4.1767). Vale la pena dejar su recuerdo en manos y pluma del P. Luengo que le dedicó en su famoso Diario las siguiente líneas necrológicas:

La noche del 24 al 25 de junio de 1776 murió en esta ciudad de Bolonia el H. Coadjutor José Virto. Estaba al tiempo de nuestro destierro en el mismo Colegio de Santiago de Galicia en que yo vivía entonces, y allí había hecho por muchos años el oficio de Sacristán con aplicación y con esmero en las cosas pertenecientes al Culto Divino, y en todas las demás cosas tenía un porte religioso. En los atropellados viajes de mar y tierra que hicimos siempre juntos y en la incomodísima estancia en la Isla de Córcega, estuvo siempre pronto para todo lo que se le mandaba. Y en este país dio por algunos años un ejemplo de caridad, de paciencia y obediencia nada vulgar. Por orden de los Superiores se encargó de cuidar de dos locos, y lo tomó con tanto empeño que los cuidaba en todo y siempre estaba con ellos. En casa, fuera por la ciudad, de día y de noche, durmiendo no sin algún peligro de su vida en un mismo aposento con los dos. Después de la extinción de la Compañía se ha conservado siempre en un modo de vestir modesto y aun pobre, y con un género de vida arreglada, cristiana y piadosa. Después de una vida ajustada por muchos años, y más siendo un hombre inocente, sencillo y humilde, y muriendo en una destierro ignominioso e injusto, era bien creíble que el Señor le concediese la gracia de una buena y santa muerte, y en efecto la ha tenido verdaderamente preciosa y envidiable, ejercitándose por sí mismo sin que nadie le excitase, con mucho espíritu y fervor casi hasta el último momento de su vida en los actos más propios de aquella hora, como me ha asegurado el Padre que le asistió la última noche. Hoy se le ha hecho el oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros en la Parroquia de San Leonardo, que es Iglesia de Monjas, asistiendo muchos de la Provincia a decir Misa toda la mañana y a la Misa cantada al fin de ella. Era natural de Miranda de Arga, en el Obispado de Pamplona, y se hallaba en los 60 años cumplidos de su edad, pues nació a 2 de febrero de 1715.

Isidro M^a Sans

P. José Gil de Muru

n. 05.05.1719, Pamplona
i. 24.03.1741, Villagarcía de Campos
o. 10.10.1745, Salamanca
g. 15.08.1754, Bilbao
+ 21.01.1777, Cento

El futuro P. José Muru nació el 5 de mayo de 1719 en Pamplona. Tal vez inició sus estudios en el Colegio jesuítico de su patria chica. Pero luego debió de continuarlos en Salamanca, pues fue allí donde, a sus 19 años de edad, fue admitido para la Compañía la víspera de la solemnidad de la Anunciación de Nuestra Señora, 24 de marzo de 1741. A continuación se trasladó a Villagarcía de Campos donde hizo el Noviciado (1741-43) y lo coronó con sus votos del bienio. Al parecer había cursado ya, en Salamanca, sus estudios filosóficos. Y quizá también algo de Teología, porque, a tenor de los Catálogos anuales lo encontramos en el mismo Salamanca cursando 2º de Teología en 1744-45 y 4º de Teología en 1745-46, tras haber sido ordenado presbítero por Msr. Larumbe. En el Colegio vallisoletano de San Ambrosio explica la 3ª clase de Gramática (1746-47). Y en el de San Ignacio concluye su formación jesuítica con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Antonio Villafañe (1747-48)

Es entonces destinado al Colegio de Palencia donde vuelve a explicar la 3ª clase de Gramática (1748-50). Pasa luego a los Colegios de Bilbao (1750-53), donde emite la Profesión de cuatro votos, y de Soria (1756-59): en ambos explica respectivamente sendos trienios filosóficos (Lógica, Física y Metafísica); en el de Soria conjuga la docencia con la Catequesis a los Hermanos, y en el último de esos cursos (1758-59) ejerce además el cargo de Consultor. Será luego destinado al Colegio de Monterrey y después al de Logroño (1759-61), ya como Profesor de Teología Moral y Prefecto de Casos de Conciencia, en cuyo templo dedica un tiempo al Confesonario. Pasa luego al Colegio de Pontevedra y por fin al de San Ignacio de Valladolid, donde el 3 de abril de 1767 se intima a aquella numerosa Comunidad (48 jesuitas), como a todas las demás, la Pragmática Sanción promulgada de Carlos III. El P. Muru, que “estaba de operario en el Colegio de San Ignacio”, había caído últimamente enfermo y “por estar enteramente impedido” no puede marchar con sus compañeros al exilio y queda recluido en el Convento de San Juan de Dios de Valladolid juntamente con el P. Fernando Borrego.

Más tarde, sin embargo, logró reunirse con sus compañeros en los Estados Pontificios y terminó por establecerse en Cento, donde falleció el 21 de enero de 1777. El P. Luengo resume así brevemente su recuerdo:

“Avisan hoy de la ciudad de Cento de la muerte del P. José de Muru. Yo he conocido y tratado poco a este Padre, pero por esto poco, y más por lo que oigo decir a los que le trataron más de cerca, puedo asegurar que era un hombre muy cándido, sencillo, y al mismo tiempo devoto, laborioso en su tiempo y siempre caritativo. Después de la extinción de la Compañía ha tenido en todo un proceder y conducta arreglada y edificativa, y ha logrado tener una muerte santa y envidiable. Era natural de la misma ciudad de Pamplona y se hallaba hacia los 58 años de su edad, pues nació a 5 de mayo de 1719”.

Isidro Mª Sans

P. José Joaquín de Mendizábal

- n. 16.10.1714, San Sebastián
- i. 02.05.1733, Villagarcía de Campos
- o. 01.10.1741, Salamanca
- g. 15.08.1750, Oñate
- + 02.03.1777, Imola

José Joaquín de Mendizábal nació en San Sebastián el 16 de octubre de 1714. Probablemente inició sus estudios en el Colegio de Loyola, junto a la casa natal del Fundador de la Compañía de Jesús funcionaba un pequeño Colegio. Allí fue admitido en la Compañía, a sus 18 años de edad, el 2 de mayo de 1733. Inmediatamente se trasladó a Villagarcía de Campos para hacer el Noviciado (1733-35), que coronó el 3 de mayo de 1735 con los votos del bienio. De Villagarcía pasó al Colegio de Palencia para cursar sus estudios filosóficos: Lógica, Física, Metafísica (1735-38). A renglón seguido estudió la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1738-42), donde, tras terminar el tercer curso, fue ordenado presbítero por Mrs. José Sancho Granado el 1º de octubre de 1741 con otros ocho compañeros. A continuación coronó su formación jesuítica con la Tercera Probación, bajo la dirección del Instructor P. Gabriel de las Casas en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1742-43). Su etapa de formación fue, como se ve, muy condensada. Al año siguiente, el 15 de agosto de 1744, emitió la Profesión de tres votos *ratione maioratus*, según la costumbre de los jesuitas españoles en aquellos tiempos (cf. Institutum Societatis Iesu, Florentiae 1892-93: III 651). Seis años después ratificaría y afianzaría su compromiso con la Compañía mediante la Profesión solemne de cuatro votos.

Durante tres años al menos fue Prefecto de Gramática en el Colegio de Bilbao (1744-47). Pasó luego al Colegio de Oñate, donde enseñó varios cursos de Filosofía (1747-51) y, sin abandonar el profesorado de Filosofía, ejerció el cargo de Ministro de la Comunidad (1751-53) para terminar ciñéndose al solo cargo de Ministro (1753-56). En 1758 lo encontramos en el Real Colegio de Loyola, primero como Operario, luego además como Consultor, Prefecto de Casos, Bibliotecario y Catequista de empleados.

En Loyola le sorprendió aquel luctuoso y tristísimo día, 3 de abril de 1767, en el que casi todos los jesuitas, que habitaban piadosa y plácidamente junto a la Casa natal de su gran Padre, fueron repentinamente cercados y apresados por los ejecutores del rey Carlos III, y después, con los restantes jesuitas de toda España, miserablemente exiliados a las costas italianas. La Comunidad de Loyola, compuesta de 17 jesuitas, fue trasladada a San Sebastián y allí embarcada hasta la Coruña y El Ferrol, desde donde la mayoría de los jesuitas de la Provincia de Castilla, en número de 652, zarparon hacia el exilio el 24 de mayo. No siéndoles permitida por el momento la entrada en los Estados Pontificios, fueron abandonados en Calvi el 19 de julio.

Tras un año largo de “opresiones, miserias y trabajos”, agudizados además por los enfrentamientos de los corsos contra genoveses y franceses, y precisamente el día 25 de agosto, fiesta de San Luis, Rey de Francia, llegó a los jesuitas desterrados la noticia de que iba a finalizar su estancia en Calvi. Al día siguiente, “muy de mañana se descubrió cerca del puerto un convoy de trece gruesas embarcaciones”, que “venían por nosotros” El 19 de setiembre se inició la navegación hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Desembarcados el 11 de octubre en la playa del Lazareto y, tras unos días de estancia en él, se reinició la aventura el 21 de octubre, primero por mar de nuevo hasta Sestri Levante y luego ya por tierra el 25 de octubre, contando con algunas caballerías, que resultaron más bien escasas. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan

ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia, Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

El P. Luengo, en su famoso Diario, nos ha legado este recuerdo necrológico del P. José Joaquín de Mendizábal: “En carta de Imola (“ciudad de la Romagna como 6 leguas distante de Bolonia”), que ha llegado hoy, avisan que acaba de morir en aquella ciudad el P. José Mendizábal. Aunque traté poco a este Padre, puedo decir con toda seguridad dos cosas, y ellas son tales que, aunque se explican en dos palabras, bastan para formar un subido elogio suyo. Era un hombre muy cándido, inocente y propiamente un Ángel. Y al mismo tiempo tan paciente y tan sufrido que, en medio de estar lleno de males y tan oprimido del asma que, muchos años ha, apenas ha tenido un día en que no se haya hallado en peligro de quedar sofocado y muerto, ninguno le ha visto jamás de mal humor, triste y desabrido, y para todos era siempre cariñoso, agradable y festivo, lo que no se puede hacer sin una gran virtud y muy sólida, y sin una paciencia en un grado muy subido. Su vida en todo lo demás, y lo mismo después de la extinción de la Compañía que antes de esta desgracia, era como de un hombre que no sólo podía morir todos los días como todos los otros, sino que casi no podía dejar de morir el día en que se hallaba, o por lo menos había mucho peligro de que fuese el último. Era de la ciudad de San Sebastián, en la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, en donde nació a 16 de octubre del año de 1713”.

Isidro M^a Sams

P. Juan Bautista de Gaztelu

n. 13.02.1724, Anzuola
i. 24.05.1739, Vergara
o. 09.03.1748, Salamanca
g. 15.08.1757, Salamanca
+ 22.06.1777, Bolonia

Juan Bautista de Gaztelu nació en el municipio de Anzuola, entre Zumárraga y Vergara, el 13 de febrero de 1724. Y al parecer inició sus estudios en el Colegio jesuítico de Vergara, puesto que allí fue aceptado para la Compañía poco después de cumplir sus 15 años de edad. En Villagarcía de Campos hizo su Noviciado (1739-41) y pasó al Colegio de Palencia para cursar en él el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1741-44). A renglón seguido fue enviado al Real Colegio de Salamanca, donde estudió la Teología (1744-48). Y en Salamanca fue ordenado presbítero el 9 de marzo de 1748: sólo tenía 20 años recién cumplidos. Probablemente coronó la formación jesuítica al año siguiente (1748-49) en el Colegio vallisoletano de San Ignacio.

El primer destino de la etapa de su vida activa le llevó al Colegio vallisoletano de San Ambrosio, donde enseñó la 3ª clase de Gramática (1749-50). Pasó luego al Colegio de Santiago de Compostela como Prefecto de Gramática (1750-52) y a continuación regresó al de San Ambrosio, ahora para encargarse de la enseñanza del trienio filosófico (1752-55). En el Real Colegio de Salamanca volvió a enseñar, al parecer, otro trienio filosófico (1755-58). Y desde Salamanca fue destinado en 1757 al Colegio de Pamplona como profesor de Teología Escolástica, al mismo tiempo que ejercía los oficios de Consultor y de Confesor en el templo. Allí mismo lo encontramos luego (1760-61) como profesor de Teología Moral y Prefecto de Casos de conciencia. El 15 de mayo de 1765 tomó posesión del Rectorado del Colegio de Pontevedra, donde el 3 de abril de 1767 le sorprendió la lectura de la Pragmática Sanción por la que Carlos III desterraba de todos sus Dominios a los jesuitas españoles.

Dejo a la pluma necrológica del P. Luengo el relato de su vida posterior: “Murió ayer en esta ciudad de Bolonia el P. Juan Bautista Gaztelu. Fue hombre de muy buenos talentos para las ciencias y tuvo en la Provincia cátedras muy principales de Filosofía y Teología en las ciudades de Valladolid y Pamplona. Y el año de 1767, cuando fue desterrada de España la Compañía, era Rector en el Colegio de Pontevedra, en el Reino de Galicia, y en el mismo oficio prosiguió algunos años en el destierro. Vino con sus súbditos a juntarse con los demás de aquel Reino en el Colegio de la Coruña, y después hicimos juntos la larga navegación hasta Calvi, en la Isla de Córcega. En todo este tiempo y en el que estuvimos en la Coruña no vi en este Padre sino acciones de mucho ejemplo y edificación, y en todo un porte muy juicioso, humilde, propio de un hombre muy conforme y resignado con las disposiciones del Cielo en nuestra desgracia, y muy ajustado y religioso. El mismo tenor de vida regular y observante conservó hasta la extinción de la Compañía y del mismo modo después de ella, sin haber hecho otra mudanza que la necesaria en el vestido para vestir como un Sacerdote Secular modesto. Pero este terrible golpe, que casi nada alteró su modo de vestir y menos su ajustada vida, le angustió y oprimió tanto el corazón y le llenó tanto de aflicción y de tristeza que desde entonces no ha tenido un día gustoso y alegre, y se ha ido consumiendo y arruinando poco a poco. Y al cabo una enfermedad lenta pero molestísima, sufrida con gran paciencia y conformidad, le ha quitado la vida. Hoy, Vigilia de su Santo, se le ha hecho el oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros, en la Parroquia de San Marino, asistiendo a él, como siempre, muchos de la Provincia, y así mismo a decir Misas toda la mañana. Era natural de Anzuola, en el Obispado de Calahorra, y nació a 23 de febrero de 1724”.

A estas líneas podemos añadir la más extensa Necrología que conservamos, si bien anónima, tal vez porque en la Compañía extinguida ya no había Superiores que se encargaran

de tal notificación a otras Comunidades, aunque bien se ve que los ex-jesuitas continuaban muy unidos aun después de la extinción: “Año 1777, a 22 de junio, fue Nuestro Señor servido llamar para Sí, después de una larga y penosa enfermedad, al P. Juan Bautista Gaztelu, natural de Anzuola, en la Provincia de Guipuzcoa, Profeso de cuatro votos, de 54 años de edad y 34 o más de Compañía. Fue un sujeto muy apreciable en ella, por su Literatura y su virtud. En aquélla hizo progresos tan grandes que por ellos con gran lustre de la Religión enseñó públicamente Filosofía en los Colegios de Valladolid y Salamanca, y Teología en el de Pamplona. Y en ésta se esmeró tanto que llegó a formar en sí un ejemplar de hombres verdaderamente religiosos y ajustados a su Instituto: delicadísimo de conciencia, amante de la pobreza, honestísimo por extremo, paciente en los trabajos, mortificado en sí mismo, caritativo con todos y amigo de hacerles bien y de servirlos a todos. En vista de estas virtudes y atendiendo a la debilidad de su salud, aun siendo de poca edad fue destinado para Rector del Colegio de Pontevedra, donde, todo el tiempo que estuvo, promovió con gran tesón la observancia religiosa sin perdonar a fatiga ni trabajo. Era el primero en todo con su ejemplo, y así no había dificultad que no venciese, sin embargo que para eso tuvo que hacer frente a no pocas. En el arresto y destierro, bien que en la Provincia habían ya sido tan visibles, fue donde más se nos descubrieron sus virtudes. Amantísimo de su vocación, estaba resuelto a conservarla aunque para esto hubiese sido necesario el andar a buscar mendigando *ostiatim* su sustento. Y después de deshecha la Religión, fue hasta su muerte exactísimo observador de sus Santas Reglas. Su vida, fuera y dentro de los Colegios, siempre fue la misma. Jamás supo otros caminos que los del campo y de la Iglesia; aquellos para un honesto paso en compañía de algún amigo; y éstos para celebrar diariamente o ganar alguna indulgencia. Sus visitas se redujeron a las que hacía frecuentemente a su Confesor para reconciliarse aun de las cosas más ligeras y en que otros apenas hallarían sombra de culpa, y al Santísimo Sacramento para buscar consuelo en sus aflicciones, luz en sus dudas y fortaleza y constancia en sus trabajos. Por ser de un genio muy encogido y naturalmente vergonzoso, era para él un martirio el verse precisado a vivir entre seglares y gentes desconocidas, y, no pudiendo evitarlo, se resolvió a vivir entre ellos como si viviese en un desierto, retirado siempre allá a sus solas y en su cuarto, con Dios, con su Santo Ángel y con sus libros. Era con los otros generoso y liberal, mas consigo mismo parcísimo, así en el vestir como en su sustento, pareciéndole mal empleado todo cuanto tuviese un vislumbre de regalo a su persona. Por no ser molesto a nadie y viéndose amenazado a acabar sus días, como en efecto sucedió, con alguna enfermedad muy larga, puso la mira desde el principio en ir reservando poco a poco alguna cosa para este caso, quitándose de la boca y privándose de sus alivios. Y cuando después llegó la hora y vio que todo había sucedido como pensaba, daba gracias a Dios repetidas veces de verse en términos de no ser molesto en aquel particular a sus Hermanos, a quienes contemplaba bastantemente afligidos por su suerte y de quienes jamás quiso ni pretendió más que sus oraciones. Éstas eran las que pedía con muchas veras a los que en su última enfermedad le visitaron y a éstas atribuía la gran serenidad con que en medio de tantas aflicciones y congojas se hallaba su alma esperando que la muerte le librara de su destierro, como en efecto sucedió el día 22 de junio, a las 2 de la tarde, habiendo antes recibido muy a tiempo los Sacramentos de Viático y Extrema Unción, y habiéndosele dicho repetidas veces la recomendación del alma y aplicado la Indulgencia *pro articulo mortis*. A su cuerpo se dio honrosa sepultura en la Iglesia Parroquial de San Máximo, donde se le hicieron las exequias con decencia eclesiástica y gran concurso de los Nuestros, que en dicha Parroquia y su Anexa de los Santos Pedro y Marcelino aplicaron por su alma las Misas con otras muchas que después se celebraron según su intención, repartiendo la limosna por los sujetos que había sido de la Provincia”.

Isidro M^a Sans

H. Domingo de Urquina

- n. 01.03.1707, Arrigorriaga
- i. 05.03.1740, Villagarcía de Campos
- g. 15.08.1750, Santander
- + 09.07.1777, San Juan (Bolonía)

Domingo de Urquina nació el 1º de marzo de 1707 en Arrigorriaga (Vizcaya). “Pasó su niñez y primera adolescencia aprendiendo las primeras letras y a leer y escribir en su pueblo natal. Pero no contento con eso se trasladó a Bilbao y allí estudió algo así como la carrera de medicina”, según el P. Totorikagüena. El Doctor Antonio Villanueva nos cuenta (“Siete siglos de medicina en Bilbao”) cómo “a mediados del siglo XVIII... se ha establecido ya en toda Europa la distinción entre el Hospital-Asilo, lugar de acogida y estancia de pobres, el Hospital-Lazareto, destinado al aislamiento de los portadores de *pestes y pestilencias*, y el Hospital-Asistencial, creado para el tratamiento de enfermos, que en la mayoría de los casos serán también menesterosos”. En Bilbao existía el Hospital de Achuri o de los Santos Juanes, en el que trabajaban, y probablemente también se formaban Médicos, Cirujanos, Enfermeros y Enfermeras. “En el siglo XVIII son varios los que acuden a realizar su aprendizaje [para cirujano] con los titulares del Hospital de Achuri, lo que parece indicar un prestigio de los cirujanos de esta institución. Todo este trabajo de aprendizaje debía ser refrendado en el Real Protomedicato en Madrid, donde el candidato debía acreditar su suficiencia y presentar los certificados oportunos, no sólo de aquellos con quienes había trabajado, sino también de al menos un farmacéutico y dos médicos que conocieran su trabajo y pudieran dar de la bondad de su conducta profesional y de sus conocimientos en el arte de curar. Para ejercer en Vizcaya se pedía al aspirante documentación que acreditase fehacientemente sus declaraciones de vizcainía y de limpieza de sangre”. Domingo de Urquina pasó por todo ello y “había ya ejercitado algún tiempo el oficio de cirujano” cuando experimentó la llamada del Señor. Tal vez había conectado ya con los jesuitas del cercano Colegio de San Andrés de Bilbao. El hecho es que solicitó el ingreso en la Compañía de Jesús, lo obtuvo y, recién cumplidos sus 33 años de edad, inició su Noviciado en Villagarcía de Campos bajo la dirección del Maestro de Novicios P. Diego de Tovar (1740-42).

Emitidos sus votos del bienio, fue destinado al Colegio de Santander, donde, según las costumbres de aquel tiempo, comenzó por dedicarse a los oficios humildes de Cocinero y Despensero (1742-48). Lo encontramos luego allí mismo, pero en el oficio de Sacristán (1749-52). Con ese mismo oficio pasa al Colegio de Bilbao (1752-53), pero desde el año siguiente lo compagina con el de Enfermero (1753-67), asumiendo también posteriormente los cargos de Visitador y de Bedel.

El 3 de abril de 1767 le sorprendió en Bilbao la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III, por la que los jesuitas españoles debían emprender la marcha hacia el destierro. El 2 de mayo escribe en su Diario el P. Luengo: “Esta tarde hemos visto entrar en este puerto dos embarcaciones, una urca holandesa y un paquebote, en las cuales se ven muchos jesuitas y habrán venido a este puerto por la misma razón que la otra, que aún se conserva aquí, de no poder tomar el de El Ferrol, por ser el viento contrario. Casi con entera seguridad hemos sabido, que son los de San Sebastián y Bilbao, o unos y otros”. Por fin pudieron reunirse con sus compañeros de la Provincia de Castilla en el puerto de El Ferrol, desde donde 652 jesuitas zarparon el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Pero, rechazados allí, fueron abandonados en el 19 de julio en la Isla de Córcega. “En Calvi de Córcega, en donde había tanta falta de Médicos y Cirujanos, sirvió muy bien a la Provincia este H. Domingo”. Tras año largo de dificultades de todo tipo, 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. El 25 de octubre partieron desde Sestri hacia los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve. Fornovo, Parma,

Módena, y el 5 de noviembre “pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. El H. Urquina fue destinado a Castel San Giovanni “o San Juan como decimos nosotros”, y “allí se ha estado constantemente hasta este día en que ha muerto”. Prefiero dejar ahora el relato en mano de la pluma del P. Luengo:

Isidro M^a Sans

La noche del día 8 al 9 murió en el pueblo de San Juan el H. Coadjutor Domingo Urquina. Entró en la Compañía ya grande de 33 años y en el siglo había ya ejercitado algún tiempo el oficio de cirujano. En España lo ejercitó también después de jesuita, especialmente en Bilbao con las licencias convenientes y en las cosas que no desdicen de un Religioso. En Calvi de Córcega, en donde había tanta falta de Médicos y Cirujanos, sirvió muy bien a la Provincia este H. Domingo. Pero más que en todas partes ha ejercitado su oficio en el dicho pueblo de San Juan, adonde le enviaron los Superiores a nuestro arribo a esta tierra, y allí se ha estado constantemente hasta este día en que ha muerto. Allí se le enviaron muchos sujetos de la Provincia, antes y después de la extinción, que tuvieron curas difíciles de cirugía, y algunos después de haber estado inútilmente en manos de algunos Cirujanos famosos. Allí acudieron varios de los jesuitas españoles establecidos en otras partes y en el lugar mismo ha curado a todo género de personas, y muchas veces ha hecho curas prodigiosas y singulares, y en casos ya abandonados de otros Cirujanos célebres. A la verdad el H. Urquina era un Cirujano cual se ve pocas veces en el mundo. Era hombre hábil, de talento y de un continuo estudio, y no le faltaron las demás cosas de práctica en hospitales famosos, amistad y correspondencia con Cirujanos muy célebres, especialmente en España, y otros adminículos que sirven mucho para perfeccionar a un Cirujano. Sobre esto, que forma un buen facultativo, tenía el H. Urquina un genio sumamente reflexivo y observador sobre las curas que emprendía, así para dirigir las bien como para sacar instrucción para otras ocasiones. Su exactitud, diligencia, aplicación y aun ahínco en todas sus curas era lo más que podía ser, y a este su empeño y a sus oraciones por sus pobres enfermos se debe atribuir una suma felicidad en sus curas, que es una gracia particular que tienen unos y falta a otros. El agrado, cariño y dulzura con los dolientes era muy grande y su desinterés sumo y sin igual, pues jamás ha pedido paga alguna, como pudiera después de la extinción, y ni aun ahora ni antes ha recibido agasajo ni regalo alguno por sus curas, o a lo más, por fuerza, alguna cosa de ningún valor.

Aun esto es poco, pues de su pobreza daba de limosna a los enfermos que curaba, más de lo que podía, no sufriendole el corazón verles llagados y en tanta miseria. En este punto es digna de contarse en particular la caridad industriosa del H. Domingo con un Religioso Conventual, Hermano del Papa Ganganelli, llamado *Variani*, que vivía en un pequeño Convento de su Orden en el mismo lugar, en la que le ayudaron con gusto varios jesuitas Sacerdotes. Este Religioso tenía las piernas llenas de llagas ya muy antiguas, las que apenas le dejaban dar un paso. Y viendo las curas prodigiosas que hacía el H. Domingo, le suplicó que le curase también a él. Se ofreció a ello con gusto el H. Urquina y después de haberle registrado le aseguró que quedaría perfectamente sano si se sujetaba a la cama el tiempo conveniente, que necesariamente sería largo. En el doliente no hubo dificultad alguna en sujetarse a la cama el tiempo necesario, pero hubo una oposición y resistencia invencible en su Guardián, que lo era el P. Morigi, con-maestro del Papa Ganganelli y que tanto promovió sus milagros, porque jamás quiso consentir en que el doliente dejase de decir Misa por el interés de los dos o tres reales del estipendio. No parece posible una dureza y codicia tan grande y tan execrable, pero tiene tantos testigos cuantos vivían en aquel lugar, italianos y españoles. Veía con dolor el caritativo Cirujano que todos los remedios se hacían inútiles por levantarse el enfermo todas las mañanas a decir Misa y estar en pie todo el tiempo necesario para decirla, y no encontrándose medio alguno para hacer desistir de su empeño al cruel e interesado Superior, acudió el H. Domingo a algunos jesuitas que estaban en aquel lugar, y les suplicó que se encargasen de decir todos los días una Misa a beneficio del Convento para que

el P. Variani pudiese estarse quieto en la cama y dejar de decir la suya. Al instante se ofrecieron a ello, y mientras el Cirujano Urquina iba curando al Religioso Conventual, los jesuitas iban diciendo Misas a beneficio del Convento. Y de este modo, a vuelta de dos meses, se halló el dicho P. Variani perfectamente sano de todas sus llagas, y yo mismo le vi muchas veces pasear francamente por aquel pueblo y por el campo. Y en estas ocasiones oí a los jesuitas españoles de aquel lugar que el tal Religioso era tan desconocido e ingrato como duro e interesado su Guardián, pues después de un beneficio tan grande no se dignaba ni de hacerles una cortesía ni de saludarles cuando se encontraban con él, ni a ellos ni a su insigne bienhechor, el H. Urquina.

A éste, por solas las cosas que dejamos dichas de él, se le debe tener con toda razón por un excelente Coadjutor de la Compañía y por un varón ilustre, y mucho más se debe pensar así, añadiendo a la laboriosidad, caridad y desinterés, que en un grado muy subido se descubren en el ejercicio de su oficio de Cirujano, una mansedumbre, apacibilidad, dulzura, humildad y paciencia singularísima y que se ve en muy pocos, y una piedad y devoción en todos sus pasos y en todas sus acciones, digámoslo así, de bulto, sensible y palpable, y un candor y simplicidad propia de un niño de pocos años. Éste es su propio y verdadero carácter, por el cual aparece un hombre de una virtud singular y extraordinaria, y de una virtud sumamente amable y bienhechora. Y así no debe extrañar que en aquel pueblo chicos y grandes, y aun generalmente todos los de la Provincia, no acertasen a llamarle con otro nombre que el de *Santo Hermano Domingo*. El Señor le ha purificado y santificado más con una enfermedad larga de dos meses y no poco penosa, sufrida con su inalterable paciencia y con una perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Y después de ella ha tenido una muerte apacibilísima y preciosísima. El día 10 se le hizo el oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros en la Parroquia de aquel lugar y de propósito no lo noté aquel día para poder averiguar si en aquel pueblo, en la muerte de un hombre a quien tenían por santo y tan insigne bienhechor suyo, se había visto alguna conmoción piadosa, o a lo menos alguna demostración de obsequio y de gratitud. Y se me avisa con toda seguridad que en el entierro del *Santo* Hermano Urquina ha estado todo aquel lugar tan frío, tan seco, tan duro y acaso más que en los de los otros españoles, y que absolutamente ni en pobres ni en ricos se ha visto la menor señal ni de sentimiento por su muerte y mucho menos de reconocimiento y gratitud. No es ésta la primera ocasión que hemos tenido de observar que el agradecimiento por los beneficios recibidos, cuando ya no se espera recibir más, no es virtud característica de este rincón de Italia en que vivimos. Era natural de Arrigorriaga, en el Obispado de Calahorra, y nació a 1º de marzo de 1707.

Manuel Luengo

H. Juan de Ilzarbe Leoz

n. 29.08.1696, Cizur Menor
i. 12.04.1717, Villagarcía de Campos
g. 15.08.1727, Valladolid
+ 01.10.1777, Bolonia

Juan, hijo de Pedro de Ilzarbe y Josefina de Leoz, nació el 29 de agosto de 1696 en Cizur Menor (Navarra). Tal vez era sobrino de otro futuro jesuita, Martín de Vergara (1684-1728), hijo de Graciosa de Ilzarbe, y de características parecidas a las suyas. Juan había cumplido sus 20 años de edad cuando fue recibido por el Rector y Maestro P. Juan de Villafañe en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1717-19). Emitidos sus primeros votos al concluir el bienio, fue destinado al Colegio de Palencia para ejercer el oficio de cocinero. Pero pronto comienza su ascensión a “oficios que se solían dar a los Coadjutores hábiles y despejados”. En el Catálogo trienal de 1723 lo encontramos encargado de los viñedos del Colegio vallisoletano de San Ambrosio. En el Catálogo anual de 1728-29 aparece como Ayudante del Procurador del mismo Colegio. En el de 1729-30, en el de Orense, ya como Procurador. Y a continuación queda encargado del “importante oficio de cuidar del despacho de las lanas de la numerosa cabaña de la Provincia”, una misión que, al parecer, asumió con empeño y diligencia desde el Colegio de Segovia (1733-35). Debió dejarla para colaborar con el P. Pedro Solís, Procurador de la Provincia en la Curia madrileña (1735-41). Y a continuación volvió a encargarse del rebaño de la Provincia, “su” misión, pero ahora residiendo en el Colegio vallisoletano de San Ignacio, donde se asienta la Curia Provincial (1741-53). Y con esa misma misión regresa al Colegio de Segovia, en el que va a mantenerse largos años (1753-67). El P. Luengo alude en su nota necrológica que el H. Ilzarbe “acompañó a Roma a los PP. Vocales de la Provincia para una Congregación General”, sin especificar cuál: pudo ser una de estas tres: la 17ª (1751), la 18ª (1755-56) o la 19ª (1759), en que fueron elegidos respectivamente los PP. Generales Visconti, Centurione y Ricci.

El 3 de abril de 1767 hubo de escuchar en Segovia la lectura de la Pragmática Sanción, por la que Carlos III ordenada la expulsión de la Compañía de Jesús de todos los Dominios de la Corona Española. De sus andanzas por Córcega y Bolonia durante la época de su destierro sólo sabemos lo que nos cuenta el P. Luengo en la nota necrológica de su Diario:

Isidro Mª Sans

La noche del 30 de setiembre al 1º de este mes murió en esta ciudad el H. Coadjutor Juan Ilzarbe. Fue un Coadjutor de asiento y buen juicio, de talento y habilidad para el manejo de los negocios, y así fue empleado en la Provincia en aquellos oficios que se solían dar a los Coadjutores hábiles, despejados, de buena crianza y buen modo, como Procuraciones de los Colegios, acompañar a los Provinciales, y aun acompañó a Roma a los PP. Vocales de la Provincia para una Congregación General. Y ahora últimamente, cuando salimos de España, vivía en el Colegio de Segovia en el importante oficio, y de mucha confianza, de cuidar del despacho de las lanas de la numerosa cabaña de la Provincia y lo hacía con muy particular inteligencia y muy a satisfacción de los Superiores. En el destierro ha hecho siempre el oficio de portero de la casa en que ha vivido, y lo hacía igualmente con exactitud y diligencia, con mucho gusto y alegría, y con muy particular agrado y bello modo con todos los que entraban y salían. Y en todas las demás cosas tenía una conducta y proceder juicioso, arreglado y piadoso. Ni hizo mudanza alguna de vida en estos años que han pasado después de la extinción de la Compañía, a la que amaba tan tiernamente que parece llegaba a exceso, si lo puede haber en un amor tan virtuoso y tan santo. La más triste nueva, que se le podía dar a este buen Hijo de la Compañía, era que éste o aquél había dejado a su Madre, la Religión, y se había secularizado. Al punto y casi sin libertad se entristecía mucho, se turbaba y no podía

disimular su pena y su dolor. ¿Y qué sería para este H. Ilzarbe, tan amante de la Compañía, el terrible golpe de su extinción? Fue propiamente un rayo que le abrasó, le consumió y le deshizo, y de un hombre, que era muy grueso y casi una torre de carne, le redujo en muy pocos días a un esqueleto sin más que los huesos y la piel. Y desde aquel momento no ha tenido un día ni de salud ni de gusto, y siempre ha ido perdiendo fuerzas y acercándose a la muerte. Para ella se dispuso con muy particular sosiego, diligencia y cuidado, y después de tan cristianas y piadosas disposiciones ha logrado una muerte con las señales más claras, que se pueden tener en este mundo, de santa y preciosa en los ojos del Señor. Hoy se le ha hecho el oficio al modo regular en la Parroquia de San Martín Mayor, que es Iglesia de los PP. Carmelitas Calzados. Estaba el H. Ilzarbe en los 80 años cumplidos de su edad, pues nació a 29 de agosto de 1696, pero a los 76 prometía su salud robusta que llegaría a 90 y aun a 100, y era natural de Cizur Menor, en el Obispado de Pamplona.

Manuel Luengo

P. Francisco Burgés

- n. 02.02.1709, Pamplona
- i. 23.09.1728, Villagarcía de Campos
- o. 01.12.1738, Córdoba (Argentina)
- g. 01.11.1747, Santa Fe (Argentina)
- + 28.12.1777, Faenza

No debe confundirse con su homónimo, muerto en 1725. Destinado al Paraguay, aún novicio, llegó a Buenos Aires (19.4.1729) en la expedición de Jerónimo Herrán. Después de sus estudios para el sacerdocio, enseñó Filosofía (1739-1742) en Córdoba del Tucumán, y fue enviado a las Misiones del Colegio de Santa Fe, donde trabajó (1742-1752) entre los mocobíes en la misión San Javier, que él mismo fundó. Procurador en el Colegio de Santa Fe (1752-1762) de las misiones del Chaco entre tobas, abipones y mocobíes, fue a Asunción (Paraguay) en 1763, desde donde inició la fundación de la reducción San Carlos entre los abipones. Estaba en Asunción cuando llegó la orden de expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III (1767).

En abril 1768 zarpó de Buenos Aires en la fragata *La Esmeralda*. En su forzoso retiro en Faenza (Estados Pontificios), escribió su “Relación” sobre la fundación San Javier de mocobíes, de la que poseían copias los exiliados en Italia, Pedro Calatayud y Joaquín Camaño (éste, misionero del Paraguay), que publicó parcialmente Guillermo Furlong. La relación describe el origen de esa misión entre los mocobíes, enemigos a muerte de los españoles, y famosos por sus devastadoras entradas a Santa Fe. Con fino humor presenta Burgés las dificultades en aprender la lengua mocobí y su afán de transmitir el mensaje evangélico, cuando ni el “lenguaraz” le sacaba de apuros, porque decía a su antojo otro sermón, en nada parecido al suyo. Tras haber hecho un vocabulario completo, lo halló sin sentido, y tuvo que comenzar otro “con mucho trabajo”. A duras penas pudo escribir las principales oraciones y un catecismo breve, gracias a un abipón, cristiano bien instruido, que repetía en su idioma lo que Burgés decía en castellano, y luego otro le dictaba la traducción en mocobí.

Obras. “Fundación del pueblo de S. Xavier de indios de la nación mocobí en la jurisdicción de Santa Fe del gobierno de Buenos Aires”, en G. Furlong, *Entre los mocobíes de Santa Fe* (Buenos Aires, 1938) 27-35.

Fuentes. AHL: 4-3-22. *Cart. edif. cur.* 7:400-424.

Bibliografía. Dobrizhoffer, M., *Historia de los Abipones* (1970) 3:110-112. Eguía, *España/misioneros* 195. Furlong, *Colegio de la Inmaculada* 231-232, 443-446. Furlong, G., *Los jesuitas y la cultura rioplatense* (Montevideo, 1933) 32-34. Id., *Entre los abipones del Chaco* (San Pablo, 1938) 93, 102. Guilhermy, *Ménologe, Espagne* 1:646-647. Pastells, *Paraguay* 7:785, 819. Sommervogel 2:386-387. Uriarte-Lecina 1:568-570.

J. Baptista

H. Pedro Zubiate

n. 02.02.1702, Bilbao
i. 31.10.1726, Villagarcía
g. 25.03.1737, Santiago de Compostela
+ 21.05.1778, Cento

Nació en Bilbao el día de la Purificación de Nuestra Señora, 2 de febrero de 1702. Y a sus 24 años de edad ingresó en el Noviciado de Villagarcía para Hermano Coadjutor. Era ya un joven robusto y prometedor. Una vez coronado el Noviciado con los votos del bienio, fue destinado al Colegio de Santiago de Compostela, en el que, según la costumbre de aquellos tiempos, inició su vida activa en el oficio de cocinero. En Compostela permaneció por entonces sólo un año (1727-28) y sin dejar Galicia pasó al Colegio de Monforte, en el que mantuvo todavía como cocinero (1728-31). Pero pronto regresó al Colegio de Compostela, en el que residió diez años (1731-41). Se ve que las Comunidades por las que pasó estaban satisfechas de su laboriosidad y servicialidad. Y además de su disponibilidad para cualquiera ocupación y oficio. En Compostela comenzó esta su segunda estancia como despensero (1731-34). Pero pronto le encontramos embarcado en la ampliación del Colegio, dirigiendo la construcción de un nuevo edificio (1734-41); y ayudando al Procurador H. Gabriel Caballero (1735-37).

Tal vez el exceso de trabajo debilitó su fortaleza, porque su salud es calificada al final de mediana. Se le destina a Soria, como Procurador, donde pasará 18 años (1741-59). Y concluirá su vida activa ‘normal’ en su ciudad natal, Bilbao (1760-67). Allí volvió a ejercer el empleo de Ayudante de Procurador, además de los de Roperero, Hospedero y Visitador de Oración y Exámenes, para concluir con el de Portero.

Y en Bilbao le sorprende el 3 de abril de 1767 la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III. La Comunidad, comandada por su Rector P. Juan Francisco Elorriaga, inicia el camino del exilio vía marítima hasta El Ferrol, donde se reúne la Provincia entera de Castilla. Desde allí zarpan el 24 de mayo las ocho embarcaciones que llevaban hacia Italia a 652 jesuitas desterrados. Tras una travesía de casi dos meses, el 19 de julio eran abandonados en la ciudad de Calvi. Tras un año largo de “opresiones, miserias y trabajos” pudieron dar por terminada su estancia en Córcega, pero sólo para proseguir su peregrinación. El 19 de setiembre de 1768 se inició la navegación hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Desembarcados el 11 de octubre en la playa del Lazareto y, tras unos días de estancia en él, se reinició la aventura el 21 de octubre, primero por mar de nuevo hasta Sestri Levante y luego ya por tierra el 25 de octubre, contando con algunas caballerías, que resultaron más bien escasas. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia, Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

Nada concreto y puntual sabemos sobre el H. Zubiate en aquellos años del exilio. Eso sí, que sobrevivió a la extinción de la Compañía por el Papa Clemente XIV, y que en el interior de su corazón mantuvo firme su vocación jesuítica. El P. Luengo nos legó en su famoso Diario estas líneas cronológicas:

Este día (21.5.1778) murió en la pequeña ciudad de Cento el H. Coadjutor Pedro Zubiate. No conocí en España a este Hermano y aun aquí poco. Pero sé muy bien que era un Coadjutor inocente, piadoso y muy dado a cosas de devoción. Y me consta también que, hallándose sobrado por tener abundantes asistencias de su casa, ha socorrido a algunos pobres necesitados, y ha empleado también alguna cosa en el culto del Señor y de la Santísima Virgen. La extinción de la Compañía turbó extraordinariamente a este sencillo Hermano, viéndose en una edad grande en precisión, especialmente habiendo venido después la orden de separarnos, de muerte entre los seculares. En este estado de aflicción y de inquietud, tomó el más sano y más piadoso partido que podía, y fue retirarse por algún tiempo de todo y prepararse para morir con una confesión general hecha con la más fervorosa preparación que pudo. No ha tardado mucho tiempo en coger el fruto de su diligencia y trabajo, habiendo tenido una santa muerte entre los brazos de dos piadosos Sacerdotes, Hermanos suyos en Jesucristo, con quienes pudo vivir en una misma casa. En la misma ciudad se le habrá hecho hoy el oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros. Era natural de la Villa de Bilbao, en el Obispado de Calahorra, en donde nació a 2 de febrero del año de 1702.

Isidro M^a Sans

H. José de Larumbe

n. 15.03.1715, Arazuri
i. 20.11.1737, Villagarcía
g. 15.08.1749, Valladolid
+ 06.06.1778, Imola

José de Larumbe nació en Arazuri (Navarra) el 15 de marzo de 1715. Tenía ya 22 años cuando se presentó en el Noviciado de Villagarcía solicitando su ingreso en la Compañía de Jesús. Coronado el Noviciado con los votos de bienio, fue destinado al Colegio de Loyola donde ejerció primero el oficio de Cocinero (1739-40) y después el de Despensero (1740-42). Pero pronto hubo de trasladarse al Colegio vallisoletano de San Ignacio, en el que permanecería a lo largo de un cuarto de siglo (1742-67). Allí continuó siendo Despensero (1742-45) para luego asumir la tarea de Labrador (1745-61) y al final la de Refitolero (1766-67). Como testificará el P. Luengo en las líneas necrológicas que le dedica un decenio más tarde, ya entonces se gastaba y desgastaba trabajando “cuanto podían sus fuerzas y algo más... de lo que podía”.

En aquel Colegio de San Ignacio de Valladolid le sorprendió el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción por la que toda la Compañía española debía emprender el camino hacia el exilio. Aquella era una Comunidad importante y numerosa, compuesta por 16 Hermanos y 32 Padres, entre otros el venerable P. Pedro de Calatayud, Apóstol del Sagrado Corazón de Jesús, y el P. Joaquín Iturri, “hombre ya anciano piadosísimo y devotísimo” y “tenido con mucha razón por un santo”. El H. Larumbe tuvo, pues, que abandonar aquella Casa en la que había vivido y trabajado tanto, y salir camino de El Ferrol, desde donde 652 jesuitas de la Provincia de Castilla zarparon el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia.

Al H. Larumbe terminó por destinarle la obediencia al “lugarcillo llamado San Pedro”, “a 4 leguas de Bolonia”, donde residía cuando el Papa Clemente XIV extinguió la Compañía de Jesús el 21 de agosto de 1773 mediante el Breve *Dominus ac Redemptor*. De allí se trasladó “con otros varios de la misma Casa” a la ciudad de Imola, donde falleció el 6 de junio de 1778 a los 63 años de edad y 41 de vida religiosa en la Compañía de Jesús. El P. Luengo nos ha legado la siguiente memoria necrológica:

“El día 6 del presente mes de junio murió en Imola, Ciudad de la Romagna, el H. Coadjutor José Larumbe. Era un excelente H. Coadjutor y muy según el espíritu del Instituto de la Compañía. Era humilde, callado, respetuoso para con los Sacerdotes, muy obediente y rendido a la menor insinuación de los Superiores, de buen modo, festivo y alegre, piadoso y devoto, y aplicado al trabajo cuanto podían sus fuerzas, y aun algo más. En efecto, antes de nuestra salida de España le vi en nuestro Colegio de San Ignacio de Valladolid muy falto de salud y muy quebrantadas las fuerzas, y allí mismo me aseguraron que su debilidad había nacido de trabajar más de lo que podía y de tratarse, cuando andaba fuera, peor que si fuese

un criado o esclavo del Colegio. En el destierro se ha portado siempre del mismo modo, haciendo todo lo que podía y se le mandaba, y sirviendo a todos en cuanto alcanzaban sus débiles fuerzas. Al tiempo de la extinción de la Compañía estaba en una Casa de la Provincia en el lugarillo llamado San Pedro, y después de ella con otros varios de la misma Casa se fue a la dicha Ciudad de Imola, en donde se le habrá hecho el oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros. Era natural de Arazuri, en el Obispado de Pamplona, y nació a 15 de marzo del año de 1715.”

Isidro M^a Sans

H. Juan Andeyeta

n. 02.09.1720, Macaya (Navarra)
i. 19.05.1748,
g.
+ 21.08.1778, Faenza.

Nace el 2 de septiembre de 1720 en Macaya. El 19 de mayo de 1748 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 27 años de edad, y pasa destinado enseguida a la Argentina. Cinco años después, se le encuentra en Buenos Aires, en el Colegio “en arreglo y construcciones” (1748-1767). De este Hermano dice el Padre Charlevoix: “Fueron unos diez los arquitectos de la Compañía de Jesús que había en el Río de la Plata y Tucumán a mediados del siglo XVIII. En la Rioja, el Hermano Juan Andeyeta, arquitecto, quien ejercitó sus habilidades, principalmente en las provincias de La Rioja y Catamarca, Buenos Aires y Córdoba. En 1763 llega a Córdoba, bastante enfermo: “fue purgado y dos veces sangrado”. Desde La Rioja escribe a un Padre: “adonde llegue y donde todo es miseria y pobreza; bien dijo V. R. ‘que ni de Obispo quisiera venir aquí’, cuando yo le invité a venir por estas tierras”. La expulsión de todos los jesuitas de aquellas Misiones por Carlos III le obliga a exiliarse a Italia, y el 21 de agosto de 1778 fallece en Faenza, a los 58 años de edad y 30 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Valeriano Ordoñez

P. Agustín Rodríguez

n. 29.02.1722, Bilbao
i. 03.12.1740, Córdoba de Tucumán
o. 25.03.1751,
g. 02.02.1758, Buenos Aires
+ 24.08.1778, Ravena

A orillas del río Nervión y en una de las siete calles del casco viejo de la villa de Bilbao, allá por los años de 1722, vino a este mundo el mutil Agustín en un hogar sumamente cristiano y piadoso y en ese ambiente se crió y educó los primeros años de su niñez y adolescencia. En una fecha que no se especifica dejó de corretear por las siete calles y atravesó el charco en dirección a lo que ahora se conoce como Argentina, pero que entonces se llamaba, jesuíticamente, Provincia del Paraguay y que comprendía además Bolivia, Uruguay y Paraguay.

De hecho aparece nuestro Agustín Rodríguez un día del 3 de diciembre de 1740 como novicio que acababa de ingresar en el Noviciado de la ciudad de Córdoba del Tucumán. Sin duda ninguna, ya desde la partida de Bilbao a aquellas tierras llevaba esa intención, habiéndose enrolado en alguna expedición de religiosos jesuitas que, cada tres años, más o menos, partían desde Sevilla hacia aquellas tierras de la cuenca del Plata. El día 3 de diciembre de ese año de 1740 contaba 18 años y 4 meses de edad. Hechos los votos del bienio en diciembre de 1742, empezó los estudios que le llevarían a la ordenación sacerdotal el día 25 de marzo de 1751. En 1752-53 hizo su 3ª Probación en el mismo Colegio Máximo de Córdoba, con lo que, acabada su etapa de formación, fue destinado al Colegio de San Ignacio de la ciudad de Buenos Aires, donde se desempeñó como profesor muy apreciado en diversas materias escolares: matemáticas, física y química, filosofía y otras más. En ese mismo Colegio tuvo la dicha inmensa de pronunciar la profesión solemne de los 4 votos el día 2 de febrero de 1758., con lo que quedaba incorporado definitivamente a la Compañía de Jesús.

También estuvo destinado en el Colegio de la ciudad de Santa Fe y allí le sorprendería el decreto de Carlos III de abril de 1767, en virtud del cual se vio precisado a salir desterrado de su patria de adopción un 3 del mes de julio del mismo año 1767. De Santa Fe a Buenos Aires y de allí a Montevideo y desde este puerto hasta el Puerto de Santa María, España, y de aquí, pasando por un tiempo de escala y espera en la isla de Córcega, Calvi, hasta pisar tierra de los Estados Pontificios del Papa en Italia. Aquí llegaría por el año de 1769 y en 1773, con gran amargura de su alma, vio cómo se promulgaba el Decreto del Papa Clemente XIV de extinción de la Compañía de Jesús en julio de 1773.

Fue un duro golpe para nuestro P. Agustín Rodríguez que, a buen seguro, le aceleró la muerte a él, tan amante de su madre la Compañía de Jesús, pues decía: “Total, ¿a qué vivir más?”. Y el Señor se lo llevó un 24 del mes de agosto del año de 1778, en la ciudad de Ravena. Tenía, al morir, 56 años de edad, casi 58 de jesuita y 26 largos de profeso de 4 votos. ¡Descanse en paz el fiel siervo del Señor!

Juan José Totorikagüena

H. Manuel de Perea

n. 29.01.1729, Escota
i. 11.05.1753, Villagarcía
g. 15.08.1763,
+ 30.01.1779, San Juan (Bolonía)

Nació en Escota (Álava) el 29 de enero de 1729 y, ya maduro y robusto, a sus 24 años ingresó en el Noviciado de Villagarcía. Su segundo año de Noviciado lo hizo en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con los oficios de cocinero y despertador (1754-55). Al año siguiente, sin dejar la ciudad de Valladolid, pasó a la pequeña Comunidad del Colegio inglés de San Albano, donde continuó siendo cocinero y despertador, pero además despensero, al menos hasta 1761. En 1764 lo encontramos en el Real Colegio de Salamanca, primero como despensero y más tarde como refitolero. Allí le sorprendió la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su “Pragmática Sanción”.

Hubo, pues, de emprender el camino del destierro como uno más de aquella numerosa Comunidad. Camino de Santander, donde embarcaron rumbo a El Ferrol, la Comunidad salmantina se encontró en Torquemada con los Novicios de Villagarcía de Campos. De El Ferrol zarparon el 24 de mayo los ocho navíos que transportaban a 652 jesuitas. El 19 de julio fueron abandonados en la Ciudad de Calvi (Córcega), donde trataron de acomodarse lo menos mal posible. Los dos Teologados de Salamanca y Valladolid se reunieron en una casa, a la que se dio el nombre de San Luis; por Rector de la misma fue nombrado el P. Francisco Javier de Idiáquez, que lo había sido del de Salamanca hasta la expulsión. Tras un año largo de “opresiones, miserias y trabajos”, agudizados además por los enfrentamientos de los corsos contra genoveses y franceses, y precisamente el día 25 de agosto, fiesta de San Luis, Rey de Francia, llegó a los jesuitas desterrados la noticia de que iba a finalizar su estancia en Calvi. Al día siguiente, “muy de mañana se descubrió cerca del puerto un convoy de trece gruesas embarcaciones”, que “eran de las que venían por nosotros, de lo que nos alegramos mucho por ver que se acercaba nuestra partida de este país”. El 19 de setiembre se inició la navegación hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Desembarcados el 11 de octubre en la playa del Lazareto y, tras unos días de estancia en él, se reinició la aventura el 21 de octubre, primero por mar de nuevo hasta Sestri Levante y luego ya por tierra el 25 de octubre, contando con algunas caballerías, que resultaron más bien escasas. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia, Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares, bastantes en torno a Bolonia. Al H. Perea le tocó residir en el pueblo de San Giovanni, donde vivió hasta su muerte, el 30 de enero de 1779. El P. Luengo nos ha legado en su Diario la siguiente preciosa estampa de su carácter:

Ayer 30 murió en el pueblo de San Juan el H. Coadjutor Manuel Perea. Fue un Hermano Coadjutor que siempre me agradó mucho. Y es bien difícil que hubiese uno a quien no agradase este H. Manuel. Era un hombre muy cándido y sencillo, muy natural y sin una sombra de afectación o de reserva en su proceder y en todas sus cosas: pacífico e inalterable y

siempre alegre, festivo y de buen humor. Era muy buen Religioso y aficionado a los ejercicios de piedad y devoción, aplicado al trabajo, humilde y siempre contento con el más bajo oficio aun entre los humildes de su estado. Para con todos era agradable y servicial, y para con los Superiores sumamente rendido y obediente. En San Juan le pusieron al llegar a este país y allí ha estado quieto e inmóvil, viviendo siempre en compañía de otros Hermanos para huir de este modo los muchos peligros que hay en este estado miserabilísimo en que nos han puesto. Y su proceder después de la extinción de la Compañía ha sido el mismo que antes, sin pensar en otra cosa que en ejercicios devotos y en una honesta recreación. En el dicho lugar se le habrá hecho hoy el Oficio con la decencia acostumbrada en aquella Parroquia. Era natural de una pequeña aldea llamada Escota, en el Obispado de Calahorra, y nació a 29 de enero del año de 1725.

Isidro M^a Sans

P. Ignacio de Elcarte Ucar

n. 01.02.1704, Pamplona
i. 04.10.1720, Pamplona
o. 29.09.1728, Salamanca
g. 02.02.1738, (profeso)
+ 08.02.1779, Bolonia

Ignacio de Elcarte nació el 1º de febrero de 1704 en Pamplona, hijo de Fermín de Elcarte y Agustina de Ucar. Inició sus estudios en el importante Colegio que la Compañía regentaba en la capital del Reino de Navarra. Allí fue aceptada su solicitud de ingreso en la Compañía por el Vice-Rector P. Lucas Cieza el 4 de octubre de 1720: tenía entonces 16 años de edad. Se trasladó entonces a Villagarcía de Campos, donde hizo el Noviciado (1720-22). El 3 de octubre de 1722 hizo los votos de devoción y el 5 de octubre de 1722 los votos del bienio. Dadas sus cualidades y su buena preparación previa, acometió de inmediato los estudios superiores: concluyó los de Filosofía (Física y Metafísica) en el Colegio de Palencia (1723-25) y Teología en el Real Colegio de Salamanca (1725-29). Tras finalizar su tercer año de Teología, fue ordenado presbítero el 29 de agosto de 1728. Y en el mismo Real Colegio de Salamanca siguió dos años más (1729-31) profundizando en sus estudios teológicos y otro iniciando su carrera docente como Profesor de Filosofía de nuestros Escolares (1731-32). Coronó, en fin, su formación jesuítica con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Tobar en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1732-33).

Prosigue a continuación su entrega a la docencia, ya antes iniciada: enseña Filosofía en el Colegio de Palencia (1733-35). Y luego en el Colegio vallisoletano de San Ambrosio como Maestro de Escolares (1736-37) y profesor de Teología (1739-42); como profesor de Teología en el Real Colegio de Salamanca (1737-39); como profesor de Teología Moral en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1742-48); como profesor de Sagrada Escritura de nuevo en el Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1750-51), donde ejerce además los oficios de Admonitor, Consultor y Prefecto de Espiritu. Y “trabajó cual ninguno, emprendiendo y concluyendo la obra de la reparación de la Capilla de la Purísima Concepción, que estaba a su cargo”.

A mediados de este último curso el P. Elcarte había cumplido 47 años. Su devoción a San Ignacio le impulsaba el deseo de residir en la Santa Casa de Loyola. Los Superiores le liberaron de su misión docente y le destinaron primero al Colegio-Noviciado de Villagarcía (1751-52) y después a la Casa Natal del Fundador de la Compañía, donde había de pasar sus últimos años de vida en España, antes de la expulsión (1752-67). A su llegada encontró ya construido y en funcionamiento el grandioso templo del Santuario y “la reciente y amplísima biblioteca, ubicada sobre el gran comedor de los Nuestros”, repleta de “los volúmenes que habían ido adquiriendo los PP. Larramendi, Cardaveraz e incluso otros más antiguos, como el P. Diego Gamboa, en número y precio nada desdeñables”. A él le llamaron “el anacoreta de Loyola”, porque “gastaba todos los días largos ratos” orando en la Capilla de la Conversión, aunque no dejaba de “confesar a la mucha gente que concurre a aquel Santuario casi por todo el año” y de atender “al consuelo de los muchos ejercitantes que allí se retiran”. Su compañero de antaño, el P. Julián de Fonseca, nos ha legado la siguiente preciosa estampa de su vida de aquellos años:

Es poco lo que yo puedo decir en particular del P. Ignacio Elcarte, de buena memoria. No porque no haya vivido en su Compañía algún tiempo, pues he vivido dos años en Palencia, siendo yo su discípulo en Filosofía y después fui su conmaestro de Teología en San Ambrosio de Valladolid un año. Pero Su Reverencia

era más solícito de adquirir virtudes que de mostrarlas, antes procuraba ocultarlas en cuanto podía y en cuanto se componía con la edificación de sus Hermanos.

No obstante, tengo presente que en Palencia, en los dos años que fui su discípulo (es a saber, en Física y Metafísica) iba delante de todos con el ejemplo y observancia de todas las Reglas y santas costumbres de la Religión. Concurría a la hora de oración de la mañana con los Artistas a la misma Capilla que ellos, poniéndose delante el 1º, acaso por no parecer fiscal de los defectillos de los que venían algo tarde, porque Su Reverencia era el primero o de los primeros que venían. En esto fue constantísimo y nos fue de mucho ejemplo. Como también el verle bajar por la mañana al refectorio a tomar alguna refección corta (que solía ser un huevo) los días que no eran de ayuno; y los que se ayunaba, pasar sin nada, porque chocolate no lo tomaba ni lo tomó en muchos años, aun siendo Maestro de Teología, hasta que al cabo de años (no sé si se lo mandaron o por qué) lo comenzó a usar. Bien que lo usaba tan claro que no se podía mirar como regalo. Tampoco usaba de tabaco siendo Maestro de Filosofía ni otro pañuelo que el blanco que daba a todos la Religión. Era también muy parco, así en el comer como mucho más en beber, especialmente vino, cumpliendo a la letra el *utere modico* vino del Apóstol. Oí decir que en Loyola, en donde estuvo no pocos años, era grande su abstinencia y singular, y que apenas cenaba. Creo que allí *pro opportunitate loci* tenía largas horas de oración y naturalmente por esto era tanta su abstinencia para poder orar.

Y es de advertir que el no tomar chocolate etc. no era por no tener medios pues, si hubiera querido, no le faltarían. Antes bien, los días de Acto público y algún otro día grande de fiesta llamaba a sus discípulos (con licencia que pedía) para que en su aposento tomasen todos chocolate; y los días de Acto indefectiblemente se lo daba al Actuante y a los que ponían el *medio* con el Bedel. Algunas veces traía del refectorio algún poco de pan o algunas pasas o fruta para dar (con licencia que tenía) a éste o al otro Artista, más necesitado, para que se desayunase cuando no tenía ellos refección. Esto nacía de su caridad, que era grande, y en esta virtud fue esmerado, primer en lo espiritual y luego en lo temporal. Se deshacía y no paraba, cuando sabía alguna necesidad espiritual, hasta remediarla, si podía, usando de los medios ordinarios que le sugería su celo y su mucha doctrina, discurrendo y estudiando mucho para sacar a salvo al necesitado.

De esta caridad nacía su continua e infatigable aplicación al Confesonario los días de fiesta, aun siendo Maestro de Filosofía y teniendo que hacer Cartapacio para dictar a sus discípulos. Con todo eso, los días de fiesta se estaba toda la mañana en el Confesonario de hombres y gente estudiantina, que concurrían mucho a Su Reverencia, porque a todos recibía y trataba con singular amor y agrado, que era natural y se hacía mayor con la Caridad de Cristo y con el celo que mostraba de su mayor bien y provecho. Con igual amor y gusto iba a los hospitales y cárceles cuando se lo ordenaban, distinguiéndose su celo en estas ocasiones.

De los enfermos era muy compasivo, como tan acuchillado en sufrir males. Nunca miraba con indiferencia los trabajos de sus prójimos, antes luego se echaba a discurrir cómo los podría aliviar y les sugería medios para ello, animándolos a sufrir y a tomar los remedios desabridos, cuanto era menester.

Su principal cuidado en la Religión, después de haber dado todo el tiempo destinado a los ejercicios espirituales con toda exacción, fue el estudio, tomándolo con aquel empeño de nuestras Reglas: *serio et constanter*. Toda su vida, pero principalmente después de concluido su Magisterio de Filosofía y Teología Escolástica, se dio al estudio de la Teología Moral, hasta perfeccionarse en esto y salir consumado Maestro en la Moral, con una incansable fatiga en revolver y

penetrar las opiniones de los Autores más clásicos, valiéndose con destreza y magisterio de sus opiniones sólidamente probables en beneficio de las almas para que llevasen con más suavidad el yugo santo de la Ley del Señor. Mostrábales el camino más perfecto, pero no les obligaba a él, cuando hallaba Autores Clásicos que los desobligaban. Tenía por soberbia y presunción el aferrarse uno a su propio dictamen y juicio de una opinión para mantenerla, y no querer ceder al juicio y dictamen de otros Autores que llevaban la contraria y la fundaban. Pocos habían que habían estudiado más en materias morales, y por lo mismo es más digno de ser atendido el dictamen y sistema, que había formado este santo varón, de seguir las opiniones probables de los Autores Clásicos cuando era en pro de las almas y para no exponerles a la desesperación y abandono de los preceptos divinos. No sólo le consultaban los de fuera en sus dudas, sino también muchos de los Nuestros: de lo cual sabrá decir mucho más que yo los Padres de Loyola y de Vizcaya.

Tuvo en casi toda su vida mucho que padecer de varios achaques muy penosos, como es el de la Ciática, que le molestó mucho, la quebradura, almorranas, mal de pecho, y otros achaques. Los cuales todos llevaba con mucha paciencia, y aun con alegría, disimulando sus dolores y trabajos, sin rendirse ni hacer cama sino a más no poder. También creo que tuvo que sufrir de algunos de sus Hermanos, acá dentro de la Religión, que naturalmente con buen celo le contradecían. Pero no estoy informado suficientemente. Sólo sé que estuvo en la Tercera Probación algunos meses antes de las Artes y que después de acabado el curso volvió a la Tercera Probación, creo que el año entero o casi. No puedo asegurar esto. También puedo decir que le hicieron tirar muchos más años que a otros en estas Cátedras ordinarias de Maestros de Estudiantes, y en la de Moral de San Ignacio. Y de esta última le enviaron a Maestro de Escritura de San Ambrosio con la sobrecarga de Prefecto de Espíritu y de las Congregaciones de San Luis y de la Purísima Concepción, e Intendencia de Ejercitantes. A mi juicio tuvo no poco que sentir en esta última mudanza dicha, de la Cátedra de Moral de San Ignacio a la de Escritura de San Ambrosio, que me parece ser cosa desusada, pero ahogó en su pecho estos sentimientos, como solía, mostrándose por lo mismo más diligente en dar todo él lleno a la ocupación en que le había puesto la obediencia. Y de hecho, en ésta que digo, última de San Ambrosio, trabajó cual ninguno y emprendió y concluyó la obra de la reparación de la Capilla de la Purísima Concepción, que estaba a su cargo.

Su retiro era sumo: a no ocurrir algún ministerio, no salían del Colegio ni de su aposento. Así tenía tiempo para estudiar mucho, lo que fue su principal incumbencia, y para orar también mucho y atender a sus ejercicios espirituales y devociones. A nadie visitaba, ni hombres ni mujeres. Ni por eso dejaba de ser buscado y consultado.

Era devotísimo de N. P. San Ignacio. Devotísimo, digo, sin ponderación. A ninguno oí expresiones más sublimes de la santidad y prudencia celestial del Santo Patriarca. El libro de sus Ejercicios era para el P. Elcarte un tesoro inexhausto de doctrina, una Librería entera, una armería surtida y completa contra las tentaciones del enemigo y del amor propio. Según este libro y sus dictámenes eran sus resoluciones en puntos de conciencia y de perfección. Usaba frecuentemente de la doctrina que el Santo Patriarca da allí: es a saber, que el hombre en sus negocios de tal manera ha de poner su confianza en Dios Nuestro Señor como si nada valiese su propia industria; y viceversa, de tal manera ha de aplicar sus diligencias e industrias como si de ésta sólo dependiese el buen éxito del negocio. Con esta regla y en esta persuasión caminaba en todas sus empresas y casos arduos, a los cuales hacía cara y frente sin desmayar ni turbarse ni aflojar en

sus diligencias, por desesperado que estuviese el negocio, ayudándole mucho a lo mismo su ánimo intrépido y, por decirlo así, su corazón valiente y resuelto. Deseó mucho, y al fin logró ser, en los últimos años de su vida en España, habitador de la Santa Casa de Loyola, por el amor y devoción al Santo Patriarca, en cuya Capilla Santa tengo entendido que gastaba todos los días largos ratos: de lo cual dirán más los Padres de allí. Creo que le llamaban algunos el anacoreta de Loyola, pero bien entendido que acudía como buen jesuita, con prontitud, a confesar a la mucha gente que concurre a aquel Santuario casi por todo el año; al consuelo de los muchos ejercitantes que allí se retiran; a las varias consultas de casos que le hacían, ya los Sres. Eclesiásticos del país, ya también algunos de los Nuestros, movidos del concepto en que tenían al P. Elcarte, de hombre sabio, prudente y muy versado en materias morales.

De su penitencia no tengo individual informe. Pero tengo fundamento para creer que eran sus penitencias en algún tiempo superiores a sus fuerzas y salud. Y por ahora no se me ocurre más que añadir a lo dicho. 20 de febrero 1779, Julián de Fonseca.

Al P. Luengo le corresponde, como de costumbre, describir cómo vivió y murió el P. Ignacio Elcarte a partir de aquel doloroso 3 de abril de 1767, en que las tropas de Carlos III invadieron el Santuario de Loyola, intimaron a la Comunidad la Pragmática Sanción y la hicieron salir hacia el exilio.

Ayer 8, cerca de amanecer, murió en esta Ciudad de Bolonia el P. Ignacio Elcarte. Fue hombre de prendas y talentos escogidos, especialmente para las ciencias graves. Enseñó con crédito a los nuestros Filosofía y Teología en los Colegios de Salamanca y Valladolid. Y ya algunos años antes del destierro estaba retirado en la Santa Casa de Loyola. Pero aun allí no estaba ocioso ni lo podía estar por su genio sumamente vivo, y propiamente de fuego, y se ocupaba, el tiempo que era suyo, especialmente en la Teología Moral, en la que llegó a ser, y era forzoso siendo tan escogidos sus talentos, un hombre consumado. Y así no es extraño, como oigo asegurar, que fuese muy consultado en cosas morales, que se le mirase como un oráculo en ellas y que estuviese muy estimado en todo el país. En este estado se hallaba con más de 60 años de edad y con una salud muy quebrantada, cuando el año 1767 fue arrestado como todos los demás. Y sin detenerse un momento, y muy lejos de alegar sus años o sus débiles fuerzas, nos siguió a Italia con grande ánimo y resolución. No es fácil, como hemos dicho muchas veces, explicar aquí lo que padeció este venerable anciano en los primeros años de nuestro destierro, en los que hubo una cosecha tan abundante de todo género de miserias, que podían ser bastantes para contentar los deseos de padecer del hombre más fervoroso. Todo lo sufrió, y no sólo con resignación y paciencia, sino también con grande esfuerzo, con mucho ánimo y con una constante alegría. Ninguno le vio jamás triste por sus incomodidades y trabajos propios. Pero los males y desgracias de la Compañía de Jesús, a la que amaba tiernísimamente como a Madre, le herían propiamente en las niñas de los ojos, le penetraban hasta lo más profundo de su corazón, y llenaban de aflicción y congoja. Y no fue poco que el terrible golpe de su extinción no quitase la vida a este respetable y amable anciano. Después de ella, por la que no hizo más que la pequeña mudanza de quitar el cuello de jesuita y poner el de Sacerdote Secular en su sotana, y el sombrero de tres picos, según el uso del país, ha vivido siempre acompañado con otros en el mayor número que se ha permitido, con el mismo orden y concierto que cuando era jesuita, y entregado enteramente a las cosas de piedad y devoción. Los fríos extraordinarios, que tenemos sobre nosotros, le han pasado, a lo que parece, y le han ocasionado un accidente gravísimo que al tercer día le ha arrebatado, sin haber vuelto en sí para poder recibir el Santo Viático. Pero, cuando ha precedido una vida tan santa y tan irreprochable como la del P. Elcarte, causa poco horror y sobresalto una muerte repentina y sin el tiempo conveniente para prepararse para morir. Hoy se le hecho el Oficio

con la decencia acostumbrada en la Parroquia de San Donato, con extraordinario concurso de los de la Provincia, como también a decir Misa toda la mañana en dicha Iglesia y en otra inmediata que se preparó para el mismo efecto. Por más que con los años, como es preciso, se vaya haciendo mayor la desunión de unos con otros, no es posible con todo eso dejar de dar algunas muestras particulares de sentimiento, de obsequio y de estimación al ver morir, y más en tanta deshonra e ignominia, a estos venerables y respetabilísimos ancianos, dignísimos de más honrado fin y que justamente eran mirados como los Padres y columnas de la Provincia en nuestro miserable estado. Era este P. Ignacio Elcarte natural de la Ciudad y Obispado de Pamplona, y nació en día 1º de febrero de 1704.

Isidro M^a Sans

P. Pedro de Ellacuriaga

- n. 21.01.1706, Durango
- i. 12.07.1728, Córdoba de Tucumán
- o. 1737, Buenos Aires
- g. 26.07.1739, Asunción
- + 02.03.1779, Génova

La antigua Tabira, ahora Villa de Durango en el Señorío de Bizkaia, vio nacer dentro de sus muros allá por 1706 al mutil Pedro en el seno de una familia hondamente cristiana y piadosa llamada Ellacuriaga, y en aquel ambiente de costumbres evangélicas se crío y creció. Como otros varios de sus paisanos llegó un momento en que se lanzó a pasar el charco, dirigiéndose a la región americana sur del Paraguay. No se sabe si el viaje lo hizo solo o más bien en compañía de algunos familiares o conocidos. Lo que sí se sabe como cierto es su ingreso en la Compañía de Jesús, que fue el día 12 de julio de 1728, cuando ya tenía 22 años de edad. El Noviciado se encontraba en la actual ciudad de Córdoba, por tanto allí sería el lugar de su admisión. En julio de 1730 hizo sus votos del bienio y a continuación los estudios (magisterio en la ciudad de Buenos Aires) hasta ordenarse de presbítero en 1737. Los Últimos Votos los pronunció en la ciudad Capital del actual Paraguay, Asunción, el 26 de julio de 1739. No hay datos de su siguiente actividad apostólica y docente en los alrededores de 27 años que permaneció por aquellas latitudes, pero seguramente que los Colegio de Córdoba y sobre todo el de San Ignacio de la ciudad de Buenos Aires supieron de sus actividades de cátedra. Precisamente se hallaba en esta última localidad argentina cuando le tocó salir deportado el día 3 del mes de julio de 1767, a raíz del 'extrañamiento' promulgado por Carlos III contra todos los jesuitas de sus Dominios. Por lo cual nuestro P. Pedro Ellacuriaga se vio obligado a salir para el destierro a los Estados Pontificios del Papa en Italia. No bien llegó a tierras italianas, le tocó como lugar de residencia la ciudad de Génova y allí falleció santamente el 2 de marzo de 1779. Tenía entonces casi 73 años de edad, 50 de jesuita y casi 40 de Últimos Votos. ¡Descanse en paz un tan fiel y abnegado obrero de la viña del Señor!

Totorika

P. Lorenzo Ignacio de Uriarte

n. 10.08.1711, Bilbao
i. 03.05.1731, Bilbao
o. 08.11.1739, Salamanca
g. 15.08.1748,
+ 30.03.1779, Bolonia

Hubo en Bilbao dos hermanos Uriarte que fueron jesuitas: Lorenzo e Ignacio. El mayor, Lorenzo Ignacio, nació el 10 de agosto de 1711 y por eso recibiría su primer nombre, Lorenzo; pero a éste se le añadió un segundo nombre, Ignacio, probablemente por la particular devoción que sus padres profesaban al Santo Patrono guipuzcoano de Vizcaya. Ambos hermanos comenzaron sus primeros estudios en el Colegio de San Andrés, regentado por los jesuitas y probablemente cercano a su domicilio. Y en él fueron admitidos en la Compañía. Ambos coincidieron unos meses en el Noviciado de Villagarcía de Campos. Lorenzo lo comenzó el 3 de mayo de 1731. Varias veces se anota en los Catálogos trienales que su salud era más bien débil. Coronado el Noviciado con los votos de bienio emitidos el 4 de mayo de 1733, estudió el acostumbrado trienio filosófico (Lógica, Ética y Metafísica) en el Colegio de Santiago de Compostela (1733-36). A renglón seguido la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1736-40); finalizado su tercer año, el 8 de noviembre de 1739 fue ordenado presbítero en el mismo Salamanca por Msr. José Sancho Granados. Y luego, en el Colegio vallisoletano de San Ambrosio, dedicó dos años más a profundizar en la Teología ya estudiada en Salamanca (1740-42).

Inició su docencia activa como Profesor de Filosofía en el Colegio de Palencia (1743-47) y en la segunda mitad de ese período se estrenó ya en el oficio de Consultor. A continuación pasó al Colegio vallisoletano de San Ambrosio como Maestro de Escolares (1747-48). Luego, emitida la Profesión de cuatro votos, fue en el Real Colegio de Salamanca Profesor de Teología (1749-53) y de Teología Moral (1753-54). Regresó a San Ambrosio como Profesor de Sagrada Escritura, coordinando la docencia con los oficios de Prefecto de Espíritu y de salud, Prefecto de las Congregaciones de la Santísima Trinidad y de la Virgen María y de San Luis, consultor y confesor de la Comunidad y en el templo (1754-57).

Y a continuación inició el período de sus cargos de gobierno: el 9 de setiembre de 1758 tomó posesión del Rectorado del Colegio de Segovia y el 30 de julio de 1764 el del Colegio-Filosofado de Santiago de Compostela. Entre ambos fue Socio del Provincial P. Eugenio Colmenares desde el 14 de mayo de 1759.

En Santiago le sorprendió la invasión de las tropas del Regimiento de Navarra enviadas por Carlos III. A “las 5 de la mañana, que era la hora de levantarse la Comunidad, llamaron a la puerta con mucha fuerza y empeño, y habiendo conocido de algún modo el anciano Portero H. Felipe Díez lo que podía ser, dio parte al P. Rector Lorenzo Uriarte, el cual quiso ir por sí mismo, acompañado del P. Manuel Sisniega, Ministro del Colegio, a abrir la portería y reconocer la gente que llamaba con tanta furia. Apenas de abrir la portería se metieron de tropel y como de mano armada el señor Asistente Feijó con algunos Notarios, muchos Oficiales y grande número de soldados, a manera de hombres que temen se les vuelva a cerrar la puerta o se les dispute la entrada; y, en pocos minutos, se vieron todos los tránsitos llenos de soldados”. Leída la Pragmática Sanción por la que la entera Compañía era expulsada de todos los Dominios del Rey Católico, la Comunidad emprendió camino hacia La Coruña, desde donde más tarde hubo de trasladarse por vía marítima hasta el Puerto de El Ferrol, desde el que zarparon 652 jesuitas zarparon el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. En el navío de guerra San Juan Nepomuceno iba como Superior el P. Uriarte. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Nuestro P.

Lorenzo Uriarte consiguió permiso del Comandante francés para alojarnos en “tres casitas de campo que están fuera del arrabal”. En una de las tres nos metimos 19: “el P. Rector Lorenzo Uriarte, 15 jóvenes Escolares y 3 HH. Coadjutores están en el segundo alto, distribuidos en esta forma: el P. Rector ocupa un rinconcillo aún más estrecho que el que yo tengo abajo – comenta el P. Luengo–, que sirvió en otro tiempo de pajarera, y ahora solamente le falta para serlo el tener pájaros. El H. Cocinero tiene su cama en un rinconcito de la cocina, los otros dos Coadjutores y un Estudiante tienen las suyas en un pequeño pasadizo para la cocina y para otras partes”. Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia.

“Viniendo desde Bolonia por el camino de Mantua, como a 7 millas a mano derecha sobre el camino mismo está este Palacio, que, de la familia que le posee, se llama Bianchini, y en él se ha establecido el Colegio de Santiago, en el cual se han unido todos los Escolares Filósofos de la Provincia, y somos hoy en él 71 sujetos. Es su Rector el P. Lorenzo Uriarte y vive también aquí el P. Provincial Ignacio Ossorio con su Secretario, Procurador general y los dos Hermanos Coadjutores que les acompañan”. El 23 de enero de 1770 sucedió al P. Ossorio, con el nuevo título de “Vice-Provincial de la Provincia de San Xavier”, el P. Lorenzo Uriarte, que a su vez fue sustituido tres años más tarde por el P. Francisco Xavier Idiáquez. El P. Uriarte volvió a asumir el cargo de Rector..., hasta que la Compañía de Jesús fue extinguida el 21 de julio de 1773 por el Papa Clemente XIV. Pero aún vivió cuatro escasos años más: murió en Bolonia el 30 de marzo de 1777. El P. Luengo nos legó la siguiente Necrología:

Ayer a las 9 de la mañana murió en esta Ciudad el P. Lorenzo Uriarte y, habiendo llegado muy presto al Comisario la noticia de su muerte, según está establecido, queda excluido de la paga de la pensión, que se había de hacer hoy. Tuvo el P. Lorenzo talentos más que ordinarios para las ciencias y enseñó la Filosofía a los nuestros en el Colegio de Palencia hacia el año de 1745, y después Teología por varios años en los Colegios de Salamanca y de San Ambrosio en la Ciudad de Valladolid. Aún eran mejores sus talentos para el púlpito que para la cátedra. Predicaba todo género de sermones con juicio, con piedad y con una sólida y varonil elocuencia, como se puede conocer por un sermón de honras a la Reina viuda D^a Isabel Farnesio, que predicó en el Hospital Real de Santiago pocos meses antes de salir desterrado para Italia, y se dio a luz, si no me engaño. Después de acabar la carrera ordinaria de las cátedras de Filosofía y Teología, le empleó la obediencia en el Gobierno. Fue Rector en uno o dos Colegios, Secretario de Provincia 5 o 6 años, y últimamente era Rector en el Colegio de Santiago de Galicia y lo había sido 4 años cuando salimos desterrados de España. En el destierro fue los primeros años Superior de los jóvenes que estudiaban Filosofía, y con este cargo hizo los desastrosísimos viajes de mar y tierra desde España a la Ciudad de Calvi en Córcega y desde esta Isla al Estado Eclesiástico, y los dos difícilísimos y trabajosísimos establecimientos con toda su numerosísima Comunidad en aquella Isla y en este país. A principios del año de 1770 fue hecho Provincial de nuestra Provincia de Castilla, llamada en el destierro de *San Xavier* y se conservó en el oficio hasta febrero del año de 1773 en que se acabó la Compañía de Jesús con el Breve de Extinción de Clemente XIV, que se publicó en agosto del mismo año. Y aquellos pocos meses, que pasaron desde que dejó de ser Provincial hasta la extinción de la Compañía, fue Superior de una Casa en Bolonia, en la que estaban

reunidos los PP. Ancianos de la Provincia, y aún ha proseguido después cuidando de algunos de ellos en el mayor número que permitían las órdenes de los Comisarios.

Era el P. Lorenzo un hombre de un corazón muy sano y muy recto, de un genio muy honrado, generoso y liberal, en cuanto lo permitía nuestro miserable estado. Tenía agrado, apacibilidad y dulzura en el trato común con todos, ternura y compasión con los enfermos, cariño y entrañas de Padre con los jóvenes. No le faltaba la prudencia, vigor y entereza conveniente, y edificaba a todos con su buen ejemplo, exactitud y observancia religiosa. El Señor le afligió desde el Noviciado hasta los últimos días de su vida con una pesada cruz de escrúpulos, que, sin hacerle desapacible con los demás, le mortificaron mucho y le fueron un continuo martirio y causa de atesorar muchos méritos y de conservar siempre una conciencia algo tímida y sumamente delicada. Es fácil de entender que un hombre de este carácter, de este genio y de esta virtud tendría mucho que padecer y mil ocasiones de ejercitar actos de todas las virtudes, hallándose al frente de una Comunidad muy numerosa y compuesta en mucha parte de jóvenes en tiempos y circunstancias tan extrañas y difíciles. Yo le acompañé a Su Reverencia constantemente desde el primer día en que fuimos arrestados juntos en el Colegio de la Ciudad de Santiago de Galicia hasta que nos hallamos establecidos en este país, y fui testigo de mil bellas acciones suyas de desinterés y liberalidad, de paciencia y sufrimiento, de vigor y entereza, de ternura y cariño para con los jóvenes, y de otras muchas virtudes, y pudiera referir varias de ellas si fuera propio de este lugar. Después de una vida constantemente piadosa, acompañada de una cruz bien pesada de escrúpulos, ha tenido, como regularmente sucede, una muerte muy apacible, tranquila y sosegada, y verdaderamente santa y preciosa. Ayer por la noche fue llevado a la Parroquia de San Nicolás, de la calle de San Félix, e inmediatamente se le dio sepultura, porque hoy, Jueves Santo, y estos días que se siguen no se le puede hacer Oficio alguno. Pero se le hará sin duda el primer día después de Pascua en que haya lugar y, sin aguardar a que llegue, se puede decir con toda seguridad que será grande y aun extraordinario el concurso de los sujetos de la Provincia a decir Misa toda la mañana y al Oficio al fin de ella, como siempre ha sucedido en la muerte de los Padres graves y ancianos, y mucho más si han sido generalmente estimados y amados de todos, como este P. Lorenzo Uriarte. Era natural de la Villa de Bilbao, del Señorío de Vizcaya y del Obispado de Calahorra, y nació a 10 de agosto de 1712.

Isidro M^a Sans

P. Ignacio de Arizaga

- n. 22.09.1714, Lizarza
- o.
- i. 03.05.1743, Loyola
- g. 15.08.1753, Azcoitia
- + 22.04.1779, San Juan (Bologna)

Ignacio de Arizaga nació en el municipio de Lizarza (Guipuzcoa), ubicado en la comarca de Tolosa, el 22 de setiembre de 1714. Cursó los estudios eclesiásticos y fue ordenado presbítero. A sus 28 años de edad solicitó ser recibido en la Compañía de Jesús. Ingresó el 3 de mayo de 1743 en el Noviciado de Loyola. Su salud es calificada de robusta. Como anota el P. Luengo, vivió regularmente “en los Colegios de Cantabria”, es decir en tierra vasca. Dominó su lengua, el euskera y fue buen predicador. Por lo visto fue también hombre activo y emprendedor.

Coronado el Noviciado con los votos del bienio, inició su vida activa en el Colegio de San Sebastián como profesor de Gramática (1745-46) y con ese mismo empleo trabajó en el Colegio de Vergara (1746-48), aunque aquí ejerció además el cargo de Ministro de la Casa. Al parecer, pasó luego al Colegio de Loyola (1748-49). Pero enseguida fue destinado al cercano Colegio de Azcoitia, al que pudo encaminarse por el recién estrenado “camino real entre Azpeitia y Azcoitia”, que por entonces se acaba de construir. En el minúsculo Colegio de Azcoitia (3 Padres y 2 Hermanos) residió cinco años (1749-54) como predicador y consultor, confesor y prefecto de la Congregación; y allí emitió sus Últimos Votos por los que se integraba plenamente a la Compañía en el grado de Coadjutor Espiritual. Pasó luego al Colegio de Oñate (1754-56) y desde allí al de Lequeitio (1758-61). En ambos continuó su dedicación eminentemente pastoral como predicador; pero en Lequeitio ejerció además los cargos de prefecto de salud y prefecto de iglesia, confesor de la Comunidad y en el templo, Catequista de los Hermanos. Tras un tiempo en el Colegio de Vergara fue destinado finalmente al de Loyola, del que fue nombrado Ministro y en el que continuó ejerciendo su preferente misión de predicador y confesor.

De allí hubo de salir hacia el destierro “aquel luctuoso y tristísimo día, en el que casi todos los jesuitas, que habitaban piadosa y plácidamente junto a la Casa natal de su gran Padre, fueron repentinamente cercados y apresados por los ejecutores del rey Carlos III”, con la pena acumulada de ver “suspendidas e inconclusas las obras de Loyola de tanta envergadura y tanto coste”, iniciadas en 1689 bajo el impulso de la Reina de España, Mariana de Austria. El P. Arizaga marchó con su Comunidad hasta San Sebastián, donde embarcó hacia La Coruña, donde llegaron un mes después, el 2 de mayo. El 18 se trasladaron desde la Coruña hasta El Ferrol. Y el 24, fiesta de San Juan Francisco de Regis, “muy temprano, tiró cañonazo de leva, como dicen los marinos, el navío de guerra *San Genaro*, que es la Nave Capitana de toda la escuadra o convoy”, compuesta por ocho embarcaciones que llevaban 652 jesuitas. Casi dos meses después, el 19 de julio, eran abandonados en la ciudad de Calvi de la isla de Córcega. Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bologna. Y al P. Arizaga le tocó residir “en el

pueblo de San Juan”. Allí permaneció, aun después de la extinción de la Compañía, y allí falleció el 22 de abril de 1779. El P. Luengo nos legó este escueto recuerdo suyo.

Acaba de llegar aviso de haber muerto este mismo día en el pueblo de San Juan el P. Ignacio Arizaga. No conocí en España a este P. Ignacio por haber vivido regularmente en los Colegios de Cantabria, y aun aquí le he tratado muy poco. Con todo eso puedo decir con toda seguridad que era un hombre de juicio, de piedad, un Religioso observante y exacto y un jesuita laborioso y de celo. ¿Y qué es necesaria otra cosa para tener por cierto lo dicho, y mucho más por haber visto su proceder después de la extinción de la Compañía, tan piadoso y ejemplar como si prosiguiera siendo jesuita? Aun en el modo de vestir no hizo otra mudanza que la precisa para conformarse con el Breve de Su Santidad, mudando el cuello de la sotana de jesuitas en el que usan los Sacerdotes Seculares. En el mismo lugar se le hará el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros. Era natural de la Villa de Tolosa, de la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, y nació a 23 de setiembre del año de 1714.

Isidro M^a Sans

P. Martín de Iriarte

n. 23.11.1707, Galar
i. 09.11.1730, Villagarcía
o.
g. 09.09.1742,
+ 23.04.1779, Ravena

Nace el 23 de noviembre de 1707 en Galar. El 9 de enero de 1730 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 23 años de edad, en el Noviciado de Villagarcía. Terminado el noviciado, pronuncia los primeros votos en 1732. Es destinado a las Misiones y llega a América en 1739. Hace la profesión solemne de cuatro votos el 9 de septiembre de 1742. Será Rector de Ibarra (Quito) en 1762, Procurador en la Congregación del año 1765. Fue también Rector de Pasto y en 1766 de Guayaquil. Trabajaba activamente en las Misiones, siendo muy ponderado misionero, y dominaba las lenguas indígenas con gracia especial, restaurando pueblos destruidos. “En 1749 era misionero del pueblo de San Joaquín, en el tiempo de tanto estrago, el P. Martín Iriarte que como aficionado a la música, inteligente en ella y como quien conocía bien por la mucha práctica cuánto conducía su uso para atraer a los gentiles y para confirmar a los recién sacados del monte, tuvo mucho sentimiento por la falta de sus cantores y tañedores de instrumentos (por causa de la peste). Fue de mucha importancia haber enseñado el P. Iriarte a los omaguas a leer y escribir para la inteligencia precisa de notas y del tiempo de la música, y para aprender a tocar y cantar por punto en papeles que les diesen”. Después de muchos trabajos en las Misiones, es desterrado con todos los Misioneros a Italia por la expulsión de Carlos III en 1767. En Italia escribe su *Historia de las Misiones en el Marañón español* el P. Chantre Herrera, que nunca había estado en aquellas Misiones, pero el P. Martín Iriarte le ayudó muchísimo a componer la Historia, por haberla vivido él mismo al ser Misionero en la Provincia de Quito y por todas aquellas partes. Muere en Ravena el 23 de abril de 1779, con 72 años de edad y 49 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Ordóñez

P. Martín Ignacio de Benitua

n. 01.02.1728, Anzuola
i. 25.08.1746, Vergara
o. 24.11.1754, Salamanca?
g. 02.02.1764, Valladolid
+ 15.06. 1779, Pesaro

Martín Benitua nació en Anzuola, municipio guipuzcoano cercano a Vergara. Era paisano y sobrino del ilustre P. Juan Bautista Iriarte. En el Colegio jesuítico de Vergara debió de iniciar sus estudios, puesto que en el fue admitido en la Compañía de Jesús, a sus 18 años y medio, el 25 de agosto de 1746. Ingresó a continuación en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1746-48). Estudió el trienio Filosófico (Lógica, Física, Metafísica) en Santiago de Compostela (1749-52). Se ve que había estudiado ya algo de 1º de Teología, porque en el trienio 1752-55 lo encontramos en el Real Colegio de Salamanca estudiando los cursos 2º, 3º y 4º. Tras terminar su tercer curso, fue ordenado presbítero el 24 de noviembre de 1754 y en 1755-56 coronó su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio bajo la dirección del Instructor P. Juan Tomás San Cristóbal.

En 1758-59 lo encontramos en el Colegio de Orduña como Profesor de las clases 3ª-4ª-5ª de Gramática, Prefecto de Salud y encargado de la catequesis de los empleados. En 1760-61 está en el Colegio de Bilbao como Profesor de Lógica y Prefecto de Salud. En 1763-64 aparece en el Colegio de Segovia. Y el 1766-67 en el nuevo Colegio de Vitoria como Ministro, predicador y confesor de la Comunidad y en el templo.

De Vitoria salió expulsado al destierro el 3 de abril de 1767 en virtud de la Pragmática Sanción de Carlos III, juntamente con el ya anciano P. Adrián de Croce. La pequeña Comunidad vitoriana llegó a El Ferrol, desde donde zarparon 652 jesuitas de la Provincia de Castilla el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia.

El 21 de agosto de 1773, en virtud del Breve de Extinción del Papa Clemente XIV pasó al estado de Sacerdote Secular. Poco después anota el P. Luengo en su Diario que “el día 8 de octubre murió en esta ciudad de Bolonia el Padre o Sr. D. Juan Bautista Iriarte, el primero que muere en nuestra Provincia en el nuevo estado de Sacerdotes Seculares después de la extinción de la Compañía” y que en su testamento “dejaba todas sus cosillas a su sobrino D. Martín Benitua”. El P. Luengo nos ha legado también su siguiente recuerdo necrológico:

El P. Martín Benitua ha muerto en la Ciudad de Pesaro, de la Provincia de Urbino, a la que había ido desde aquí pocos meses ha por razón de una tísica muy adelantada, y no ha recibido beneficio alguno particular de la mudanza de aires y temple. Era un sujeto por sus buenas prendas, y aun por su edad, muy apreciable. Tenía buenos talentos para las ciencias y para las demás cosas, viveza, aplicación, laboriosidad, buen modo en el trato común con los

de fuera y con los Hermanos, juicio, maña, expedición y desembarazo en los negocios que ocurrían. Y era muy amigo de hacer bien y servir a todos. Y, lo que más importa, siempre tuvo, antes y después de la extinción dela Compañía, un porte muy cristiano y religioso. Su tísica ha sido muy poco a poco y ha tenido mucho que padecer, especialmente por las miserabilísimas circunstancias de nuestro estado. Pero también ha tenido la oportunidad de tener mucho tiempo para disponerse a una santa muerte, y no se ha descuidado en aprovecharse de él. Era natural de Anzuola, en la Provincia de Guipuzcoa en el Obispado de Calahorra, donde nació el 1º de febrero de 1728.

Isidro M^a Sans

H. Juan de Ziriza

n. 14.08.1730, Echarri
i. 23.07.1758, Villagarcía
g. 15.08.1768, Calvi
+ 03.08.1779, Fano

Juan de Ziriza era un navarro maduro y robusto cuando ingresó en el Noviciado de Villagarcía el 23 de julio de 1758: había cumplido ya sus 28 años de edad. Nacido en Echarri, su apellido parece revelar que sus antepasados procedían de la cercana localidad de Ciriza. Coronó el Noviciado con los votos del bienio, emitidos el 24 de julio de 1760 y fue destinado al Colegio de Pontevedra con los oficios de cocinero, despensero y visitador. Allí lo seguimos encontrando en 1763 pero ya con otro oficio, el de viñador. En 1767 estaba en el Colegio de Burgos con los oficios de sacristán, enfermero, hospedero y visitador de la oración. Y en Burgos le sorprendió la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III, por la que todos los jesuitas de sus dominios había de emprender el camino del destierro.

La Provincia de Castilla se fue reuniendo en el puerto de El Ferrol. Y el 24 de mayo, fiesta de San Juan Francisco de Regis, “muy temprano, tiró cañonazo de leva, como dicen los marinos, el navío de guerra *San Genaro*, que es la Nave Capitana de toda la escuadra o convoy”, compuesta por ocho embarcaciones que llevaban 652 jesuitas. El 19 de julio en la ciudad de Calvi de la isla de Córcega. Allí pudo el H. Ziriza incorporarse plenamente a la Compañía, juntamente con otros tres Hermanos, mediante la emisión de los Últimos Votos “en manos del P. Provincial Ignacio Ossorio que a este fin dijo Misa en la Parroquia”. Tras un año largo de “opresiones, miserias y trabajos”, el 19 de setiembre de 1768 reanudaron su aventura, primero por mar hasta Sestri Levante, en el Gofó de Génova, y luego por tierra hasta “los Estados del Sumo Pontífice”, en los que entraron el 5 de noviembre. Poco a poco fueron distribuyéndose en torno a Bolonia y por fin lograron aposentarse más fijamente en aquella Ciudad.

Por el Breve de Extinción de la Compañía de Jesús *Dominus et Redemptor*, promulgado por el Papa Clemente XIV el 21 de julio de 1773, dejó de ser legalmente jesuita, aunque lo siguió siendo de corazón hasta su muerte, acaecida el 3 de agosto de 1779 en la Ciudad de Fano. El P. Luengo nos cuenta el porqué de su fallecimiento fuera de Bolonia y nos lega un elogioso recuerdo de su modo de ser y comportarse:

Este día ha llegado aviso de la Ciudad de Fano de haber muerto allí el H. Coadjutor Juan Ziriza. Los que han tratado de cerca a este H. Ziriza, y mucho más los que han dirigido su conciencia, podrán escribir largamente de sus virtudes y de su ejemplarísima conducta. Yo sólo puedo decir lo que saben todos y es público en la Provincia, y esto es que era tenido en ella por un Coadjutor ejemplar y por un santo. Lleno siempre de males y trabajos, no sólo estaba en ellos conforme y resignado en la voluntad del Señor, sino tranquilo, festivo y agradable con todos. A pesar de sus pocas fuerzas y salud, siempre estaba pronto para hacer cualquier oficio que le encargasen los Superiores, y casi arrastrando trabajaba más de lo que su debilidad le permitía. Era hombre de recogimiento interior, moderado en el hablar, muy aficionado a la oración y a los demás ejercicios espirituales, humilde, servicial y afable para con todos, y obsequiosísimo para con los Sacerdotes, y con toda verdad de una virtud y santidad sobre la común y ordinaria. Pero sin afectación, sin singularidades odiosas que diesen en rostro. Y de esto es una prueba segura el ser estimado generalmente en toda la Provincia y ser tenido en ella por todos como un H. Coadjutor santo. La extinción de la Compañía no causó en él más mudanza que una muy pequeña y la forzosa en el vestido para no traer la sotana de jesuita. Hará un año salió de esta Ciudad obligado por sus males y con mucho sentimiento suyo por estar en ella el Cuerpo de la Provincia, y fue a vivir a la dicha

Ciudad de Fano, en donde ha muerto en los últimos días de julio o el 1º de agosto. Era natural de Echarri, en el Obispado de Pamplona, y nació a 14 de abril del año de 1730.

Isidro Mª Sans

H. Miguel de Santesteban

n. 31.03.1700, Zubiri
i. 13.10.1736, Villagarcía
g. 24.02.1747, Valladolid
+ 08.10.1779, San Juan (Bolonia)

Nació el 31 de marzo de 1700 en Zubiri, localidad ubicada entre Pamplona y Roncesvalles, en los Pirineos orientales del Reino de Navarra. Tenía ya 36 años cuando solicitó el ingreso en el Noviciado de Villagarcía, de la Compañía de Jesús. Era un hombre maduro, de aspecto robusto. Coronó el Noviciado (1736-38) con los votos del bienio emitidos el 14 de octubre de 1738. Tras algún tiempo como cocinero en el Colegio de Oviedo, fue destinado al Colegio vallisoletano de San Ambrosio, donde ejerció el cargo de ayudante del Procurador (1740-52), conjugado algún tiempo (1743-46) con el oficio de Despensero. Pasó luego al Colegio de Burgos como Procurador (1752-59): “en Burgos se establecieron a mediados del siglo XVIII los jesuitas y pusieron una Imprenta; para los gastos e instalación adelantó el Colegio parte del capital, y lo restante el Padre Francisco Javier Idiáquez S.I.”. Tres Padres estuvieron al frente de la Imprenta. Como Administrador estuvo el Hermano Santesteban S.I., por lo menos desde el 1º de enero de 1757 al 30 de septiembre de 1758. Regresó después al Colegio vallisoletano de San Ambrosio como ayudante del Administrador de la finca de Mucientes. En 1766-67 se encontraba en el Colegio Inglés de San Albano, en Valladolid, desde donde tuvo que emprender el camino del destierro el 3 de abril de 1767 en virtud de la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III.

En el puerto de El Ferrol embarcó en el convoy de ocho naves que llevaron a 652 jesuitas de la Provincia de Castilla. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Luego se asentaron en el interior de la ciudad.

Tras la extinción de la Compañía promulgado por el Papa Clemente XIV el 21 de julio de 1773, se retiró de Bolonia al pueblo de San Juan “a vivir en compañía de otros tres HH. Coadjutores”. De mañana se iba a la Iglesia de la Parroquia, y después de hacer sus oraciones hacía algunas visitas de necesidad o de caridad; después en casa servía la mesa, hacía sus lecturas espirituales largas, y sus oraciones. Allí murió a sus 79 años de edad. El P. Luengo nos ha legado su recuerdo en las siguientes líneas necrológicas de su Diario:

Ha llegado aviso del pueblo de San Juan de haber muerto allí el H. Coadjutor Miguel Santesteban. Pocos Hermanos Coadjutores he conocido y tratado alguna cosa tan cumplidos y que tanto me hayan agradado como este H. Miguel. Era advertido y de un juicio bien puesto, y en España, en donde no le conocí, fue Procurador en uno o más Colegios. En Córcega y en este país le ocuparon los Superiores en cuidar de algunos enfermos y últimamente en el oficio de Portero de una Casa, y todo lo hacía con muy particular cuidado, diligencia y exactitud. Y por lo demás era muy modesto, agradable, siempre religiosamente alegre y festivo, obediente y rendido a los Superiores hasta la nimiedad si la puede haber en un Religioso en este punto, humilde, pobre en su vestido y en todas sus cosas, y enteramente entregado a ejercicios de

piedad y devoción en cuanto se lo permitían sus ocupaciones. Después de la extinción de la Compañía se han conocido mejor muchas de estas virtudes del H. Miguel. Al instante se retiró de Bolonia, en donde había vivido, y se fue al pueblo de San Juan a vivir en compañía de otros tres HH. Coadjutores que cuidasen de él en las cosas temporales para poderse entregar del todo a la oración, lección de libros espirituales y otros ejercicios piadosos. Vestido de un saco negro, más pobre que la sotana de jesuita, y no por necesidad pues tenía buenos socorros de España, ni tampoco por miseria pues daba buenas limosnas a otros, ha tenido estos 6 años después de la extinción de la Compañía una vida muy ajustada, muy ejemplar y propiamente de un santo. Antes que se abriese la Iglesia del lugar, estaba un buen rato aguardando a la puerta, y desde aquella hora, que por este tiempo es antes de amanecer, hasta la noche, a excepción de un corto paseo por la tarde y alguna otra vez una visita de caridad o de atención, todo el día, y constantísimamente lo mismo uno que otro, lo empleaba en oír Misas y ayudarlas, en oración, en lección de libros espirituales y en otros ejercicios devotos. Y se cree que su misma devoción ha sido la causa de su muerte porque, siguiendo su santo empeño, aunque era ya un hombre de casi 80 años, de ir a esperar a que abriesen la Iglesia, una de estas mañanas, que salió muy fría, volvió a casa herido de la enfermedad que en pocos días le ha arrebatado. Y no le ha impedido la violencia del mal el tener una muerte no sólo santa y preciosa, sino también sumamente sosegada y apacible. Ayer se le hizo en la Parroquia del dicho lugar el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros. Era natural de Zubiri, en el Obispado de Pamplona, y nació a 8 de marzo del año de 1700.

Isidro M^a Sans

H. Francisco de Ojeda Peciña

- n. 28.10.1705, Labastida
- i. 07.07.1725, Villagarcía
- g. 02.02.1736, Valladolid
- + 28.02.1780, Bolonia

Francisco nació en Labastida (Álava) el 28 de octubre de 1705, hijo de Francisco de Ojeda y Jerónima de Peciña. Tenía 19 años de edad cuando el 7 de julio de 1725 le recibió el P. Rector Manuel Prado en el Noviciado de Villagarcía de Campos. Como muchos Hermanos, una vez coronado el Noviciado con los votos del bienio, inició su vida activa destinado al oficio de cocinero (1727-28), pero con la particularidad de ejercerlo en el importante Colegio vallisoletano de San Ignacio; y allí permanece dos años más (1728-30) con el oficio de despensero. A continuación emprende el ejercicio de lo que parece amoldarse mejor a su temperamento: el cargo de Procurador. Comienza, como es natural, por ser Ayudante de Procurador en el Colegio de Segovia (1730-32). Y pasa ascendiendo a ser Ayudante del Procurador Provincial en la Curia de Castilla (1732-38). Vuelve a encargarse de una Procura local, primero la del Colegio de Palencia (1738-41) y después la del Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1741-45). Tras un paréntesis de dos años como *ludimagister* o profesor de niños en el Colegio de San Sebastián (1745-47), se asienta finalmente en Madrid como uno de los tres ayudantes del Procurador P. Nieto en la Corte de Madrid, encargado más concretamente del “importante oficio de Procurador de los Juros de la Provincia” (1747-67). Y allí, 20 años después, le sorprende la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III, por la que todos los jesuitas residentes en los Dominios del Rey Católico deben emprender el camino del destierro.

Dado su cargo, hubo de permanecer aún cierto tiempo en España “para dar cuenta de los caudales que estaban en su poder” y salir después hacia Cartagena, desde donde tras casi un mes de navegación desde el puerto de Cartagena, arribó al puerto de Ajaccio (Córcega) el 2 de noviembre de 1767. “Se reunió a la Provincia en el viaje al Estado Pontificio”, iniciado desde Sestri Levante el 25 de octubre de 1768. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia, Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares y casas en torno a Bolonia hasta que pudieron acomodarse en la Ciudad misma. El P. Luengo nos ha legado las siguientes notas sobre sus últimos años y días:

Ayer murió en esta Ciudad de Bolonia el H. Coadjutor Francisco Ojeda. Cuando salimos desterrados de España, estaba en la Corte de Madrid en el importante oficio de Procurador de los Juros de la Provincia, y por esta causa se quedó allí algún tiempo, como los demás Procuradores, para dar cuenta de los caudales que estaban en su poder. En el destierro, habiendo vivido algunos meses en la Ciudad de Ajaccio de Córcega, se reunió a la Provincia en el viaje al Estado Pontificio. Y aquí siempre vivió en la numerosa Casa de los Escolares Teólogos, a la que no dejó de hacer algún bien, socorriéndola de su peculio particular en algunas necesidades y dando algún dinero para libros y para otras cosas útiles para el servicio de la Casa. Por lo demás, yo viví un año con este H. Ojeda, a quien antes no había conocido, y su porte me pareció muy religioso y ajustado, con exactitud y puntualidad en los ejercicios

espirituales, con juicio en las demás cosas y con buenos respeto para con todos, y especialmente para con los Sacerdotes. Después de la extinción de la Compañía, hallándose ya muy falto de fuerzas y muy pesado, casi no salía de su casa, en la que vivió siempre con otros en el mayor número que pudo, sino a una Iglesia vecina en la que pasaba mucha parte de la mañana y de la tarde, encomendándose al Señor y negociando una buena muerte. Y piadosamente debemos creer que el Señor se la ha concedido. Esta mañana se le hizo el Oficio al modo regular en la Parroquia de Santa Catalina de la calle de Zaragoza, asistiendo en buen número de la Provincia, no obstante que hay una buena media vara de nieve sobre la tierra. Era natural de Labastida, en el Obispado de Calahorra, y nació a 28 de octubre del año de 1705.

Isidro M^a Sans

P. Martín Ocerínjáuregui

- n. 11.11.1744, Durango
- i. 11.11.1764, Villagarcía de Campos
- g. 12.03.1769, profesión de tres votos
- o. 21.12.1772, Forlì Popoli
- + 20.03.1780, Bolonia

Martín Ocerín nació el 17 de noviembre de 1744 en Durango. E ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos el día que cumplía sus 20 años de edad. una vez emitidos los votos del bienio, permanecía en aquel Colegio-Noviciado cuando el 3 de abril de 1767 acaeció la invasión de aquella Casa por las tropas de Carlos III y la intimación de su Real Pragmática por la que todos los jesuitas residentes en sus Dominios debía emprender el camino del exilio. De Villagarcía a Rioseco, Ampudia, Palencia, Magaz, Torquemada. Allí se quedaron los Novicios, mientras los demás continuaban hasta Santander. De Santander a El Ferrol por vía marítima. Y desde El Ferrol hacia los Estados del Papa, de donde hubieron de volver atrás. Abandonados en Calvi (Córcega) el 19 de julio, allí pasaron un largo año, aunque el H. Ocerín y sus compañeros continuaron sus estudios a pesar de las innumerables dificultades que hubieron de padecer. Por fin pudieron salir de Córcega y llegar a Sestri Levante, en el Golfo de Génova, desde donde tras nuevas peripecias consiguieron llegar a Bolonia, en el Estado Pontificio.

Pero el H. Ocerín, más que por todos aquellos avatares, es digno de memoria por su particular tenacidad en afianzar su vocación mediante la vía abierta por la 5ª Congregación General (1583-84) a la Compañía española: la renuncia a sus Mayorazgos y la consiguiente emisión de la Profesión de tres votos. He aquí la primera escena narrada por el P. Luengo en su Diario, a 24 de enero de 1768: “Queriendo el H. Martín Ocerín hacer renuncia de un Mayorazgo que o posee ya o por lo menos es el heredero inmediato, fue a estar con el [Comisario Real] Sr. Coronel para suplicarle que dirigiese a España una carta en la cual pensaba incluir la renuncia de dicho Mayorazgo. Aquí tomó la palabra el Comisario y valiéndose de esta ocasión, a su parecer tan oportuna, le dijo en substancia: ¿Pues no será mejor que Vd. se vaya a España a gozar de su mayorazgo? No sea Vd. bobo, que después le ha de pesar. ¿Qué ha de hacer Vd. aquí en tanta miseria y con tantos trabajos?”. El H. Ocerín le respondió “que aquel su consejo era malo, impío y sacrílego”.

Segunda escena, a 12 de abril de 1768: “El Tesorero Migliorini” ha traído “10 Rescriptos de Roma de secularización para sujetos de esta Provincia de Castilla y de la de Andalucía”; uno de ellos era “para el H. Martín Ocerín, Escolar”. “Estos pobres, que ni han pedido la secularización ni han dado poder para que ninguno la pida en su nombre, ni aun tenían la más mínima noticia de la cosa, han quedado aturdidos, espantados y casi fuera de sí y sumamente afligidos, temiendo que sin saber ellos nada ni tener parte ninguna en ello se vieses obligados a salir de la Compañía, pero en este punto se les consoló presto dándoles toda la seguridad conveniente de que, no queriendo ellos, nada importaban aquellos Rescriptos”.

Tercera escena, a 12 de marzo de 1769: “Este mismo día ha hecho la profesión de tres votos *ratione maioratus*, según se acostumbraba en la Asistencia de España el H. Martín Ocerín, escolar, que está en el segundo año de Filosofía. Para hacer con la formalidad conveniente y delante del Notario la renuncia de su Mayorazgo, fue el día 8 de este mes a San Juan, y allí se hizo el instrumento de la renuncia con admiración y pasmo de los del país, que lo han visto o sabido, no acabando de admirarse de que un joven, en las circunstancias en que se halla la Compañía, renuncie a un mayorazgo de buena renta, que por su nacimiento le compete. Pero el H. Martín está muy alegre y contento de haber hecho su renuncia y su

profesión y de haberse unido por medio de ella más íntima y estrechamente con su Madre la Compañía”.

Cuarta escena, a 6 de febrero de 1773: “Han tenido buen efecto las diligencias que se han practicado a favor de los PP. Javier Iturbe y Martín Ocerín en orden a que se les borrarse, como era justo, de la lista de secularizados que, a petición del Ministro de España, había dado la Penitenciaría Romana. De lo que en otras partes se ha dicho de estos dos sujetos consta, evidentemente, que de ningún modo merecen el nombre de secularizados y así, contra justicia y razón, les había puesto en la dicha lista”.

El P. Luengo nos ha legado, además, la siguiente abundosa nota necrológica sobre la manera de ser y los últimos tiempos del P. Martín Ocerín:

“Este día ha llegado aviso de la Ciudad de Cento de haber muerto allí ayer el P. Martín Ocerín. Al tiempo que salimos desterrados de España, vivía en nuestro Noviciado de Villagarcía, aunque ya había hecho los votos del bienio y no era Novicio. Siguió, pues, la suerte de los antiguos y sin pasar por examen ni prueba alguna llegó con los Padres al puerto de Santander y se embarcó con ellos. Tenía este joven un Mayorazgo por su familia y, según estaba arreglado este punto en España, a los 4 años de Religión debía renunciar al Mayorazgo y por esta causa hacer Profesión solemne de tres votos. En este caso se halló este H. Ocerín el año de 1769 viviendo ya en este Estado Pontificio, y ni por su parte ni por parte de la Provincia se hizo en esto novedad alguna. Se tomaron a su tiempo los informes, como si estuviéramos en España, y se enviaron a Roma para que de allá viniese la facultad de hacer la Profesión solemne de tres votos *ratione majoratus*. Pero en Roma se mostró mucha dificultad en enviarle la Profesión por razón de las críticas circunstancias en que se hallaba entonces la Compañía y mucho más la Asistencia Española, teniendo por más acertado que conservase su Mayorazgo y dejase de hacer la Profesión que el que hiciese ésta, habiendo de renunciar lo otro. Mas el joven Ocerín, a cuyo favor se pensaba y procedía de esta manera en Roma, para que en caso de secularizarse de éste o del otro modo, conservase la posesión de sus rentas, mostró tan poco aprecio de su Mayorazgo en razón de lograr la dicha de unirse más con su Madre la Compañía de Jesús, aunque tan abatida y deshonorada, y tanto deseó hacer la Profesión que al cabo se le dio gusto y la hizo el año de 1769, renunciando al mismo tiempo al Mayorazgo de su Casa. Fue sin duda una acción muy bella, piadosa y loable ésta del joven Ocerín, y una prueba en las circunstancias algo particular de su constancia en la vocación y de su amor y ternura para con su Madre la Compañía. Pero entre nosotros, por nuestra educación en este punto, no pasa de aquí y no llega a ser ni imprudencia ni temeridad ni tampoco una cosa extraordinaria y heroica, pues es certísimo que entre nuestros jóvenes no había uno que no hiciese con gusto en este caso lo mismo que el H. Ocerín. En Italia se pensaba de un modo muy diferente sobre este particular, o porque a nuestros jóvenes no se inspiraba un amor tan tierno para con la Compañía de Jesús o porque éste no podía prevalecer contra los principios y máximas de interés personal, con que se crían aquí los niños desde que tienen uso de razón, que en España generalmente se ignoran. Y así no habría entre los jesuitas italianos uno que no mirase esta resolución del H. Ocerín o como una temeridad o como un heroísmo. Es buena prueba de esto el estar entonces en Bolonia un jesuita grave, Rector del Seminario de Nobles de San Javier, y hombre por lo menos de 40 años, sin haber hecho la Profesión de cuatro votos sin otro motivo que conservar el derecho a algún mayorazgo u otros bienes para el caso de salir al siglo. Otra es la misma resistencia de Roma en dar la Profesión a este joven por la sola razón de intereses temporales. Y una tercera más eficaz y más copiosa todo lo que dijimos en este Diario el año de 1773 con ocasión de cierta Orden del P. General Lorenzo Ricci a toda la Asistencia de España o por lo menos a nuestra Provincia de Castilla.

El H. Ocerín tenía no malos talentos para las ciencias, era un joven cándido, de buenos respetos, servicial, y tuvo un proceder ajustado y religioso hasta que fue extinguida la Compañía de Jesús el año de 1773, hallándose ya en el tercer año de Teología y ordenado de Sacerdote. Pero después de la extinción, viéndose en libertad, tuvo la flaqueza y desgracia que otros varios, de aficionarse a la profanidad en el vestir, a pasatiempos y diversiones

mundanas. Y más que todo lo demás, se reprendía en este joven el desconcierto en su modo de vivir con un peligro evidente de perder la salud y la vida, como efectivamente ha sucedido. En estas circunstancias, aunque él por ventura ya se había arrepentido de la renuncia de su Mayorazgo, le ha sido ésta por dos lados útil y provechosa. Por una parte, no gozando de sus rentas ni aun socorros de su familia, le ha faltado un grande fomento para sus caprichos y despropósitos; y por otra, como piadosamente se puede creer, ha sido la causa de que el Señor haya usado con él de una gran misericordia, dándole tiempo, oportunidad y las demás cosas necesarias para lograr una santa muerte. En efecto, dos o tres meses ante de morir se reconoció su mal incurable, hallándose en la Ciudad de Cento en casa de tres Sacerdotes de nuestra Provincia, que con mucha caridad le habían recibido en ella. Y estos mismos escriben que con muy particular fervor ha hecho todas las disposiciones cristianas para morir y que ha tenido una muerte preciosa y envidiable. Y hoy se le habrá hecho el Oficio, con la decencia acostumbrada entre nosotros, en la dicha Ciudad de Cento. Era natural de Durango, en el Obispado de Calahorra, y nació a 11 de noviembre del año de 1744”.

Isidro M^a Sans

P. Martín de Xarabeitia

n. 02.02.1717, Bilbao
i. 14.04.1735, Villagarcía
o. 21.09.1742, Salamanca
g. 15.08.1751, Valladolid?
+ 09.05.1780, Bolonia

Martín de Xarabeitia nació en Bilbao el 2 de febrero de 1717, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. Seguramente estudió sus primeras letras en el Colegio jesuítico de San Andrés de su Villa natal. Con las letras le fue prendiendo el fuego de la vocación: el 14 de abril de 1735, a sus 18 años de edad, ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1735-37). Dada su formación previa, sólo estudió o repasó dos años de Filosofía (Física y Metafísica) en el Colegio de Santiago de Compostela. E inmediatamente se trasladó al Real Colegio de Salamanca para dedicarse al estudio de la Teología (1739-43); finalizado el tercer año, recibió en el mismo Salamanca las órdenes de manos de Msr. J. Granado el 21 de setiembre de 1742. Es de suponer que a continuación haría la Tercera Probación en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1743-44), con la que coronó su formación jesuítica.

El primer destino de su vida activa le condujo al Colegio de Pamplona, donde enseñó el trienio filosófico: Lógica, Física, Metafísica (1747-50). Pasó luego al Colegio vallisoletano de San Ambrosio como profesor de Teología y Maestro de Estudiantes (1750-51). Y tras haber emitido la Profesión solemne el 15 de agosto de 1751, prosiguió con el mismo empleo en el Real Colegio de Salamanca (1751-54). En el mismo Colegio salmantino explicó después Teología Moral (1754-56); en su segundo año ejerció como Consultor. En San Ambrosio de Valladolid lo encontramos de nuevo como consultor al mismo tiempo que profesor de Teología y confesor de la Comunidad y en el templo (1757-60). Y a renglón seguido inicia su etapa de gobierno al tomar posesión en noviembre de 1760 del Rectorado del Colegio de Logroño. El 15 de abril de 1765 tomó posesión del Rectorado de Burgos y allí le sorprendió el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción, por la que la Compañía española había de salir de todos los Dominios del Rey Católico hacia el exilio.

Desde el puerto de El Ferrol, en el que fueron concentrados los jesuitas de la Provincia de Castilla, emprendió el viaje hacia los Estados Pontificios en el convoy formado por ocho naves el 24 de mayo de 1767. Al no lograr desembarcar en Civitavecchia, hubieron de volverse atrás y el 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. “Cerca de la misma ciudad de Bolonia se han establecido dos casas o Colegios”. Uno “está fuera de la puerta llamada Romana, como a 3 millas de la ciudad a la izquierda del camino real, y apartado de él como una milla. Se llama Rota por ser de un Senador de Bolonia de este apellido. En él viven cerca de 50 sujetos y es su Rector el P. Martín de Xarabeitia”. Luego consiguieron alojarse dentro de la misma Ciudad de Bolonia y el P. Martín Xarabeitia fue Rector de una casa “que está casi enfrente del Noviciado de San Ignacio” de la Compañía

Italiana. El P. Luengo nos ha legado una nota necrológica en la que anota sus últimos tiempos y su piadosa y santa muerte el 8 de mayo de 1780:

Antesdeayer murió en esta Ciudad el P. Martín Xarabeitia. Tuvo talentos más que ordinarios para las ciencias, y después de haber enseñado Filosofía en dos Colegios principales de la Provincia, enseñó algunos años Teología a nuestros jóvenes en los Colegios de Salamanca y Valladolid, y escribió con buen gusto y con ingenio algunos Tratados Teológicos. Al mismo tiempo que salimos de España, era ya Rector en el Colegio de Burgos, y en él se hizo el arresto de un modo tan indecente y tan violento que no hubiera sido extraño que hubiera costado la vida a este P. Xarabeitia, según era por su genio vivo y temeroso. A él mismo le llamaron para confesar a cierta persona distinguida, y al mismo salir por la puerta en compañía del H. Manuel Acosta, Procurador del Colegio, se halló rodeado de tropa, que impetuosamente se metió dentro de Casa, con el pasmo, susto y pavor que se deja entender. En el destierro, así en la Ciudad de Calvi de la Isla de Córcega como en esta Ciudad de Bolonia prosiguió siempre, hasta la extinción de la Compañía, siendo Superior de una Casa numerosa. Y después de aquella desgracia ha vivido formando, del modo que se puede, Comunidad con otros compañeros en el mayor número que han permitido las Órdenes de estos Comisarios.

En su vestido no hizo más mudanza que la precisa para obedecer al Breve del Papa, y en su género de vida ninguna, viviendo después de la extinción del mismo modo y con el mismo orden y método que cuanto era Religioso. Mientras duró la Compañía, le fue exacto, observante, aficionado al retiro, al estudio y a la oración, y de una conciencia tan limpia y delicada que ya llegaba a ser tímida y escrupulosa. La debilidad de sus fuerzas, la delicadeza de su salud y la viveza de su fantasía, además de haberle hecho a Su Reverencia más pesados y molestos los trabajos y miserias de estos 13 últimos años, han ayudado mucho para hacer más pesada una cruz por sí misma no poco molesta con que el Señor le ha probado y purificado estos 14 o 16 meses últimos de su vida. Tuvo una enfermedad muy grave y peligrosa, de la que salió con mucho trabajo, e iba convaleciendo poco a poco cuando empezaron en esta Ciudad los temblores de tierra. Estos le hicieron una impresión tan fuerte, le turbaron y consternaron tanto que se cortó enteramente la convalecencia y se llenó de nuevos males complicados con los antiguos. Unos y otros le han tenido muchos meses postrado en una cama con muchos trabajos, incomodidades y dolores, que ha sufrido con gran paciencia y conformidad con la voluntad del Señor. Su muerte ha sido tan piadosa y tan santa como regularmente corresponde a una vida inocente y fervorosa coronada de grandes trabajos tolerados con cristiano sufrimiento y resignación. Esta mañana se le ha hecho el Oficio al modo regular y usado entre nosotros en la Parroquia de Santo Tomas del mercado del medio con extraordinario concurso de los de la Provincia así a celebrar como a la Misa cantada. Era natural de la Villa de Bilbao, en el Señorío de Vizcaya y del Obispado de Calahorra, y nació a 2 de febrero del año de 1717.

Isidro M^a Sans

P. Luis de Labastida

n. 19.08.1736, Corella
i. 13.05.1754, Pamplona
o. 18.09.1762, Salamanca
g. 15.08.1771, Bolonia
+ 10.09.1780, Monzón

Luis de Labastida nació el 19 de agosto de 1736 en Corella (Navarra). Debió de estudiar sus primeras letras en el Colegio de Pamplona, porque en él fue admitido en la Compañía de Jesús. A continuación se trasladó al Noviciado de Villagarcía de Campos, que coronó dos años después (1754-56) con los votos del bienio. A renglón seguido cursó la Filosofía (Lógica, Física y Metafísica) en el Colegio de Palencia (1756-59) y la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1759-63), recibiendo la ordenación presbiteral el 18 de setiembre de 1762, una vez concluido 3º de Teología. A renglón seguido fue destinado al Colegio de Oviedo y luego al de Burgos, donde enseñó Gramática (clases 3ª-4ª-5ª) y Catequesis a los empleados. En Burgos le sorprendió el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción, por la que la Compañía era expulsada de todos los Dominios del Rey Católico.

Desde el puerto de El Ferrol zarpó el convoy de ocho naves que llevaban a 652 jesuitas de la Provincia de Castilla rumbo a los Estados Pontificios. Pero no pudiendo desembarcar en Civitavecchia, tras otro mes largo de navegación, los desterrados fueron abandonados el 19 de julio en la Ciudad de Calvi (Córcega). Allí permanecieron algo más de un año, hasta que la compasión del Papa les permitió acogerse a su sombra. El 26 de agosto “muy de mañana se descubrió cerca del puerto un convoy de trece gruesas embarcaciones”, que “venían por nosotros”. El 19 de setiembre se inició la navegación hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Desembarcados el 11 de octubre en la playa del Lazareto y, tras unos días de estancia en él, se reinició la aventura el 21 de octubre, primero por mar de nuevo hasta Sestri Levante y luego ya por tierra el 25 de octubre, contando con algunas caballerías, que resultaron más bien escasas. La primera parte del viaje resultó muy dura: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos: en suma, unos caminos tan ásperos, tan escabrosos y malos, que sujetos que han caminado en España por Galicia, Asturias y Vizcaya aseguran que todas aquellas cuestas y alturas no tienen comparación con éstas. Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena; y ya en coches y calesas. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

El P. Luis de Labastida se incorporó plenamente mediante su Profesión Solemne el 15 de agosto de 1771 en Bolonia. Y falleció cerca de Roma, en Monzón, como nos cuenta en su Diario el P. Luengo:

En este correo avisan de Roma que murió en Monzón, no lejos de aquella Ciudad el 10 de este mes el P. Luis Labastida, de nuestra Provincia. Anduvimos juntos varios años de estudios de Teología y el año de Tercera Probación. Y siempre le vi igual y parecido a sí mismo, y era uno de los jóvenes más cabales. No eran grandes sus talentos para la ciencias, pero el juicio, la aplicación y otras prendas naturales le hacían un sujeto muy útil para la enseñanza de las Facultades menores y para el ejercicio de todo género de ministerios. Aun de joven tenía un asiento, una madurez y cordura en todas las cosas, propias de un hombre ya hecho, y siempre un genio muy suave y un modo en el trato común muy atento, muy cariñoso,

muy afable y festivo con un aire de seriedad agradable. Y era muy amigo de dar gusto y servir a todos en las cosas que podía. Y su proceder fue siempre religioso y ajustado y propio de un jesuita exacto, observante y laborioso. Era muy querido y estimado en toda la Provincia y no podía menos de serlo, siendo cual se acaba de decir sin exageración alguna, y se ha conocido muy bien en el general y extraordinario sentimiento que se ha observado en ella por su temprana muerte. Algún otro año después de la extinción marchó desde aquí a Roma y de esta Ciudad salió por causa de su salud a Monzón, en donde ha muerto. Era natural de Corella, en el Reino de Navarra y del Obispado de Tarazona, y nació a 19 de agosto del año de 1736.

Isidro M^a Sans

P. Pedro de Jaureche

n. 02.01.1711, San Salvador de Urdax
i. 1731
o.
g. 15.08.1748,
+ xx.01.1781, Ravena

Nace el 2 de enero de 1711 en San Salvador de Urdax, hijo de Juan Jaureche y María de Usadibárez. En 1731 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 20 años de edad, para las Indias. Hace sus primeros votos el 19 de febrero de 1733. El 4 de noviembre de 1740 se encontraba ya en las Misiones del Paraguay. Pasa después destinado a Córdoba (Argentina) y el 15 de agosto de 1748 hacía su incorporación definitiva en la Compañía de Jesús y también la “renuncia de sus bienes” a favor de su madre. Entre otros cargos tuvo el de Procurador y también se dedicaba a dar Ejercicios Espirituales por toda la Provincia. En San Ignacio (Córdoba-Argentina) se encontraba el 12 de julio de 1767. Ese año es expulsado de las Misiones con todos los otros jesuitas por Carlos III cuando contaba 55 años. Después vivió en Italia hasta su muerte, que acaeció en Ravena el mes de enero de 1781, cuando contaba 70 años de edad y 50 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Valeriano Ordóñez

P. Pedro José de Górriz

n. 19.06.1719, Anzuola
i. 30.04.1736, Vergara
o. 06.12.1744, Osma
g. 15.08.1753, Bilbao
+ 03.02.1781, Ravena

Pedro José de Górriz nació en Anzuola (Guipuzcoa) el 19 de junio de 1719. Probablemente inició su formación en el Colegio de Vergara, fundado por D^a María de Centurione a fines del siglo XVI. Allí fue admitido en la Compañía de Jesús antes de cumplir sus 16 años, el 30 de abril de 1736. En Villagarcía de Campos fue recibido por el P. Carlos Gómez, Rector y Maestro de Novicios, para comenzar su Noviciado (1736-38). Coronado éste con los votos del bienio, se trasladó al Colegio de Palencia donde estudió el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1738-41). A renglón seguido cursó la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1741-45); y recién comenzado el 4º curso, el 6 de diciembre de 1744, fue ordenado presbítero, a sus 25 años. Es destinado entonces a su antiguo Colegio de Vergara como Ministro de la Comunidad y Profesor de 3ª clase de Gramática (1745-46). Y concluye su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación, dirigida por el Instructor P. Juan Estañán (1746-47).

A partir de este momento comienza propiamente su vida activa, preponderantemente en Colegio y Casas del País Vasco. Primero como Profesor de Gramática en Orduña (1747-49) y en Pamplona (1749-52), como Profesor de Lógica y de Física en Bilbao (1752-54). Y después en labores ministeriales en Azcoitia (1754-56) y Vergara (1758-61), donde se dedica a la predicación y al confesonario, además de dirigir una Congregación. Por fin es destinado al Colegio de Oñate como Profesor de Teología Moral, Consultor, Admonitor, Confesor, Prefecto de Casos de Conciencia y Director de la Congregación Universitaria.

El 3 de abril de 1767 le sorprende en Oñate la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III por la que la Compañía española se ve obligada a salir inmediatamente camino del destierro. Desde San Sebastián ha de navegar con sus compañeros hasta El Ferrol, punto de partida desde donde 652 jesuitas zarparon el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia.

Nada concreto sabemos de su vida en Italia, fuera de lo que brevemente recopila el P. Luego al dar noticia de su fallecimiento. “El día 3 de este mes murió el P. José Górriz en la Ciudad de Ravena, de la Provincia de la Romagna, a la que pasó poco hace desde éste de Bolonia. Nunca vi en España a este P. José y aquí le he conocido bien poco. Con todo eso, puedo decir que así en España como en este país hasta la extinción de la Compañía fue siempre un hombre de buena conducta y de un proceder regular, piadoso y devoto. Y después de nuestra desgracia se ha portado siempre en todas las cosas con juicio y edificación. Pero se ha hecho mucho daño, a lo menos para su salud, como ha sucedido a otros muchos, el verse

en libertad y dueño de sí mismo. Siempre ha vivido solo y no pocas veces ha andado en viajes, mudándose de una parte a otra con perjuicio de su salud. No hace mucho que salió de esta Ciudad, estando algo enfermo, y el fruto de este viaje fue perder del todo el juicio y cabeza, y parece que ha muerto sin volver en sí. Era natural de Anzuola, en el Obispado de Calahorra, y nació a 19 de junio del año de 1719”.

Isidro M^a Sans

P. José Cardiel Lagunas

- n. 18.03.1704, Laguardia
- i. 08.04.1720, Villagarcía de Campos
- o. c. 1719, Medina del Campo
- g. 15.08.1737, San Ignacio Guazú (Argentina)
- + 12.07.1781, Faenza

Estudió en el Colegio jesuita de Vitoria antes de entrar en la Compañía de Jesús. Cursó la Filosofía y Teología en Medina del Campo, donde fue muy influido por Pedro Calatayud. Destinado a la provincia del Paraguay, llegó a Buenos Aires el 19 abril 1729, en la expedición dirigida por Jerónimo Herrán. En 1731, fue enviado a las Reducciones del Paraná y trabajó en los pueblos de Santiago (1732) y Jesús (1734). Estaba en este último pueblo cuando hizo de capellán en el ejército de 4.000 guaraníes enviados a controlar la insurrección de los Comuneros (1734), que habían tomado la ciudad de Asunción (Paraguay) y dado muerte al Gobernador. En marzo 1742, pasó a la Reducción Santos Cosme y Damián hasta noviembre 1743, que fue enviado a la primera Reducción de Mocobíes, cerca de Santa Fe, al norte (en la actual Argentina), fundada a principios de año por Francisco Burgés.

En 1745, fue llamado a Buenos Aires para ir en la expedición del P. José Quiroga, organizada por orden de Felipe V, para explorar las costas de la Patagonia en búsqueda de un sitio donde establecer una colonia y averiguar la posibilidad de fundar Reducciones entre los indígenas que se hallasen. En el diario de viaje, Cardiel hizo la primera descripción de esa región costera al sur de Buenos Aires. Fue el primer europeo en llegar más allá de la bahía San Julián. El 20 febrero 1746, partió con 32 voluntarios. En cuatro días recorrió 120 leguas, buscando indígenas y un sitio adecuado para una colonia. Por fin, desde una altura pudo divisar una extensa planicie, sin hallar más que unos cuantos ñandúes y guanacos. A su vuelta a Buenos Aires, intentó sin éxito que las autoridades le permitiesen organizar una expedición por el sur de los Andes hasta el estrecho de Magallanes. Con todo, el Provincial Bernardo Nusdorffer lo envió a fundar al sur de Buenos Aires la primera misión entre los toelches, que solían hacer ataques en la ciudad. Con Tomás Falkner fundó (agosto 1747) la reducción de Nuestra Señora del Pilar, cerca de la actual playa de Mar del Plata, donde sendas calles tienen el nombre de ambos jesuitas. Pronto tuvo que dejarse la misión al negarse los patagones a asentarse en un sitio fijo. Desde allí, emprendió (1748) con seis indios un viaje hacia el sur, por zonas aún desconocidas a los europeos. Llegado a un río, probablemente el Claromeó, los indios rehusaron seguir más allá. Su recorrido está indicado en el mapa enviado por el virrey a Madrid en 1788. Destinado al Colegio de Asunción en 1749, Cardiel volvió a las reducciones guaraníes tras el Tratado de límites de 1750, que hizo trasladar los pueblos situados al sur del río Uruguay (en actual Brasil). En 1752, escribió a Lope Luis Altamirano, delegado del P. General Ignacio Visconti, opinando que el Tratado era injusto y que para ver que las órdenes del P. General no obligaban en conciencia bastaba “saber la doctrina cristiana”. En respuesta, Altamirano le mandó en virtud de santa obediencia no hablar ni escribir sobre el Tratado. Habiendo descargado su conciencia, Cardiel obedeció. Sobre la guerra guaraní que siguió, se conservan los relatos de Cardiel y de Tadeo Enis, que participaron en ella como capellanes.

Cuando llegó la orden de expulsión de la Compañía de Jesús, Cardiel estaba en Concepción (en actual Argentina). Llegó al Puerto de Santa María (España) en abril 1769. En el exilio italiano de Faenza acabó la elaboración de valiosos mapas y escribió su importante breve relación de las misiones jesuitas, fuente indispensable para la historia de las reducciones del Paraguay. Dos de sus hermanos fueron también jesuitas: Tomás, profesor en Valladolid, y Pedro Antonio, misionero en la provincia de Quito (actual Ecuador).

Obras.- *Relación verídica de las misiones de la Compañía de Jesús en la provincia que fue del Paraguay* (Faenza, 1772). *Diario de un viage a la costa de la Mar Magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el estrecho de Magallanes, formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga*, ed. P. Lozano (Buenos Aires, 1836). *Misiones del Paraguay. Declaración de la verdad*, ed. P. Hernández (Buenos Aires, 1900). *Carta inédita de la extremidad austral de América, construída por el P. José Cardiel en 1747*, ed. G. Furlong (Buenos Aires, 1940). *Diario del viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748*, ed. G. Furlong (Buenos Aires, 1930).

Fuentes.- ARSI: *Cast.* 21, 21a; *Paraq.* 6, 7, 7a.

Bibliografía.- Barreto, A., *Bibliografía sul-riograndense* (Río de Janeiro, 1973) 1:291-294. Brabo, F. J., *Inventarios de los pueblos de misiones* (Madrid, 1872) 60-74. Cardozo, E., *Historiografía paraguaya* (México, 1959) 330-337. Eguía, *España y sus misioneros* 199-201. Fiorito M. A., y Lazzarini, J. L., "Originalidad de nuestra organización popular (Selección de la Carta-Relación del P. J. Cardiel)", *Boletín de Espiritualidad* 37 (1975) 1-40. G. Furlong, *José Cardiel, S.J. y su Carta-Relación (1747)* (Buenos Aires, 1953). Heinsheimer, J., "El lago Cardiel", *Anales de la Academia Argentina de Geografía* (1958) 86-132. Hernández, P., *Organización social* (Barcelona, 1913) 2:514-614. Morris, I., *Una narración fiel de los peligros y desventuras que sobrellevó* (Buenos Aires, 1956). Polgár 3/1:458. Sommervogel 2:738. Storni, *Catálogo* 52. Id., "P. Guillermo Furlong, S.J.", *AHSI* 43 (1974) 497. Uriarte-Lecina 2:114-117. Wright, I. S., *Diccionario Histórico Argentino* (Buenos Aires, 1990) 121. *DHEE* 1:351. *EC* 3:777-778. *NCE* 3:103.

P. Caraman (†)

P. Vicente de Eleta

n. 20.04.1722, Pamplona
i. 17.10.1740, Villagarcía de Campos
o. 03.03.1748, Valladolid
g. 02.02.1757, ¿León?
+ 17.12.1781, Reinosa

Nace el 24 de abril de 1722 en Pamplona. Ingresa en el Noviciado de Villagarcía el 17 de octubre de 1740, a sus 18 años de edad, y al parece con algunos estudios de Filosofía. Debió de repasarlos en el Colegio-Filosofado de Palencia durante el bienio 1742-44. Cursó la Teología en el Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1744-48) y fue ordenado sacerdote el 3 de marzo de 1748. En el Colegio vallisoletano de San Ignacio coronó su formación jesuítica con la Tercera Probación (1749-50) bajo la dirección del Instructor P. Francisco Atela.

Inicia su vida activa como Profesor de la 3ª clase de Gramática en el Colegio de Arévalo (1750-53) y en el mismo sigue luego como Ministro de la Casa y Profesor de las clases inferiores (1753-55). A continuación enseña Filosofía en el Colegio de Villafranca (1755-56). Tras pasar por el Colegio de León (donde probablemente emite su Profesión solemne de 4 votos) le encontramos en el Colegio de Medina como Predicador, Consultor, Profesor y Confesor en el templo (1758-59) y luego en el Colegio de Oñate como Ministro (1760-61), después en el de Soria (1763-64) y de nuevo en el de Arévalo (1766-67), donde había comenzado su vida activa, como Profesor de Teología Moral, Prefecto de Casos de Conciencia y de Salud, Confesor de la Comunidad y en el templo. De Arévalo salió camino del destierro el 3 de abril de 1767, aunque al fin se quedó en España, como nos cuenta el P. Manuel Luengo tras enterarse de su fallecimiento en el Convento Franciscano de Reinosa:

En España murió el año pasado otro sujeto de nuestra Provincia, que se quedó allá y me inclino mucho a que no se notó aquí su muerte. Éste es el Padre Eleta, a quien yo conocí poco antes de nuestro destierro en el Colegio de la Villa de Arévalo, en el que era Maestro de Moral. Era un jesuita de un trato agradable y festivo, muy piadoso, exacto en los ejercicios de la vida religiosa y aplicado a los ministerios de confesar y predicar. Al principio siguió la suerte de todos y, arrestado en el dicho Colegio, emprendió con todos los demás el viaje hacia Santander; mas al cabo no se embarcó para Italia. No le faltaban males, pero otros muchos vinieron a Italia con otros mayores. Sus males, su genio algo tímido y pusilánime, y más que todo su apellido Eleta, fueron bastantes para hacerle quedarse allá. El Padre Confesor del Rey tiene este mismo apellido, y bien sean parientes, como dicen algunos, o tuviese anhelo de serlo, porque ganara con este parentesco alguna cosa, lo cierto es que se le ofreció espontáneamente por este respeto la licencia para quedarse en España, con mayor facilidad que a otros que tenían más justas razones. De cualquier modo, al buen Padre le pesaría muchas veces, sin duda, el haberse quedado allá, como sucedió generalmente a otros varios que se quedaron en España con algún motivo, o por necesidad. Aunque puede ser que el ser mirado como pariente del Padre Confesor del Rey fuese causa de que se le tratase algo mejor en el Convento de los Religiosos Franciscanos de la Villa de Reinosa, de lo que generalmente se trato a los otros en diversos establecimientos. En el dicho Convento de Reinosa murió el año pasado de 81 años de edad, y no escriben, lo que parece, circunstancia alguna particular de su muerte. Era natural de la ciudad de Pamplona, capital del Reino de Navarra.

Isidro Mª Sans

P. Esteban Terreros Pando

- n. 12.07.1707, Trucíos
- i. 10.06.1727, Villarejo de Fuentes
- o. c.1739, Alcalá
- g. 15.08.1744, Madrid
- + 03.01.1782, Forlì

De familia noble, su tío lo acogió en Madrid al quedar Esteban huérfano de padre. Después del Noviciado y estudios clásicos en Villarejo, coronó tres años de Filosofía en Oropesa y cuatro de Teología en Alcalá con sendos actos académicos públicos, indicio del concepto en que le tenían sus maestros. Comenzó su docencia humanística en el Seminario de Nobles de Madrid e, interrumpida por quebrantos de salud, enseñó matemáticas en el mismo centro hasta 1757, y luego en el Colegio Imperial. Promulgado el decreto de expulsión de la Compañía de Jesús (1767), pasó a Italia, se instaló en Forlì y prosiguió con la misma intensidad su trabajo hasta la muerte.

Sus obras mayores en España fueron *Espectáculo de la Naturaleza* y el *Diccionario*, muy relacionado con la primera. La adaptación y anotación del texto francés del abate Noël A. Pluche le exigió un previo trabajo lexicográfico, como hasta entonces no se había realizado en España. “Armado de constancia”, dice de sí mismo, tuvo que hacerse “hortelano, fabricante, pescador, tejedor...”, empleando innumerables horas en interrogar pluma en mano a toda clase de artesanos y labradores para recoger todo el vocabulario de los más variados oficios y especialidades, además del que podía encontrar en una completa colección de diccionarios. “Tal vez la aportación más importante y original de Terreros a la lexicografía española fue la de inaugurar en ella lo que podríamos llamar el ‘trabajo de campo’” (P. Álvarez de Miranda, a.c. 566). El *Espectáculo* estimuló el conocimiento del mundo circundante; su éxito social recuerda el de la *Encyclopédie* en Francia. Era natural que este trabajo le llevara a concebir un diccionario cuadrilingüe (dejó para más tarde un especial “diccionario de artes y ciencias”). Aunque publicados en 1786-1788 los tomos 1-3 por los bibliotecarios de los Reales Estudios de San Isidro, F. Messeguer y M. de Manuel, la redacción se debe íntegramente a Terreros, que corrigió 300 pliegos antes de 1767. El tomo 4, publicado por de Manuel (1793), contiene sólo los listados latino, francés e italiano, con sus equivalencias, de las voces incluidas. Comparado con el *Diccionario de Autoridades*, de 1726-1729, es menos completo en la gramática y casi no aduce “autoridades”; pero es mucho más abundante en el caudal léxico (unas 60.000 entradas frente a las 42.500 del académico, según Alvar Ezquerra). No sigue servilmente sus definiciones, como se ha hecho con frecuencia; pero elogia con sinceridad a sus predecesores (ofrecido un sillón en la Academia, no lo aceptó).

En el t.13 del *Espectáculo* sustituyó la paleografía francesa por una española, que había pedido a su colega y amigo, Andrés M. Burriel. De ella se sacaron (1755) 100 ejemplares, y en uno de ellos escribió Burriel: “En esta impresión primera, aunque hablé en nombre ajeno, todo fue mío, porque cuidé también de la corrección de las pruebas de imprenta. Así soy responsable de los yerros formales y materiales...”. Sin embargo, en la redacción se aprecia la mano de Terreros -más capacitado en los aspectos filológicos-y no cabe dudar de su probidad al atribuir a Burriel sólo las láminas de escrituras antiguas.

Obras. [N.-A. Pluche], *Espectáculo de la Naturaleza, o Conversaciones acerca de las particularidades de la Historia Natural*, 16 v. (Madrid, 1753-1755). [Id.], *Carta de un padre de familias, en orden de la educación de la juventud, de uno y otro sexo* (Madrid, 1754). *Diccionario castellano, con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, 4 v. (Madrid, 1786-1793; 1987, intr. M. Alvar Ezquerra). Estevan Rosterre, *Reglas de la Lengua Toscana o Italiana* (Forlì, 1771).

Bibliografía. Aguilar Piñal 8:49-51. Álvarez de Miranda, P., “En torno al *Diccionario de Terreros*”, *Bulletin Hispanique* 94 (1992) 559-572. Amunategui, M. L., “E. de T. y P., y sus opiniones en materia ortográfica”, *Homenaje M. Pidal* (Madrid, 1925) 1:113-135. Batllori, *Cultura* 673; *O.C.* 10. [Calahorra, M.J.], “Memorias para la vida y escritos del P. E. de T.”, *Diccionario* 4:v-xiv. Diosdado Caballero 1:266s. Gotor, J. L., “Una defensa inédita de Lope de Vega en la ‘Querelle’ de los jesuitas españoles expulsos”, *Studia in hon. M. Batllori* (Roma, 1984) 659-695. Pérez Goyena, A., “Un sabio filólogo vizcaíno”, *RazFe* 94 (1931) 5-19, 124-135. San Vicente F., en *Historia literaria de España en el s. XVIII*, ed. F. Aguilar (Madrid, 1996) 598-601. Id., “Innovación y tradición en el *Diccionario* de E. de T. y P.”, *Sapere Linguistico e Sapere Enciclopedico*, ed. I. Pantaleoni (Bologna, 1995) 139-158. Id., “Sobre autoridades en el *Diccionario* de E. de T. y P.”, *Homenaje al Prof. R. Frolidi* (en prensa). Uriarte 2:1529; 3:4312.

J. Escalera

P. Juan Tomás de San Cristóbal Azcona

n. 22.12.1702, Viana
i. 12.02.1723, Valladolid
o. 1731, Salamanca.
g. 15.08.1740, Salamanca.
+ 16.01.1782, Bolonia

Hubo dos hermanos San Cristóbal, nacidos en Viana (Navarra) del matrimonio formado por Pedro de San Cristóbal y Ana M^a de Azcona: Pedro José y Juan Tomas. El segundo nació el 22 de diciembre de 1702. Siguiendo el camino emprendido por su hermano mayor, solicitó el ingreso en la Compañía de Jesús, en la que fue recibido en Valladolid el 12 de febrero de 1723, a sus 21 años. Se dirigió entonces a Villagarcía de Campos, donde hizo el Noviciado (1723-25). Coronado éste con los votos del bienio, pasó al Colegio de Medina del Campo, en el que cursó el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1725-28). A continuación se trasladó al Real Colegio de Salamanca para estudiar Teología (1728-32), donde probablemente recibió el presbiterado, según la costumbre, tras finalizar su tercer curso. Permaneció aún otros dos años en Salamanca (1732-34), profundizando en su formación teológica, puesto que los Superiores le destinaban a la enseñanza superior de los jesuitas. Y todavía otro año más, ya como Profesor de Filosofía (1734-35). Y culmina su formación jesuítica con la Tercera Probación, bajo la dirección del Instructor P. Diego Tobar, en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1735-36).

Inicia su etapa plenamente activa como Profesor de Filosofía de los nuestros en el Colegio de Santiago de Compostela (1736-39), ejerciendo además en sus dos primeros años el oficio de Consultor. En el Real Colegio de Salamanca será Maestro de Escolares (1739-41) y Profesor de Teología en 3^a Cátedra (1741-42). A continuación es destinado al Colegio vallisoletano de San Ambrosio, donde sigue enseñando Teología, pero ya en 2^a Cátedra, y volviendo a ejercer el oficio de Consultor (1742-45). Y en San Ambrosio continúa tres años más como Profesor de Sagrada Escritura (1745-48) y Espiritual (1746-48).

Comienza entonces su etapa de Superior. El 18 de agosto de 1749 toma posesión de Rectorado del Colegio de León y el 13 de mayo de 1752 del Colegio de Palencia. Un trienio en el Colegio vallisoletano de San Ignacio como Instructor de Tercera Probación (1755-58). El 27 de octubre de 1759 toma posesión del Rectorado de Pamplona, luego es Rector del Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1762-65) y el 27 de febrero de 1765 toma posesión del Rectorado del Colegio vallisoletano de San Ignacio, siendo nombrado al mismo tiempo Consultor de Provincia.

Sobre este ilustre jesuita recopiló el P. Valeriano Ordóñez lo siguiente: “En la ciudad del Pisuerga levanta la Congregación de los Luises, en la que trabajó mucho y con gran provecho. Distintas veces suplicó a sus superiores le dejasen marchar a Misiones de infieles; pero nunca pudo alcanzar aquel deseo; ‘mas ya que a él no le era concedido, tanto en Salamanca, donde también fue profesor, como en Valladolid y en Pamplona, indujo a varios, sobre todo a estudiantes, después de hacerse jesuitas, fuesen a misionar a la América a los indios’. Con este fin escribió varias obras, entre ellas, la vida del santo misionero P. Francisco de Ugalde S.J., que pocos años antes había predicado la fe a los indios del Paraguay, recibiendo de ellos el martirio. Era el P. Cristóbal, prudente con aquella discreción exquisita ignaciana, síntesis de caridad y de exacta observancia de las Constituciones regulares de la Compañía, con cierta libertad prudente en el cumplimiento de las reglas, que hacen tan suave el servicio divino, mientras que él con su gran austeridad y estricta observancia daba ejemplo con sus obras antes de exigirles con palabras. Su agudeza para prever las consecuencias de algunos defectos de sus súbditos era extraordinaria: ‘Teme con fundamento que si no os

enmendáis, diréis por fin un adiós a la Compañía'. Jamás usaba de la corrección pública, si no era el defecto público, y entonces, con toda mansedumbre y discreción. Al ser expulsados los jesuitas de España por Carlos III (1767), era Rector del Colegio de San Ignacio de Valladolid, 'y a pesar de su avanzada edad y de la injusticia manifiesta del acto tiránico, recibió el decreto de expatriación sin perturbarse nada. Continuó siempre el mismo género de vida edificante? Por fin, en Bolonia, donde estaba hospedado, le vino la última hora, tras una enfermedad que sobrellevó con invencible paciencia. Cuando le anunciaron que se aproximaba la muerte, dio sonriente gracias a Dios el 16 de enero de 1782 y expiró plácidamente con todos los signos de predestinación. Obras: 1) *Philosophia naturalis Aristotelica*, 4º, 440 pág.; 2) *De Sacramentis*, 4º, en la Biblioteca de Salamanca”.

Y el P. Manuel Luengo nos legó las siguientes líneas necrológicas: “Antesdeayer por la tarde murió en esta Ciudad de Bolonia el P. Juan Tomás de San Cristóbal. Fue hombre de talentos para las ciencias y a su tiempo ocupó las primeras Cátedras de la Provincia, enseñando Filosofía a los nuestros en el Colegio de Santiago de Galicia y Teología en los Colegios de Salamanca y de San Ambrosio en la Ciudad de Valladolid, y escribió curso de Filosofía y varios tratados Teológicos. Y no le faltaban para las otras cosas y para las funciones del púlpito. Después de acabar la carrera de las Cátedras fue Superior en varios Colegios y, al tiempo que salimos de España, era Rector del respetable Colegio de San Ignacio de Valladolid, en el que estaba la Tercera Probación de la Provincia. Y continuó en el mismo empleo todo el tiempo que estuvimos en la Ciudad de Calvi, en la Isla de Córcega. Era el P. Juan Tomás un hombre de mucha honradez, generoso, liberal, muy atento y agasajador de todos, y de un modo muy particular puntuoso y exacto en todo género de cosas, y mucho más en las que eran de piedad, devoción y observancia. Y en estos últimos años de su vida, y especialmente después de la extinción, por la que no hizo más mudanza que la pequeñísima en el vestido para parecer Sacerdote Secular, ha estado entregado del todo a ejercicios espirituales y a cosas de devoción. En su última enfermedad, que ha sido larga, penosa y acompañada de muchos dolores y molestias por estar impedido de un lado y no poderse mover por sí mismo, no sólo ha tenido mucha paciencia y sufrimiento, sino que ha dado muestras de una virtud poco común y de una grande mortificación de su genio y natural sumamente vivo, resentido y delicado. Un Padre de su misma Casa, y hombre ya de 60 años, que le ha asistido diariamente, me ha asegurado que no ha visto en su vida enfermo alguno tan sufrido, tan callado, tan dócil, tan rendido y obediente a todos, y que menos haya dado que hacer por su parte a los que le asistían. Y después de ella ha tenido una muerte muy tranquila y sosegada, y propiamente, como ha dicho su mismo compañero, la muerte preciosa de los Santos. Esta mañana se le hizo el Oficio, con la decencia acostumbrada, en la Iglesia de San Nicolás, de la calle de San Félix, con un concurso muy extraordinario, así a decir Misa toda la mañana como a todo lo demás al fin de ella. Era natural de Viana, en el Obispado de Calahorra, y nació a 21 de diciembre del año de 1706.”

Isidro M^a Sans

P. José Ramón de Antomás

n. 18.08.1721, Cárcar
i. 27.04.1737, Logroño
o. 10.10.1745, Salamanca
g. 15.08.1754, Palencia
+ xx.02.1782, Valladolid

Nació el 18 de agosto de 1721 en Cárcar. No había cumplido aún sus 16 años de edad cuando, en el Colegio de Logroño, fue recibido en la Compañía de Jesús. En Villagarcía de Campos hizo su Noviciado (1737-39). En el Colegio de Santiago de Compostela estudió el trienio filosofía: Lógica, Física y Metafísica (1739-42). A continuación cursó la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1742-46), siendo ordenado presbítero tras terminar su tercer curso, el 10 de octubre de 1745, por Msr. J. Larumbe. Y coronó su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Juan Estañán (1746-47).

Fue destinado entonces al Colegio de Logroño como Profesor de la 3ª clase de Gramática (1747-51). De allí pasa al Colegio de Palencia para enseñar Filosofía, al mismo tiempo que ejerce el oficio de Ministro de la Casa (1751-54); allí emitió su Profesión Solemne el 15 de agosto de 1754. En el Colegio de Oviedo ejerce el oficio de Predicador y Confesor en el templo (1754-56). Y luego le encontramos en el Colegio de Burgos como Profesor de Teología Escolástica, Predicador, Consultor, Bibliotecario y Confesor en el Templo (1758-59). Y más tarde (1760-61) en el Colegio de Ávila, enfermo: esa enfermedad es seguramente la que el P. Luengo comenta detalladamente en su Necrología:

“Por muchos años, hasta los 40 de su edad en que le sucedió una desgracia con la que al cabo se trastornó el juicio, fue un sujeto regular en todo y muy estimado en la Provincia de Castilla por sus buenas prendas y talentos, así para las ciencias, como también para las funciones del púlpito. Enseñó Filosofía y fue Procurador en el Colegio de Salamanca con un crédito y aplauso tan extraordinario, que aún estaba fresca su memoria varios años después, cuando fui a vivir a aquella ciudad. Empezó después a enseñar Teología en la Ciudad de Pamplona y aquí le sucedió la dolorosísima desgracia de ser preso por el Tribunal del Santo Oficio por cosas del confesionario, como en aquel tiempo se hacía en España con demasiada frecuencia. Yo no puedo decir si la culpa de este P. Antomás fue grande, pequeña o ninguna, pues de todo hubo ejemplares en aquellos años. Pero es cierto que, habiendo salido a vuelta de uno o dos años de la Inquisición, no se le impuso otra penitencia que la ordinaria de suspensión del ejercicio de algunos ministerios, y aun ésta se le levantó tres o cuatro años después, aunque esto se usaba tan poco en la Inquisición de España con los que habían sido de algún modo culpados, que por ventura no se encontrará un ejemplar en un siglo. Este consuelo que, al salir de la Inquisición, le hubiera servido mucho, le fue ya inútil cinco o seis años después, cuando se le dio. La infamia de haber estado en la Inquisición algún tiempo hizo en su ánimo una impresión tan grande, que se retiró enteramente del trato de las gentes de fuera y, en cuanto podía, también de los de casa, sin que se pudiese hallar arbitrio alguno, aunque se tomaron muchos y muy eficaces, que tuviese el efecto que se pretendía. Encerrado siempre en su aposento y entregado todo a melancólicas reflexiones sobre su desgracia y las resultas de ella, se le fue turbando la razón y al cabo perdió del todo el juicio hacia el año de 1763, viviendo en el Colegio de Salamanca, en el que estaba yo también en aquel tiempo. La locura le fue útil de algún modo, porque con ella se libró de la pesadísima cruz de sus lúgubres pensamientos, y así empezó a engordar mucho y, no haciendo por otra parte ejercicios alguno de paseo ni dentro ni fuera de casa, se puso muy pesado y casi impedido, y esto nos libro de traer al destierro este loco más, como trajimos otros varios. Después de nuestra partida fue

llevado a la Casa de los Locos de la Ciudad de Valladolid y, habiendo concurrido en ella con este P. Antomás un famoso Regente Dominico llamado Landazuli, sucedió un caso bien trágico, y al mismo tiempo gracioso, o a lo menos a este aire se oyó en aquella Ciudad y se escribió a ésta, como acaso se diría ya en otra parte. Trabaron disputa el Dominico Landazuli y el jesuita Antomás sobre la ciencia media u otro punto semejante, y después de las razones y argumentos, que sería oídos con pasmo por el gran número de locos que suele haber en aquella Casa, pasaron a los brazos y en esta batalla fue el Dominico derrotado y muerto. Y no es extraño porque él era ya viejo y Antomás un hombre de fuerzas extraordinarias. A éste se le dio un castigo riguroso, como merecía muy bien. Y de todo se habló en la Ciudad, renovando la memoria de los combates escolásticos entre Jesuitas y Dominicos. No dicen que haya vuelto en sí a la hora de la muerte, y no lo extraño, porque se iba embruteciendo mucho cuando le dejamos en España. Era natural de Cárcar, en el Obispado de Pamplona, y nació a 21 de agosto del año de 1721”.

Isidro M^a Sans

H. Tomás de Azpiazu Indo

n. 10.03.1696, Azcoitia
i. 24.11.1712, Villagarcía de Campos
g. 15.08.1726, Logroño
+ 05.02.1782, Bolonia

Tomás nació en Azcoitia el 10 de marzo de 1696. Sus padres, Juan de Azpiazu y Magdalena Indo. A sus 16 años ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos el 24 de noviembre de 1712, donde fue recibido por el Rector y Maestro de Novicios P. Ambrosio de Argis. Tras emitir los votos del bienio en 1714, lo encontramos en el Colegio de Bilbao con el oficio de Cocinero y luego con el de Sacristán. Pero en el Catálogo trienal de 1720 aparece en el Colegio de Santander y ya con 'su' oficio peculiar, el que va a ejercer durante toda su vida activa, el de Maestro de Escuela. Y en el Catálogo trienal de 1726 con ese mismo oficio, pero en el Colegio de Logroño.

Y ahí permanecerá, establemente, hasta el 3 de abril de 1767, día en que se intimó a la mayoría de las Comunidades jesuíticas la Pragmática Sanción de Carlos III por la cual todos los jesuitas eran desterrados de los Dominios de la Corona. La Comunidad del Colegio de Logroño estaba constituida por 20 sujetos, que al día siguiente salieron camino de Bilbao, donde habían de embarcarse para reunirse con toda la Provincia de Castilla en el Puerto de El Ferrol. El mismo Corregidor de Logroño, a quien se había encomendado la ejecución del destierro, "se despidió de ellos, sin que pudiesen disimular sus ojos el quebranto de su corazón. A toda la Ciudad sucedió lo mismo, porque, inundadas las calles de gentío desde la misma puerta del Colegio hasta ocupar todo el puente, fueron muy pocos los ojos que se conservaron enjutos. Y se oyó un grito universal que decía: 'Hoy sabemos todos lo que sale por el puente, pero no sabemos lo que mañana nos entrará por él'. Quedóse allí la mayor parte de la gente, no bastándole el ánimo para pasar más adelante, pero muchos siguieron a los Padres hasta más allá de una buena legua, poblando el aire de clamores y regando el camino con sus lágrimas, con las cuales no se pudieron resistir a mezclar las suyas hasta los mismos soldados de la escolta" (Isla).

Desde el Puerto de El Ferrol zarparon el 24 de mayo 652 jesuitas en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: "Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante". De Fornovo a Parma, Reggio nell'Emilia y Módena. El 5 de noviembre "salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice". Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares primero en torno a Bolonia y luego en la misma Ciudad de Bolonia.

Allí vivió el H. Tomás hasta la extinción de la Compañía por el Papa Clemente XIV en 1773. Y allí continuó viviendo hasta su muerte, acaecida el 5 de febrero de 1782. El P. Manuel Luego nos ha legado esta cariñosa semblanza suya:

Antesdeayer, cerca de la medianoche, murió en esta Ciudad el H. Coadjutor Tomás Azpiazu. Nunca vi en España a este H. Tomás, que por muchos años vivió en el Colegio de Logroño haciendo el oficio de Maestro de Escuela de niños con mucho esmero, aplicación y con gran fruto de sus discípulos, a lo que he oído decir muchas veces a los que le trataron en aquel Colegio. Y era forzoso que así fuese, según las buenas partes de este Hermano que yo

he podido conocer en el destierro. Era el H. Tomás, por decir mucho en poco, un Ángel en todo. En su semblante siempre sereno, apacible, festivo y hermoso aun en los 86 años de su edad. En sus palabras constantemente suaves, dulces, cariñosas con una naturalidad inimitable, atentas y cortesanías para con todos, y respetuosísimas y llenas de veneración para con los Sacerdotes. Y finalmente en su porte, acciones y costumbres, que no respiraban otra cosa que mansedumbre, humildad, candor, inocencia, piedad y devoción. Los seis primeros años después de la extinción de la Compañía, ayudándose con un báculo, pudo salir de Casa, y no aprendió otra calle que la que lleva a una Iglesia vecina, en la que estaba varias horas de la mañana y de la tarde. Iba siempre vestido de negro y de ropa talar, casi como un Sacerdote, y, viéndole las gentes de la vecindad al ir a la Iglesia y volver a Casa en aquel traje, apoyado en su bastón, cano, con un rostro hermoso, amable y alegre, con gran compostura y modestia, y ocupado siempre en cosas santas, no le sabían otro nombre que el de *San José*. Y así le llamaban siempre que hablaban de este Santo Hermano. Estos dos últimos años de su vida, habiéndole faltado del todo las fuerzas, los ha pasado en la cama con suma paz y sosiego, y ocupado siempre en cosas de devoción, y comulgando con la mayor frecuencia que podía. Así prosiguió hasta su muerte, tan tranquila y sosegada como había sido su vida, felicísima y envidiable. Pidió el Rosario de la Santísima Virgen para rezarlo del mejor modo que pudiese, y con él en la mano expiró con tanta paz y quietud que casi no lo percibieron un Padre y un Hermano que estaban en su mismo cuarto con el cuidado conveniente para asistirle en lo que se le pudiese ofrecer y para auxiliarle en aquella hora.

El día y hora de su muerte forman una circunstancia de ella casi prodigiosa, y por lo menos singular y muy notable. Algunos años antes del destierro de la Compañía, siendo este H. Tomás Maestro de Niños en el Colegio de Logroño, como ya se dijo, el día 5 de febrero, y puntualmente hacia la media noche, con un terrible estallido se desplomó la bóveda o techo de su Escuela. Y fue tan pronta y precipitada la ruina que se tuvo por cierto que, si hubiera sucedido en el tiempo en que estaba el Hermano en ella con sus niños, él y todos ellos, con llanto y luto de todas las familias de las ciudades, hubieran quedado muertos. El Santo H. Tomás miró aquella ruina en aquellas horas como un singular beneficio del Cielo por intercesión de la gloriosísima Santa Águeda y de los Santos Mártires del Japón, cuya fiesta se había celebrado aquel día. Y desde aquel momento empezó a tenerles a todos una muy tierna devoción, y les tomó, del modo que pudo, por Protectores y Abogados de su Escuela. En ella les hizo con toda decencia y aseo un altarcito en el que colocó una hermosa pintura de la Santa y Santos Mártires. Allí les hacía con sus niños muy particulares obsequios todo el año, y el día 5 de febrero, en memoria y agradecimiento de haberles librado de una desgracia tan grande, una fiesta con toda devoción y solemnidad. Y desde aquel día ha sido constantemente muy particular y muy tierna su devoción a la gloriosa Santa Águeda y a los Bienaventurados Mártires Pablo, Juan y Diego. Y he aquí que, a vuelta de 20 o más años, después de una vida inocente y santa, muere plácidamente y con suma paz el mismo día 5 de febrero y a la misma hora de la noche en que sucedió aquella ruina, que fue la causa y principio de su tierna y cordial devoción a estos Santos. ¿No es esto una señal evidente de que los gloriosos Mártires le han alcanzado del Señor una muerte tan feliz y tan santa en premio de la devoción que les ha tenido? Por lo menos, todos, los que están informados de la cosa y han observado esta extrañísima y puntualísima concurrencia del día y de la hora, piensan y dicen lo mismo.

Hoy se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada en la Parroquia de Santa Cecilia, que es de los PP. Agustinos Calzados, y, por no haber en ella más que cuatro altares, se dispusieron otros seis en la Iglesia inmediata del Convento de los dichos Religiosos, y fueron bien necesarios, porque, aunque la Parroquia está a un extremo de la Ciudad y las calles cubiertas de nieve, vinieron en gran número a celebrar toda la mañana sujetos de la Provincia, en la que era de un modo particular querido y estimado este H. Azpiazu. Era natural de la Villa de Azcoitia, en la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, y nació a 10 de marzo de 1696.

Isidro M^a Sans

P. Sebastián Manuel de Mendiburu Olano

n. 02.09.1708, Oyarzun
i. 05.09.1725, Loyola
o. 07.11.1734, Salamanca
g. 02.02.1743, Pamplona
+ 14.07.1782, Bolonia

Se formó (1725-1736) en Villagarcía, Burgos, Medina, Salamanca y Valladolid. Estuvo en Pamplona desde 1736 a 1767, menos un año de labor pastoral en Loyola (1745-1746), donde convivió con Manuel Larramendi y Agustín de Cardaveraz. Fue 18 años profesor de Gramática, Filosofía y Teología en el Colegio de la Anunciada y luego Director de las Congregaciones del Colegio y Misionero popular. Empleaba los veranos para dar misiones por los pueblos de Guipúzcoa y Navarra. Apóstol del Corazón de Jesús, erigió Congregaciones y Cofradías en casi todos los pueblos que misionó. Es el escritor más destacado del siglo XVIII entre los que lo hicieron en lengua vasca. Sus obras versan sobre la devoción al Corazón de Jesús, exhortaciones morales y lecturas en vasco. Además, tradujo al vascuence el catecismo del P. Gaspar Astete. Al decretarse la expulsión (1767) de los jesuitas por Carlos III, siguió la suerte de sus hermanos en el destierro en Córcega y después en Bolonia, donde murió.

Obras. *Jesusen Bihotzaren devocioa* [Devoción al Corazón de Jesús] (San Sebastián, 1747). *Instrucción y Reglas de la Congregación de San Luis Gonzaga* (Pamplona, 1751). *Jesusen amore-nequeei dagozten cembait otoitzgai* [Oraciones sobre los gozos y dolores de Jesús] (San Sebastián, 1760). *Euscaldun onaren viciera* [Modo de vivir del buen vasco] (San Sebastián, 1762). *Mendibururen Idazlan argitaragabeak* [escritos inéditos de M.], ed. P. Altuna (Bilbao, 1982).

Bibliografía. Aguirre Sorondo, A., “Las normas morales del P. Mendiburu”, *San Sebastián* 44 (1988) 205-209. Azkue, R. M^a, “Mendibururen adizkiak eta idaztanka”, *Euskera* 9 (1928) 124-183. Polgár 3/2:525. Sommervogel 5:889; 9:668; 12:576. Tellechea Idígoras, J.L., “La Congregación del Sgdo. Corazón de Jesús en Deva. Su fundación por S. M.”, *Bol R Soc Bascongada Amigos País* 19 (1963) 133-146.

F. Altuna

Nació el 2 de setiembre de 1708 en Oyarzun (Guipuzcoa) del matrimonio formado por Pedro de Mendiburu y M^a Juan de Olano. Debió de ser enviado al Colegio de Loyola para iniciar sus estudios puesto que en él, siendo Rector el P. Francisco Baza, fue aceptado para la Compañía apenas cumplidos sus 17 años de edad. A continuación se dirigió a Villagarcía de Campos para hacer sus dos años de Noviciado (1725-27). Coronado éste con los votos del bienio, pasó un año en el Colegio de Burgos como Profesor de Gramática (1727-28) y luego se dedicó en el Colegio de Medina del Campo al estudio de la Filosofía: Lógica, Física y Metafísica (1728-31). A renglón seguido inició los estudios de Teología en el Real Colegio de Salamanca (1731-35), siendo ordenado Presbítero por Msr. J. Granada el 7 de noviembre de 1734, después de terminado el curso 3º. Y finalmente concluyó su formación jesuítica con la Tercera Probación, realizada bajo la dirección del Instructor P. Diego Tobar en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1735-36).

Fue destinado entonces al Colegio de la Anunciada de Pamplona, donde enseñó Gramática (1736-39) y Filosofía (1739-45), simultaneando el profesorado con el cargo de Ministro de la Casa (1741-45). Tras un paréntesis de un año en el Colegio de Loyola, en el que ejerce el ministerio de la predicación (1745-46), regresa a Pamplona, donde residirá hasta la expulsión de la Compañía por Carlos III (1746-67). En esta su segunda etapa pamplonica mantiene primordialmente la cátedra de Teología (1746-55), pero a partir de 1753-74 va asumiendo otra serie de cargos y oficios: Profesor de Teología Moral, Encargado de casos de

conciencia, Espiritual, Consultor, Confesor, Operario, Director de la Congregación Mariana de San Luis, Director de la Congregación de Sacerdotes...

En el Colegio de Pamplona seguía, cuando el 3 de abril de 1767 fue invadido por las tropas de Carlos III, como todas las casas jesuíticas. Se intimó la Pragmática Sanción a la numerosa Comunidad, regida por el bilbaino P. Ignacio Uriarte. Y toda ella, a excepción del Rector, probablemente enfermo (y que fallecería tres años después en el mismo Pamplona), salió camino del destierro. Los jesuitas de aquel Colegio “lograron la fortuna de que se hubiese encargado de la ejecución por su misma persona el sabio Regente del Consejo de Navarra. Desempeñóla con toda la exactitud que se podía desear y con toda la moderación que se debía esperar en un Ministro de aquella discreción y de aquel carácter. Permitió que se celebrase Misa y comulgasen todos en la misma Capilla interior, donde se había congregado la Comunidad para oír el Real Decreto. Asistió él mismo con varios Oficiales de la tropa a un acto tan religioso y de tanta edificación, no pudiendo disimular la ternura ni contener las lágrimas cuando vio que, oída con veneración y obedecida con rendimiento la perpetua expatriación y el despojo general, sólo le suplicaron aquellos Padres por todo consuelo que les permitiese asistir al tremendo Sacrificio y avigorarse con aquel divino pan que hace fuertes y comunica al corazón el verdadero valor. Diose entonces por entendida la piedad de todos y ninguno se desdeñó de que el corazón se desahogase libremente.

Por estas demostraciones del piadoso y dulce genio de aquel sabio Ministro, se conoce que estaba mal informado de las opuestas calidades que concurrían en el sujeto a quien encargó la conducción de los Padres hasta San Sebastián. Tratólos éste con cierto rigor, que ya llegó a picar en inhumanidad. Hízoles andar en solas dos marchas por caminos dificultosos las dos jornadas regulares que suelen hacer aun los que viajan con menos embarazo de una Ciudad a otra, bien que para esto pudo tener la disculpa de no encontrarse alojamiento como para tanta gente en una montaña casi desierta como la que se encuentra entre Pamplona y la Villa de Tolosa en Guipuzcoa, donde terminó la primera marcha. Pero no reconocemos que pudiese alegar igual disculpa para haber hecho caminar a todo aquel respetable Colegio desde Tolosa hasta San Sebastián entre un diluvio de agua que se desgajó aquel día, el cual fue uno de los más lluviosos que habían alcanzado los hombres más ancianos de la Provincia, sin permitir que ni los Padres ni la tropa hiciesen alto en ninguna de las poblaciones que se encontraban en el camino. De manera que, habiendo andado seis horas continuas, nadando más que caminando, llegaron a San Sebastián empapados en agua, sin tener unos tristes zapatos ni una pobre camisa que mudarse, porque al entrar en la Ciudad se embargaron (no se sabe con qué autoridad) todos los baúles que venían en el equipaje; se registraron (no sabemos por quién) muy a satisfacción; y se restituyeron cuando quiso el que ordenó el registro, por señas de que faltaron en ellos muchas cosas de las que expresamente se permitían traer a los jesuitas expatriados. Como este infiel registro no se practicó en alguna otra parte de nuestra Provincia, recelamos que éste fuese uno de los excesos que cometió el Alcalde de San Sebastián, procedido de aquella perturbación de ánimo de que dio tantas señales en todo el ejercicio de su comisión” (P. Isla).

En San Sebastián permanecieron reunidos los jesuitas de los Colegios de la Provincia de Guipuzcoa y del Reino de Navarra “en una Capilla interior muy reducida con la acostumbrada Orden de que ninguno saliese de ella bajo de algún pretexto”. Desde San Sebastián fueron conducidos por vía marítima hasta el Puerto del Ferrol. Y allí se inició el incómodo viaje del destierro: 652 jesuitas zarparon el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Un año largo de dificultades de todo tipo y el 19 de setiembre de 1768 embarcaron de nuevo hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri se siguió hasta el puerto de Génova. Regreso a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios. Debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el

río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Luego se asentaron en el interior de la ciudad.

En su “Diario de la Expulsión” el P. Manuel Luengo nos ha legado esta extensa y precisa semblanza del P. Sebastián Mendiburu:

Ayer murió en esta Ciudad de Bolonia el P. Sebastián Mendiburu con particular fama de hombre de virtud, como la tuvo también otro hermano suyo, muerto en el Colegio de Salamanca 8 o 10 años antes del destierro de la Compañía. Este P. Sebastián tuvo buenos talentos para las ciencias y a su tiempo enseñó Filosofía y Teología en cátedras principales de la Provincia. Pero los tuvo mejores, y juntos con mucho celo y laboriosidad para todos los ministerios sagrados, y aun más en particular para el penosísimo de las Misiones. En efecto, tenía este P. Mendiburu todas las partes que forman un gran Misionero Apostólico y a propósito para hacer mucho fruto en los pueblos con sus Misiones. No le faltaba prenda alguna de las naturales: presencia, voz, buen modo de decir y otras que ayudan a formar un buen predicador, y él lo era en los dos idiomas, español y vascongado, y acaso más en éste que en el otro; y de cierto yo he oído a varios que lo entienden, que era propiamente un Tulio en los sermones en la lengua vascongada. Tenía toda la ciencia necesaria para este ministerio, celo, laboriosidad y cierto fuego, intrepidez y valentía, que se requieren en estos asaltos y batallas espirituales. Y lo que más importa, y aun estoy casi por decir que casi basta, para formar un gran Misionero, era un hombre santo, de vida ejemplarísima, irreprochable y austerísima, de mucha oración, humilde, sufrido y adornado de aquellas virtudes que ayudan para conciliarle la estimación de las gentes. Un Misionero de este carácter no podía menos de hacer gran fruto con sus Misiones. Y esto mismo le haría ser más aficionado a ellas. Y lo era en la realidad tanto que no había perdido la afición en 15 años de destierro y hallándose en una edad bien grande, antes parece que siempre esperaba volver a sus amadas Misiones. Y por lo menos quería estar por su parte dispuesto, pronto y provisto para entrar en ellas. Con este intento empleaba en estampas, medallas, rosarios, relicarios y otras alhajuelas piadosas todo lo que sobraba de la pensión y de los socorros que de España le venían, después de mantenerse y vestirse con suma pobreza y de hacer limosna, según lo pedía la caridad. Y me aseguran que ha dejado llenos de cosas de devoción dos buenos baúles.

El tiempo, que no estaba en las Misiones, vivía en el Colegio de Pamplona, cuidando con mucho esmero de una o más Congregaciones y entregado al ejercicio de todos los ministerios, y tenía entre las manos al salir de España la fundación de una Casa de Ejercicios, y algunos años antes hubiera llegado a fundar un Seminario de Nobles, si algunos hombres envidiosos no lo hubieran impedido. En este mismo tiempo, y del mismo modo y aún más todavía en el destierro antes y después de la extinción de la Compañía, era sumo su retiro y abstracción de todo, y aun del trato de los de casa, y vivía enteramente entregado al estudio, oración, penitencia y austeridades. Este género de vida, y más juntándose a él, cuando le fue permitido, una grande laboriosidad a beneficio de los prójimos, le adquirió justamente en Pamplona y en muchos países vecinos, y aun entre las pocas gentes de aquí que le conocían, crédito y estimación de Santo, y dentro de la Compañía era mirado, aun por los que no le hemos tratado de cerca, como un hombre de virtud y de santidad extraordinaria aun dentro de los Claustros Religiosos.

Es verdad que un aire de singularidad en su conducta, alguna particular adhesión a su juicio y cierta aspereza y acrimonia de celo respecto de los de casa, queriendo que todos siguiesen sus máximas de rigor y austeridad, deslustraban alguna cosa a los ojos de muchos su virtud, por lo demás heroica. Pero también es de razón advertir que antes de su muerte se corrigió del todo de esta falta o imperfección. Desde el primer día, en que se vio en cama, se notó con general asombro en este santo hombre, en estas circunstancias en que no había tanta obligación de sujetarse a otros, una docilidad, rendimiento y obediencia muy particular, y propia de un niño o de un santo, a todos los que tenían respecto de él alguna sombra de

autoridad: al Médico, al Cirujano, al Enfermero y Confesor, y aun a otros particulares que entendían de algún modo en su asistencia y en el cuidado de sus cosas. Su enfermedad ha sido bastante larga y penosa, y ha sufrido los dolores y molestias de ella no sólo con paciencia y resignación, sino también con grande esfuerzo y con alegría, y recibiendo siempre, a todos los que le visitaban, con muestras muy particulares de agradecimiento, de cariño y de dulzura. Recibió muy a tiempo, con diligentísima preparación y con singularísima piedad, todos los Sacramentos propios de aquella horas. Y murió este día 14 dichosísimamente y como mueren los Santos. No se dejaron de ver entre las gentes de su barrio, que casi no lo conocían sino por verle diariamente inmóvil por muchas horas en una Iglesia vecina a su casa, algunas demostraciones de aprecio de su virtud. Y una Señora principal ha pedido, para conservar como reliquia, alguna de sus pobres alhajas. Y la Provincia ha mostrado también particular estimación de su Santidad, asistiendo sujetos de ella en mucho más número que otras veces a decir Misa toda la mañana y al Oficio y Misa cantada al fin de ella en la Parroquia de San Nicolás de la calle de San Félix, en la que se ha hecho todo al modo regular y se le ha dado sepultura. Era natural de Oyarzun en la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, y nació a 2 de setiembre del año de 1708.

Isidro M^a Sans

H. Ángel Díaz

- n. 05.05.1728, Tudela
- i. 24.05.1746, Villagarcía de Campos
- g. 15.08.1758, Villafranca
- + 15.09.1782, Pesaro

El futuro H. Ángel nació el 5 de mayo en la Ciudad de Tudela (Navarra), donde funcionaba un Colegio de la Compañía desde 1606. Durante su infancia era un Colegio relativamente pequeño. No consta que Ángel estudiase en él sus primeras letras. Pero le bastaría conocer la existencia de aquellos jesuitas para comenzar a sentir el atractivo de su vocación. Apenas cumplidos sus 18 años solicitó y obtuvo la entrada en la Compañía. Y se trasladó al Noviciado de Villagarcía de Campos (1746-48). En 1749-50 lo encontramos en el Colegio vallisoletano de San Ignacio, Casa principal de la Provincia, como Despensero. Su salud es por entonces calificada como robusta: se ve que todavía no le molestaba el asma; a partir de 1764 será calificada como débil. De 1750 a 1756 ejerce el oficio de Enfermero. Pasa luego al Colegio de Villafranca, donde cuida de la Procura como ayudante del Procurador H. Manuel Aguado (1756-61); aquí es donde se incorpora definitivamente a la Compañía mediante la emisión de sus Últimos Votos. Y más tarde lo encontramos en el Colegio-Noviciado de Villagarcía como *ludimagister* o Maestro de niños (1761-67).

En Villagarcía le sorprendió el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la subsiguiente intimación de su Pragmática Sanción, por la que toda la Compañía era desterrada de los Dominios del Rey Católico. “El día 4 de abril, después de comer, salió aquella santa y numerosa Comunidad compuesta de 107 sujetos entre Sacerdotes, Coadjutores antiguos y Novicios, habiéndose quedado 6 enfermos en el Colegio a pesar de las ansiosas instancias con que pedían les permitiesen ir a morir en compañía de sus Hermanos desterrados. Iban todos distribuidos en 26 carros, tirados cada uno de cuatro mulas, todos con su Crucifijo, el Breviario debajo del brazo los obligados al Oficio Divino, y los más sin otro equipaje que una almohada con un par de camisas y algunas cosillas indispensables, pero tan pocas que, siendo la almohada bien estrecha, sobraba bucle para otras tantas más. Comenzóse la marcha con tambor batiente entre dos filas de soldados con bayoneta calada, formados desde el Colegio hasta fuera de la Villa. Los alaridos, los clamores, las lágrimas y los tristísimos lamentos, que se veían y oían por puertas y ventanas, los semblantes atónitos y como desmayados a violencia del dolor y del sentimiento, las voces en que prorrumpía la muchedumbre, muchas de las cuales no nos permite referirlas la moderación y la prudencia, los extremos que hacían todos como si en cada uno de los jesuitas les hubiera faltado su padre, su madre y todo cuanto más amaban en la tierra” (P. Isla). Desde Villagarcía a Rioseco y luego a Palencia, a Magaz, a Torquemada (donde fueron arrancados los Novicios del resto de la Comunidad)..., hasta Santander.

Desde Santander fueron trasladados por vía marítima hasta el puerto de El Ferrol. Y en El Ferrol iniciaron su odisea el 24 de mayo 652 jesuitas de la Provincia de Castilla aglomerados en ocho naves. El 14 de junio arribaron a Civitavecchia. Se les negó la entrada y tuvieron que volver hacia atrás. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). Tras un año largo de dificultades pudieron proseguir su marcha hacia el Estado Pontificio, al que por fin lograron acogerse el 5 de noviembre de 1768. Primero en los alrededores de Bolonia, luego en la misma Ciudad.

El 21 de agosto de 1773 quedó extinguida la Compañía de Jesús mediante el Breve Dominus ac Redemptor del Papa Clemente XIV. Algunos jesuitas españoles pasaron a vivir en Pesaro, ciudad de la Romagna. Entre otros el H. Ángel Díaz, que allí murió el 15 de setiembre de 1782, a los 54 años de edad y 36 de vida religiosa en la Compañía de Jesús. El P. Manuel Luengo, en su “Diario de la Expulsión”, nos ha legado la siguiente breve Necrología:

En carta de la Ciudad de Pesaro en la Romagna se da aviso de la muerte el día 15 de este mes del H. Ángel Díaz, Coadjutor de nuestra Provincia. Antes que saliésemos de España, aunque no era grande de edad, estaba tan enfermizo, tan lleno de males y tan oprimido del asma que casi es un prodigio que haya vivido tantos años. En medio de ser su estado de salud y fuerzas tan miserable, trabajaba, mientras duró la Compañía, en los oficios propios de los HH. Coadjutores, y con mucha exactitud y esmero, mucho más de lo que podía encargarle un prudente Superior. Y esto es sólo prueba bastante de que era un gran Religioso y un buen Coadjutor de la Compañía. Y en efecto, a su laboriosidad sobre sus fuerzas juntaba mucha piedad, puntualidad y exactitud en todos los ejercicios de la vida religiosa, inocencia y candor en todo su porte, agrado y afabilidad para con todos. Pero la paciencia, resignación y apacibilidad con que ha sufrido trabajos y congojas casi inexplicables en los viajes tumultuarios y atropellados de mar y tierra, y en las miserias e incomodidades de los primeros años del destierro, viéndose muchas veces ahogado y sofocado del asma y a peligro de morir, dan mucho realce a todas sus virtudes y obligan a mirarlo con a un Coadjutor santo. Era natural de la Ciudad de Tudela, en el Reino de Navarra, exenta de Obispado, y nació a 5 de mayo del año de 1728.

Isidro M^a Sans

P. Juan José Arizabalo

n. 06.09.1713, Pasajes
i. 23.10.1738, San Sebastián
o. 29.09.1746, Salamanca
g. 02.02.1756, Oñate
+ 31.10.1782, Bolonia

Juan José Arizabalo nació en Pasajes (Guipuzcoa) el 6 de setiembre de 1713. Tenía ya 25 años cuando experimentó la llamada del Señor Jesús y decidió ingresar en su Compañía. El 23 de octubre de 1738 fue aceptado en el Colegio de San Sebastián, siendo Rector el P. Juan de Mathé y a renglón seguido se trasladó a Villagarcía de Campos para hacer su Noviciado (1738-40). Tras emitir sus votos del bienio cursó en el Colegio de Medina del Campo los estudios de Filosofía: Lógica, Física y Metafísica (1740-43) y en el Real Colegio de Salamanca los de Teología (1744-48). Terminado su año 3º de Teología fue ordenado presbítero en Salamanca por Msr. J. S. Granados en 29 de setiembre de 1746. En 1747-48 coronó su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Antonio Villafañe.

Al parecer se desenvolvía mejor en euskera que en castellano: fue destinado la enseñanza en Colegios del País Vasco. Comenzó por el de Vergara, como Ministro de la Casa y Profesor de la 3ª clase de Gramática (1748-50). Pasó luego al de San Sebastián, donde el primer año (1750-51) ejerció los mismos cargos, y después sólo el de Profesor de la 3ª clase de Gramática (1751-53). Además de ésta asumió luego las clases 4ª y 5ª, así como los oficios de Prefecto de Iglesia y de la Catequesis de empleados (1753-55). Destinado entonces al Colegio de Oñate, cambia la enseñanza por la pastoral, como Operario y Confesor (1755-57). Y en el Real Colegio de Loyola (1757-67) será además Prefecto de Iglesia y Ministro de la Comunidad,

En Loyola precisamente le sorprendió la invasión de las tropas de Carlos III el 3 de abril de 1767. Según el P. Isla, en Loyola, como en otras Casas del País Vasco, el Comisionado respectivo observó puntualmente todas las reglas de atención, de humanidad y de respeto que se le encomendaban en la Instrucción. Leyó, pues, la Pragmática Sanción a aquellos 17 jesuitas. Y ordenó su salida hacia San Sebastián, donde se congregaron todos los jesuitas de Guipuzcoa y de Navarra. En San Sebastián embarcaron para el puerto de El Ferrol, desde donde zarparon en ocho navíos 652 jesuitas de la Provincia de Castilla rumbo a los Estados Pontificios el 24 de mayo. Al prohibírseles el desembarco en Civitavecchia, fueron abandonados en Calvi de Córcega. Allí tuvieron que permanecer algo más de un año hasta conseguir llegar a los Estados Pontificios el 5 de noviembre de 1768.

En Bolonia permanecieron hasta la extinción de la Compañía el 21 de agosto de 1773. Y allí continuaron después la mayoría. El P. Juan José Arizabalo falleció en Bolonia el 31 de octubre de 1782. El P. Manuel Luengo, en su “Diario de la Expulsión” nos ha legado la siguiente breve Necrología:

El día último del mes antecedente de octubre murió en esta Ciudad el P. Juan José Arizabalo. Su verdadero carácter era la mansedumbre, apacibilidad, humildad y piedad en todas sus cosas. En efecto, era un hombre incapaz de hacer mal alguno ni aun con una sola palabra al menor de todos. Contento con estar santamente ocupado en ejercicios devotos, vivía gustoso escondido y desconocido de todas las gantes. Así vivía en Calvi de Córcega, en donde yo le conocí la primera vez. Y del mismo modo continuó en este país hasta la extinción de la Compañía, y hasta su muerte, pues este extraño suceso no le obligó a hacer otra mudanza que una muy pequeña en el vestido y en cuanto pudiese bastar para conformarse con el Breve del Papa y dejar de andar vestido como jesuita. En estos seis meses últimos de su

vida ha estado clavado en la cama y con vivos y continuados dolores, pero siempre con su paz inalterable, sufriendo todo con una apacible y heroica paciencia, y una tranquila resignación en la manos del Señor. Y finalmente, después de sus molestias y trabajos, logró, como se debía esperar, una muerte muy sosegada y verdaderamente preciosa y envidiable. Por las circunstancias de estos días pasados no se le ha podido hacer el Oficio hasta este día 4, en que se le ha hecho en la Parroquia de San Marino, en la que antes se le había dado sepultura, y asistieron, como siempre, muchos de la Provincia. Era natural de Pasajes, en la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, y nació a 6 de setiembre de 1713.

Isidro M^a Sans

H. Domingo de Ibaseta

n. 27.11.1713, Berriatúa
i. 15.08.1737, Villagarcía de Campos
g. 18.09.1747, Orduña
+ 16.11.1782, San Juan (Bolonia)

Dos Ibaseta, naturales de Berriatúa (Vizcaya), fueron HH. Coadjutores jesuitas. El más joven de ambos, Miguel, falleció el 7 de abril de 1775 en San Juan de Bolonia (cf. su biografía). Curiosamente los talentos y vocaciones de ambos resultan equivalentes y similares.

El mayor nació el 27 de noviembre de 1713 e ingresó en la Compañía de Jesús cuando ya tenía casi 24 años. Fue admitido en el Noviciado de Villagarcía de Campos el 15 de agosto de 1737, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. Emitidos los votos del bienio en 1739, fue destinado al Colegio de Oñate con el oficio de Cocinero (1739-41), al que posteriormente se añadió el de Despensero (1741-43). Allí mismo continuó, aunque como *ludimagister* o Maestro de Escuela infantil (1744-45): ésta parece ser su vocación más específica, como la de su paisano (¿y pariente?) el H. Miguel de Ibaseta. Con este mismo cargo de Maestro de niños pasó al Colegio de Orduña (1745-55), donde se incorporó más definitivamente a la Compañía mediante sus Últimos Votos. Al final de este período conjugó su misión principal con los oficios de Sacristán y Visitador de la oración (1753-55). Posteriormente lo encontramos en el Colegio de Vergara como Maestro de Escuela, Sacristán, Portero, Enfermero, Ropero, Visitador... (1757-63): se ve que valía para todo y era capaz de atender a una serie de ocupaciones, aunque su vocación más propia siguiera siendo la de educador de niños.

La invasión de las tropas de Carlos III le sorprendió el 3 de abril de 1767 en el Real Colegio de Loyola: al parecer, dada su avanzada edad, estaba ya ‘jubilado’ y trabajaba como encargado del comedor de la Comunidad loyolea. Escuchada la lectura de la Pragmática Sanción, aquellos 17 jesuitas salieron camino del destierro con su Rector P. Juan Mendizábal a la cabeza. De Loyola fueron llevados a San Sebastián y de San Sebastián por vía marítima hasta El Ferrol. Desde El Ferrol zarparon el 24 de mayo hacia los Estados Pontificios, aunque luego fueron abandonados el 19 de julio en la Ciudad de Calvi (Córcega). A partir de aquí podemos copiar lo narrado en la biografía del H. Miguel. “Tras un año largo de dificultosa estancia en Córcega, el 19 de setiembre de 1768 pudieron reiniciar su odisea hacia los Estados Pontificios. Desde Sestri Levante, en el Golfo de Génova, hubieron de cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve, hasta llegar a Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”. Poco a poco fueron distribuyéndose por diversos lugares en torno a Bolonia. Luego se asentaron en el interior de la ciudad”.

Pero ambos Ibaseta, Miguel y Domingo, no murieron en la Ciudad de Bolonia, sino en el lugar o poblado de San Juan. El P. Manuel Luengo nos ha legado estas breves líneas necrológicas sobre Domingo:

Este día 16 de noviembre murió en el pueblo de San Juan el H. Coadjutor Domingo Ibaseta. Era este H. Domingo un Coadjutor de los que más de han agradado entre los que he conocido. Tenía buenas prendas, un juicio bien puesto, gran sosiego, reflexión y cordura en todas las cosas. Su trato era cariñoso, apacible y agradable con todos, y con muy particular atención y respeto para con los Sacerdotes. Y su modo de vivir, aun después de la extinción de la Compañía, muy arreglado en todo, inocente y piadoso. Uno de estos años pasados traté por algunas meses en el dicho lugar a este H. Ibaseta, que se conservaba vestido con mucha modestia, y todas sus ocupaciones, y con buen método, se reducía a cuidar con otro H. Coadjutor de un pobre loco que está en su misma casa, a ayudar todas las Misas que podía, y a otras muchas devociones en la Iglesia mañana y tarde, y un paseito por corto tiempo. Ayer se

le haría el Oficio en aquel lugar con la decencia acostumbrada y quedará sepultado en aquella Colegiata o Parroquia. Era natural de Berriatúa, en el Obispado de Calahorra, y nació a 27 de diciembre de 1713.

Isidro M^a Sans

P. Vicente de Yraola

n. 05.05.1738, Beasáin
i. 21.06.1764, Loyola
o. xx.06.1770, Bertinoro
+ 25.06.1783, Castelfranco

Nació el 5 de mayo de 1738 en Beasáin (Guipuzcoa). Y probablemente comenzó sus primeros estudios en el Real Colegio de Loyola, donde fue admitido para la Compañía el 21 de junio de 1764, recién cumplidos sus 16 años de edad. De allí se fue a Villagarcía de Campos, donde hizo su Noviciado (1764-66). Al parecer, había estudiado ya en Loyola parte de la Filosofía, porque a continuación lo encontramos en el Filosofado de Medina del Campo, cursando o repasando la Metafísica (1766-67). Allí nos recordará el P. Manuel Luengo que le conoció por haber sido “su Maestro de Filosofía algunos meses”. Nos consta que en Medina del Campo le sorprendió la invasión de las tropas de Carlos III al por entonces H. Yraola. Era uno de los 36 jesuitas de aquella Comunidad bajo el Rectorado del P. Francisco Tejerizo. “La única demostración que se hizo algunos Colegios, sobre todo en el de Medina del Campo, después de intimado y obedecido el Real Decreto, y habiéndose retirado el Juez Comisionado con los PP. Rector y Procurador a entender en las demás diligencias que encargaba la Instrucción, fue que los demás Padres y Hermanos que había quedado en la pieza donde se les había congregado con orden de que ninguno saliese de ella con pretexto ninguno, se postraron todos inmediatamente en tierra y perseveraron una larga hora de oración” (P. Isla).

De Medina a Burgos y de Burgos a Santander, donde “fueron congregados todos los jesuitas de los Colegios de Castilla y León, es decir hasta 360 sujetos”. “Cuando llegó el tiempo del embarco, sólo se dio a cada individuo un colchón, una almohada, dos mantas y dos sábanas... Embarcaron, en fin, los jesuitas de Santander para reunirse con todos los demás en el puerto de El Ferrol”, desde donde zarparon 652 jesuitas el 24 de mayo en ocho naves rumbo a los Estados Pontificios. Tras 21 días de navegación llegaron a Civitavecchia. Pero el Papa se opuso a su desembarco y hubieron de volverse. El 19 de julio fueron abandonados en Calvi (Córcega). El 19 de setiembre de 1768, tras un año largo de dificultades de todo tipo, volvieron a embarcar hacia Sestri Levante, en el Golfo de Génova. Desde Sestri siguieron hasta el puerto de Génova. Regresaron a Sestri y a partir del 25 de octubre se inició el camino a los Estados Pontificios: debieron cruzar los Apeninos, con lluvia y nieve: “Desde Sestri hasta Fornovo todo ha sido montes, peñascos, subidas y bajadas, precipicios y peñascos... Y ahora estamos ya en una hermosa llanura que se extiende más que la vista por donde hemos de caminar en adelante”. De Fornovo a Parma, Reggio nell’Emilia y Módena. El 5 de noviembre “salimos de Módena como a las 8 de la mañana, a dos o tres millas pasamos sobre barcas el río Panaro y pusimos los pies en los Estados del Sumo Pontífice”.

Es de suponer que el H. Vicente Yraola cursara sus estudios de Teología en el Palacio Panzano, en el que se ubicó el Colegio de San Luis, cercano a Castelfranco, donde trabajará apostólicamente sus últimos años de vida. En él se congregaron todos los Estudiantes Teólogos bajo el Rectorado del P. Francisco Javier Idiáquez. Y éste, el previsor P. Idiáquez, dada la negativa del Cardenal Arzobispo de Bolonia de ordenar a los jesuitas españoles e incluso a permitir que otro Prelado les ordenase en su Diócesis, se entrevistó el 13 de setiembre de 1769 con el Provincial P. Ossorio para plantearle el problema. “Hallábase por casualidad en la casa de Panzano el misionero Ignacio Zubimendi, hombre activísimo, de fuego, muy robusto y acostumbrado a correr centenares de leguas por riscos y montes a caza de indios y él mismo se ofreció a ir por ese mundo adelante a caza de un Obispo que quiera ordenar a nuestros jóvenes”. El P. Zubimendi se topó con varias negativas, pero al fin “encontró un caritativo Obispo”, que accedió a su petición: Msr. Francisco M^a Colombani, Obispo de “la pequeña ciudad de Bertinoro, que está ya en la montaña”, a unas 16 a 20 leguas

desde Panzano. Inmediatamente se trasladó a Bertinoro una primera tanda de ordenandos, que volvieron encantados de la acogida del Sr. Obispo “con mucho agrado y humanidad”. Así que al año siguiente volvió a Bertinoro otra tanda de 23 Teólogos: el P. Luengo hace constar que el 19 de junio de 1770 regresaron tras haber recibido las Ordenes de manos del cariñoso Msr. Colombani, entre ellos nuestro Vicente Yraola.

Algo más de tres años después, el P. Vicente Yraola dejó de ser legalmente jesuita con motivo de la extinción de la Compañía de Jesús por el Papa Clemente XIV. Pero siguió siéndolo de corazón y trabajando intensa y cariñosamente por el bien de las almas. Así consta por las detalladas anotaciones necrológicas que le dedica el P. Luengo en su Diario de la Expulsión”:

Ayer llegó aviso de Castelfranco de la muerte en aquel lugar, sucedida el mismo día o el 24 del P. Vicente Yraola, joven todavía de 39 años. En una palabra se puede hacer un digno elogio de este P. Yraola. Era un jesuita completo, sin faltarle nada y sin tacha alguna. No hay uno de cuantos le trataron algo de cerca, como yo, que fui su Maestro de Filosofía algunos meses en Medina del Campo, que no lo conozca y publique así, y que no haya sentido mucho la muerte de un sujeto tan apreciable. Todo en él era bueno y más que ordinario. Tenía talentos para las ciencias y, habiéndose juntado a ellos mucho estudio y aplicación, era en el día un joven sabio y muy instruido en todo género de cosas. No era menor el juicio y madurez, para todo lo que ocurría, que el ingenio para las ciencias. Y sobre todas estas prendas sobresalían y formaban principalmente su carácter un sosiego, una paz y tranquilidad muy amable, un agrado y dulzura muy particular en el trato con todos, y un candor, mansedumbre, docilidad y humildad a que llegan pocos. Era en todo lo demás exacto y fervoroso, hombre verdaderamente de espíritu y de oración, en la cual, dijo una vez en confianza a un amigo suyo, no tenía trabajo alguno ni jamás padecía distracciones, lo que no es muy extraño, habiendo recibido del Señor un alma buena, muy sencilla, muy tranquila y sosegada. Tal era el P. Vicente, según oigo decir a algunos que le conocieron aun antes de entrar en la Compañía, siendo Ayo de los hijos del Excmo. Sr. Marqués de Valmediano. ¡Qué mucho que en la Religión conservase y aun perfeccionase alguna cosa este mismo espíritu y carácter! Solicitó el P. Vicente, para contentar algo a su caridad y a su celo, las licencias de confesar en aquella aldea y las logró, porque este Sr. Arzobispo no está tan inexorable, cuando se trata solamente de confesar en la campaña o en algún lugarcillo, como cuando se presente hacer esto mismo dentro de Bolonia y a vista de los Comisarios Españoles, pues en este caso no se ha hecho hasta ahora ejemplar alguno y en el otro se están haciendo al presente varios. Armado nuestro P. Yraola de las licencias necesarias ya de tres o cuatro años a esta parte, ha sido este tiempo en aquel lugar y en la campaña vecina, ciñéndose a los ministerios que le son permitidos, un operario insigne y propiamente un Apóstol. Continuo en el Confesonario y pronto en todas las demás cosas de la Iglesia en que él podía entrar; puntual y diligente en visitar a todos los enfermos y consolarlos; generoso en socorrerles con limosnas, cuando encontraba necesidad y miseria; constante y fervoroso en asistir a los moribundos. Y todo eso, con exactitud, con perfección y con una singular gracia, no permitiéndole sus facultades hacer otra cosa, es bastante para el carácter de insigne Operario y de hombre apostólico, y por lo menos ha bastado para ganarse el corazón y la estima de todas aquellas gentes y para haber merecido entre ellas el título y renombre de Santo, como me lo nombró a mí mismo un Cabo Escuadra de esta tropa, que ha vivido mucho tiempo en Fuerte Urbano, vecino al mismo lugar de Castelfranco, dándome la noticia de su muerte con las lágrimas en los ojos. Para mayor corona de su mérito y de su premio se cree comúnmente que la enfermedad aguda, que le ha arrebatado en pocos días, se le pegó asistiendo con su acostumbrada caridad y constancia a un pobre enfermo de mal contagioso, con lo cual ha crecido mucho el sentimiento de haberle perdido entre todo género de personas de aquel país, y el respeto y veneración para por su Santo P. Vicente. En el mismo lugar se le habrá hecho el Oficio con la decencia acostumbrada y se debía esperar alguna cosa más de parte del Sr.

Arcipreste y de los parroquianos, si otros ejemplares parecidos a éste y la experiencia de este país por tantos años no nos hubieran hecho conocer el carácter de estas gentes, cuanto finas y afectuosas con aquéllos de quienes reciben beneficios mientras esperan recibir otros, tanto frías y desconocidas con sus bienhechores cuando ya no pueden esperar de ellos cosa alguna. Era el P. Vicente natural de Beasáin, en el Obispado de Pamplona, en donde nació a 5 de mayo del año de 1738.

Isidro M^a Sans

P. José Urbiola

n. 08.03.1714, Durango
i. 04.05.1735,
o. 1748
g. 15.08.1752
+ 29.07.1783, Bolonia

Nacido en la antigua Tabira, ahora Durango, nuestro José Urbiola estudió Gramática y primeras letras en su villa natal. Más tarde se dirigió a la capital de España, Madrid, y después de algún tiempo ingresó allí mismo en el Noviciado de los jesuitas el 4 de mayo de 1735, cuando contaba 21 años de edad. Hechos los votos del bienio en mayo de 1737 y, habiendo pasado a la Provincia jesuítica de Nueva España, Méjico, continuó sus estudios eclesiásticos y ordenado de presbítero en 1748, estuvo por tres años en el Colegio de La Habana, como Profesor de Filosofía, y de allí pasó a la Residencia de Puerto Rico, en la Isla de Santo Domingo, como operario, en el año de 1751. Y en 1752 hacía la profesión solemne de 4 votos el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María, con lo que quedaba definitivamente incorporado a la Compañía de Jesús.

Continuando en la misma Residencia, fue nombrado Superior de la misma en 1755. Con ocasión de este nombramiento existe una nota sobre su persona y dotes, que dice: “de ingenio, junio, prudencia y letras, bueno, de suficiente experiencia, de complexión temperada; de talento para todo”. En el año de 1761 volvió al Colegio de La Habana, pero esta vez como Rector Magnífico. Y a los tres años pasaba con el mismo cargo al Colegio de Veracruz, en la costa del Pacífico en México, 1764. Y justamente acababa de ser nombrado Rector y Maestro de Novicios de la Casa de Probación de Tepotzotlán, enero 1767, cuando le llegó el Decreto del Rey Carlos III, la célebre Pragmática Sanción de 3 de abril de 1767, por la que eran desterrados de sus Dominios españoles todos los jesuitas, por lo cual también él se vio obligado, a una con sus compañeros, a exiliarse de su segunda patria adoptiva, México.

A bordo de la fragata de la Marina Española, la ‘San Miguel’, salió del puerto de embarque de Veracruz para hacer un viaje molesto y de grandes sufrimientos de alrededor de un año, 1767-68, desde México, pasando previamente por La Habana, llegada al Puerto de Santa María en España, y tocando por un tiempo en el puerto de Calvi, Isla de Córcega, hasta llegar a los Estados Pontificios del Papa, Italia, a mediados de 1768. Allí le tocó también otro Decreto doloroso, el del Papa Clemente XIV, por el que se extinguía la Orden fundada por San Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús. Y así, a partir de esa efemérides, y como ex-jesuita, vivió aún unos 10 años, 1773-83, pero sin saber nada de sus actividades en ese lapso de tiempo, y que a buen seguro, de acompañarle las fuerzas, no estaría mano sobre mano. Y tal vez hizo algún trabajo con otros ex-jesuitas que hicieron una labor muy encomiástica en varias ramas del saber humano. Sea de ello lo que fuere, un día se recibía aviso de su fallecimiento, acaecido en Bolonia el 29 de julio de 1783, habiéndosele enterrado en la Parroquia de Santa María Magdalena. Tenía 69 años de edad, 48 de jesuita y 31 de Profesor de 4 votos. ¡Descanse en paz el fiel y abnegado obrero de la viña del Señor!

J. J. Totorika

E. Pedro Idiáquez

n. 03.08.1721, Estella
i. 13.09.1737, Pamplona
+ 09.08.1783, Valladolid

D. Antonio de Idiáquez, natural de Azcoitia, y D^a M^a Isabel Aznárez, Duques de Granada de Ega, Señores de Loyola, Condes de Javier y Grandes de España, tuvieron diez hijos. El primogénito Francisco Javier, nacido en Pamplona en 1711, fue el último Provincial de Castilla, antes de la extinción de la Compañía por el Papa Clemente XIV. Diez años más tarde, el 3 de agosto de 1721, nació su hermano Pedro en el gran palacio románico de los Duques en Estella. Su educación, por supuesto, fue la correspondiente a un hijo de tan grandes Señores. Pero el joven Pedro prefirió seguir la ruta de su hermano mayor y optó por solicitar el ingreso en la Compañía de Jesús. Nos consta que fue aceptado en ella en el Colegio de Pamplona, donde había iniciado sus estudios: acababa de cumplir sus 16 años, fuerte y vigoroso. Coronó el Noviciado en Villagarcía de Campos (1737-39) con los votos del bienio el 14 de setiembre de 1739. Cursó los estudios filosóficos en el Colegio de Medina del Campo: Lógica, Física y Metafísica (1740-43). A continuación comenzó la Teología en el Colegio vallisoletano de San Ambrosio (1743-45) y lo prosiguió en el Real Colegio de Salamanca (1745-46), pero su quebrantada salud no le permitió concluirla. Hubo de retirarse en plan de reposo a Villagarcía y luego al Colegio vallisoletano de San Ignacio: al principio en los Catálogos se anota simplemente *vacat*; pero ya en 1750-51 se especifica: *vacat per amentiam*.

En las líneas necrológicas que le dedica el P. Manuel Luengo en su “Diario de la Expulsión” se nos recuerda que “muchos años antes que saliésemos de España había perdido el juicio enteramente este P. Idiáquez y se hallaba encerrado en un aposento del Colegio de San Ignacio de la dicha Ciudad”.

Y añade este escalofriante estampa de una visita que él mismo le hizo poco antes de salir hacia el destierro: “El año de 1765 entré una vez por curiosidad a verle, hallándome en aquel Colegio, y quedé aturdido y horrorizado al ver más una bestia que un hombre. Estaba enteramente desnudo, sin más abrigo que una manta hecha pedazos, porque ni él sufría vestido ni ya era posible acomodárselo a su cuerpo. No podía ya estar en pie ni sentado ni en ninguna otra postura que de rodillas y encorvado, teniendo ya la piernas pegadas a los muslos por la continuación de estar de aquella manera. Más que todo eso me asombró el no tener ya aquel hombre idea ni memoria de cosa alguna y habérsele olvidado enteramente la lengua, de suerte que ya no sabía más que gritar y aullar, sin poder, aun cuando parecía que lo intentaba, unir una palabra con otra y formar una pequeña dicción. Espectáculo verdaderamente horroroso y ejemplo terribleísimo de la miseria a que puede llegar un hombre, aunque hijo de grandes Señores y criado como un Caballero ilustre”.

Cuando sus compañeros salieron desterrados de todos los dominios de Carlos III, Rey de España, Pedro Idiáquez hubo de quedarse en Valladolid, acompañado por “un criado de nuestro Colegio, que solía cuidarle, y con la pensión del Rey y con otra que se le señaló por su Casa le ha mantenido hasta este año en que finalmente ha muerto”.

Isidro M^a Sans

P. José de Zubimendi

- n. 15.03.1710, Azpeitia
- i. 19.02.1732, Palencia
- o. 30.12.1737, Salamanca
- g. 15.08.1745, San Sebastián
- + 25.12.1783, Castelfranco

Nació el 15 de marzo de 1710 en Azpeitia. Tenía casi 22 años cuando solicitó su admisión en la Compañía y fue aceptado en ella el 19 de febrero en el Colegio de Palencia, al mismo tiempo que el ilustre primogénito de los Duques de Granada de Ega, Francisco Javier Idiáquez. Ambos fueron estrictos connovicios en Villagarcía de Campos (1730-32), coronándolo con los votos del bienio en la misma Eucaristía. Al parecer, José de Zubimendi había aprovechado ya bastante en el Colegio-Filosofado de Palencia, en el que fue admitido a la Compañía, porque tras su Noviciado permaneció año y medio en Villagarcía enseñando Gramática (1732-34) y a continuación sólo repasó un año de Lógica en el Colegio de Medina del Campo (1734-35). Después estudió Teología en el Real Colegio de Salamanca; pero sólo para repasar los cursos 1º, 2º y 4º (1735-38), siendo ordenado presbítero el 30 de diciembre de 1737 por Mons. José Granados.

Es destinado entonces al Colegio de San Sebastián como Profesor de la 3ª clase de Gramática (1738-42) y a continuación al Colegio de Loyola como “misionero cántabro” al lado del P. Agustín de Cardaveraz (1742-43). Vuelve entonces al Colegio de San Sebastián como Predicador y Consultor (1744-45) y al finalizar allí su estancia emite su Profesión solemne de cuatro votos. En el Colegio de Pamplona enseña un trienio de Filosofía: Lógica, Física y Metafísica (1745-48), conjugando la docencia con el cargo de Ministro de la Comunidad durante el tercer año (1747-48). Por lo visto, el P. Zubimendi tenía dotes y fuerzas para todo. Y dado que en aquellos momentos se estaba intentando abrir una nueva Residencia en Vitoria, la obediencia le encargó sumarse al pequeño equipo que trabajaba en el proyecto. Pero pronto tuvo que ampliar horizontes y marchar a la Curia General de Roma: primero como ayudante del Asistente de España (1750-54) y luego Asistente él mismo (1754-59). Vuelto a España, asume por algunos años el cargo de Procurador de la Provincia de Castilla, residiendo en el Colegio vallisoletano de San Ignacio, hasta que la obediencia le permite “dedicarse enteramente al penoso ministerio de hacer Misiones en la lengua vascongada”. Así lo encontramos en el Colegio de Bilbao y luego en el de Loyola, donde le sorprende la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción el 3 de abril de 1767.

Marcha, pues, con esa Comunidad hasta San Sebastián, desde donde los Colegios de Guipuzcoa y de Navarra embarcan hacia el puerto de El Ferrol. Unidos desde Santander con los convoyes salidos de Bilbao y de Gijón, “se les obligó a salir del puerto con viento contrario a pesar de las representaciones de los Pilotos, el cual, arreciándose cada día más y amenazando con los funestos efectos que son tan frecuentes en aquella brava costa de Cantabria, después de ocasionarles una tarda y penosísima navegación, los puso repetidas veces a dos dedos de un miserable naufragio” (P. Isla). De El Ferrol zarparon el 24 de mayo en ocho naves 652 jesuitas de la Provincia de Castilla, que el 19 de julio fueron abandonados en la playa de Calvi (Córcega), y que tras una serie de tribulaciones y penalidades llegaron el 5 de noviembre de 1768 a los Estados Pontificios.

En su “Diario de la Expulsión” el P. Manuel Luengo narra con detalle muchas de las andanzas del P. José Zubimendi. Por ejemplo, cómo, durante su estancia en Calvi, el Provincial P. Ossorio pudo aprovechar su habilidad para expresarse en italiano y tratar de negocios en orden a obtener diversas ayudas de los independentistas corsos. Y cómo se encargó más tarde de conseguir la devolución “de nuestros baúles y camas detenidas en Borgo

Taro” durante la última parte del viaje hasta los Estados Pontificios. Y cómo poco después enfermó de tercianas y hasta hubo que administrarle “el santo Viático”; y cómo “el P. Ignacio Zubimendi, de la Provincia de Santa Fé, que está en algunos lugares pequeños de hacia la Marca de Ancona, ha venido principalmente para visitar al P. José Zubimendi, su primo, que va felizmente restableciéndose de su peligrosa enfermedad”. Precisamente a este P. Ignacio Zubimendi, “hombre activísimo, de fuego, muy robusto y acostumbrado a correr centenares de leguas por riscos y montes a caza de indios”, le encargó el P. Idiáquez la búsqueda de un Obispo que se comprometiera a ordenar a nuestros jóvenes; y el que lo encontró en la persona de D. Francisco María Colombani, Obispo de Bertinoro.

El mismo P. Luengo nos legó una cariñosa Necrología del P. José Zubimendi, que transcribo a continuación:

Ha llegado hoy de Castelfranco la noticia de haber muerto ayer en aquel lugar el P. José Zubimendi, la que ha desagradado mucho a todos, así porque era un sujeto muy apreciable y muy estimado en toda la Provincia como por el modo desgraciado y trágico de su muerte. Era el P. José de buenos talentos y después de haberlos empleado en España por muchos años en los ministerios regulares de cátedras y de púlpitos, fue enviado a Roma, en donde hizo el oficio de Sustituto del Asistente por algunos años. Y en este tiempo fue nombrado Vocal por la Provincia de Castilla para la última Congregación General que se tuvo el año de 1758. Pero después volvió a España y le empleó la obediencia por algunos años, muy contra su gusto, en el oficio de Procurador General de la Provincia en la Ciudad de Valladolid. Desprendióse finalmente de este oficio y, habiéndose resistido eficazmente a ser Superior, le permitió la obediencia que siguiere su deseo de dedicarse enteramente al penoso ministerio de hacer Misiones en la lengua vascongada, como lo hizo efectivamente, aunque tuvo el desconsuelo de que le durase poco por haber sobrevenido el destierro de todos los jesuitas de los Dominios de España.

Un modo muy grato, cariñoso, servicial y sin afectación, un juicio maduro, una prudencia más que ordinaria en el manejo de los negocios, una piedad sólida y una grande religiosidad y exactitud en todo su proceder y en todas sus acciones, forman el verdadero retrato de este respetable sujeto, en el cual no se vio mudanza alguna en la extinción de la Compañía. Este terrible golpe le cogió en el pequeño lugar de Castelfranco y allí se ha estado constantemente, viviendo con el mayor número de compañeros que le era posible según las Órdenes de los Comisarios, y casi como si prosiguieran siendo jesuitas. Un accidente bien raro nos ha arrebatado en pocos días al P. José, que, aunque en edad de 73 años, estaba para vivir mucho tiempo. Para arreglar un reloj u otra cosa semejante se subió sobre una mesa de vara y media de altura o poco más. Y habiendo caído desde allí, fue el golpe tan fatal y desgraciado que se tronchó enteramente la pierna, saliéndosele el hueco quebrado de la canilla fuera de la carne y aun de la calceta y media. Cuatro o cinco días ha sobrevivido a esta lamentable desgracia con unos continuos y acerbísimos dolores, padecidos con entereza, con sufrimiento y paciencia heroica. Su muerte, habiéndose dispuesto para ella con todos los Sacramentos recibidos muy a tiempo, con mucha piedad y devoción, ha sido santa y preciosa a los ojos del Señor, en cuanto se puede humanamente entender. En el mismo lugar se le habrá hecho hoy el Oficio con la decencia acostumbrada. Esa natural de la Villa de Azpeitia en la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, en donde nació a 15 de marzo de 1710.

Isidro M^a Sans

P. Miguel Ignacio de Ordeñana

n. 16.02.1716, Bilbao
i. 03.05.1731, Bilbao
o. 19.03.1740, Salamanca
g. 15.08.1749, Valladolid
+ 27.01.1784, Bolonia

Prolongó los estudios teológicos en Salamanca con un tiempo de preparación para su docencia, primero de Filosofía, que ejerció en Salamanca y Medina del Campo (1742-c. 1747), luego de Teología en Valladolid y Salamanca, donde se doctoró en 1755. Los informes internos de la Compañía señalan sus notables aptitudes para la enseñanza y la predicación, a lo que unía un temperamento equilibrado y un trato agradable. Expulsada la Compañía (1767) de España, pasó a Italia, donde tomó parte activa, junto con otros ex-jesuitas hispanos (Jerónimo Boza y Solís, Miguel de Gadea, José Guevara, Francisco X. Idiáquez, Manuel Marques, José M. Petisco) e italianos (Giulio A. Brignole, Giovanni Faure, Luigi Mozzi, Benedetto Tetamo, Francesco A. Zaccaria) en la polémica suscitada por los escritos de Camillo Blasi y Agostino A. Giorgi OSA en torno al objeto del culto al Corazón de Jesús, del que estos escritores (que gozaban de altos patrocinios en la Corte Pontificia) pretendían excluir la adoración del corazón físico unido al Verbo, y motejaban a sus oponentes de “cordícolas”. El obispo de Pistoya-Prato, Scipione de'Ricci, se unió con sus pastorales a esta corriente reprobatoria, que sería ratificada en el Sínodo de Pistoya, pero que fue condenada por la bula *Auctorem fidei* (1794) de Pío VI, defendiendo la devoción al Corazón de Jesús.

Obras. “De cultu SS. C.J. dissertatio theologica”, AHL. [MSS fil y teol], *MisCom* (1950) 30:139s; D. Simón Rey, *Las Facultades de Artes y Teología de Salamanca en el s. XVIII* (Salamanca, 1981); Sommervogel 5:1929.

Bibliografía. Bernareggi, A., “Le polemiche circa la devozione del S. Cuore in Italia alla fine del 700”, *La Scuola Cattolica* 19 (1920) 30. Fdez. de la Fuente, J.L., “El P. M. de O. en la controversia en torno al objeto del culto al Corazón de Jesús”, *MisCom* 30 (1972) 293-328. Luengo, M., “Diario” (AHL, t.18:30ss). Tucci, R., “Storia della letteratura relativa al culto del S. Cuore dalla fine del s. XVII”, *Cor Jesu* (Roma, 1959) 501-638.

J. Escalera

Nació Miguel el 16 de febrero de 1716 en el Casco Viejo de Bilbao. Desde pequeño frecuentó las aulas del Colegio jesuítico de San Andrés, cercano a la casa de sus padres, que llevaba ya más de un siglo funcionando en la Villa. En él fue aceptado para la Compañía el 3 de mayo de 1731, cuando él contaba con poco más de 15 años de edad. Se trasladó entonces a Villagarcía de Campos, donde hizo su Noviciado (1731-33), siendo connovicio riguroso de otro ilustre bilbaino, el futuro P. Lorenzo Uriarte. Coronado el Noviciado con los votos del bienio, ambos fueron destinados al Colegio de Santiago de Compostela para cursar los estudios filosóficos: Lógica, Física y Metafísica (1733-36). A continuación se separaron: Lorenzo fue al Real Colegio de Salamanca y Miguel al Colegio vallisoletano de San Ambrosio para estudiar la Teología (1736-40). El P. Ordeñana pasó entonces al Real Colegio de Salamanca para profundizar su Teología (1740-42), simultaneando ese estudio con la enseñanza de un trienio filosófico (1740-43). En el Colegio-Filosofado de Medina del Campo enseñó su segundo trienio filosófico (1743-46) y ejerció el oficio de Consultor. Volvió entonces a San Ambrosio, pero como Maestro de Estudiantes (1746-47) y a continuación ejerció el mismo cargo en Salamanca (1747-48). De nuevo a San Ambrosio (1749-54) y de nuevo a Salamanca (1754-67), pero ahora como Profesor de Teología.

“El Colegio Real de Salamanca, aquel taller de sabiduría y virtud, reconocido siempre por tal no sólo de toda España, sino de toda la Europa sabia y cultivada, fue embestido, de la

misma manera que los demás, por el Regimiento de Pavía la noche del 2 al 3 de abril. Como a las 6 de la mañana del día 3 entró el Alcalde Mayor en el Colegio con parte de la tropa y, convocada aquella respetable Comunidad al Claustro de la portería, mandó calar la bayoneta a algunos soldados” (P. Isla). Se les intimó a los 81 jesuitas, que formaban aquella Comunidad, la “Pragmática Sanción” de Carlos III. Y 72 de ellos hubieron de ponerse en camino la mañana del día 4 hasta el puerto de Santander. Desde Santander fueron conducidos por vía marítima hasta El Ferrol. Allí les atendió lo mejor que pudo “D. Pedro de Ordeñana, Intendente en este Departamento de El Ferrol, hermano del P. Miguel de Ordeñana, procurando animarnos y consolarnos. Pero no puede disimular que está más penetrado de dolor que nosotros, y que necesita más que todos de consuelo. De este Sr. Ordeñana depende principalmente todo el punto de provisiones y más en particular en las embarcaciones que no son de guerra; y no hay que dudar de su cariño y afecto, que todo lo hará del mejor modo que le sea posible para nuestro alivio y regalo” (P. Luengo). De El Ferrol zarpó la Provincia de Castilla el 24 de mayo. El 19 de julio fueron abandonados en las playas de Calvi (Córcega), donde permanecieron en medio de grandes tribulaciones hasta el 19 de setiembre de 1768, fecha en la que lograron reemprender su odisea hacia los Estados Pontificios, a donde arribaron el 5 de noviembre.

En los alrededores de Bolonia se fueron aposentando. El P. Idiáquez congregó a buena parte de sus antiguos compañeros de Salamanca en una casa cercana a la llamada Casa Fontanelli. “Esta casa llamada del Espíritu Santo, y también de la Abadía por la vecindad con el Convento de Monjas de este nombre, es limpia y aseada, bien distribuida y todo está bien aprovechado, pero es tan corto el terreno que ocupa que, estando repartidos en 4 pisos, uno bajo, dos altos y el desván, no vivimos en ella ni podemos vivir más de 20. Catorce somos Sacerdotes y varios de ellos Doctores en Salamanca y Maestros antiguos de Teología y los demás son Coadjutores. Como no hay en nuestro Oratorio más que un altar, en el que se dicen solamente 3 Misas, 11 de los Sacerdotes salimos diariamente a decir Misa fuera de casa. Yo protesto con toda ingenuidad que estoy grandemente edificado al ver a estos Padres, Maestros antiguos de Teología en España, por ejemplo a un P. Miguel de Ordeñana, que por más de 20 años había enseñado Teología públicamente y con grande fama, y Doctor muy acreditado en la célebre Universidad de Salamanca, sujetarse humildemente a todas estas incomodidades y desprecios y estar ayudando a Misa en una Iglesia pública con tanto gusto y contento como si estuviera en la Cátedra de dicha Universidad o en su barandilla, admirando y suspendiendo a un sabio y numeroso concurso, como solía en otro tiempo, con la doctrina, fuerza, solidez, hermosura, elegancia y esplendor de sus argumentos y respuestas” (P. Luengo). Y desde esa Casa del Espíritu Santo iban “para argüir en todas las funciones de Teología que haya en la casa Fontanelli, el P. Miguel de Ordeñana, Doctor en la Universidad de Salamanca y Catedrático de prima, el P. Santiago Mier, Doctor en la misma Universidad y Catedrático de vísperas, el P. Ambrosio García, Maestro de Escritura en el Colegio de San Ambrosio de Valladolid, y el P. Tomás Salas, Maestro de Vísperas en el mismo Colegio”. El 15 de marzo de 1773 el mismo P. Luengo cita al P. Ordeñana como “Maestro ya jubilado”. Y el 20 de setiembre de 1776 anota que “el P. Doctor Miguel de Ordeñana está baldado en fuerza de un accidente de perlesía”. Sin embargo el P. Miguel vivió aún siete años más, hasta el 27 de enero de 1784.

Para concluir, he aquí esta cariñosa y detallada Necrología en la que el P. Luengo recopila sus recuerdos sobre el P. Miguel de Ordeñana:

Dos horas antes de acabarse el día 27 murió en esta Ciudad el P. Miguel de Ordeñana, que era el único Doctor de la Universidad de Salamanca que no había quedado en la Provincia, y parece que el gran Doctor de la Iglesia San Juan Crisóstomo, cuya fiesta se celebraba en aquel día, de quien nuestro P. Doctor fue devotísimo y hablaba siempre con una especie de asombro y de arrebató, y a cuyos escritos fue muy aficionado, le quiso premiar su afecto y devoción, sacándole de los gravísimos trabajos que padecía en este mundo y

llevándole a los eternos gozos de la gloria. Fue el P. Ordeñana Maestro de Filosofía en Medina del Campo y después enseñó por muchos años Teología en los Colegios de San Ambrosio en Valladolid y de Salamanca; y el año de 1755 recibió el grado de Doctor en la dicha Ciudad de Salamanca. Y así al tiempo que fuimos desterrados de España, llevaba 12 años de Maestro y Doctor. Y, juntándose éstos con los que había enseñado Teología antes de graduarse, forman a lo menos el número de 20 años de Magisterio de Teología.

Tantos años dedicados a la enseñanza de esta sagrada ciencia, acompañados de un grande y constante estudio y de un ingenio profundo, delicado y sutil, hicieron al P. Ordeñana un Maestro consumado de Teología. Y añadiéndose mucha gracia y limpieza en el hablar y cultura en el estilo, le formaron un Doctor que era siempre oído con gusto y complacencia, con respeto y con aplauso en el gran concurso de Teólogos de la Universidad de Salamanca. Y yo puedo asegurar que he visto pocos, y acaso ninguno, que juntase tanta brillantez, prontitud, viveza, novedad, robustez y vigor en el argumento, con tanto esplendor, desembarazo y magisterio en la cátedra. Y cualquiera que leyese con reflexión los muchos tratados o materias de Teología, que dejó escritos, en los cuales trató muchos asuntos, y fundamentalmente el sistema de la Gracia y Ciencia de Dios, descubrirá en ellos la solidez de la doctrina, el buen orden y método, y el aseo y cultura en escribir que dejamos insinuados. No eran inferiores sus talentos para el púlpito a los singulares que tuvo para el magisterio y enseñanza de Filosofía y Teología. Algún otro sermón panegírico y alguna otra oración fúnebre que se imprimió en España, comparables en elocuencia cristiana con los más famosos de cualquiera Nación, prueban con toda claridad que, si se hubiera dedicado a la predicación, hubiera sido un orador excelentísimo, y aun con sólo imprimir otros muchos sermones que predicó, panegíricos y morales, dignos de la luz pública, aparecería autor de algunos tomos que pudieran presentarse sin confusión delante de los sermonarios más celebrados de los extranjeros, en medio de haber estado toda su vida ocupado y embebido en los sutiles y abstrusos misterios de la Teología.

Era por lo demás el P. Ordeñana uno de aquellos pocos hombres en quienes, de un modo casi incomprensible, con un ingenio tan elevado y tan sutil aun para las ciencias más graves se junta algunas veces un candor, inocencia y sencillez propia de niños de pocos años. A esta hermosa simplicidad, que se admiraba en el P. Miguel, es necesario añadir para exponer su carácter moral, una piedad y devoción muy tierna en todos los ejercicios piadosos, una delicadeza y escrupulosidad de conciencia muy grande, una observancia regular que casi declinaba en austeridad, y un celo ardiente de la salvación de las almas, del cual es buena prueba lo que solía hacer todos los días de fiesta de la Cuaresma, que eran casi los únicos que tenía desocupados en todo el año: en ellos solía salir en un humilde jumentillo a las aldeas vecinas a Salamanca a explicar la doctrina cristiana, predicar y confesar a aquella pobre gente.

En el destierro de España siguió el destino común a todos. Y en los muchos improperios, opresiones, necesidades, mentiras y tropelías que desde aquel momento hasta la extinción de la Compañía, y aun después con tanta abundancia han venido sobre nosotros, siempre mostró el P. Ordeñana grande ánimo, resignación con la voluntad del Señor, constancia y esfuerzo. Para purificarle más el Cielo le envió 7 u 8 años ha un penoso accidente de perlesía, que, dejándole sin uso todos el lado izquierdo, y no pudiendo no moverse ni escribir ni casi leer, ha sido para Su Reverencia un prolongado y gravísimo martirio. ¡No es fácil explicar cuánto ha padecido este piadoso Padre en estos años de retiro y en mucha parte de soledad, teniendo especialmente una imaginación aprensiva y vivísima, y un genio naturalmente delicado y resentido! Ciertamente han sido muchas y muy grandes sus tristezas, desconsuelos y aflicciones, a las cuales siempre se han añadido nuevas indisposiciones y nuevos males. Y para consumación de su mucho padecer y para el último ejercicio de su paciencia le ha probado también el Señor con una violenta y congojosa agonía, aunque para ella y para morir estaba dispuesto no sólo con una vida larga inocente y virtuosa, sino con todas las disposiciones más propias de aquella horas, con todos los Sacramentos

recibidos con singular ternura y devoción, y con una gran pureza de alma, habiéndose reconciliado con mucha frecuencia en estos últimos días.

Hoy se le ha hecho el Oficio a nuestro modo regular, pero con una concurrencia extraordinaria de los de la Provincia a decir Misa toda la mañana y al Oficio al fin de ella. Y se le ha dado sepultura y se han hecho todas estas cosas en la Iglesia del Colegio de Santa Lucía, que fue de los jesuitas, y ahora está en manos de los PP. Barnabitas, por haberlo deseado así el mismo Padre por su amor a la Compañía. Este primer correo se enviará aviso de su muerte, por medio de un hermano del Sr. D. Custodio Ramos, que es Doctor en Salamanca, a la Universidad de que era miembro este P. Ordeñana, y se debe suponer que le hará los sufragios y honras, como ha hecho con otros jesuitas Doctores, aunque sin oración fúnebre, como se acostumbra con los otros graduados. Era natural de la Villa de Bilbao, del Obispado de Calahorra, y se hallaba cerca de cumplir los 78 años de su edad, pues nació a 16 de febrero de 1716.

Isidro M^a Sans

P. Buenaventura San Vicente

n. 10.02.1721, Orozco
i. 05.08.1736, Sevilla
o. 1746
g. 15.08.1750,
+ 04.03.1784, Ferrara

En el lindo pueblo bizkaino de Orozko, no lejos de la Villa de Bilbao, y allá por los años de 1721 vino a este mundo el niño Buenaventura y en un hogar muy cristiano, y allí aprendió las primeras letras y a leer y escribir correctamente en castellano. No se sabe en qué año, su familia se trasladó a Andalucía y en esa estancia nuestro Buenaventura ingresó en el Noviciado de Sevilla de la Compañía de Jesús cuando contaba 15 años y medio de edad. A los dos años de pasar la prueba del Noviciado, hizo los votos del bienio en agosto de 1738.

Nuestro novel H. Buenaventura, destinado a Perú, zarpó en una nave rumbo al nuevo mundo, al Virreinato del Perú. Allí hizo todos sus estudios de Filosofía y Teología y la prueba del Magisterio, ordenándose de presbítero en 1746. Y terminada su Tercera Probación, pidió y obtuvo ser enviado a las Misiones de los Moxos, en plena selva andina. Pero la delicadeza de su salud y complexión corporal no permitió a sus Superiores exponerle a las fatigas y trabajos tan rudos de aquel apostolado, por él tan querido. Dios le tenía destinado otro campo de actuación y, a decir verdad, no menos fértil tal vez en frutos de vocación. Y así, durante 10 años ejerció en Ica los diversos ministerios apostólicos con un celo, ardor y constancia que llenaban de admiración al P. Santiago Pérez, su Superior, y que le haría decir que el P. San Vicente valía por un Colegio entero. El P. Bertrand Herbert, antiguo Provincial del Perú, era entonces Maestro de Novicios en Lima y le dieron como compañero al P. Buenaventura. Y cuando el venerable anciano P. Bertrand entregó su alma a Dios, él le reemplazó en la doble tarea de Maestro y Rector.

Después estuvo al frente de los Colegios de Callao y de Ica. En esta última villa se encontraba nuestro P. Buenaventura cuando le fue notificado el Decreto de expulsión del Rey Carlos III a todos los jesuitas de sus Dominios de 3 de abril de 1767. Y fue entonces cuando brillaron sus muchas virtudes con toda claridad: su resignación a la voluntad de Dios en aquella inmensa calamidad y prueba, su entera confianza, su insondable caridad para con sus Hermanos en Religión, etc. Durante la travesía marítima hasta Italia y en el exilio de Ferrara antes de la Bula de Extinción de la Compañía de Jesús, el P. Buenaventura San Vicente fue el consolador y paño de lágrimas, enfermero y providencia visible. Se le vio ponerse al servicio de un joven H. Coadjutor, atacado de una enfermedad de pecho, y asistirle hasta en sus últimos momentos con la ternura de una madre. Todo el tiempo libre lo dedicaba a la oración. Una dolorosa parálisis de siete meses acabó por prepararle a la llamada del Señor. El día 4 de marzo de 1784 fallecía santamente en el exilio de Italia, en la Ciudad de Ferrara, nuestro buen P. Buenaventura San Vicente, a los 63 años de edad, 48 de jesuita y 33 y medio de Últimos Votos. ¡Descanse en paz el fiel y denodado trabajador de la viña del Señor!

J. J. Totorika

H. Pedro José de Goyri

n. 27.06.1712, Oquendo
i. 24.08.1735, Villagarcía
g. 02.02.1746, Villafranca
+ 10.10.1784, Pesaro

Pedro José nació el 27 de junio de 1712 en Oquendo (Vizcaya) y a sus 23 años solicitó el ingreso en la Compañía. Inició su Noviciado en Villagarcía de Campos y probablemente lo concluyó en el Colegio de Medina del Campo ejerciendo el oficio de Cocinero. En el mismo Medina y con el mismo oficio continuó (1738-39) hasta su siguiente destino: el Colegio vallisoletano de San Ignacio, en el que siguió siendo Cocinero (1739-41). Pasó luego al Colegio de Villafranca como Sacristán y Enfermero por algún tiempo y ciñéndose luego sólo al de Sacristán (1741-47). También será Sacristán en Medina del Campo (1748-51). Y finalmente es destinado al Colegio de Ávila, donde también será Enfermero y Sacristán (1751-67). El H. Goyri se revela, pues, como un hombre constante, devoto, servicial y muy trabajador, dedicado intensamente a las tareas de la cocina, la sacristía y la enfermería.

En Ávila le sorprendió la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III. “Después de haberse introducido por la Iglesia al amanecer el día 1º de abril con el acostumbrado estrépito de armas, ocupando todas las avenidas interiores y exteriores, 150 soldados del Regimiento de Asturias con bayoneta calada, pasó el Intendente a practicar todas las demás diligencias que se le prevenían. Diose principio a la marcha, rodeados 18 pobres Religiosos de 30 Granaderos, mandados de tres Oficiales, a tambor batiente, con todo aquel estruendo y aparato que se suele practicar con los malhechores para convocar el concurso, llamar la atención y avisar al escarmiento, de manera que más parecía una procesión de Gitanos sacados a la vergüenza por las calles, o una cadena de Galeotes conducidos por los caminos para el castigo, que una Comunidad de Religiosos humildes, rendidos y bienhechores del común en el ejercicio de todos sus ministerios. En el dilatado viaje desde Ávila a Burgos, raro día comieron otra cosa que unas sopas de ajo y una ración de bacalao atestado de sal, rarísimo se encontró carnes para los enfermos. Sin embargo de estar tan miserablemente alimentados, se les obligaba a hacer diariamente una marcha de siete leguas, y hubo día que la hicieron de nueve”. Y de Burgos a Santander, donde embarcaron para reunirse con el resto de la Provincia de Castilla en el puerto de El Ferrol.

Desde El Ferrol navegaron hasta Civitavecchia y luego hasta Calvi, donde fueron abandonados. Por fin lograron terminar su odisea arribando a los Estados Pontificios el 5 de noviembre de 1768 y asentándose en el Estado de Bolonia. Allí permaneció el H. Goyri hasta la extinción de la Compañía en 1773. Retirado luego a Pesaro, falleció allí el 10 de octubre de 1784. El P. Luengo nos legó esta breve, pero cariñosa, Necrología:

Uno de estos días llegó aviso de Pesaro de la muerte en aquella Ciudad el día 10 de ese mes del Coadjutor Pedro Goyri. Era un Hermano excelente y según los quería nuestro P. San Ignacio: humilde, devoto, de gran respeto para con los Sacerdotes, servicial y muy trabajador, sin saber estar sin hacer algo y sin reparar nada en el género y calidad de oficio en que le ponían. Ya anciano, hacía y con esmero, con cuidado y aun con gusto el oficio de cocinero, y en él se mantuvo hasta la extinción de la Compañía. Después de esta desgracia, por ser país más barato o por otras razones que para ello tuvo, se fue a Pesaro en la Provincia de Urbino. Y allí ha muerto a los 72 años de su edad. Era natural de Oquendo, en el Obispado de Calahorra, en donde nació a 27 de junio de 1712.

Isidro Mª Sans

H. Andrés Martínez

n. 28.10.1738, Azuelo
i. 19.12.1765, Villagarcía
+ 22.10.1784, Bolonia

Nació el 28 de octubre de 1738 en Azuelo, cerca de Estella (Navarra). Tenía ya 27 años cuando experimentó la llamada del Señor y se decidió a ingresar en el Noviciado de Villagarcía de Campos. Era el 19 de diciembre de 1765, casi en vísperas de Navidad. “El 3 de abril de 1767, a las 5 de la mañana se vio el Colegio cercado de soldados, cuyo número pasaba, según algunos, de 800. Luego que tocaron la campana a levantar y abrieron la puerta de la iglesia, entraron de repente el Sr. Villegas, Oidor de Valladolid, y varios Oficiales del Regimiento de Suizos. Y sin más detención ordenaron que nuestro P. Rector mandase reunir a toda la Comunidad en una pieza capaz, que fue la del refectorio. Fuimos a llamar al P. Rector, a los Novicios a la Capilla chica, donde estaban empezando la composición de lugar para la oración, y después de rezar una *Ave Maria* a la Virgen bajaron en Comunidad al refectorio. Juntos todos los sujetos del Colegio, se leyó el Decreto de S. R. Majestad. Y, leído esto, nos sacaron a todos los Novicios del Colegio entre dos filas de soldados con bayoneta calada, inocentes aún de lo que pasaba por no haber entendido el Decreto”. Los Novicios eran 79: 60 Escolares y 19 Coadjutores. El H. Isidro Arévalo redactó posteriormente una extensa “relación de lo que pasó con los Novicios en su expulsión”. En la misma sólo una vez cita de pasada al H. Andrés Martínez, cuando, ya en Santander, esperaban con ansia poder embarcarse con los Padres rumbo al exilio. Fueron 20, una cuarta parte, los que lo consiguieron.

El P. Manuel Luengo nos ha legado en su “Diario de la Expulsión” unas atentas líneas necrológicas sobre el H. Andrés Martínez, que vale la pena transcribir aquí:

El día 22, cerca de anochecer, murió en esta Ciudad el H. Andrés Martínez, Coadjutor joven, que salió de España Novicio en nuestra Provincia de Castilla. Y con esto está dicho bastante para que, los que están informados de lo que hicieron y padecieron los novicios del famoso Noviciado de Villagarcía en su viaje hasta Santander, le tengan por un joven verdaderamente heroico, que hizo por su amor a la Compañía de Jesús desterrada y aborrecida acciones dignas de conservarse en la Historia para edificación y aun para el asombro de los venideros. Los años que duró la Compañía, lo mismo el tiempo que estuvimos en Calvi de Córcega que los años que vivimos en este país, se portó siempre muy bien e hizo constantemente hasta la extinción el humilde oficio de cocinero. Después que se acabó la Compañía, se dio alguna cosa a vestir galanamente, a la vanidad y al mundo, y estuvo ya bien cerca de tomar estado de matrimonio. En estos últimos años o por necesidad hallándose pobre, o por devoción, entró a ser cocinero de los Padres de San Felipe Neri en la Ciudad de Cento. Unas terciarias le hicieron volver a esta Ciudad hará como 5 o 6 meses, y efectivamente le traía el Señor para que muriese en el centro de su Provincia y para que pudiésemos observar más de cerca su amorosísima y singularísima providencia para con estos jóvenes Novicios en premio de sus acciones heroicas, aun cuando se hayan descaminado alguna cosa, como hemos notado en algún otro. En efecto, este joven Martínez se vio cada más agravado de sus males, reconoció con mucho tiempo su muerte inevitable, se dispuso con especialísimo cuidado para ella y murió lleno de paz, de consuelo, de esperanzas de su salvación eterna; en una palabra, murió como mueren los santos. Por ser ayer Domingo, se trasladó el Oficio a este día y se la ha hecho al modo regular con asistencia de muchos de la Provincia en la Parroquia de San Nicolás de la calle de San Félix. Era natural de Azuelo, en el Obispado de Calahorra, y se hallaba en los 46 años de su edad, pues nació a 28 de octubre de 1738.

P. Agustín de la Mata

n. 27.08.1704, Viana
i. 27.09.1719, Villagarcía
o. 29.08.1728, Salamanca
g. 02.02.1738, Salamanca
+ 10.02.1785, Bolonia

Nació el 27 de agosto en Viana de Navarra. Y el 27 de setiembre de 1719, apenas cumplidos sus 15 años de edad, ingresó en el Noviciado de Villagarcía. Coronado éste con los votos del bienio, fue enviado a Santiago de Compostela donde cursó los estudios filosóficos: Lógica, Física y Metafísica (1721-24), teniendo entonces como condiscípulo al H. José Francisco de Isla. En el Real Colegio de Salamanca estudió la Teología (1725-29), siendo ordenado presbítero una vez terminado el curso 3º; y en Salamanca se quedó un año más profundizando esos mismos estudios (1729-30) y luego como Profesor de Filosofía (1730-31). Finalmente concluyó su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano San Ignacio con la Tercera Probación bajo la dirección del P. Diego Tobar (1731-32).

Comienza entonces la etapa de su vida propiamente activa siendo Profesor de Filosofía en Palencia (1732-33) y en Santiago de Compostela (1733-36), al mismo tiempo que Consultor. En el Real Colegio de Salamanca es luego Maestro de Escolares (1736-39) y es allí donde queda definitivamente incorporado a la Compañía mediante su Profesión Solemne el 2 de febrero de 1738. En el mismo Salamanca comienza su profesorado de Teología (1739-40) y puede ser entonces cuando su Tratado sobre la Encarnación. Pero ese profesorado le dura poco. El curso siguiente lo encontramos de Rector en el Colegio de Bilbao (1740-41). También este cargo le dura poco: enferma y tiene que volver a Salamanca para recuperarse. A continuación lo encontramos con el P. José Iturri, residiendo en el Hospicio de Vitoria con intención de fundar un nuevo Colegio (1744-51). Fueron años duros porque una parte de la población vitoriana se resistió a esa fundación. Por fin se consiguió iniciar una Casa de la Compañía de la que el P. Agustín de la Mata fue nombrado Superior en mayor de 1751 y luego Rector el 13 de setiembre de 1761. Entonces arreciaron las dificultades como consecuencia de haber publicado unos libros, traducidos del francés, del P. Croce, que era y residía en Vitoria. Al parecer se publicaron clandestinamente, aunque con el permiso del Rector, pero sin saber nada el Provincial P. Idiáquez, que, para suavizar los incidentes, le destinó al Colegio de Tudela en 1766. En carta al P. Solano, el P. Agustín de la Mata se disculpaba así: “En mí ha habido trasgresión de la ley, sin intentar ni hacer mal a nadie, sino publicar una defensa inocentísima, pero bien autorizada, de la Compañía de Jesús nuestra Madre; y al mismo tiempo, defensa de su Santidad, autoridad Pontificia, contra escritos condenados por la Iglesia, contra escritos condenados por su Santidad, por los obispos de Francia, y muchos de ellos, por decretos del Rey”. A pesar de tales justificantes, tanto el P. Agustín, como los Padres Croce, Solano y Calatayud, que todos intervinieron en alguna forma, hubieron de pasar muy malos ratos; y sin pretenderlo, claro está, hubieron de contribuir a agravar más la ya de antes comprometida situación de los jesuitas en España, por aquellos desgraciados tiempos.

El 3 de abril de 1767 estalló la tempestad. Las tropas de Carlos III invadieron el Colegio de Tudela, como el resto de las Casas de la Compañía, e intimaron a la Comunidad su Pragmática Sanción. De Tudela a San Sebastián por tierra y de San Sebastián a El Ferrol por mar. Y reunida en El Ferrol la Provincia de Castilla, zarpó el 24 de mayo rumbo a los Estados Pontificios, desde hubo de volverse hasta ser abandonada el 19 de julio en las playas de Calvi (Córcega). Tras un año largo de dificultades lograron entrar el 5 de noviembre de 1768 en los Estados del Sumo Pontífice y asentarse al fin en Bolonia. El P. Agustín había cumplido sus 64

años de edad. Pero aún vivió otros 16 y pico hasta que murió el 10 de febrero de 1785. En su “Diario de la Expulsión” nos legó el P. Manuel Luengo la siguiente Necrología:

Antesdeayer por la tarde murió en esta Ciudad el P. Agustín de la Mata, sujeto anciano y respetable de la Provincia. Tuvo el P. Agustín talentos más que regulares para la ciencias, enseñó la Filosofía a los nuestros en el Colegio de Santiago de Galicia, y después Teología en los Colegios de Salamanca y de San Ambrosio en la Ciudad de Valladolid. Después de acabar su carrera de la enseñanza fue enviado a la Ciudad de Vitoria, en donde se conservó hasta pocos meses antes de nuestro destierro. No había en Vitoria sino unos pequeños principios de Colegio y en adelantar su fundación trabajó por muchos años el P. Mata, en el cual empeño habló, escribió, manejó y sufrió mucho con bastante variedad de sucesos, o por lo menos esperanzas ya malas y ya buenas, pero al cabo con un éxito bastante infeliz, no habiendo llegado a tener en aquella Ciudad más que una casa miserable, en que podían vivir 3 o 4 sujetos, y una pequeña Iglesia, que se profanó luego que salieron los jesuitas de la Ciudad. Poco antes de nuestra partida de España fue este P. Agustín desterrado de Vitoria por orden de la Corte, y la causa fue la siguiente. Entendió este Padre en la impresión y publicación en España de las Apologías francesas de la Compañía de Jesús, traducidas al español, y lo hacía con buena conciencia, y aun con la conveniente licencia del Gobierno en aquellas críticas circunstancias, pues de todo estaba informado el Ilmo. Sr. Rojas, Gobernador del Consejo de Castilla, grande estimador del P. Mata y afectísimo de la Compañía, y gustaba que se imprimiesen y publicasen aquellas Apologías, aunque, por los tiempos peligrosos que corrían, no tenía por conveniente aprobarlas a cara descubierta. El tumulto de Madrid del año 1766 echó del empleo y de la Corte, como a otros amigos de la Compañía, a este Sr. Rojas. Y entrando a sucederle con el título de Presidente el Conde de Aranda, se empezó a mirar al instante como un delito gravísimo la publicación de aquellas Apologías y a hacer pesquisas sobre los que entraban en este negocio, así por Aragón, de donde salieron varias traducciones, como por Castilla, en donde se esparcieron otras muchas. No tardaron mucho en encontrar a nuestro P. Mata, que estaba Superior en Vitoria, en donde no faltaban furiosos enemigos de los jesuitas. Y llegando a examinarle por orden de la Corte sobre el caso, hizo una declaración tan completa, tan clara, tan sencilla de todo, y al mismo tiempo tan intrépida y animosa, disculpando a todos y echándose a sí sólo la culpa que llenó de pasmo y admiración al mismo Conde de Aranda, y acaso fue parte para que su castigo fuese más moderado, pues todo él se redujo a hacerle salir de Vitoria y a obligarle a pasar a uno de nuestros Colegios de Navarra. Desde allí, aunque ya anciano y lleno de males, siguió la suerte común de todos y vino al destierro con la mortificación y trabajo que se puede entender, habiendo tenido tanto que sufrir en estos 18 años aun los más jóvenes y más robustos. Para colmo de sus méritos y para mayor gloria suya ha padecido muchos males estos últimos años y por dos o tres se ha visto postrado en una cama. Anciano verdaderamente amable, querido y estimado en toda la Provincia, y cierto merecía serlo, pues a la intrepidez, candor, afecto a la Compañía, laboriosidad y otras virtudes, que mostró en el negocio de las Apologías, juntaba una honradez, nobleza y generosidad de corazón tan singular que siempre tuvo mucho y siempre estuvo pobre, dando todo lo que le venía a la mano, a poca necesidad que descubriese en otros, un genio festivo, agasajador y servicial, mucha religiosidad, piedad y devoción. Esta mañana se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros en la Parroquia de San Blas, que es Iglesia de los PP. Agustinos Calzados, asistiendo de la Provincia en mayor número que lo ordinario, así a decir Misa como al Nocturno y a la Misa cantada. Era natural de Viana, en el Obispado de Calahorra, y nació a 27 de agosto del año 1704.

Isidro M^a Sans

P. Pedro de Azanza

- n. 28.07.1712, Pamplona
- i. 25.11.1733. Villagarcía de Campos
- o. 1740, Salamanca
- g. 02.02.1750, Segovia
- + 02.07.1785, Faenza

Nace el 28 de junio de 1712 en Pamplona. El 25 de noviembre de 1733 ingresa en el Noviciado de Villagarcía, a sus 21 años de edad. Emite los votos del bienio el 26 de noviembre de 1735 y pasa al Colegio de Medina del Campo para repasar durante unos meses la Filosofía (1735-37), ya estudiada antes de su ingreso en la Compañía. A continuación pasa al Real Colegio de Salamanca, donde estudia la Teología (1737-41), siendo condiscípulo de Francisco Javier Idiáquez, y es ordenado presbítero tras finalizar su tercer año de Teología. Y culmina su formación jesuítica con la Tercera Probación realizada en el Colegio vallisoletano de San Ignacio bajo la dirección del Instructor P. Gabriel de las Casas (1741-42).

Inicia entonces su vida propiamente activa en Santiago de Compostela como Prefecto de Gramática (1742-43), cargo que luego ejercerá también en el Colegio de Palencia (1744-46), en el que a continuación enseñará su primer trienio filosófico (1746-49). El segundo lo enseñará en el Colegio de Segovia (1749-52). Y en ese mismo Colegio iniciará su profesorado de Teología (1752-53). En Medina del Campo lo encontramos como Profesor de Teología Moral, Director de Casos de Conciencia, Confesor y Consultor (1753-55); en Oviedo como Profesor de Teología Escolástica, Catequista de los Hermanos, Confesor y Consultor (1755-59); y en Ávila como Profesor de Teología Moral, Director de Casos de Conciencia, Prefecto de Biblioteca, Admonitor, Consultor y Confesor (1761-63). Finalmente residirá en Tudela como Operario y Confesor en el templo (1766-67).

Y desde allí, desde Tudela, tendrá que salir rumbo hacia al destierro decretado por la Pragmática Sanción de Carlos III de 3 de abril de 1767. La Comunidad de Tudela se traslada entonces a San Sebastián por tierra y de San Sebastián a El Ferrol por mar. Y la Provincia de Castilla, reunida en El Ferrol, zarpó el 24 de mayo rumbo a los Estados Pontificios, desde hubo de volverse hasta ser abandonada el 19 de julio en las playas de Calvi (Córcega). Tras un año largo de dificultades lograron entrar el 5 de noviembre de 1768 en los Estados del Sumo Pontífice y asentarse al fin en Bolonia.

En su “Diario de la Expulsión” el P. Luengo solamente alude al P. Azanza para notificar brevemente su fallecimiento en Faenza el 2 de julio de 1785:

De Faenza avisan haber muerto en aquella Ciudad el día 2 de este mes el P. Pedro Azanza. No conocí en España a este Padre, y aquí casi no le he visto por haber vivido regularmente apartado de la Provincia. Y así sólo puedo decir de él que, los que lo conocieron, hablan del Su Reverencia como de un Religioso de buena y regular conducta. En la misma ciudad se le ha hecho con decencia el Oficio y se le ha dado sepultura. Era natural de la Ciudad y Obispado de Pamplona, en donde nació a 28 de junio de 1712.

Isidro M^a Sans

H. Juan Francisco García Burunda

n. 24.05.1724, Vidaurre
i. 13.12.1749, Villagarcía de Campos
g. 02.02.1760, Valladolid
+ 09.08.1785, Faenza

Nació el 24 de marzo de 1724 en Vidaurre (Navarra). Tenía ya 25 años cuando respondió a la llamada del Señor e ingresó el 13 de diciembre de 1749 en el Noviciado de Villagarcía. Coronado el Noviciado con sus primeros votos, asume en el Colegio de La Coruña el oficio de Cocinero (1752-53), ampliado luego con los de Despensero, Roperero, Despertador, Hospedero y Horticultor (1753-56): se ve que valía para todo. Pasa luego a administrar la finca de Portillo, residiendo en el Seminario Inglés de San Albano de Valladolid (1758-63). Y la invasión de la tropas de Carlos III, con la subsiguiente intimación de su Pragmática Sanción de 3 de abril de 1767, le encuentra en la Casa de Probación de Villagarcía de Campos, donde ejerce el cargo de Sotoministro y Hospedero. Ha de salir, pues, hacia el exilio. Primero por tierra: Villagarcía–Rioseco–Ampudia–Palencia–Magaz–Torquemada–Burgos–Santander. Luego por mar: de Santander a El Ferrol. Y después, con gran parte de la Provincia de Castilla, por el Atlántico y el Mediterráneo hasta Civitavecchia en los Estados Pontificios y el regreso hasta ser abandonados en Calvi (Córcega) el 19 de julio de 1768. Un año y pico más tarde pudieron reemprender su odisea hacia los Estados del Papa y llegar a Bolonia.

El 21 de agosto de 1773 la Compañía de Jesús fue extinguida por el Papa Clemente XIV. El H. Burunda pasó a vivir, como otros ex-jesuitas, en la Ciudad de Faenza. Y allí murió el 9 de agosto de 1785. En su “Diario de la Expulsión” el P. Luengo nos legó esta brevíssima nota necrológica:

De Faenza escriben haber muerto el día 9 de este mes en aquella Ciudad el Coadjutor Francisco Burunda, que después de la extinción de la Compañía pasó a vivir allá. Nunca conocí a este Hermano, aunque siempre oí hablar de él como de un buen Coadjutor, laborioso y servicial. En aquella Ciudad se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros. Era natural de la Ciudad y Obispado de Pamplona, en donde nació a 24 de mayo del año 1724.

Isidro M^a Sans

H. Matías Pejenaute

n. 27.03.1710, Villafranca
i. 04.11.1740, Villagarcía de Campos
g. 02.02.1751, Medina del Campo
+ 16.10.1785, Bolonia

Nació en Villafranca de Navarra el 27 de marzo de 1710 y desde pequeño pudo conocer a los jesuitas que dirigían allí un Colegio desde hacía un siglo. Hasta sus 30 años de edad no experimentó la llamada del Señor. El 4 de noviembre de 1740 ingresó en el Noviciado de Villagarcía. Coronado éste (1740-42), fue destinado al Colegio de Ávila para ejercer el oficio de Cocinero (1742-43), que continuó ejerciendo en el Colegio de Medina del Campo (1744-45) hasta que allí mismo quedó encargado del de Ropero (1745-53). En el mismo Medina asumió luego, además del de Ropero, los oficios de Sastre y de Hospedero (1753-56). En el Colegio de Pamplona lo encontramos después como Ropero y como Bedel al frente de los Hermanos (1758-59) y luego en el Real Colegio de Loyola con su clásico oficio de Ropero, además del de Hospedero y fiel Visitador de la oración (1760-67).

En Loyola le sorprendió el 3 de abril de 1767 la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III. Hubo, pues, de salir, como aquella Comunidad, hacia San Sebastián, donde se congregaron todos los jesuitas de Guipuzcoa y de Navarra. En San Sebastián embarcaron para el puerto de El Ferrol, desde donde zarparon en ocho navíos 652 jesuitas de la Provincia de Castilla rumbo a los Estados Pontificios el 24 de mayo. Al prohibírseles el desembarco en Civitavecchia, fueron abandonados en Calvi de Córcega. Allí tuvieron que permanecer algo más de un año hasta conseguir llegar a los Estados Pontificios el 5 de noviembre de 1768. Y en Bolonia permaneció hasta su muerte, acaecida el 16 de octubre de 1785.

En su “Diario de la Expulsión” el P. Manuel Luengo sólo nos lega este breve comentario necrológico acerca del H. Matías:

Ayer murió en esta Ciudad el H. Matías Pejenaute, ya bastante anciano. Antes de la extinción de la Compañía casi no había visto a este Hermano Coadjutor, ni en España ni en Italia. En estos últimos años, por haber vivido cerca de mi Casa, le he visto con mucha frecuencia y me ha edificado mucho con su buena conducta en todo, con su proceder muy cristiano y muy piadoso y con su mucha asistencia todos los días en la Iglesia a oír Misas y visitar al Santísimo Sacramento. Ha padecido mucho en este último tercio de su vida, y especialmente este último año, que se ha visto postrado en una cama con muchos dolores y teniendo que pasar por dolorosas operaciones de cirugía. Todo lo ha sufrido con mucha paciencia y resignación. Y preparado con todos los Sacramentos recibidos devotamente, murió con mucha paz y consuelo. Hoy se le ha hecho el Oficio en la Parroquia de Santa Cecilia con la decencia acostumbrada entre nosotros. Era natural de Villafranca, en el Obispado de Pamplona, en donde nació a 27 de marzo del año de 1710.

Isidro M^a Sans

P. Juan Hermenegildo de Aguirre

n. 13.04.1710, Vergara
i. 15.10.1732, Villagarcía de Campos
o. 01.10.1741, Salamanca
g. 02.02.1750, Bilbao
+ 05.11.1785, Bolonia

Nació el 13 de abril de 1710 en Vergara (Guipuzcoa), donde había Colegio de la Compañía de Jesús, fundado en 1593 por D^a Magdalena Centurión, viuda de Agustín de Espínola. Probablemente estudiaría en él sus primeras letras, pero tardó algo en sentirse atraído por su vocación. El 15 de octubre de 1732, a sus 21 años y medio de edad, ingresó en el Noviciado de Villagarcía. Coronado éste con los votos del bienio el 17 de octubre de 1734, continúa un año más (1734-35) en aquella Casa de Probación como Profesor de Gramática. Y pasa luego al Colegio de Palencia para los estudios Filosóficos: Lógica, Física y Metafísica (1735-38). A renglón seguido estudia la Teología (1738-42), siendo ordenado presbítero tras concluir su tercer curso de la misma, el 1º de octubre de 1741. Y corona su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Gabriel de las Casas (1742-42).

Vuelve a ejercer como Profesor de Gramática en los Colegios de Segovia (1743-45) y de Oñate (1745-48). En el Colegio de Bilbao lo encontramos como Profesor de Filosofía (1749-51), en su segundo curso ejerciendo de Ministro de la Casa. Y vuelve al de Oñate para enseñar también allí Filosofía (1751-56). Pasa entonces al Real Colegio de Loyola como Operario, Director de Casos de Conciencia, Bibliotecario y Catequista de Empleados (1757-59). Regresa una vez más a Oñate, ahora como Profesor de Teología, Prefecto de Salud, Confesor y Consultor (1760-61). Y finalmente lo encontramos en el Colegio de Vergara, su patria, como Profesor de Teología Moral, Admonitor, Consultor, Confesor y Catequista de Empleados (1766-67): allí le sorprende el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción a los 7 jesuitas de aquella Comunidad. “La ejecución del Colegio de Vergara se encomendó al Teniente de Guernica, el cual cumplió con su encargo, observando puntualmente todas las reglas de atención, de humanidad y de respeto que se le encomendaban en la Instrucción” (P. Isla).

Salieron, pues, camino de San Sebastián, donde embarcaron hacia El Ferrol, para emprender desde allí su marcha hacia el destierro el 24 de mayo de 1768. El 19 de julio fueron abandonados en las playas de Calvi (Córcega). Un año y pico más tarde pudieron reemprender su viaje hacia los Estados Pontificios, a los que arribaron el 5 de noviembre de 1769. En Bolonia residió el P. Aguirre hasta su fallecimiento el 5 de noviembre de 1785, 16º aniversario de su llegada a aquella Ciudad. El P. Luengo nos ha dejado una estampa de su carácter “encogido”, sobre todo de aquellos últimos años posteriores a la extinción de la Compañía:

Ayer murió en esta Ciudad de Bolonia el P. Juan Hermenegildo Aguirre. Hasta el destierro no había visto a este Padre y, por lo que después le he conocido y oigo decir a otros, era un hombre humilde, encogido, piadoso y regular en la observancia. La extinción de la Compañía, viéndose con ella dueño de sí mismo y sin dependencia de un Superior que le gobernase, le ha hecho grandísimo daño y estoy por decir un mártir. Melancolías profundas, escrúpulos molestísimos y otros muchos males que de aquí han nacido, le han oprimido extrañamente todos estos años, le han tenido en un doloroso martirio y finalmente le han quitado la vida, aunque con una muerte mucho más tranquila y sosegada, que era regularmente su modo de vivir. Para hallar algún alivio en tantas amarguras y aflicciones, se atareó a escribir una obra de Geografía, a la que tenía alguna inclinación, y oigo decir, a quien

que la ha leído, que la ha dejado en tal estado que, con poco que se corrigiese y limase, no era indigna de imprimirse. Hoy se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada y con la asistencia de otras veces de los de la Provincia en la Parroquia de San Vidal, que es Iglesia de Religiosas. Nació en Vergara, del Obispado de Calahorra, a 13 de abril de 1710.

Isidro M^a Sans

P. Domingo de Lezana

n. 04.04.1723, Escota
i. 22.04.1746, Orduña
o. 21.09.1751, Segovia
g. 15.08.1760, Salamanca
+ 06.11.1785, Cento

Nació el 4 de abril de 1723 en la pequeña aldea de Escota (Álava). Tardó algo en experimentar la llamada del Señor a la Compañía, aunque, al parecer, la había experimentado ya al Sacerdocio y había iniciado pronto los estudios eclesiásticos. Nada más cumplir sus 23 años, el 22 de abril de 1746, fue aceptado para la Compañía en el Colegio de Orduña. Y desde allí se trasladó a Villagarcía de Campos para hacer su Noviciado (1746-48). Repasó el tercer curso de Filosofía en el Colegio de Medina del Campo (1748-49). Y a continuación repasó los cursos 1º, 3º y 4º de Teología en el Real Colegio de Salamanca (1749-52), siendo ordenado presbítero el 21 de setiembre de 1751 por Mons. Pedro Velarde, Obispo de Segovia. Su rápida formación jesuítica concluyó con la Tercera Probación en el Colegio vallisoletano de San Ignacio bajo la dirección del Instructor P. Juan Carbajosa (1752-53)

Su vida activa comenzó en el Colegio de La Coruña, con el cargo de Ministro de la Casa, Prefecto de Iglesia y Director de la Congregación (1753-56). Pasó luego a Santiago de Compostela como Ministro (1758-59). Y luego al Real Colegio de Salamanca como Profesor de Filosofía (1759-62): allí emitió su Profesión Solemne el 15 de agosto de 1760. En 1763 lo encontramos en el Colegio de Burgos, donde continúa en 1766-67 como Profesor de Teología Escolástica, Espiritual, Consultor, Catequista de los Hermanos y Confesor en la Comunidad y en el templo.

En Burgos le sorprendió el 3 de abril de 1767 la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción por el Intendente de Burgos, que se comportó nada delicadamente con el Rector Martín de Xarabeitia y su Comunidad, como detalla en su “Memorial” el P. Isla:

“Llegó a registrar los papeles que se hallaron en el aposento del P. Rector. Tropezó con unas consultas que le habían hecho por parte del Santo Oficio. Prevínole el P. Rector en general el contenido de aquéllos, protestándole que ninguno los podía leer sin incurrir en culpa grave, no teniendo para ello comisión del Santo Oficio. No le hizo fuerza a aquel Ministro y, pareciéndole prudentemente al P. Rector que por la urgencia del caso y por evitar mayores inconvenientes, se los podría comunicar a él sólo, previniéndole antes el indispensable sigilo, le hizo la proposición de que se los permitiese leer o los leyese por sí mismo, y hallando ser su contenido el que santamente le aseguraba, los quemase o los hiciese pedazos en su presencia. Ni a una proposición tan discreta como justa se rindió el empeñado Intendente. Inventariáronse aquellos papeles y con la misma inaudita Teología se apoderó de una confesión general del propio P. Rector y le leyó también a su vista una carta en que le respondían a varias cosas que consultaba de su conciencia, para cuyo intrépido registro, una vez que se tenga noticia segura de la materia, no se reconoce legítima autoridad en el mundo, como unánimemente lo enseñan los Padres y Teólogos. Por eso causó tanto dolor y extrañeza el ver indiferentemente y sin la menor distinción en manos de Ministros, Jueces, Tenientes y Escribanos Reales, todos los papeles, cartas y correspondencias de los jesuitas, entre las cuales era preciso se encontrasen innumerables de la misma naturaleza que las que se hallaron en el aposento del Rector de Burgos, pertenecientes a consultas de conciencia, a trabajos de familias, a miseria de personas particulares, a desahogo de almas atribuladas y a otros puntos reservados por el mismo Derecho Natural, con peligro de que se descubriesen muchas cosas ocasionadas a vergonzosísimos sonrojos y aun a funestísimos disturbios en las casas particulares, y que todo esto se fiase no sólo a la discreción, prudencia y sabiduría de los

Ministros superiores, sino tal vez a la impericia y a la ligereza de muchos Escribanos, cuyo gremio no está generalmente acreditado por el más escrupuloso, ni todos los individuos, que lo componen, son los más exactos en guardar el sigilo que exige de ellos su oficio, aun en materias menos delicadas. A vista de esto se hace ya menos extrañable que el mencionado Intendente de Burgos, la misma tarde del día del arresto, hubiese pasado con solos sus Oficiales a inventariar y hacerse cargo de todas las alhajas de la Iglesia y Sacristía, sin tener presente lo que se le mandaba en el capítulo 8º de la Instrucción, con orden de que todo lo perteneciente a estas dos piezas del santuario se debía de contado asegurar bajo de llave, pero no inventariarse hasta su tiempo, en que era preciso hacer esta diligencia con asistencia de Juez Eclesiástico competente. Recogió aquel Ministro todas sus llaves y las agregó al montón de las demás: sólo hizo la distinción de colgar la del Sagrario en un ojal de su casaca. Acto que a él se le representaría de grande reverencia, pero, los que juzgan sanamente de las cosas, la considerarían en un Lego de irreligiosa presunción, sabiéndose muy bien que aun lo que se practica el Jueves Santo en algunas partes con la llave de la Custodia, que se expone en el Monumento, no está generalmente aprobado por la Sagrada Congregación de Cardenales, aunque entonces hay la notable circunstancia de que el Ministro del Altar es el que confía al Lego la llave del Sagrado Depósito, echándosela al cuello con sus manos, pero nunca ha consentido ni consentirá la Iglesia que ningún Lego presuma apoderarse y adornarse con ella de su propia autoridad. En medio de unos pasos, que no parecían los más suaves ni los más reflexionados, estaba aquel Intendente tan satisfecho de su moderación que dijo al P. Rector contase siempre con su ‘micialidad’, expresión exótica y de significado muy oscuro, por la cual parece quiso dar a entender que viviese asegurado de su dulzura en la ejecución. Si fue éste el sentido de aquella extraña voz, bien se puede conocer su desempeño por lo referido hasta aquí y por otro hecho que en adelante de se referirá con más oportunidad”.

Salieron, pues, hacia el destierro aquellos jesuitas desde Burgos hasta Santander, donde embarcaron para El Ferrol, en el que fueron concentrados los jesuitas de la Provincia de Castilla, y desde el que emprendieron el viaje hacia los Estados Pontificios en el convoy formado por ocho naves el 24 de mayo de 1767. Por fin lograron arribar a Bolonia el 5 de noviembre de 1768.

El P. Luengo, en su “Diario”, nos cuenta el nombramiento del P. Domingo Lezana como Superior en la “casa llamada de San José”, que antes había vivido “en una de las casas de Cento”. Y precisamente en Cento moriría el P. Lezana 17 años después, el 6 de noviembre de 1785. El mismo P. Luengo nos lega esta estampa necrológica de aquel laborioso Padre:

Ha llegado hoy aviso de Cento de haber muerto en aquella Ciudad antesdeayer el P. Domingo Lezana. Era hombre de buenos talentos para todo, y aún más escogidos para el púlpito, y todas las cosas las hacía con particular esplendor y lucimiento. Fue muy laborioso y aplicado al trabajo, cuando se nos permitió trabajar. Y siempre en España y aquí antes de la extinción de la Compañía y después de ella ha tenido un porte y modo de vida juiciosos, arreglado y propio de un Religioso observante. En la dicha Ciudad se le habrá hecho el Oficio al modo regular entre nosotros. Era natural de una pequeña aldea llamada Escota, del Obispado de Calahorra, en la que nació a 4 de agosto del año de 1723.

Isidro M^a Sans

H. José de Goitia Arangoena

n. 16.10.1742, Aulestia
i. 24.03.1760, Villagarcía de Campo
g. 02.02.1772, Bolonia
+ 09.11.1785, Bolonia

Los tres jesuitas Diego, José y Antonio Goitia Arangoena eran naturales de Aulestia o Murelaga, pueblo de la parte oriental de Vizcaya, célebre en la historia del medioevo por sus señores feudales y sus casas torres de abolengo. El mayor entró en la Compañía para Escolar y los pequeños para Hermanos. El mediano, José, nació el 16 de octubre de 1742 y sería el primero de los tres en morir, todavía relativamente joven; los otros dos sobrevivieron a la extinción y al restablecimiento de la Compañía.

A sus 17 años y medio ingresó José en el Noviciado de Villagarcía, siendo Rector y Maestro de Novicios el noble P. Francisco Javier de Idiáquez. Tras hacer sus votos del bienio, parece que desempeñó varios oficios: Portero, Sacristán, Visitador de oración y exámenes. El 3 de abril de 1767 le sorprendió en la Casa de Probación de Villagarcía de Campos la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción. Sus andanzas, primero hasta el puerto de Santander, luego hasta El Ferrol, después hasta Civitavecchia y Calvi, y por fin hasta Bolonia, son las mismas que las de sus compañeros, ya comentadas en otras biografías precesentes a ésta.

Su hermano el P. Diego comenta última enfermedad y su fallecimiento en esta detallada y sentida carta al hermano de ambos Juan y su familia:

Mi hermano D. Juan: Por ésta le doy aviso de la dichosa muerte de nuestro hermano José, a quien se ha servido Dios Nuestro Señor de llevar para Sí, como esperamos, el día 9 del presente mes de noviembre, a los 44 años de su edad menos dos meses, después de una grave enfermedad que le duró 50 días, recibido dos veces el Santísimo Viático y la Extremaunción, y con toda la demás asistencia que se pudiera desear. Su enfermedad fue un ictericia muy maligna, acompañada de calentura que nunca se le quitó, con fuertes obstrucciones del hígado, sobre el cual le sobrevino un tumor que al cabo paró en apostema interna, que le ahogó. Desde el principio nos dio mucho cuidado su dolencia y, aunque se le aplicaron muchos y oportunos remedios, recetados por dos Médicos que le asistieron, prevaleció el mal y le acarrió la muerte el dicho día 7, como a las 7 de la mañana del reloj de España.

Entró el hermano José en la Compañía de Jesús el año de 1760, después de haber dado pruebas de joven virtuoso y ejemplar y nacido para la Religión. Así en el Noviciado como después de él, en todo cuanto le empleo la obediencia, se portó siempre sin queja de nadie y a gusto y satisfacción de los Superiores, ejecutando sus órdenes con una prontitud y alegría que se hacía reparar, como lo atestigua uno que fue Superior suyo varios años. Con la pronta y alegre obediencia juntaba un complejo de las demás virtudes propias de su estado, porque era devoto, humilde, modesto, trabajador y caritativo con todos, especialmente con los enfermos, sirviéndoles de día y de noche cuando había necesidad. Estimaba su vocación más que todos los tesoros y dignidades del mundo, y así era singular el amor que tenía y mostraba a su Madre la Compañía. Prueba de ellos es que, después de extinguida, hacía vida de Religioso en cuanto podía, vistiendo siempre de negro y largo, y procurando acompañar a los Sacerdotes, sus Hermanos, sin divertirse a otra cosa que a las Iglesias y algún paseo, sin olvidar los ministerios humildes de ir a comprar y aderezar la comida para sí y para su compañero, que era yo.

Pero cuando se conoció más claramente su virtud, fue en su última enfermedad, la que miró como venida de la mano de Dios para bien suyo. Varias veces le oí decir que no quería otra cosa sino lo que Dios quería, y que, sano y enfermo, esto le pedía a Su Majestad: que, si

quería darle salud, fuese para servirle, y, si le daba la muerte, para gozarle. En medio de los graves dolores, que padecía, o callaba o invocaba el dulce Nombre de Jesús para su consuelo. El día antes de su muerte estuvo hablando conmigo muy sereno hasta el mediodía; pero, empezando a apretarle vivísimos dolores al estómago, pidió con grande instancia el Santo Viático por segunda vez, que recibió a las siete y media de la noche; y de allí a poco, a ruegos también suyos, la Santa Unción: todo con tanta devoción que sacó las lágrimas a los circunstantes, y con tanta serenidad que él mismo respondía al Sacerdote que le ungía. Prueba de su gran serenidad es lo que me dijo, rebosando de alegría, cuando iba a recibir estos Sacramentos: que *estaba contento* (me dijo) y *moría contento*. Premio sin duda (según me ha dicho uno de sus Superiores pasados) de su ajustada vida y de su fidelidad a Dios en las graves tribulaciones interiores que padeció en otros tiempos.

Pasó la noche con grande trabajo con un Sacerdote siempre a su lado y con otro de sus compañeros que le asistían. A la mañana, esforzándome mucho, entré en su aposento por la última vez, como media hora antes que muriese; y le encontré con grande afán y moribundo, teniendo sobre su pecho el Santo Crucifijo y una estampa de San José (a quien tuvo particular devoción), que representaba la muerte del Santo entre los brazos de Jesús y María. Le pregunté si se le ofrecía algo; me respondió que *nada* y que *estaba metido en el Sagrado Corazón de Jesús*, del cual fue muy devoto. Y para su recuerdo tenía en la pared de su alcoba y a su vista una Imagen muy devota del Salvador, mostrando en la mano su Divino Corazón. Después de haberle dicho lo que correspondía a la hora en que estaba, me despedí de él, diciéndole que iba a decir Misa por él. Y antes de acabarla le aplicó uno de los Sacerdotes, que le asistían, la Indulgencia Plenaria de aquella hora, estando siempre en su entero juicio, lleno de piedad y santos sentimientos. Y recibida esta última gracia y beneficio singular de Dios, dio plácidamente su alma a su Criador.

Su muerte lloran muchos, y muchos más la envidian. ¡Qué haré yo, que en él perdí un hermano tan santo que me dio tan buena compañía por 12 años en este destierro, que me dio tan buenos ejemplos y que era mis pies y mis manos! Mucho he sentido su pérdida, aunque es más lo que me alegro de su dicha eterna, de que no puedo dudar. Y así me conformo con la Voluntad Divina que me dio tal hermano y lo llevó para Sí cuando le agradó. *Dominus dedit, Dominus abstulit: sit Nomen Domini benedictum.*

Por la noche fue llevado su cuerpo a la Parroquia de San Cosme y San Damián de esta Ciudad, a la cual pertenecía. Y al día siguiente se le han hecho muchos sufragios por su alma y un entierro decente con asistencia de casi todos o los más de los ex-jesuitas, que acudieron a dicha Iglesia, unos a pedir a Dios por él, muchos a decirle Misa, y otros al Oficio y Misa cantada.

Se me pasaba el decir que en toda la enfermedad ha estado, gracias a Dios, bien asistido de Médicos y medicinas, y con tanta caridad de sus compañeros que decía varias veces que no podía estar mejor asistido de lo que estaba y que su Majestad, como daba el trabajo, daba el consuelo, así para el alma como para el cuerpo. En todo el tiempo de la enfermedad tuvo el consuelo de que le visitase todos los días su Confesor una o dos veces, y así se reconciliaba con mucha frecuencia. En fin todas son señales y prendas de una santa y dichosa muerte. No obstante, por si acaso necesitase de más sufragios, doy a Vuestras Mercedes este aviso para que le apliquen los que su caridad les dictare. Y les ruego que también me tengan a mí presente en sus oraciones, como yo lo hago por Vuestras Mercedes todos los días, sin olvidarme jamás. El Señor les guarde los muchos años que les deseos y pido.

Bolonia, 12 de noviembre de 1785, su hermano

Diego de Goitia

Y el P. Manuel Luengo le dedica en su “Diario de la Expulsión” esta cariñosa y breve Necrología:

Hoy hemos hecho el Oficio en esta Ciudad al H. Coadjutor José Goitia, que murió ayer. Todo el tiempo, que duró la Compañía, se portó este Hermano José con mucho juicio, piedad y exactitud en todo. Y después de la extinción de la Compañía ha proseguido de la misma manera, aun en el vestido, aprovechándose, para vestir de hábito clerical, de la licencia que dio para ello el Arzobispo Malvezzi a los HH. Coadjutores. Y siempre ha andado de ropa talar, sin otra diferencia de la sotana de jesuita que la forzosa para no parecerlo. Y ha tenido siempre mucho gusto en vivir con Sacerdotes, acompañarse con ellos y servirles con mucho gusto y esmero en todo lo que podía. Su última enfermedad ha sido de algunos meses y en ella ha padecido mucho con gran paz y resignación. Y habiendo sido su vida tan inocente y tan piadosa, y habiéndose ido acabando muy poco a poco, aprovechándose de un tiempo tan precioso para disponerse a morir, no es extraño que haya tenido, como ha tenido en la realidad una muerte muy tranquila y apacible, y verdaderamente preciosa y envidiable. Su Oficio fue como el de todos. Se le enterró en la Parroquia de San Damián. Nació este piadoso Hermano, que aún tiene otros dos hermanos en el destierro, uno Sacerdote y otro Coadjutor, en Aulestia, del Obispado de Calahorra, a 6 de enero de 1742.

Isidro M^a Sans

P. Juan Francisco de Elorriaga

n. 24.03.1717, Oñate
i. 17.11.1737, Oñate
o. 10.10.1745, Salamanca
g. 02.02.1755, Bilbao
+ 11.08.1786, Bolonia

Nació el 24 de marzo de 1717 en Oñate (Guipuzcoa). En Oñate existía desde 1551 la primera Casa de la Compañía en Euskalerría, en la que había vivido San Francisco de Borja. Es de suponer que Juan Francisco estudiara en aquel Colegio: en él fue aceptado para la Compañía a sus 20 años, el 17 de noviembre de 1737. Se trasladó enseguida a Villagarcía de Campos, donde hizo el Noviciado (1737-39). Y coronado éste con los votos del bienio, pasó al Colegio de Santiago de Compostela, donde cursó el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1739-42). A continuación estudió la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1742-46), donde recibió el presbiterado el 10 de octubre de 1745. Y finalmente concluyó su formación jesuítica en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación realizada bajo la dirección del Instructor P. Juan Estañán (1746-47).

Inició su vida propiamente activa enseñando la 3ª clase de Gramática en el Colegio de Villafranca de Navarra (1747-50). En el de Pamplona explicó el trienio filosófico (1750-53), conjugando la enseñanza con el cargo de Ministro durante su tercer curso. Enseñó de nuevo el trienio filosófico en el Colegio de Bilbao (1753-56), conjugando allí la enseñanza con el cargo de Prefecto de Saludo durante el primer curso. Su salud, hasta entonces considerada robusta, se torna por entonces mediana y hasta débil, Volvió entonces a Pamplona, ahora como Profesor de Teología Escolástica, Director de la Congregación de San Luis, Consultor y Confesor (1756-61). El 24 de mayo de 1764 fue nombrado Rector del Colegio de Bilbao. Y en ese Colegio y en ese cargo le sorprende la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III el 3 de abril de 1767. En aquel Colegio “se dio principio a los procedimientos judiciales con atropellamiento de la sagrada inmunidad. Acostumbrábase en él abrir la puerta de la Iglesia algo antes de amanecer, especialmente en tiempo de verano por mayor comodidad de los que madrugaban a oír Misa y a confesarse. No ignoraba esta costumbre general en todas las Provincias del Bascuence el Juez Comisionado y, pareciéndole sin duda que sería menos ruidosa la entrada en el Colegio por la Iglesia que por la portería, especialmente si se solicitaba con estruendo que ésta se abriese antes de la hora regular, resolvió esperar a que se franquease la primera para introducirse al cumplimiento de su Comisión. Apenas la abrió el criado de la Sacristía, que era un muchacho de pocos años, cuando cuatro soldados con bayonetas caladas se las presentaron al pecho, pidiéndole todas las llaves. Atemorizado el pobre muchacho se las dejó todas y se puso en precipitada fuga hacia lo interior del Colegio. Entraron con intrepidez los soldados en la misma conformidad sin reflexionar el sagrado sitio en que se hallaban, penetrando hasta el Altar Mayor con irreverente desacato. Entonces sin duda cayó en la cuenta el Juez Comisionado y mandólos retirar del Santuario, introduciéndose en el Colegio a formalizar las demás diligencias de su Comisión” (P. Isla).

La Comunidad bilbaina embarcó para reunirse con el resto de la Provincia de Castilla en El Ferrol. Pero “se hizo muy digno de reparo que a los convoyes que zarparon de San Sebastián, Bilbao, Santander y Gijón, se les obligó a salir del puerto con viento contrario a pesar de las representaciones de los Pilotos, el cual, arreciándose cada día más y amenazando con los funestos efectos que son tan frecuentes en aquella brava costa de Cantabria, después de ocasionarles una tarda y penosísima navegación, los puso repetidas veces a dos dedos de un miserable naufragio. Librólos de él la amorosa Providencia del Señor y, habiendo aportado todas las embarcaciones al término de la general reunión, se dispuso también el embarco general para los Estados del Papa, distribuyéndolos en dos convoyes, escoltado y mandado el

uno por el Navío de guerra ‘San Genaro’, mandado y escoltado el otro por el Navío también de guerra ‘San Juan Nepomuceno’” (P. Isla).

Al serles prohibido el desembarco el Civitavecchia, hubieron de volverse atrás y fueron abandonados en Calvi (Córcega), donde lo pasaron muy mal durante algo más de un año, hasta que lograron reemprender su odisea y arribar a los Estados Pontificios el 5 de noviembre de 1768. “En el destierro, apenas llegamos a Calvi en la Isla de Córcega, le destinó la obediencia para Instructor de los Padres de la Tercera Probación, y en este importante oficio le cogió la extinción de la Compañía en la pequeña Ciudad de Cento”, es decir el 21 de agosto de 1773.

El P. Luengo nos legó en su “Diario de la Expulsión” la siguiente Necrología, de la que he copiado esa última frase:

La noche del 10 al 11 murió en esta Ciudad el P. Juan Francisco Elorriaga. Fue un hombre de más que ordinarios talentos para las ciencias y de una suma aplicación al estudio. Y, hallándose en edad bastante grande, es consiguiente que llegase a ser un Teólogo consumado en la Escolástica y Moral, que fueron principalmente su ocupación toda su vida. El Decreto Real de salir de España le cogió ya en el oficio de Rector en el Colegio de Bilbao, después de haber enseñado mucho tiempo Filosofía y Teología en las cátedras de Ciudades principales. En el destierro, apenas llegamos a Calvi en la Isla de Córcega, le destinó la obediencia para Instructor de los Padres de la Tercera Probación, y en este importante oficio le cogió la extinción de la Compañía en la pequeña Ciudad de Cento. Todo el tiempo que duró la Compañía, no menos aquí que en España, fue siempre un hombre de mucho retiro, de muy poco trato con las gentes de fuera, sino en cuanto lo pedía la necesidad o caridad por razón de su enseñanza y ministerios. Por lo demás su verdadero elogio, y no pequeño, está explicado en pocas palabras, y basta decir que fue un Religioso ejemplarísimo, de un tesón y constancia, de una puntualidad y exactitud en todos los ejercicios de la vida religiosa, cual se ve en pocos aun de los más ajustados y fervorosos. Después de la extinción de la Compañía su retiro, su aplicación al estudio y su género de vida ha sido constantemente el mismo que antes, como lo ha sido también su modo de vestir, sin otra diferencia que la necesaria para no parecer jesuita. Después de una vida tan santa y por tantos años no asusta gran cosa el ver morir repentinamente a tales hombres, para los cuales es muchas veces, aunque no siempre se entienda, un beneficio muy particular del Señor. En efecto, aunque el P. Elorriaga había estado algunos días incomodado, no se había aprehendido peligro de muerte, y la dicha noche le asaltó no sé qué accidente que le arrebató en pocas horas, sin haber habido tiempo más que para absolverle y darle la Extrema Unción. Como era hombre muy parco en todo y tenía de España buenas asistencias, aunque daba sus limosnas a los pobres, le sobraba todavía alguna cosa, y en tantos años había llegado a juntar una cantidad de dinero algo grande en nuestro estado. Para disponer de ella en caso de muerte, no fiándose de lo que en este punto se nos concede en el Breve de Clemente XIV, con que extinguió la Compañía, sacó Breve particular del presente Pontífice Pío VI, y con él dispuso de lo que tenía en sufragio por su alma y en limosnas a necesitados entre nosotros y a varias Comunidades pobres de hombres y mujeres. En su misma disposición se halló que era su voluntad enterrarse en la Iglesia del Colegio de Santa Lucía, y así se ha hecho hoy, pagando sus derechos a la Parroquia en que murió. Ha asistido mucha gente, así de nuestra Provincia como de los otros jesuitas españoles, que están en Bolonia, a decir Misa toda a mañana. Era natural de Oñate, en el Obispado de Calahorra, en donde nació a 24 de marzo del año de 1717.

Isidro M^a Sans

H. Francisco de Alberdi

- n. 27.08.1727, Azcoitia
- i. 04.11.1749, Villagarcía de Campos
- g. 02.02.1760, Salamanca
- + 24.08.1786, San Juan (Bolonía)

Nació el 27 de agosto de 1727 en Azcoitia. Y tenía ya 22 años cuando experimentó la llamada del Señor a su Compañía. Abandonó entonces las cercanías de Loyola, tras haber participado en el Octavario con que se celebraron aquel año 1749 “las fiestas solemnes de San Ignacio, el octavo día con sermón en lengua cantábrica”. Hizo el Noviciado en Villagarcía de Campos (1749-51) y, coronado éste con los votos del bienio, fue destinado al Colegio de Medina del Campo, como Cocinero (1751-52). Y en éste siguió como Sotoministro y luego Despensero (1752-55). Pasó después al Real Colegio de Salamanca, al principio como Sotoministro y Hospedero, luego como administrador de la hacienda de Alaejos.

Así lo encontramos en el momento de la expulsión basada en la Pragmática Sanción de Carlos III. “El Colegio Real de Salamanca fue embestido por el Regimiento de Pavía la noche del 2 al 3 de abril. Como a las 6 de la mañana del día 3 entró el Alcalde Mayor en el Colegio con parte de la tropa y, convocada aquella respetable Comunidad al Claustro de la portería, mandó calar la bayoneta a algunos soldados. Diligencia que acaso pudo sobrar y que sólo fue conducente para llenar de susto y de pavor a muchos corazones tan tímidos como atribulados. Entregó después al Escribano el Real Decreto de Carlos III, mandándole que lo leyese, pero antes protestó que era mandado, pidiendo perdón de lo que iba a ejecutar sólo por obedecer a Dios y al Rey, con la esperanza de que la misma Obediencia y el mismo rendimiento encontraría en una Comunidad tan ejemplar como sabia. Y dando un estrecho abrazo a todos en la persona del Vice-Rector, que la gobernaba en la vacante del Rectorado, se pasó a la lectura e intimación del Decreto, que fue oído, aceptado y obedecido con toda la sumisión, con todo el silencioso respeto y con todo el rendimiento que se había prometido al atento Ejecutor. Sucesivamente pasó a practicar todas las demás diligencias que prevenía la Instrucción, sin desmentir jamás su urbanidad, su dulzura y su respeto, sabiendo componer estas admirables cualidades con la más exacta ejecución de las Reales Órdenes o, por mejor decir, estando muy persuadido de que no era posible obedecer bien las segundas sin acompañarlas con las primeras” (P. Isla).

“El H. Coadjutor Francisco Alberdi, que, por estar cuidando de una hacienda del Colegio de Salamanca en la Villa de Alaejos, debía quedarse allá algunos días para dar sus cuentas, fue depositado en el Convento de los PP. Agustinos. Me ha contado a mí mismo lo que le pasó con el Rvdmo. Maestro Fray Pedro Madariaga, Agustino Calzado y Doctor en la Universidad de Salamanca, Prior de aquel Convento, y es puntualmente lo que sigue. Este P. Madariaga se aficionó al H. Alberdi, o por ser paisano suyo o por haberle agradado, y entró en el empeño de quitarle el pensamiento y determinación de seguir a la Compañía en su destierro a Italia. A este fin le dijo todas las cosas que le parecieron a propósito para hacerle perder el aprecio a la Compañía y el amor a sus Hermanos, los jesuitas. Y para facilitarle más el paso de salir de la Compañía le ofreció el hábito de su Orden y en ella toda su protección, y le dijo sobre este propósito muchas cosas, queriéndole persuadir que a la sombra de un hombre como él lo pasaría grandemente en su Religión. En este paso del Rvdmo. Madariaga hay algo de compasión y de afecto para con este H. Francisco, mucho de ignorancia o de falta de reflexión y no poco de malignidad, como cualquiera entenderá por sí mismo. El H. Francisco es hombre de muy buen entendimiento, era buen Religioso y estimaba la Compañía, aunque se hallaba en tanto abatimiento. Y así se rió muy bien en su interior de todas las cosas que le dijo contra ella el Rvdmo. Maestro Doctor de la Universidad de Salamanca Fray Pedro Madariaga, Prior de su Convento de Agustinos Calzados de la misma Ciudad, despreció sus ofertas y los

partidos ventajosos que le hacía, y, dadas sus cuentas, vino a buscar a su Madre en su oprobioso destierro en la Isla de Córcega” (P. Luengo).

Con sus compañeros de la Provincia de Castilla continuó luego su odisea hasta los Estados Pontificios, a los que arribaron el 5 de noviembre de 1768. Por fin se asentaron en Bolonia. El H. Alberdi terminó por trasladarse a Castel San Juan, donde falleció el 24 de agosto de 1786.

En su “Diario” nos ha legado el P. Luengo la siguiente Necrología:

Ha llegado hoy aviso de haber muerto ayer en San Juan el H. Francisco Alberdi, Coadjutor. Conocí a este Hermano mucho tiempo en Salamanca y en otras partes, y siempre le vi muy laborioso, de gran desembarazo y expedición para quehaceres propios de sus oficios, atento y de buen modo para con todos y especialmente para con los Sacerdotes, muy servicial, amigo de dar gusto a otros, exacto en las cosas de su oficio y en los ejercicios propios de un Religioso. Al tiempo de nuestra salida de España estaba ocupado en cuidar de la hacienda que tenía el Colegio de Salamanca en la Villa de Alaejos. Y para dar cuentas de su administración se detuvo algunos días en aquella Ciudad, depositado en el Convento de los PP. Agustinos Calzados. Allí tuvo algunas solicitudes para que saliese de la Compañía, ofreciéndole el hábito de su Orden el Rvdmo. Madariaga y haciéndole ventajosos partidos si le daba este gusto, como ya notamos en otra parte, habiéndolo sabido de boca del mismo H. Alberdi. Pero éste más quiso seguir a su Madre la Compañía en su destierro, en sus trabajos y deshonras, que gozar de todas las ventajas que se le ofrecían. A esta generosa resolución se siguió, como era bien natural, su constancia en la vocación en la Compañía de Jesús hasta que fue extinguida, y después de esta desgracia un porte y tenor de vida muy juicioso, arreglado en todo, muy cristiano y piadoso. Y a todo esto, como regularmente sucede, una muerte santa y preciosa. En la Parroquia de aquel lugar se le hará hoy el Oficio con la acostumbrada decencia y allí mismo se le dará sepultura. Era natural de la Villa de Azcoitia, de la Provincia de Guipuzcoa y del Obispado de Pamplona, y nació a 27 de agosto del año de 1727.

Isidro M^a Sans

H. Pedro de Leoz

n. 11.06.1716, Biurrun
i. 07.02.1745, Bilbao
g. 15.08.1755, Ávila
+ 17.09.1786, Cento

Nació el 11 de junio de 1716 en Biurrun (Navarra). Y tenía ya 28 años cuando el 7 de febrero de 1745 solicitó su ingreso en la Compañía de Jesús. Al parecer residía por entonces en Bilbao, pues fue allí, en el Colegio de San Andrés, donde consta que fue aceptado en ella. Comenzó su Noviciado en Villagarcía de Campos (1745-46) y lo concluyó en el Colegio de Ávila, ejerciendo el oficio de Cocinero (1746-47). Siguió en Ávila, pero dedicado a labores campesinas a lo largo de una docena de años en la finca de Garoza, perteneciente al Colegio (1747-59). Tal vez ésa había sido la tarea de su juventud antes de entrar en la Compañía. En esa misma labor seguirá tras su destino a Villagarcía de Campos (1759), donde será Administrador de la Finca de Santa Eufemia, aunque al final de ese período, ya ‘jubilado’, se encargue de la Portería (1767-67). Tal vez fue él quien estaba en la portería aquella madrugada del 3 de abril, cuando a las 5 de la mañana, “entraron de repente el Sr. Villegas, Oidor de Valladolid, y varios Oficiales del Regimiento de Suizos. Y sin más detención ordenaron que nuestro P. Rector mandase reunir a toda la Comunidad en una pieza capaz, que fue la del refectorio. Juntos todos los sujetos del Colegio, se leyó el Decreto de S. R. Majestad”. Ésos fueron los preámbulos de la salida hacia el destierro.

Aquella numerosa Comunidad tuvo que emprender la marcha desde Villagarcía por tierras de Castilla hasta Santander. En Santander embarcaron hasta El Ferrol. Y de El Ferrol zarparon el 24 de mayo las ocho naves que transportaban a 652 jesuitas de la Provincia de Castilla hacia los Estados Pontificios. Al negárseles el desembarco en Civitavecchia, hubieron de retroceder por el Mediterráneo hasta ser abandonados en Calvi de la Isla de Córcega el 19 de julio. Tras una año largo, plagado de dificultades, pudieron reemprender su odisea y arribar el 5 de noviembre de 1768 a los Estados del Papa y se asentaron en Bolonia.

Todavía tuvieron que padecer aquellos jesuitas más sinsabores, como el de la extinción de la Compañía por Clemente XIV el 21 de julio de 1773. El H. Leoz murió el 17 de setiembre de 1786 en la pequeña ciudad de Cento, donde había estado ubicada al principio la casa de Tercera Probación. Tenía ya 70 años de edad y 31 de Compañía. Así nos lo cuenta el P. Luengo en su breve Necrología:

Este día ha llegado de Cento aviso de la muerte en aquella ciudad del Hermano Pedro Leoz. Nunca vi en España a este Hermano, y en el destierro pocas veces, sólo de paso. Pero, por lo que he podido observar, aunque poco, en este Hermano, y por lo que he oído a otros, puedo asegurar que era un buen religioso de un modo muy agradable, atento y cortés, y que fue siempre un buen Hermano Coadjutor: laborioso, servicial y aplicado a los ejercicios espirituales. En estos últimos años ha padecido mucho, viéndose tullido y casi postrado en una cama, y todo lo ha sufrido con gran paciencia y resignación, con mucha paz y aun alegría, y purificado con estos trabajos y males ha logrado una piadosa y santa muerte. En la misma ciudad se habrá hecho el oficio de difuntos, como acostumbramos, y dado sepultura en la Iglesia Parroquial.

Isidro M^a Sans

H. José Zumbil

n. 26.03.1715, Tafalla
i. 21.06.1733, Villagarcía de Campos
g. 15.08.1745, Bilbao
+ 15.11.1786, Bolonia

Nació el 19 de marzo de 1715 en Tafalla. A sus 18 años solicitó su ingreso en la Compañía y fue recibido el 21 de junio de 1733 en el Noviciado de Villagarcía de Campos. Emitidos los votos del bienio el 21 de junio de 1735, es destinado al Colegio de Monterrey como Cocinero (1735-38). Tras un año en Tudela, también como Cocinero (1738-39), pasa al Colegio de la Anunciada de Pamplona con el mismo oficio (1739-41). A continuación es destinado al Colegio de San Andrés de Bilbao como Ayudante del Procurador H. Lecároz (1741-43) y luego Sacristán (1744-46). Regresa entonces a Pamplona, ahora como Sacristán (1746-67), cargo al que se añadirán más tarde los de Visitador de Oración y Enfermero.

En Pamplona le sorprende la invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción. Los jesuitas de aquella Comunidad “lograron la fortuna de que se hubiese encargado de la ejecución por su misma persona el sabio Regente del Consejo de Navarra. Desempeñóla con toda la exactitud que se podía desear y con toda la moderación que se debía esperar en un Ministro de aquella discreción y de aquel carácter. Permitió que se celebrase Misa y comulgasen todos en la misma Capilla interior, donde se había congregado la Comunidad para oír el Real Decreto. Asistió él mismo con varios Oficiales de la tropa a un acto tan religioso y de tanta edificación, no pudiendo disimular la ternura ni contener las lágrimas cuando vio que, oída con veneración y obedecida con rendimiento la perpetua expatriación y el despojo general, sólo le suplicaron aquellos Padres por todo consuelo que les permitiese asistir al tremendo Sacrificio y avigorarse con aquel divino pan que hace fuertes y comunica al corazón el verdadero valor. Diose entonces por entendida la piedad de todos y ninguno se desdeñó de que el corazón se desahogase libremente”. Y es de suponer que todos quedasen también muy edificados por el esmero con que preparó todo para aquella Misa de despedida, el fervoroso H. Sacristán.

Aquella Eucaristía les avigoró ciertamente para los pesares del camino. Se les hizo andar desde Pamplona a Tolosa, donde terminó la primera marcha. Y luego “desde Tolosa hasta San Sebastián entre un diluvio de agua que se desgajó aquel día, el cual fue uno de los más lluviosos que habían alcanzado los hombres más ancianos de la Provincia, sin permitir que hiciesen alto en ninguna de las poblaciones que se encontraban en el camino. De manera que, habiendo andado seis horas continuas, nadando más que caminando, llegaron a San Sebastián empapados en agua, sin tener unos tristes zapatos ni una pobre camisa que mudarse, porque al entrar en la Ciudad se embargaron (no se sabe con qué autoridad) todos los baúles que venían en el equipaje”. Desde San Sebastián fueron trasladados por vía marítima hasta el Ferrol, donde iniciaron el viaje hacia el exilio el 24 de mayo, hasta ser abandonados en Calvi (Córcega) el 19 de julio. Allí permanecieron un año largo hasta que pudieron reemprender su viaje y llegar a los Estados del Papa el 5 de noviembre de 1768 y asentarse en los alrededores de Bolonia.

El H. Zumbil siguió en Bolonia hasta su muerte, acaecida el 15 de noviembre de 1786, a sus 71 años de edad y 53 de vida religiosa en la Compañía de Jesús. El P. Luengo nos ha legado esta breve nota necrológica:

La noche del 15 al 16 murió en esta Ciudad el H. Coadjutor José Zumbil. Yo casi no conocía a este H. Coadjutor hasta después de la extinción de la Compañía. En este tiempo, que ha sido el más peligroso, ha tenido siempre un proceder muy ajustado y un modo de vivir muy cristiano y piadoso. Ha estado siempre en compañía de otros Coadjutores, formando

algún género de Comunidad y logrando de este modo librarse de muchos peligros y tener más oportunidad y tiempo para darse a las cosas de devoción, como lo hacía el H. José, pasando las mañanas por la mayor parte en las Iglesias. Ha muerto muy cristianamente después de haber recibido con mucha piedad y devoción todos los Sacramentos. Y hoy se le ha hecho el Oficio al modo regular entre nosotros, y asistiendo muchos a celebrar y a la Misa cantada en la Parroquia de San Cosme y San Damián, que es Iglesia de Religiosos Camaldulenses. Era natural de Tafalla, en el Obispado de Pamplona, y nació el día 1º de mayo del año de 1715.

Isidro M^a Sans

P. José de la Torre

n. 08.05.1700, Cascante
i. 27.09.1718, Villagarcía
o. 28.10.1727, Salamanca
g. 02.02.1736, Segovia
+ 24.12.1786, Medicina

Nace el 8 de mayo de 1700 en Cascante, hijo de José de la Torre y Prudencia Sánchez. A sus 19 años de edad, el 27 de septiembre de 1718, ingresa en la Compañía de Jesús, en el Noviciado de Villagarcía. Emitidos los votos del bienio, es destinado al Colegio-Filosofado de Palencia, donde estudia Lógica, Física y Metafísica (1720-23). En el Real Colegio de Salamanca estudió la Teología (1724-28), siendo ordenado de presbítero tras acabar su tercer año de Teología el 28 de octubre de 1727. Y a continuación hizo la Tercera Probación en el Colegio vallisoletano de San Ignacio bajo la dirección del Instructor P. Diego Tobar (1728-29), coronando así su formación jesuítica.

Inicia entonces su vida propiamente activa como Profesor de Gramática en el Colegio de Ávila, simultaneando la enseñanza con el cargo de Ministro de la Casa (1729-32). Pasa entonces al Colegio de Segovia como Profesor de Filosofía (1732-38), simultaneando de nuevo la enseñanza con el cargo de Ministro de la Casa (1735-38). Cuando quiso llevárselo el P. Provincial de Segovia, tanto le estimaban los segovianos, que le pidieron al Provincial no se lo llevara de allí. La profesión solemne de cuatro votos la hace el 2 de febrero de 1736. Y el 23 de setiembre de 1738 es nombrado Rector del Colegio de Arévalo (1738-41). En el Colegio de Burgos enseña Teología Moral, al mismo tiempo que ejerce el cargo de Consultor (1741-45). Tras un año como Vice-Rector del Colegio de León (1745-46), el 22 de mayo de 1746 es nombrado Rector del Colegio de la Anunciada de Pamplona (1746-49). Y el 12 de octubre de 1749 pasa como Rector al Colegio de Orense: en Orense seguirá residiendo hasta el momento de la expulsión por Carlos III, “por haberse empeñado en ello el Sr. Obispo que había entonces en aquella Iglesia, que tuvo muy particular estimación de este P. Torre, por cuyo consejo se gobernaba en cosas de su Obispado”, según comentará el P. Luengo.

Los jesuitas de los Colegios de Galicia fueron concentrados en el de La Coruña, antes de reunirse en El Ferrol con sus compañeros de la Provincia entera de Castilla. Pero el P. De la Torre “no debió de venir al principio al destierro con la Provincia, sino algunos meses después con los PP. Procuradores que se establecieron en la Ciudad de Ajaccio en Córcega, y desde allí vino a una Casa de Campo de este país, y desde ella, sin haber vivido un día en Bolonia, fue a establecerse con una Comunidad bastante numerosa de nuestra Provincia en el lugar llamado San Pedro, en donde le cogió la extinción de la Compañía. Y habiéndose deshecho aquella Comunidad, con algún otro de la Provincia y algunos Padres mexicanos se estableció en el pueblo de Medicina, apartado de Bolonia como una 4 leguas.”. Y allí murió la víspera de Navidad de 1786. El P. Luengo le dedicó estas notas necrológicas:

Este mismo día ha llegado aviso de haber muerto ayer el P. José de la Torre en un pueblo llamado Medicina, apartado de Bolonia como unas 4 leguas. Ni en España ni aquí he tratado ni aun visto sino de paso a este P. Torre. Y así sólo puedo decir de él que vivió mucho tiempo en la Ciudad de Orense, del Reino de Galicia, y que por muchos años seguidos contra su voluntad fue Rector de aquel Colegio por haberse empeñado en ello el Sr. Obispo que había entonces en aquella Iglesia, que tuvo muy particular estimación de este P. Torre, por cuyo consejo se gobernaba en cosas de su Obispado. Al destierro no debió de venir al principio con la Provincia, sino algunos meses después con los PP. Procuradores que se establecieron en la Ciudad de Ajaccio en Córcega, y desde allí vino a una Casa de Campo de este país, y desde ella, sin haber vivido un día en Bolonia, fue a establecerse con una

Comunidad bastante numerosa de nuestra Provincia en el lugar llamado San Pedro, en donde le cogió la extinción de la Compañía. Y habiéndose deshecho aquella Comunidad, con algún otro de la Provincia y algunos Padres mexicanos se estableció en el dicho pueblo de Medicina. Y allí ha muerto santamente en la respetable ancianidad de 86 años cumplidos. Por lo que oigo hablar de este venerable anciano, puedo francamente decir que fue hombre de mucho peso y madurez en todas sus cosas, adornado de aquellas prendas que hacen un sujeto amable, de mucha piedad, y un exacto y observante Religioso. Era natural de Cascante en el Reino de Navarra, hasta pocos años ha de la Diócesis de Tarazona y al presente del nuevo Obispado de Tudela, y nació el día 8 de mayo de 1700.

Isidro M^a Sans

P. Jerónimo Palacios

n. 06.05.1713, Oyón
i. 24.03.1730, Salamanca
o. c. 1740
g. 08.09.1747, Logroño
+ 18.01.1787, Bolonia

Jerónimo nació el 6 de mayo de 1713 en Oyón (Álava). Y antes de cumplir sus 17 años de edad, el 24 de marzo de 1730, solicitó y obtuvo en Salamanca el ingreso en la Compañía de Jesús. Ingresó enseguida en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1730-32). Coronó éste con los votos del bienio el 25 de marzo con otros tres connovicios. Y con dos de ellos se dirigió al Colegio-Filosofado de Palencia para cursar allí el trienio filosófico. Pero sólo lo inició: Lógica y Física (1732-34). Al parecer su salud se resintió algo y tuvo que interrumpir el segundo curso para recuperarse. Volvió a reanudarlo en el Colegio-Filosofado de Medina del Campo: Física y Metafísica (1735-37). Ya plenamente rehecho, estudió la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1737-41).

Es destinado al Colegio de Logroño donde primero enseña Filosofía (1741-42) y luego Gramática (1742-43 y 1744-45). En el Catálogo trienal de 1743 su salud se debilita de nuevo. Tal vez haga su Tercera Probación en 1743-44. Regresa al Colegio de Logroño como Ministro (1745-47) y Profesor del trienio filosófico (1745-48); en él se incorporó definitivamente a la Compañía mediante su Profesión solemne el 8 de setiembre de 1747. En el Colegio de Bilbao vuelve a explanar otro trienio filosófico (1748-51). Y en el de Orduña enseña Teología moral, al mismo tiempo que ejerce los cargos de Admonitor y Consultor (1752-53). A continuación pasa al Colegio de Vitoria como Operario, Confesor y Consultor (1753-56). Y más tarde lo encontramos en el Colegio de Tudela como Profesor de Teología Moral, Director de Casos de Conciencia, Confesor y Consultor; de este mismo Colegio es nombrado Rector el 17 de abril de 1765 y en él le sorprende la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III el 3 de abril de 1767. De Tudela, pues, salió con sus compañeros y súbditos camino del exilio: hasta San Sebastián por tierra y luego hasta El Ferrol por mar. El 24 de mayo zarparon con el conjunto de la Provincia de Castilla hasta Civitavecchia, Calvi y por fin Bolonia, en los Estados Pontificios.

A su muerte el 18 de enero de 1787 le dedicó el P. Manuel Luengo la siguiente Necrología:

Ayer murió en esta Ciudad el P. Jerónimo Palacios. Al tiempo que salimos desterrados de España era Rector en el Colegio de Tudela, en el Reino de Navarra, y en el mismo empleo prosiguió algún otro año después. En España nunca había visto a este Padre, y aun en el tiempo que duró la Compañía en Italia le conocí muy poco por haber vivido por lo común en diversos lugares. Algo más le he conocido después de la extinción, por haberse establecido y conservado en esta Ciudad de Bolonia. Y por su conducta en este estado de Seculares se puede entender cuál sería su vida de Religioso. Andaba vestido con la misma modestia y aun pobreza que cuando era jesuita. Y esto nacía precisamente de virtud y moderación, pues era hombre que de su casa recibía abundantes socorros, que él empleaba con gusto en el culto del Señor, en limosnas a los pobres y en obras de caridad con otros Hermanos suyos. Su vida, en todo este tiempo después de nuestra desgracia, se ha reducido a obras de piedad y devoción, gastando muchos ratos y aun horas, además de las necesarias para los ejercicios espirituales ordinarios de obligación o de costumbre, en otras obras piadosas en las Iglesias y en su Casa. Y en estos ejercicios devotos, sin tomar ningún género de diversión sino un poco de paseo a su hora, gastaba todo el día y así ha pasado estos últimos años de su vida. Esta su piedad y devoción, junta con una gran moderación en todo, con una apacibilidad, humildad y

mansedumbre más que ordinaria, y con un corazón muy honrado y generoso, forman el verdadero carácter de este P. Palacios y le hacía un sujeto muy estimado en toda la Provincia. En su muerte, que ha sido algo improvisa y apresurada, aunque no de modo que no hubiese tiempo para disponerse a morir, se ha conocido bien lo mucho que era estimado en la Provincia, pues se ha notado generalmente en todos mucho sentimiento. Y no es menor prueba de esto mismo el numeroso concurso de los de la Provincia, así a decir Misa toda la mañana como al Oficio que se le ha dicho hoy en la Parroquia de San Julián. Nació en 6 de mayo del año de 1713 en la Villa de Oyón, en el Obispado de Pamplona.

Isidro M^a Sans

P. Nicolás de Zubiaur

n. 17.11.1717, Begoña
i. 12.06.1744, Bilbao
o. 08.11.1750, Salamanca
g. 15.08.1759,
+ 25.01.1787, Bolonia

Nació el 17 de noviembre de 1717 en un caserío de la anteiglesia de Begoña, cerca de la Basílica de “nuestra Amatxu”. Su devoción y su cariño infantil hacia ella tuvo que acrecentarse sin duda el 18 de junio de 1735, cuando la Madre de Dios de Begoña fue proclamada Patrona del Señorío de Vizcaya por las Juntas Generales de Guernica. Probablemente había estudiado en el Colegio de San Andrés de Bilbao, puesto que en él fue admitido a la Compañía de Jesús el 12 de junio de 1744: tenía ya 26 años. Inmediatamente se trasladó a Villagarcía de Campos, donde inició el Noviciado (1744-46), aunque durante su segundo año fue ya empleado en la Casa de Probación como Profesor de la 1ª clase de Gramática y luego en el Colegio de Segovia. A continuación estudió la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1747-51), donde el 8 de noviembre de 1750 fue ordenado presbítero por Msr. José Zorrilla. En Salamanca permaneció para profundizar en sus estudios de Teología al mismo tiempo que explanaba un trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1751-54). Y en el Colegio vallisoletano de San Ignacio culminó su formación jesuítica con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Juan Carbajosa (1754-55).

Hacia 1756 o 1757 comienza la empresa en la más va a destacar, las Misiones Populares, y como compañero del famoso P. Pedro de Calatayud. Aquí prefiero ceder la pluma al P. Manuel Luengo, que con su precisión y estilo nos lega esta estampa necrológica sobre el carácter y de la vida del P. Nicolás Zubiaur:

Antesdeayer por la tarde murió en esta misma Ciudad de Bolonia el P. Nicolás Zubiaur. Fue hombre de buenos talentos para las ciencias graves y, después de haber tenido en la Universidad de Salamanca los actos acostumbrados de Teología y de haber leído un curso de Filosofía en aquel Colegio, hacia el año de 1756 o 1757, en vez de ir a enseñar Filosofía a los nuestros en el Colegio de Medina del Campo, fue destinado por los Superiores al penoso oficio de compañero del Misionero Apostólico, el P. Pedro Calatayud, del cual hicimos aquí mención el año de 1773 con ocasión de su muerte. Todo era bueno y aun escogido en el P. Nicolás para el nuevo oficio de hacer Misiones en compañía del P. Calatayud. Una salud robustísima y capaz de todo género de trabajos, una voz clara, sonora y de mucha esfera, la ciencia conveniente para la dirección de las almas, una virtud sólida y un celo ardiente e intrépido, con las buenas partidas de prudencia, de juicio, de afabilidad y cortesanía en el trato, y de una presencia respetable, hicieron al P. Nicolás un Misionero fervoroso y un digno compañero del Apostólico P. Calatayud. A éste le agradó mucho y le mereció muy particular cariño y estimación. Y de ello, sin contar mil demostraciones del santo Padre para con su compañero, de que todos fuimos testigos, es una prueba bien clara el haberle acompañado constantemente, no sólo en todas las Misiones que en los últimos 8 o 10 años hizo el P. Pedro en muchas Ciudades del distrito en que estaba nuestra Provincia y en otras muchas de las Andalucías y de otras partes, sino también todos los años del destierro hasta que cerró los ojos el Venerable Anciano pocos meses antes de la extinción de la Compañía.

El destierro de la Compañía le cogió al P. Nicolás en el santo ministerio de las Misiones, aunque separado del P. Calatayud, por habérsele prohibido a éste, con una Orden de la Corte, algunos meses antes de aquella desgracia, el ejercicio de dicho ministerio. En el Obispado de Ciudad Rodrigo estaba haciendo Misión el P. Zubiaur con el P. José Petisco, y allí les llegó noticia segura, aunque no por medio de algún Ministro del Rey, del arresto de los

Padres del Colegio de Salamanca y del destierro de todos de la Monarquía. Y sin más Orden ni más escolta se vinieron por sí mismos, como hicieron otros muchos de la Provincia, a meterse en las cadenas y a ponerse enteramente en las manos del Alcalde Mayor de la Ciudad de Salamanca, Comisionado para el destierro de aquellos Padres. Y por orden de éste, mientras disponía las cosas necesarias para su viaje a Santander en seguimiento de los demás, fueron depositados en el Convento de San Esteban, de los PP. Dominicos, en el cual, tan lejos de encontrar el alivio y consuelo que necesitaban en su tribulación y congoja, tuvieron que ofrecer al Señor el nuevo trabajo de una grande esquivez y de un entero abandono de parte de aquellos Religiosos.

A las virtudes propias de un celoso y laborioso Misionero, que tenía ciertamente el P. Nicolás y que en parte se han insinuado, se deben añadir otras dos cosas para formar de algún modo el carácter de este insigne jesuita. Una es un corazón tan honrado, tan noble, tan generoso, tan recto, tan sin doblez ni sombra siquiera de malicia que, habiéndole tratado mucho y muy de cerca, me atrevo a decir que no he conocido quien en esto le hiciese ventaja. La otra es una muy singular sumisión, rendimiento y obediencia a todos los Superiores, bastándole la más leve insinuación suya para hacer o dejar cualquiera cosa. Más de una vez, retirándose a descansar a algún Colegio después de muchos meses de Misiones, con una sola insinuación de la Obediencia, sin reparar ni en trabajo ni en puntillos de honor, fue a suplir aquel tiempo de descanso a un Maestro de Teología o a un Prefecto de una Congregación que se hallaba enfermo. En una palabra: en el P. Nicolás tenían todos los Superiores un sujeto pronto para todo, alto o bajo, arduo o fácil; y en su proporción tenían todos sus Hermanos, por su genio servicial, agasajador y caritativo, un hombre dispuesto a servir a todos y a hacer todo el bien a que alcanzaban sus fuerzas.

En el destierro, no teniendo Misiones ni otros ministerios en que ocuparse, su vida, y lo mismo después de la extinción de la Compañía que antes de esta desgracia, se ha reducido a oración, ejercicios espirituales, algún estudio y obras de caridad. Y aun después que se acabó la Compañía, ha procurado parecer y ser jesuita no sólo en la modestia del vestido, andando siempre de ropa talar, sino también viviendo retirado de seculares y en compañía de otros Hermanos suyos en el mayor número que ha podido, según las Órdenes de los Ministros, y formando en alguna manera Comunidad. Su enfermedad no ha sido de muchos días, especialmente después que se reconoció algún peligro, pero sí muy aguda y no escasa de incomodidades y trabajos. Todo lo ha sufrido con gran resignación y conformidad con la voluntad del Señor y con una paz inalterable, hasta que finalmente murió la tarde del día 25 casi sin agonía, y como mueren los Santos. Hoy se le ha hecho el Oficio, con la decencia acostumbrada entre nosotros, en la Parroquia de San Donato, y por haber en ella pocos altares se dispusieron otras dos Iglesias inmediatas; y todas no bastaban para que pudiesen decir Misa los muchos que concurrieron, no obstante que esta noche ha caído media vara de nieve. Ninguna cosa más que este numerosísimo concurso de los de la Provincia a decir Misa toda la mañana con incomodidad tan grande, en especial para muchos que en una Ciudad tan dilatada viven muy lejos, prueba lo bienquisto, amado y estimado que estaba en ella el difunto Padre. ¡Y cómo podía menos de estarlo, ni haber uno entre todos que no le amase y estimase, siendo un hombre cual se puede colegir de lo poco que hemos dicho de su virtud, de su bondad y de su sanísimo corazón! Era natural de Begoña, cerca de la Villa de Bilbao, en el Obispado de Calahorra, y nació a 17 de noviembre del año de 1717.

Isidro M^a Sans

P. José de Bustinzurúa

n. 06.01.1746, Ondárroa
i. 14.04.1760, Loyola
o. Bertinoro (?)
g. 02.02.1773,
+ 31.03.1787, Roma

Nace el 6 de enero de 1746 en Ondárroa (Vizcaya). Y al parecer estudia sus primeras letras en el Real Colegio de Loyola, donde solicita y consigue, a sus 14 años, el ingreso en la Compañía. Hace su Noviciado en Villagarciá de Campos (1760-62). Y coronado éste con los votos del bienio, estudia en el Colegio-Filosofado de Palencia el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1762-65). En el Real Colegio de Salamanca inicia los estudios de Teología (1765-67) y consta que en su segundo año es Bedel de Teólogos. Pero la Pragmática Sanción de Carlos III cercena por el momento sus ilusiones y debe emprender con sus compañeros el camino del destierro. “El Colegio Real de Salamanca fue embestido, de la misma manera que los demás, por el Regimiento de Pavía la noche del 2 al 3 de abril. Como a las 6 de la mañana del día 3 entró el Alcalde Mayor en el Colegio con parte de la tropa y, convocada aquella respetable Comunidad al Claustro de la portería, mandó calar la bayoneta a algunos soldados. Se pasó a la lectura e intimación del Decreto, que fue oído, aceptado y obedecido con toda sumisión y silencioso respeto. Aquel día comió la tropa en el Refectorio, sirviéndoles la comida no sólo los HH. Coadjutores y los HH. Estudiantes, sino también muchos Sacerdotes, y todos con tanto amor, agasajo y alegría, como si hubieran venido los soldados a obsequiarlos en su casa y no primero a arrestarlos y después a expelerlos ignominiosamente de ella. El día 4 muy de mañana pretendieron dos Padres decir Misa en una de la Capillas interiores y retiradas que había en aquel Colegio. Negóseles este consuelo, como a todos el oírlo. Con este desconuelo se hubieron de poner todos en camino aquella misma mañana. añadiéndose en muchos el trabajo de no haberse desayunado, porque a la advertencia del Ejecutor se le pasó de la memoria una providencia tan natural como necesaria. El término del viaje por tierra era el puerto de Santander y, siendo 72 los sujetos que salían de Salamanca, habiendo de transitar por Burgos más de 400, no era fácil encontrar en un país tan reducido, y por la mayor parte tan estéril, las provisiones de boca necesarias para tanta gente. Y, no siendo posible hallar camas para tantos en muchos lugarcillos de la Carrera Real, donde era preciso hacer alto, fue indispensable que muchos durmiesen en los coches, otros sobre unas pajas, éstos en el duro suelo y aquéllos encima de las arcas o de los bancos, alternando caritativamente entre sí los menos incomodados para que todos participasen con igualdad del alivio y del trabajo”. También para los jóvenes resultarían duros estos trabajos, aunque no tanto como a los mayores.

El viaje de Santander a El Ferrol fue por vía marítima, también con sus incomodidades, lo mismo que la posterior travesía del conjunto de la Provincia de Castilla por el Mediterráneo hasta ser abandonados en Calvi (Córcega). Los dos Teologados de Salamanca y Valladolid se reunieron en una casa, a la que se dio el nombre de San Luis; por Rector de la misma fue nombrado el P. Francisco Javier de Idiáquez, que ya lo había sido en el de Salamanca. “El día después de San Lucas empezamos en la casa de San Luis el curso de estudios con el mismo rigor y formalidad que si estuviésemos en nuestros Colegios de España, en cuanto lo permite nuestro miserable estado en el cual faltan mil cosas necesarias o convenientes a los maestros y a los discípulos”, comenta el cronista P. Luengo. Allí, pues, continuó el H. Bustinzurúa sus estudios teológicos. Y los continuaría todavía en Bolonia. Tras asentarse al principio en sus alrededores, el P. Francisco Javier Idiáquez, Superior del Teologado de San Luis, decidió entrar en la Ciudad con sus Teólogos y alojarlos en “la casa de San Luis o de Fontanelli”. Más aún: no había resultado fácil resolver el problema de las

Órdenes “de los que entran en el cuarto año de Teología, según la costumbre de nuestra Provincia en España”, porque el Cardenal Arzobispo de Bolonia se negaba en redondo a ordenar a los jesuitas españoles e incluso a permitir que otro Prelado les ordenase en su Diócesis. El P. Idiáquez se entrevistó el 13 de setiembre de 1769 con el Provincial P. Ossorio para plantearle el problema. Y con la ayuda del misionero P. Ignacio Zubimendi se contactó con Msr. Francisco M^a Colombani, Obispo de Bertinoro, que se encargó en adelante de ordenar a los jesuitas españoles, incluso antes de lo habitual. El Escolar Bustinzurúa fue uno de ellos, no sé de cuál de las tandas. Lo que sí consta es que el 3 de febrero de 1773 logró emitir sus Últimos Votos, poco antes de la extinción de la Compañía.

Unos 8 años después se trasladó de Bolonia a Roma y en Roma murió el 31 de marzo de 1787 tras “bastante larga y penosa”. El P. Manuel Luengo nos ha legado la siguiente Necrología:

Avisan de Roma este correo de la muerte el día 31 de marzo del P. José Bustinzurúa, que de esta Ciudad pasó a aquélla hará como unos 8 años. Al tiempo que salimos de España estaba estudiando el 2^o año de Teología y en el destierro acabó sus estudios. Y después de ellos tuvo los actos de Teología que debía haber tenido en la Universidad de Salamanca. En todo el tiempo de sus estudios y hasta la extinción de la Compañía tuvo un porte regular y observante, y, juntando a un candor e inocencia muy grande, un genio y humor sumamente alegre, festivo, divertido y ameno, era generalmente querido y estimado de todos. Este su genio festivo, juntamente con su mucha docilidad, fue causa de que, aunque se resistiese por algún tiempo, siguiese al cabo el ejemplo de otros jóvenes y entrase también en la profanidad de vestido y de peinado, y asistiese a diversiones y pasatiempos mundanos. Pero con su viaje a Roma y establecimiento en aquella Ciudad se acabó todo, y estos 8 años ha vivido en ella con mucho juicio y piedad, vestido con modestia y muy aplicado al estudio. De esto es buena prueba el modo con que se ha portado en su última enfermedad y la piadosa muerte que ha tenido. En su enfermedad, que fue bastante larga y penosa, y en la recaída de que murió, no sólo mostró siempre resignación y conformidad con la voluntad del Señor, sino un ardiente deseo de morir, aunque se hallaba en la flor de su edad. Y sus súplicas y ruegos al Señor sobre este asunto eran tan continuas y fervorosas que los Médicos, más que a la fuerza del mal, atribuyen su muerte a que el Cielo le concedió lo que con tanto empeño y fervor le pedía. Allí y en esta Ciudad se ha oído su muerte con muy particular sentimiento de todos los de la Provincia, ya porque era muy querido y estimado en ella, como merecía serlo, y ya también porque por sus talentos escogidos y muy singulares para todo por estar bien instruido en letras humanas y en otras cosas amenas, y no menos en las ciencias graves, por tener una salud muy robusta, un genio amable, festivo y cariñoso, y por hallarse en una edad tan fresca, si llegase presto el día deseado de que la Compañía fuese restablecida otra vez, sería sin duda alguna en nuestra Provincia uno de los sujetos más apreciables de ella y que pudiese trabajar más gloriosamente en todo género de cátedras y ministerios. Era natural de Ondárroa, en el Obispado de Calahorra, y nació a 6 de enero del año de 1746. Por su devoción deseó ser enterrado en la Iglesia de la Casa Profesa del Jesús, que es la única que en aquella Ciudad es todavía de algún modo de la Compañía. Y así se ha ejecutado, haciéndole en ella el Oficio con la decencia conveniente.

Isidro M^a Sans

P. Pedro de Sarachaga

n. 29.04.1712, Bilbao
i. 26.02.1730, Valladolid
o. 1740, Salamanca
g. 08.09.1747, Vergara
+ 12.07.1787, Bolonia

Nació el 29 de abril de 1712 en la Villa de Bilbao. Es probable que estudiara sus primeras letras en el Colegio de San Andrés, pero luego los debió de continuar en el Colegio de San Ambrosio de Valladolid porque fue allí donde solicitó y obtuvo ser aceptado en la Compañía de Jesús el 26 de febrero de 1730, antes de cumplir sus 18 años de edad. Se dirigió entonces a Villagarcía de Campos, donde hizo el Noviciado (1730-32). A continuación comienza sus estudios filosóficos en el Colegio-Filosofado de Palencia (1732-34), pero en su segundo año su salud se debilita y tiene que abandonar por el momento la tarea. Una vez recuperado, vuelve a reiniciarla, esta vez en el Colegio-Filosofado de Medina de Campo, donde estudia el entero trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1734-37). A renglón seguido prosigue estudiando la Teología en el Real Colegio de Salamanca (1737-41), siendo condiscípulo de Francisco Javier Idiáquez, el ilustre futuro Provincial. Y culmina su formación jesuítica con la Tercera Probación, bajo la dirección del Instructor P. Gabriel de las Casas, en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1741-42).

Su actividad apostólica le mantiene estable en el Colegio de Vergara durante una larga docena de años (1742-56) como Profesor de Gramática. Y allí emitirá sus Últimos Votos como Coadjutor Espiritual el 8 de setiembre de 1747. Al final compaginará la enseñanza con el cargo de Catequista de los Empleados. Le encontramos luego en el Real Colegio de Loyola, como Operario y Ministro de la Casa (1758-59). Aunque el P. Luengo anote en su Necrología que “al tiempo que salimos de España, vivía en el Colegio de Loyola, y hacía en él con particular esmero y aprobación de todos el oficio de Ministro”, por el Catálogo de 1766-67 sabemos que el P. Sarachaga tomó posesión del Rectorado del Colegio de Lequeitio el 15 de octubre de 1766, y desde Lequeitio fue de donde salió camino del exilio. Aquella pequeña Comunidad, reunida en El Ferrol con el resto de la Provincia de Castilla, zarpó el 24 de mayo de 1767 rumbo a los Estados Pontificios, pero fue abandonada en las playas de Calvi (Córcega), desde donde reemprendió su odisea un año largo más tarde, hasta arribar a Bolonia el 5 de noviembre de 1768. Y en Bolonia murió el P. Sarachaga a sus 57 años de edad el 12 de julio de 1787. Al día siguiente anotó el cronista P. Manuel Luengo las siguientes líneas necrológicas.

Ayer murió en esta Ciudad el P. Pedro Sarachaga. Al tiempo que salimos de España, vivía en el Colegio de Loyola, y hacía en él con particular esmero y aprobación de todos el oficio de Ministro, el que allí, por la concurrencia de muchos forasteros, pedía un hombre servicial, agasajador, cariñoso y de agrado. Era un hombre de un corazón muy sano y muy recto, incapaz del menor fingimiento y artificio en cosa alguna, de mucha caridad para con todos y prontísimo a servir a cualquiera en todo lo que alcanzasen sus fuerzas. Y en todas las demás cosas era un Religioso observante, laborioso y aplicado a todos los oficios a que le destinó la Obediencia. Después de la extinción de la Compañía, su modo de vestir ha sido siempre modesto y todas sus ocupaciones obras de piedad y devoción, sin haber pensado jamás en estos años de libertad e independencia en diversión alguna profana ni en alguna otra cosa de mundo. La enfermedad, que le ha acabado, no ha sido de mucha duración, pero sí de muchos y agudos dolores, que ha sufrido con grande paciencia y resignación. Y después de haber recibido con mucha piedad y devoción todos los Sacramentos propios de aquella hora, logró una santa y preciosa muerte. Hoy se le ha hecho el Oficio, con la decencia

acostumbrada entre nosotros, en la Parroquia de San Lorenzo *in Porta Stiera*, asistiendo en gran número de la Provincia, en la que era por su mucha bondad muy querido, así a decir Misa toda la mañana como a la Misa cantada al fin de ella. Era natural de la Villa de Bilbao, del Obispado de Calahorra, y nació a 29 de abril del año de 1712.

Isidro M^a Sans

H. Joaquín de Cía

n. 16.04.1736, Mañeru
i. 07.09.1754,
g. 15.08.1769, Zacatecas
+ 03.10.1787, Bolonia

Nace el 16 de abril de 1736 en Mañeru. Viaja a Méjico a sus doce años con un tío suyo. El 7 de septiembre de 1754 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 18 años de edad, en el Noviciado de México. Terminado su noviciado, pronuncia los primeros votos en 1756. Reside y trabaja como profesor en el Colegio de Zacatecas (México); “enseña a los niños a leer”. El año 1761 reside y trabaja en California, para la casa. En 1767 era Soto-Administrador en el Colegio de Zacatecas; y sale desterrado a Italia con otros jesuitas. El 15 de agosto de 1769 hace los últimos votos en la Compañía de Jesús. Estando en Bolonia, padece una penosa enfermedad y edifica a todos con su heroico ejemplo de paciencia y resignación cristiana. Según el Registro General de Roma, 1785, “vivían en Italia los jesuitas desterrados, y entre ellos está el Hermano Joaquín Cía”. Muere en Bolonia a la madrugada del 3 de octubre de 1787, con 51 años de edad y 33 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

V. Ordóñez

H. Francisco José Hernández

- n. 03.12.1714, Cascante
- i. 09.08.1734, Villagarcía de Campos
- g. 02.02.1745, Santiago de Compostela
- + 26.02.1788, Bolonia

Nació en Cascante el 3 de diciembre de 1714, fiesta del Patrono de Navarra Francisco de Javier. Tenía, pues, que llamarse Francisco. Antes de cumplir sus 20 años de edad experimentó la llamada del Señor y solicitó el ingreso en la Compañía de Jesús. Fue recibido en el Noviciado de Villagarcía de Campos por el Rector y Maestro P. Carlos Gómez el 9 de agosto de 1734. Una vez emitidos los votos del bienio el 70 de agosto de 1736, fue destinado al Colegio de Pontevedra como Cocinero (1736-38). Pasa a continuación al Colegio de Santiago de Compostela con el mismo oficio (1738-41) y allí mismo se encarga luego del cuidado de la Casa (1741-42), asume después el oficio de Ayudante del Procurador (1742-47) y por fin es nombrado él mismo Procurador (1747-55). Parece comprobarse que es un hombre estable y constante, que cumple de maravilla el oficio que le encarga la Obediencia. En el Colegio de León sigue ejerciendo el cargo de Procurador (1755-56). Y en el Real Colegio de Salamanca ejerce el de Sacristán (1758-67), donde le sorprende la Pragmática Sanción de Carlos III. “El Colegio Real de Salamanca fue embestido por el Regimiento de Pavía la noche del 2 al 3 de abril. Como a las 6 de la mañana del día 3 entró el Alcalde Mayor en el Colegio con parte de la tropa y, convocada aquella respetable Comunidad al Claustro de la portería, mandó calar la bayoneta a algunos soldados. Entregó después al Escribano el Real Decreto, mandándole que lo leyese. El día 4 muy de mañana pretendieron dos Padres decir Misa en una de la Capillas interiores y retiradas que había en aquel Colegio. Negóseles este consuelo, como a todos el oírla. Con este desconuelo se hubieron de poner todos en camino aquella misma mañana. añadiéndose en muchos el trabajo de no haberse desayunado, porque a la advertencia del Ejecutor se le pasó de la memoria una providencia tan natural como necesaria. También anduvo muy escaso en la que dio para las provisiones de víveres, sin considerar que el término del viaje por tierra era el puerto de Santander, y que, siendo 72 los sujetos que salían de Salamanca, habiendo de transitar por Burgos más de 400, no era fácil encontrar en un país tan reducido, y por la mayor parte tan estéril, las provisiones de boca necesarias para tanta gente, si cada uno de los Colegios no llevaba las que se conceptuasen precisas para sus respectivos individuos. Pero fue aún más extraño en la reflexión y en la suave conducta del Alcalde Mayor de Salamanca el total olvido de las camas. Ni una sola mandó prevenir para aquel gravísimo y respetabilísimo Colegio, descuido que produjo necesariamente en todos una de las mayores molestias que padecieron en el camino, pues, no siendo posible hallar camas para tantos en muchos lugarillos de la Carrera Real, donde era preciso hacer alto, fue indispensable que muchos durmiesen en los coches, otros sobre unas pajas, éstos en el duro suelo y aquéllos encima de las arcas o de los bancos, alternando caritativamente entre sí los menos incomodados para que todos participasen con igualdad del alivio y del trabajo” (P. Isla).

Desde Santander fueron llevados a El Ferrol por vía marítima y desde allí, reunidos con el conjunto de la Provincia de Castilla, emprendieron el viaje hacia los Estados Pontificios, aunque al fin fueron abandonados en Calvi (Córcega). Tras un dificultoso y largo año en Calvi, pudieron reemprender su odisea hasta arribar el 5 de noviembre de 1768 a Bolonia, donde fueron asentándose poco a poco. Allí debió de residir el H. Francisco José hasta su muerte el 26 de febrero de 1788. Tenía entonces 73 años de edad y 53 de Compañía. El P. Manuel Luengo redactó sobre él la siguiente Necrología:

Al amanecer del día 25 murió en esta Ciudad el Coadjutor Francisco Hernández. Fue un Hermano de buen juicio, de capacidad, de inteligencia en el manejo de los negocios, y de un entendimiento bien puesto. Y así fue empleado mucho tiempo en España en el oficio de Procurador de varios Colegios, y lo hizo muy bien y con satisfacción de todos, porque a los talentos especulativos necesarios para él juntaba cordura, prudencia y mucha reflexión en todas las cosas, un trato grave y serio con la conveniente afabilidad con los seculares, honradez en el modo de tratar a la Comunidad, mucha religiosidad y mucho rendimiento a los Superiores. Algún otro año antes del destierro fue señalado por Sacristán del Real Colegio de Salamanca y hacía este oficio con muy particular esmero y exactitud, porque con su buen entendimiento, sus juiciosas máximas y virtud sólida se persuadía prácticamente con mucha facilidad que en la Religión lo mismo es un oficio que otro, y que, lo que únicamente importaba para ser buen Religioso y servir a Dios, era hacerlo bien, con aplicación, con exactitud y con esmero por ser aquélla la voluntad de Dios.

En aquel Colegio y en aquel oficio estaba cuando fuimos desterrados. Y así en España como en el destierro siempre fue un hombre muy aficionado a los ejercicios espirituales y exacto en su cumplimiento, de una vida muy arreglada y religiosa, servicial para con todos y de muy particular respeto para con los sacerdotes. Siendo este Hermano Francisco cual acabamos de representarle con toda verdad y sin exageración alguna, no es extraño que fuese muy estimado y querido en toda la Provincia. Y lo era efectivamente tanto que apenas habrá uno en toda ella, especialmente de los que le han conocido y tratado, que no tenga de él particular aprecio y estimación. En estos últimos 8 o 10 años ha tenido una vida la más oportuna para purificarse y perfeccionarse y para atesorar grandes méritos para el Cielo. Se ha visto todo este tiempo trabajado de violentos accidentes, que más de una vez le han asaltado en la Iglesia o en la calle, y así fue necesario llevarle a casa en brazos ajenos. La cama, padeciendo en ella con paciencia y conformidad con la voluntad del Señor, o la Iglesia, cuando sus males le permitían levantarse y salir de casa, han sido todos estos años, por decirlo así, sus habitaciones, sus ocupaciones y ejercicios. Por último ha estado reducido a la cama como unos tres meses. Y después de tantos trabajos y aflicciones, recibidos muy a tiempo y con mucha devoción todos los Sacramentos propios de esta hora, murió plácida y santamente, y sin un momento de penosa y violenta agonía. Hoy se le ha hecho el Oficio al modo regular en la Parroquia de San Donato, con un concurso grande y aun extraordinario de los de la Provincia a decir Misa en ella y en algunas Capillas cercanas, que se prepararon para el mismo efecto. Era natural de la Ciudad de Cascante, en el Reino de Navarra y del Obispado de Tarazona, y nació a 3 de diciembre del año de 1744.

Isidro M^a Sans

H. Martín de Ozcáriz

n. 02.12.1709, Tafalla
i. 23.10.1745, Villagarcía de Campos
g. 02.02.1756, Segovia
+ 13.03.1788, Bolonia

Nació en Tafalla la víspera de la fiesta del Patrono de Navarra, San Francisco Javier. Y solicitó el ingreso en la Compañía cuanto contaba ya 35 años de edad. El 23 de octubre de 1745 fue recibido por el Rector y Maestro P. Eugenio Colmenares en el Noviciado de Villagarcía (1745-47). Coronado éste con los votos del bienio, es destinado como Cocinero al Colegio de Villafranca (1747-48). Y pasa al año siguiente al de Colegio de Segovia para trabajar, y más tarde también colaborar en la administración de la Finca de la Moraleja (1748-61). Allí emitió sus Últimos Votos como Coadjutor Temporal Formado el 2 de febrero de 1756. Y en Segovia permaneció estable casi 20 años: todavía en 1766-67 le encontramos en aquel Colegio, pero ya, dada su edad, no como labrador sino como Portero. A él, pues, le correspondió abrir la puerta a las tropas que invadieron el Colegio en nombre del Rey Carlos III para intimar su Pragmática Sanción a los 28 jesuitas de aquella Comunidad.

“En este Colegio se anticipó un día la ejecución, en cuya práctica no sucedió cosa que merezca particular narración, habiendo procedido el Intendente con toda la moderación y toda la benignidad que permitía una comisión tan dolorosa, y, si se observó alguna cosa que dionase, como no haber permitido ni aun a los suyos que atizasen la lámpara del Santísimo Sacramento, no fue ciertamente por exceso de rigor ni por falta de piedad, sino por sobra de turbación, a la cual están más expuestos en lances tan sensibles los ánimos más moderados. Por lo demás quedó este Ministro tan asombrado como los otros al ver la inalterable serenidad y la humilde silenciosa resignación de todos aquellos Padres al recibir un golpe tan fuerte como nunca imaginado. Ni causaron menor admiración, acompañada de mucha veneración y ternura, a los soldados que los escoltaban, los amorosos y penetrantes alaridos de los pueblos que se encontraban en el tránsito, entre cuyas voces se percibían, muchas veces repetidas, estas expresiones: ‘¡Ah Padres! Este trabajo no es de Vds., es de toda la Nación; Vds. son dichosos en lo que padecen y nosotros desgraciados en lo que merecemos perder’. No pudieron desempeñar con mayor esmero el Real Encargo los 32 Artilleros y 4 soldados de a caballo que fueron escoltando hasta Burgos a los Padres del Colegio de Segovia, siguiendo a competencia el ejemplo del Oficial que les mandaba” (P. Isla).

Desde Burgos continuaron hasta Santander, donde embarcaron para reunirse en El Ferrol con el resto de la Provincia de Castilla. Y el 24 de mayo de 1767 emprendieron el camino del destierro, que a través del Mediterráneo concluyó por el momento en Calvi de Córcega y al fin en el Estado Pontificio de Bolonia, donde arribaron el 5 de noviembre de 1768.

Allí murió 20 años después el H. Martín Ozcáriz. El P. Manuel Luengo nos ha legado la siguiente elogiosa Necrología:

La noche del día 13 al 14 murió en esta Ciudad el H. Martín Ozcáriz. Era un Hermano Coadjutor muy propio para la Compañía y en la realidad muy útil para la Religión y cual ésta lo pedía. Era sencillo, natural, bondadoso, humilde, devoto, respetuoso para con los Sacerdotes y rendido a la Obediencia, sano, robusto y de fuerzas. Y así no sabía otra cosa que encomendarse a Dios, obedecer a sus Superiores y trabajar mucho aun en ejercicios de mucho trabajo y fatiga. Ésta fue constante y uniformemente su vida en nuestros Colegios de España y en el destierro hasta la extinción de la Compañía, empleándole con gusto los Superiores en las cosas de fatiga que se han podido ofrecer en el presente estado, como en Calvi de Córcega, en hacer pan para muchos Colegios. Después de la extinción de la Compañía ha vestido siempre

pobre y modestamente, y de ropa talar negra, como los Sacerdotes; se ha conservado lejos de todas las diversiones y peligros del mundo; y ha vivido en Comunidad de 3, 4 o más; y no teniendo cosa de trabajo en que emplearse, su ocupación ha sido estos años oír y ayudar Misas, y encomendarse a Dios mañana y tarde, que en mucha parte gastaba en la Iglesia. Su enfermedad ha sido larga de tres o cuatro meses y no poco penosa. Y en ella no sólo ha estado con paciencia cristiana y con una perfecta conformidad con la voluntad del Señor, sino que en medio de sus muchos trabajos y aflicciones ha conservado hasta el último día su buen humor, alegría y festividad. Y después de haberse preparado con gran diligencia y fervor para morir, y recibido con mucha devoción todos los Sacramentos, esperaba la muerte, que tenía a la vista, sin temor ni pavor alguno, y con una tranquilidad y serenidad verdaderamente prodigiosa. Y efectivamente murió con mucha paz y sin la fatiga de una agonía violenta. Hoy se le ha hecho el Oficio al modo regular entre nosotros en la Parroquia de San Nicolás de la calle de San Félix, asistiendo muchos a decir Misa y a la Misa cantada. Era natural de Tafalla, en el Reino de Navarra y del Obispado de Pamplona, y nació a 2 de diciembre del año de 1709.

Isidro M^a Sans

H. José de Mugarza

n. 16.02.1725, Lacunza
i. 04.12.1754, Villagarcía de Campos
g. 02.02.1765,
+ 20.03.1788, Bolonia

Nació el 16 de febrero de 1725 en Lacunza (Navarra). Tenía ya 29 años cuando se decidió a entrar en la Compañía de Jesús. El 4 de diciembre de 1754 ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos, en el que fue recibido por el Rector y Maestro P. Francisco Javier Idiáquez. Tras emitir los votos del bienio fue destinado al Colegio vallisoletano de San Ambrosio como Ayudante del Procurador H. Marcos Gordaliza (1758-59). Y él mismo ejerció luego el cargo de Procurador en el Seminario Irlandés de Salamanca (1760-61) y más tarde en el Colegio Inglés de San Albano de Valladolid (1763-64) y en el Real Colegio de Loyola (1766-67).

En Loyola estaba cuando se intimó la Pragmática Sanción de Carlos III a aquella Comunidad presidida por el marqués P. Juan Bautista Mendizábal. D. Francisco Folch de Cardona, Oidor de la Cancillería de Valladolid y Corregidor entonces de Guipuzcoa, “después de haber tomado un cigarro en la taberna de Azcoitia, a la mitad de la mañana del día 3 de abril pasó a sorprender a los pocos jesuitas que había en aquella Residencia. Y el día siguiente, al romper el día, se apareció en el Real y venerable Colegio de Loyola, Cuna de nuestro Gran Patriarca, de capa y gorra con un cigarro en la boca y un bastón en la mano, escoltado de 50 soldados del Regimiento de Irlanda. Y en este indigno equipaje mandó juntar de repente a toda aquella venerable Comunidad y, sin darle más treguas, intimó la Orden para que todos marchasen al punto. Cogióles muy de nuevo esta precipitada resolución, porque el día precedente, en que se ejecutó el arresto, había declarado que no debían partir hasta el día 4 después de comer, y efectivamente el mismo Ejecutor había mandado disponer la comida en virtud de esta determinación. Pero mudóla de repente, no se sabe por qué” (P. Isla). De Loyola fueron llevados a San Sebastián y allí embarcaron hacia el puerto de El Ferrol, punto de arranque del conjunto de los jesuitas de la Provincia de Castilla para iniciar el exilio.

De El Ferrol zarparon el 24 de mayo de 1767 y, tras su estancia de un año largo en Calvi de Córcega y sus andanzas a partir de Sestri en el golfo de Génova, llegaron a Bolonia, en los Estados del Papa el 5 de noviembre de 1768. Y en Bolonia murió 20 años después, el Jueves Santo del año 1788. El P. Manuel Luengo, en su “Diario de la Expulsión”, le dedicó la siguiente Necrología:

Esta mañana, poco después de haber amanecido, y al acabarse el día de San José, murió en esta Ciudad el H. José Mugarza, devotísimo del Santo Patriarca. En España le emplearon los Superiores algún tiempo en el oficio de Procurador, y al tiempo que salimos desterrados, estaba en el dicho empleo en el Colegio de Loyola. En el destierro fue uno de varios HH. Coadjutores que, después de haber tenido empleos de algún honor e importancia, se sujetaron con prontitud, con gusto y con alegría a oficios humildes y trabajosos. En Calvi de Córcega hizo de comprador de una Casa y al mismo tiempo de hombre del trabajo, llevando muchas veces sobre sus hombros las cosas que había comprado. Siempre fue este H. Mugarza, en nuestros Colegios antes de salir desterrados, en el destierro antes de la extinción de la Compañía, y después de ella, hombre piadoso, aplicado a los ejercicios espirituales y muy devoto, de un trato cortés y agradable, laborioso y amigo de servir a todos los que le buscaban para alguna cosa. Y, hablando con toda verdad y sin exageración, después de la extinción, con la que quedamos todos ociosos y desocupados, ha gastado constantemente este Hermano su vida en obras de piedad y devoción, y en servir con muy buen modo, y según alcanzaban sus talentos, a muchos que se valían de él para muchas cosas. Su enfermedad ha

sido bastante larga, penosísima y acompañada de convulsiones muy violentas y de dolores casi continuos y muy agudos, y por todo ha pasado no sólo con paciencia y resignación cristiana, sino también con un valor y magnanimidad que ha asombrado no poco a los que le han asistido. Recibió muy a tiempo, con mucha preparación, piedad y ternura, todos los Sacramentos propios de esta hora, y hoy, Jueves Santo, murió finalmente con señales muy claras de haber logrado una muerte preciosa en los ojos del Señor. Esta noche se le dará sepultura en la Parroquia de San Damián, que es Iglesia de los Monjes Camaldulenses, y en ella se les hará el Oficio al modo regular el primer día que lo permitan las festividades de la Pascua. Era natural de Lacunza, en el Obispado de Pamplona, y nació a 16 de febrero del año de 1725.

Isidro M^a Sans

H. Fermín de Ciganda

n. 08.03.1703, Larrainzar
i. 06.02.1739, Villagarcía de Campos
g. 15.08.1749, Salamanca
+ 16.04.1788, Bolonia

Larrainzar es un lugar del Valle de la Ultzama, la Suiza navarra. Allí nacieron, a principios del siglo XVIII, dos niños que fueron bautizados con los nombres de Martín y Fermín, y que llegarían a ser Hermanos jesuitas. Se llevaban 16 meses de edad: ¿fueron también hermanos? Por el momento ignoro los nombres de sus padres. El mayor, Martín, falleció en Palencia a sus 58 años de edad, siete años antes de la firma de la “Pragmática Sanción”. En cambio, el pequeño, Fermín, vivió 85 años y murió en el destierro, en Bolonia, tras la expulsión decretada por Carlos III y la extinción de la Compañía decidida por el Papa Clemente XIV.

Fermín nació el 8 de marzo de 1703. Tenía ya casi 36 años cuando solicitó su entrada en la Compañía de Jesús. Y el 6 de febrero de 1739 le recibió el Rector y Maestro P. Diego de Tobar en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1739-41). Tras emitir los votos del bienio, es destinado al Colegio de Ávila como Cocinero y Despensero (1741-45). Pasa después al Colegio de Bilbao, en el que ejerce el oficio de Ayudante del Procurador (1745-47). En 1747-48 colabora con el Superior P. O’Brien en el Seminario Irlandés de Salamanca. Y en Salamanca prosigue hasta la expulsión decretada por Carlos III mediante su Pragmática Sanción: primero como Sotoministro (1749-50), luego como labrador y administrador en la finca de Alaejos (1750-55) y por fin como Portero (1755-67). En la numerosa Comunidad de Salamanca estaba cuando el Colegio Real de Salamanca fue embestido por el Regimiento de Pavía la noche del 2 al 3 de abril. “Como a las 6 de la mañana del día 3 entró el Alcalde Mayor en el Colegio con parte de la tropa y, convocada aquella respetable Comunidad al Claustro de la portería, mandó calar la bayoneta a algunos soldados. Entregó después al Escribano el Real Decreto, mandándole que lo leyese. El día 4 muy de mañana pretendieron dos Padres decir Misa en una de la Capillas interiores y retiradas que había en aquel Colegio. Negóseles este consuelo, como a todos el oírlo. Con este desconuelo se hubieron de poner todos en camino aquella misma mañana. añadiéndose en muchos el trabajo de no haberse desayunado, porque a la advertencia del Ejecutor se le pasó de la memoria una providencia tan natural como necesaria. También anduvo muy escaso en la que dio para las provisiones de víveres, sin considerar que el término del viaje por tierra era el puerto de Santander, y que, siendo 72 los sujetos que salían de Salamanca, habiendo de transitar por Burgos más de 400, no era fácil encontrar en un país tan reducido, y por la mayor parte tan estéril, las provisiones de boca necesarias para tanta gente, si cada uno de los Colegios no llevaba las que se conceptuasen precisas para sus respectivos individuos. Pero fue aún más extraño en la reflexión y en la suave conducta del Alcalde Mayor de Salamanca el total olvido de las camas. Ni una sola mandó prevenir para aquel gravísimo y respetabilísimo Colegio, descuido que produjo necesariamente en todos una de las mayores molestias que padecieron en el camino, pues, no siendo posible hallar camas para tantos en muchos lugarcillos de la Carrera Real, donde era preciso hacer alto, fue indispensable que muchos durmiesen en los coches, otros sobre unas pajas, éstos en el duro suelo y aquéllos encima de las arcas o de los bancos, alternando caritativamente entre sí los menos incomodados para que todos participasen con igualdad del alivio y del trabajo” (P. Isla).

Desde Santander fueron llevados a El Ferrol por vía marítima y desde allí, reunidos con el conjunto de la Provincia de Castilla, emprendieron el viaje hacia los Estados Pontificios, aunque al fin fueron abandonados en Calvi (Córcega). Tras un dificultoso y largo año en Calvi, pudieron reemprender su odisea hasta arribar el 5 de noviembre de 1768 a

Bolonia, donde fueron asentándose poco a poco. Y en Bolonia residió hasta su muerte, el 16 de abril de 1788. Hasta la extinción de la Compañía en la Casa de San Luis, en la que estaban reunidos todos los jóvenes que estudiaban Teología, y con el mismo oficio de Portero que tenía en Salamanca. El P. Luengo nos ha legado estas líneas necrológicas, que nos ofrecen un “elogio grande, lleno y muy subido” del navarro H. Fermín Ciganda:

Antesdeayer por la tarde murió en esta Ciudad el H. Coadjutor Fermín Ciganda. En dos solas palabras se puede hacer su elogio grande, lleno y muy subido de este H. Coadjutor, y al mismo tiempo verdaderísimo y que le represente cual era en realidad y cual era tenido por todos en la Provincia. El H. Fermín era un religioso de costumbres inocentísimas, abstraído de todo y que sólo ha entendido en este mundo, a lo menos desde que entró en la Compañía de Jesús, en servir a Dios y en las cosas de su alma. Varios años antes del destierro de la Compañía de los Dominios del Rey Católico estaba este H. Fermín en el oficio de Portero del Real Colegio de Salamanca, y allí le conocí la primera vez y viví siete años en aquel mismo Colegio. En el destierro prosiguió con el mismo oficio en la casa de San Luis, en la que estaban reunidos todos los jóvenes que estudiaban Teología, hasta el momento mismo de la extinción; y siempre lo hizo con mucha puntualidad y constancia, y con extraordinaria exactitud, avisando de todo lo que convenía a los Superiores sin respetos algunos humanos y con muy buen modo para con los de fuera de casa. Antes de la extinción de la Compañía de Jesús todo su tiempo lo empleaba en el cumplimiento de su oficio, en los actos de Comunidad, y en ejercicios piadosos. Y después que se acabó la Compañía, toda su ocupación ha sido la piedad y devoción. Vestido pobre y modestamente con una ropa talar negra, reunido con otros HH. Coadjutores y dejándose gobernar por uno de ellos en las cosas económicas, él no ha pensado en todo este tiempo en otra cosa que en pasar mañana y tarde en las Iglesias en ejercicios devotos. Y aun por la calle, yendo de una Iglesia a otra con otro H. Coadjutor tan piadoso y devoto como él, sin hacer caso alguno de lo que podían decir de ellos, iban rezando el Rosario en voz alta. Hará unos 4 o 5 años tuvo este H. Fermín una fluxión tan vehemente y tan acre a los ojos, y acompañada de tan agudos dolores, que le saltó uno de ellos. Todo lo sufrió con mucha paciencia y conformidad con la voluntad del Señor, y no perdió por un momento su paz e inocente alegría por hallarse casi ciego, pues la otra vista le servía muy poco. En este estado tan deplorable, casi sin vista y con muy pocas fuerzas, iba constantemente todos los días casi arrastrando por las calles a visitar la Iglesia en que se hacía la exposición del Santísimo Sacramento, aunque estuviese muy lejos de su Casa. Pero hará 5 o 6 meses que con poco mal y con mucha falta de fuerzas se vio obligado a postrarse en cama. Y habiéndose purificado más en ella con la paciencia y sufrimiento, recibidos con mucha devoción todos los Sacramentos propios de aquella hora, murió con gran paz y santamente. Hoy se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros en la Parroquia de San Nicolás de la calle de San Félix, asistiendo muchos de la Provincia a celebrar en ella toda la mañana. Era natural de Larrainzar, en el Obispado de Pamplona, y nació a 8 de marzo del año de 1703.

Isidro M^a Sans

P. Atanasio de Ezterripa Zuazu

- n. 10.11.1704, Durango
- i. 17.03.1725, Valladolid
- o. 22.11.1733, Salamanca
- g. 15.08.1741, Palencia
- + 27.04.1788, La Pieve de Cento

Atanasio, hijo de Martín de Ezterripa y de Isabela Teresa de Zuazu, nació el 11 de octubre de 1704 en la Villa de Durango. A sus 20 años de edad fue admitido para la Compañía en Valladolid y el 17 de marzo de 1725 ingresó en el Noviciado de Villagarcía (1725-27). Permaneció un año más en aquella Casa de Probación enseñando Gramática (1727-28), antes de ir al Colegio-Filosofado de Santiago de Compostela para repasar la Física y Metafísica ya estudiadas en Valladolid ante de su ingreso en la Compañía (1728-30). A renglón seguido pasó al Real Colegio de Salamanca para estudiar la Teología (1730-34), donde, una vez terminado el tercer curso fue ordenado presbítero el 11 de noviembre de 1733 por Msr. José Granado. En Salamanca permaneció profundizando en los estudios teológicos (1734-36) y enseñando luego Filosofía (1736-37). Durante un curso ejerce en la Casa de Probación de Villagarcía como Maestro de Seminario (1737-38). Y en el Colegio-Filosofado de Palencia enseña a los nuestros el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica, al mismo tiempo que hace de Consultor (1738-41). Vuelve a Salamanca como Maestro de Escolares (1741-42) y pasa al Colegio vallisoletano de San Ambrosio como Profesor de Teología, volviendo a ocupar el cargo de Consultor (1742-47). Comienza entonces la etapa de sus sucesivos Rectorados: el 3 de junio de 1747 es nombrado Rector del Colegio de Ávila (1747-49); el 8 de octubre de 1749 Rector del Colegio de Pamplona (1749-53); en marzo de 1752 Rector del Colegio de Oviedo (1752-56), el 28 de diciembre de 1756 Rector del Colegio de Santiago de Compostela (1756-59). “Y desde allí fue a descansar al Colegio de Loyola”, comentará el P. Luengo: el Catálogo de 1760-61 indica que como Operario ¡y Consultor!

La intimación de la Pragmática Sanción le encuentra retirado en el Colegio de Logroño. El Sr. Estévez, “Corregidor de Logroño, a quien se encomendó la ejecución en aquel Colegio, no hubo atención que no practicasen ni demostración de urbanidad, de respeto, de amor, de dolor y de ternura de que no hubiese dado las más convincentes pruebas. Después de intimado el Decreto y formalizados los demás actos que debían subseguir inmediatamente a este primero, providenció que se dispusiese chocolate para todos y quiso que se trajese de su casa y que también se previniese en ella la comida. Pero ni uno ni otro permitió el P. Rector [P. Domingo Urbina], representándole que en el Colegio había bastante provisión para todo, y acompañó las expresiones de su agradecimiento con razones tan fuertes para no admitir aquella generosa demostración, que cedió a ellas el Corregidor, pero encargando mucho al Cocinero de que cuidase con el mayor esmero de que la comida fuese decente, delicada y abundante. Grandemente deseó el P. Rector y todos los demás Padres que el Corregidor la honrase y les favoreciese en ella con su presencia, pero se negó constantemente a darles este consuelo, alegando que no les podría servir de mucho en aquel acto el que les hacía tan verdadera compañía en su justísimo dolor.

Recogidas las llaves de la Iglesia y Sacristía, hizo venir un Sacerdote Secular para que consumiese el Santísimo Sacramento, valiéndose para esto de la autoridad del Vicario Episcopal, a quien anteriormente había suplicado, por medio de un recado muy atento, que se sirviese llegar al Colegio. Y en presencia de este Ministro Eclesiástico hizo recontar los vasos sagrados y demás alhajas dedicadas al ministerio de los altares con todo respeto y con toda la veneración que le dictaban su Religión y su piedad. Si todos los Ejecutores hubieran procedido con la misma en un asunto tan delicado, nos hubieran excusado el dolor de lastimar tantas veces los religiosos oídos de Vuestra Majestad con tan repetidos ayes, que no podemos

negar a las sentidas quejas del Santuario, viéndose tratado y profanado por muchos con tan poco respeto.

Reconocióse el dinero que había en el Colegio, y sólo se halló el preciso para los gastos del viaje hasta Bilbao, primera caja destinada para que se juntasen en ella algunos Colegios. Señaló para su conducción a cuatro sujetos, todos de la mayor satisfacción de los Padres, para afianzar mejor en su inclinación y en su desvelo la particular atención con que mandaba Vuestra Majestad que fuesen tratados. Y el día siguiente se despidió de todos ellos, sin que pudiesen disimular sus ojos el quebranto de su corazón. A toda la Ciudad sucedió lo mismo, porque, inundadas las calles de gentío desde la misma puerta del Colegio hasta ocupar todo el puente, fueron muy pocos los ojos que se conservaron enjutos. Y se oyó un grito universal que decía: ‘Hoy sabemos todos lo que sale por el puente, pero no sabemos lo que mañana nos entrará por él’. Quedóse allí la mayor parte de la gente, no bastándole el ánimo para pasar más adelante, pero muchos siguieron a los Padres hasta más allá de una buena legua, poblando el aire de clamores y regando el camino con sus lágrimas, con las cuales no se pudieron resistir a mezclar las suyas hasta los mismos soldados de la escolta” (P. Isla).

Desde Bilbao, ya por vía marítima, fueron trasladadas las Comunidades allí concentradas hasta El Ferrol, de donde el conjunto de la Provincia de Castilla zarpó hacia el exilio. Fueron abandonados en Calvi de Córcega. Y después de las penalidades allí sufridas durante un año largo, pudieron reemprender su odisea hasta arribar a los Estados Pontificios el 5 de noviembre de 1767. “En Italia ha vivido casi desde el primer día en el lugar de La Pieve”, comenta el P. Luengo. Ya el 27 de setiembre de 1769 narra el mismo P. Luengo “que se ha formado o en la ciudad de Cento o en un lugar allí cerca llamado La Pieve, de la cual ha sido hecho Superior el P. Joaquín de Alzolaras”. Y en La Pieve murió el 27 de abril de 1788, a sus 83 años de edad y 63 de Compañía. Conservamos su Necrología, legada por el Cronista en su “Diario de la Expulsión”-

Antesdeayer, poco después de hacerse de noche, murió en La Pieve de Cento el P. Atanasio Ezterripa. Fue hombre de talentos más que ordinarios para las ciencias graves y de un ingenio particular, del que dio pruebas en el curso de Filosofía que dictó y enseñó a los nuestros, y en algunos Tratados Teológicos que dictó en el Colegio de San Ambrosio de la Ciudad de Valladolid. Después que acabó con la enseñanza según el uso de la Provincia, fue Rector en algún otro Colegio, y últimamente en el de Santiago de Galicia hacia los años de 1756 y 1757. Y desde allí fue a descansar al Colegio de Loyola. Allí tuvo algunos disgustos por parte de la Corte, y todo su pecado fue el haber ido a Pamplona a informar a aquel Sr. Obispo de una gravísima violación de la inmunidad eclesiástica que se había cometido en dicho Colegio por parte de algunas Justicias del país con ocasión de un tumultillo de algunas gentes ordinarias. El Padre no pudo tener otra culpa, siendo su paso justo y legítimo, que el haber hecho por ventura aquella diligencia con alguna viveza y ardor. Pero habiendo sucedido esta cosa no mucho después del tumulto de Madrid y el último año que estuvimos en España, ella y el tumultillo, sobre el que se imprimieron algunas cartas que había habido entre la Justicia de aquel país y nuestro P. Provincial, sirvieron maravillosamente en manos de los Ministros y del P. Confesor para inclinar al Rey a la fuerte resolución de desterrar la Compañía de todos sus Dominios.

En esta desgracia siguió el P. Ezterripa, aunque ya anciano, la suerte común de todos y pasó con mucha constancia y aun alegría por las miserias y trabajos de los desastrosos viajes por mar y por tierra, y por las gravísimas incomodidades de nuestra estancia en Calvi de Córcega. En Italia ha vivido casi desde el primer día en el dicho lugar de La Pieve, y por esto, y por no haberle conocido en España, no puedo decir cosas particulares de su vida y proceder. Pero, a lo que oigo decir a muchos, era un hombre de una vida y conducta juiciosa, arreglada, siempre igual y uniforme, y propia de un exacto y observante Religioso. Y en su proceder no hizo mudanza alguna por la extinción, sino la forzosa para obedecer al Papa. Y para tener todo lo dicho, y aun mucho más, por cierto, basta el ser un hombre de un amor tiernísimo para

con su Madre la Compañía, y no haberse entibiado en él después de verla arruinada y extinguida, como he podido observar en algunas de sus cartas, en las que mostraba siempre una impaciente solicitud de ser informado de todas sus cosas. En aquel lugar ha sido muy sentida su muerte por los jesuitas que viven en él, y aquí en Bolonia se ha oído con general sentimiento de todos. A la verdad no es posible ver sin pena morir en un infame y oprobioso destierro a unos hombres que justamente se miraban como los Padres de la Provincia, de un mérito singular y dignísimos de mejor suerte. Era el P. Ezterripa natural de la Villa de Durango, en el Señorío de Vizcaya y del Obispado de Calahorra, y nació a 19 de noviembre de 1704.

Isidro M^a Sans

P. Román Arto

n. 1719, Sangüesa
i. 19.08.1746,
o.
g.
+ 30.05.1788, Faenza

Nace el año 1719 en Sangüesa. El 19 de agosto de 1746 ingresa en la Compañía de Jesús con otros 6 compañeros para las Misiones del Paraguay, con sus célebres Reducciones, arquetipo de civilización y mentalidad social. Durante largos años de vida misionera, vivió en vanguardia el cuarto voto misionero y de obediencia al Papa emitido en su profesión solemne, sin arredrarle las empresas civilizadoras más arriesgadas. Domina la lengua de sus misionados y escribe su *Gramática y Vocabulario de la lengua Tova*. Para junio de 1756 puede redactar con el mejor conocimiento su *Informe del estado de los indios mataguayos y de las esperanzas que hay de que fructifique entre ellos el Evangelio*. Poco después sufre su martirio al igual que el P. Francisco Ugalde. Pero dado por muerto el 6 de octubre de 1756, al sobrevivir “con especial providencia”, puede enviar una carta **al** 23 de octubre de 1756, con la *Relación del levantamiento de los mataguayos y de la muerte que han dado al P. Ugalde*. Juntamente escribe un *Informe de lo mucho que hizo y padeció el P. Francisco Ugalde en el tiempo que vivió entre los mataguayos*. La carta y el informe se los envía al P. Pedro Juan Andreu que pronto los daría a conocer en una *Compendiosa relación*. Tenido con veneración de mártir, prosigue su labor misionera y funda la ciudad de San Ignacio de los Tovas, en el Chaco. Allí trabaja como Padre de todos aquellos indios, cuando le llega la orden de destierro conminada a los jesuitas españoles por su rey Carlos III. Y en Faenza (Italia) muere santamente el P. Román Arto el 30 de mayo de 1788, con el mérito de su vida misionera y del martirio. Una figura interesantísima en la hagiografía, precisamente por habersele seguido considerando como mártir, a pesar de haber sobrevivido a su martirio.

Valeriano Ordóñez

H. José de Burgaña

- n. 04.05.1730, Amoroto
- i. 11.09.1751, Villagarcía de Campos
- g. 02.02.1762, Loyola
- + 13.06.1788, Bolonia

Nació el 4 de mayo de 1730 en el pequeño pueblo de Amoroto (Vizcaya). No tenemos datos sobre los primeros 21 años de su vida. Al haber nacido en una familia rural y campesina, lo más natural sería que ayudara en las faenas del caserío, que nunca faltaban. El 11 de setiembre, respondiendo a la llamada del Señor a su Compañía, se presentó en el Noviciado de Villagarcía, donde le recibió el Rector y Maestro P. Eugenio Colmenares (1751-53). Después de emitidos los votos del bienio el 12 de setiembre de 1753, pasó al Colegio de Oñate para ejercer los oficios de Cocinero, Despensero, Despertador, Ropero y Enfermero (1753-55). Fue luego destinado al Colegio de San Sebastián, donde se ocupó de la Cocina y la Despensa, además de continuar en el oficio de Despertador (1755-57). En el Colegio de Azcoitia continuó con los mismos empleos, a los que añadió el de Visitador y Ropero (1757-61). Después irá destinado al Real Colegio de Loyola y por fin de nuevo al de San Sebastián, donde ejerce los oficios de Sacristán, Enfermero y Portero. Tal vez fuera él quien el 3 de abril de 1767 tuvo que abrir las puertas del Colegio a las tropas del Rey Carlos III, que venían a intimar a aquella Comunidad su Pragmática Sanción.

“Luego que se abrieron las puertas del Colegio y entró en él el Comisionado Alcalde de San Sebastián, escoltado de la tropa con bayoneta calada, le salió a recibir apresuradamente el Rector P. Juan de Alustiza. Encontróle en la escalera y, viéndole con su vara levantada y con todo aquel aparato, le preguntó sobresaltado: ‘Señor Alcalde, ¿qué es esto? ¿Trae Vmd. alguna Orden de la Corte contra mí o contra alguno de mis súbditos?’. Le respuesta fue sacar el Alcalde su caja con afectada autoridad y reposo, alargársela al P. Rector y decirle estas formales palabras: ‘No es nada; tome Vmd. un polvo, que no hay cosa mejor para despejar la cabeza’. Tres cuartos de hora se estuvieron paseando por un tránsito el Alcalde y el Rector mientras se vestía y juntaba la Comunidad, padeciendo el pobre Superior congojas de muerte, entregado a todos los discursos funestos de una vivísima imaginación. Seis o siete veces repitió el Superior la misma pregunta en este tiempo y otras tantas renovó el Alcalde la impertinente acción de alargarle la caja, repitiendo siempre la misma respuesta, sin moverle a compasión las molestas congojas y sobresaltos que ahogaban al Superior, quien se persuadió finalmente que había llegado ya su última hora y la de toda su Comunidad. No parece que cabía en la humanidad un despego tan frío como cruel, por lo que es preciso atribuir aquella aparente serenidad del exactísimo Juez a una verdadera perturbación del ánimo y del corazón. Practicadas con arreglo a la Instrucción las regulares de intimar el Decreto y la custodia de todos los sujetos del Colegio en una Capilla interior muy reducida con la acostumbrada Orden de que ninguno saliese de ella bajo de algún pretexto, pasó, acompañado del P. Rector y Procurador al registro y al inventario de todos los aposentos. Como el Colegio de San Sebastián era una de las Cajas señaladas para que se reuniesen en ella los Colegios de la Provincia de Guipuzcoa y del Reino de Navarra, el estrechísimo arresto de los jesuitas de San Sebastián duró 26 días” (P. Isla). Por fin fueron todos embarcados hacia El Ferrol, donde se concretó toda la Provincia de Castilla para zarpar hacia los Estados Pontificios el 24 de mayo de 1767 hasta ser abandonados el 19 de julio en Calvi de Córcega. El 19 de setiembre de 1768 lograron reemprender su odisea y arribar el 5 de noviembre a las llanuras de Bolonia.

Tampoco sabemos nada de su vida jesuítica en el destierro de Italia. El 21 de agosto de 1773 dejó de ser jesuita por la extinción de la Compañía. Y terminó por contraer matrimonio, como no indica el Cronista P. Luengo en la Necrología que sobre él escribió:

El 13 de este mes murió en esta Ciudad José Burgaña, que era Coadjutor en nuestra Provincia y se inhabilitó para volverlo a ser tomando matrimonio. En él, como es preciso que suceda en todos los que no tengan algún oficio ni más renta que la pensión de tres reales y medio, se ha tratado miserabilísimamente y en la realidad ha muerto, aunque tenía algún dinerillo reservado para no se qué necesidades, de hambre y de miseria, seco y consumido. ¡Qué infelicidades y desgracias no han provenido del injusto destierro de nuestra patria y del no menos injusto Breve de Clemente XIV! Mas al fin no ha habido en la muerte de este Burgaña la otra miseria y desventura de dejar algunos hijos tirados en la calle y en la dura necesidad de ser unos pillos sin crianza alguna, como sucede otras veces, y ahora acaba de suceder en la muerte repentina de uno de la Provincia de México, que ha dejado 4 o 5 hijos en una total abandono. A Burgaña se le hizo el día 14, con el dinerillo que tenía reservado, un Oficio decente en la Parroquia de San Blas, que es Iglesia de los Religiosos Agustinos Calzados. Era natural de Amoroto, en la Provincia de Vizcaya, del Obispado de Calahorra, y de familia honrada. Nació en dicho lugar a 4 de mayo del año de 1730.

Isidro M^a Sans

P. Pedro Juan de Zabala Madariaga

n. 29.03.1709, Bilbao
i. 22.04.1724, Bilbao
o. 22.11.1733, Salamanca
g. 15.08.1742,
+ 16.06.1788, Bolonia

Pedro Juan, hijo de José Zabala y M^a Antonia de Madariaga, nació en Bilbao el 29 de marzo de 1709. En el Colegio jesuítico de San Andrés aprendió sus primeras letras y concibió su vocación a la Compañía. Recién cumplidos sus 15 años de edad solicitó su ingreso en el Noviciado de Villagarcía de Campos (1724-26). Coronado éste con los votos del bienio, estudió en el Colegio-Filosofado de Palencia el trienio clásico de estudios filosóficos: Lógica, Física y Metafísica (1726-29). Durante un curso enseña Gramática en el Colegio de Burgos (1729-30) y a continuación estudia Teología en el Real Colegio de Salamanca (1730-34). El 22 de noviembre de 1733, es ordenado presbítero por Msr. José Granado. Y bajo la dirección del Instructor P. Juan de Loyola culmina su formación jesuítica con la Tercera Probación en el Colegio vallisoletano de San Ignacio (1736-37).

Comienza su etapa de vida ministerial enseñando Gramática en el Colegio de Pamplona (1737-39). La continúa en el Colegio de Logroño como Profesor de Filosofía, compaginando la enseñanza con el cargo de Ministro en su tercer año (1739-42). Pasa luego al Colegio de Oñate con similares ocupaciones: Ministro y Profesor de Filosofía (1742-45). En el Colegio de San Sebastián comienza a enseñar Teología Moral, al mismo tiempo que ocupa el cargo de Consultor (1745-52). El 26 de octubre de 1752 asume el Rectorado de Pontevedra (1752-56). Le encontramos más tarde en el Real de Loyola, como Operario (1760-63) y por fin en el de San Sebastián como Operario, Consultor, Director de la Congregación del Sagrado Corazón, Confesor y Catequista de Empleados (1766-67). Desde allí sale hacia el exilio en virtud de la Pragmática Sanción de Carlos III, intimada a aquella Comunidad y a su Rector P. Juan de Alustiza como se ha descrito en la biografía precedente, la del H. Burgaña. Con él salió hacia el puerto de El Ferrol y con él llegó, tras penosas dificultades, al Estado Pontificio de Bolonia. Pero tras la extinción de la Compañía continuó respirando su espíritu jesuítico hasta que murió el 16 de junio de 1788, a sus 79 años de edad y 54 de Compañía. He aquí su breve Necrología, legada por el P. Manuel Luengo:

Ayer, día de San Juan Francisco de Regis, murió en esta Ciudad el P. Pedro Zabala. Antes del destierro no había visto a este Padre, y en este país nunca viví en su compañía ni le traté de cerca. Con todo eso, su carácter era tan visible y palpable, por decirlo así, que poco trato bastaba para conocerle. Y éste principalmente consistía en una paz, mansedumbre, afabilidad y dulzura tan singular que no podía menos de agradar a todos y de ganarse el afecto y cariño de los que le trataban. A un hombre de este temple no podía menos de serle fácil y casi connatural la piedad y devoción, y efectivamente sus palabras, sus acciones y toda su conducta fue siempre muy propia de un Religioso piadoso y devoto, y lo mismo después de la extinción de la Compañía que antes de esta desgracia, la que en el P. Pedro no causó otra novedad que la mudanza precisa en el modo de vestir para obedecer al Breve del Papa. En estos últimos años ha padecido mucho por verse con bastante frecuencia molestado de algunos graves accidentes y postrado de una grande debilidad ocasionada de ellos. Y finalmente, a fuerza de una grave enfermedad de pocos días, recibidos con mucha devoción todos los Sacramentos, murió santamente ayer. Y hoy se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros en la Parroquia de San Lorenzo *in Porta Stiera*, asistiendo muchos de la Provincia a decir Misa toda la mañana y al Nocturno y Misa Cantada al fin de

ella. Era natural de la Villa de Bilbao, en el Señorío de Vizcaya y del Obispado de Calahorra, y nació a 29 de marzo del año de 1709.

Isidro m^a Sans

P. Francisco Javier Torrano Abaigar

n. 03.12.1706, Estella
i. 30.07.1722, Tudela
o. 1731, Salamanca
g. 15.08.1739, Bilbao
+ 17.10.1788, Bolonia

Nació en Estella el día de la fiesta del Santo Patrón de Navarra, el 3 de diciembre de 1706, así que sus padres, Bernabé Torrano y María Abaigar, no podían ponerle otro nombre que el de Francisco Javier. Le enviaron luego a comenzar su formación al Colegio de Tudela, donde se forjó su carácter y su vocación a la Compañía de Jesús. En Tudela fue aceptado para ella cuando sólo tenía 15 años de edad. Ingresó, pues, el 30 de julio de 1722, víspera de la fiesta de San Ignacio de Loyola, en el Noviciado de Villagarcía. Coronado éste con los votos del bienio, pasó al Colegio-Filosofado de Santiago de Compostela, donde cursó el clásico trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1724-27). Explana allí mismo un curso de Gramática (1727-28), antes de trasladarse al Real Colegio de Salamanca para estudiar la Teología (1728-32). Pasa un año en el Colegio de San Sebastián como Ministro y Profesor de Gramática. Y concluye su formación jesuita en el Colegio vallisoletano de San Ignacio con la Tercera Probación bajo la dirección del Instructor P. Diego Tobar (1733-34).

Es destinado entonces al Colegio de Soria, donde vuelve a enseñar Gramática (1734-35) y pasa luego al Colegio de Pamplona como Profesor de Filosofía, en el que el último año vuelve a ejercer el cargo de Ministro (1735-38). En el Colegio de San Andrés de Bilbao enseña el consabido trienio filosófico (1738-41). En el Colegio de Soria explana la Teología Moral, al mismo tiempo que ocupa los cargos de Consultor y Predicador (1741-44). Y en el de Segovia continúa como Profesor de Teología y Consultor (1744-46). De Segovia sale para Roma, nombrado Penitenciario de la Iglesia de San Pedro de Roma (1746-51). Regresa a la Provincia y de nuevo al Colegio de Pamplona, esta vez como simple Operario (1751-52), pero, antes de concluir el curso, es nombrado Rector de Tudela, el Colegio en el que se formó: es el 22 de marzo de 1752 y aquí comienza su repetida ascensión a altos cargos. Tres años después, en mayo de 1755 toma posesión del Rectorado de Palencia. Otros tres años más y el 3 de diciembre (día de su Santo) de 1758 toma posesión de Rectorado de Medina del Campo. El 29 de mayo de 1760 es nombrado Rector de Santiago de Compostela. Y luego Instructor de Tercera Probación en el Colegio vallisoletano de San Ignacio. Finalmente, toma posesión del Rectorado del pequeño Seminario de San Albano de Valladolid. Por este último listado puede comprobarse la verdad de la aseveración del P. Manuel Luengo: “Tenía, efectivamente, el P. Torrano muy buenas partes para el difícil empleo de gobierno”.

En Valladolid le sorprende la invasión de las tropas de Carlos III para intimar a aquella pequeña Comunidad su Pragmática Sanción. “En el pequeño Colegio de San Albano, perteneciente a la misma Ciudad de Valladolid y piadosa fundación del Señor Rey Felipe II para Seminario de la Nación Inglesa, no sucedió cosa particular, sino la terquedad y la dureza con que el Escribano, que asistía al Comisionado, se resistió a que los Sacerdotes llevasen sus licencias de confesar y de predicar, diciendo, muy a lo Teólogo, que en España no habían de ejercitar aquellos ministerios y fuera de España de nada les servían para ejercitarlos, a que se le respondió que, aunque en los países extranjeros no sirviesen para ejercer en fuerza de ellas las referidas sagradas funciones, serían muy conducentes para facilitarles otras en cuya virtud pudiesen ejercerlas. Y por lo que tocaba a los títulos de Órdenes (que también rehusaba permitírseles), se le hizo presente que sin ellos no podían calificar su estado de Sacerdotes, a cuyas razones desistió de su empeño, pero no del desabrimiento y aspereza con que trató a aquellos cuatro respetables jesuitas, haciéndolos subir en un carro, como pudiera a cuatro galeotes” (P. Isla).

Salieron, pues, los jesuitas de Valladolid camino del exilio, primero hacia Santander, desde donde habían de embarcar para El Ferrol. Y “al entrar en Santander el Domingo de Ramos por la mañana sucedió una casualidad que, sin dejar de ser lo que parecía, pudo tener también sus visos de misteriosa. Andaba a la sazón la procesión por la Iglesia y, dejándola los muchachos, convidados de otro objeto que por tan nuevo arrastraba con más violencia su curiosidad, salieron a recibir a los Padres con Palmas y Ramos de olivos en las manos. No malograron los jesuitas un recuerdo que excitaba en el corazón afectos muy oportunos para la resignación y para el consuelo, considerando que, aunque esta concurrencia casual se quisiese interpretar por un mudo testimonio de su inocencia, esto mismo les debía alentar a padecer con mayor alegría, a ejemplo de aquel Señor que quiso fuese precedida de semejante testimonio, con circunstancias de triunfo, su dolorosa Pasión” (P. Isla).

Desde El Ferrol el conjunto de la Provincia de Castilla zarpó el 24 de mayo de 1767 hacia el Mediterráneo. Tuvieron que retroceder desde Civitavecchia a Calvi (Córcega), donde fueron abandonados y desde donde un año largo después reemprendieron su odisea hasta arribar a los Estados Pontificios el 5 de noviembre de 1768. Se asentaron, por fin, en Bolonia, donde el P. Torrano fallecería 20 años después, el 17 de octubre de 1788. El P. Manuel Luengo nos legó esta cariñosa Necrología:

La noche del 16 al 17 murió en esta ciudad el P. Francisco Javier Torrano, sujeto muy estimado en la Provincia. Después que en España había seguido la carrera ordinaria de cátedras de Gramática, Filosofía y Teología, vino a Roma, y en esta Ciudad estuvo algunos años de Penitenciario en la Iglesia de San Pedro. Y vuelto después a la Provincia, fue empleado en el gobierno de varios Colegios de ella. Fue Rector en los Colegios de Medina del Campo, de Palencia y de Santiago de Galicia, en los cuales se criaban todos los jóvenes que estudiaban Filosofía. Después fue Instructor de los Padres de la Tercera Probación en el Colegio de San Ignacio de la Ciudad de Valladolid. Y finalmente, al tiempo que fuimos desterrados de España, gobernaba el Colegio o Seminario de San Albano de la misma ciudad, destinado a la educación de algunos jóvenes ingleses. En el destierro, así en Calvi de la Isla de Córcega, como en este país, continuó en el oficio de Superior de alguna Casa, y lo era, al tiempo de la extinción de la Compañía de Jesús, de la que estaba en el lugar llamado San Pedro, desde donde, después de la separación de los sujetos de ella, se vino a esta Ciudad para vivir reunido, del modo que podía, al cuerpo de la Provincia. Tenía, efectivamente, el P. Torrano muy buenas partes para el difícil empleo de gobierno. Era un hombre afable, cariñoso y aun festivo, humano, natural; sin afectación alguna y mucho menos disimulación en sus cosas; de buen juicio y prudencia, de celo y vigilancia en la observancia regular, en la que él mismo era muy exacto, de muy particular tesón y firmeza cuando la juzgaba necesaria, sin respeto alguno humano a la calidad de las personas. En todo lo demás de su conducta fue un hombre muy piadoso, muy pacífico y siempre igual y constante en su modo de vida religiosa, aun después de la extinción de la Compañía, la que en él no causó otra mudanza que la precisa en el vestido para no ser jesuita, aunque siempre fue talar, el no vivir con muchos en una casa, y el verse desocupado para entregarse con más libertad a ejercicios de piedad y devoción. Así prosiguió constantemente hasta dos o tres años antes de morir, que se puso decrepito y se le oscureció bastante la razón. Pero aun en este tiempo, por el hábito o costumbre, casi no hacía otra cosa que rezar y preguntar a todos cosas pertenecientes al rezo divino y a otras dudas o escrúpulos de conciencia. Su muerte ha sido la de un venerable anciano que, aunque con poca razón por la mucha edad y por la costumbre de tantos años, se ejercita fácilmente en todos los actos de virtud que se le sugieren. Hoy se le ha hecho el Oficio al modo regular en la Parroquia de Santo Tomás de la Calle Mayor, asistiendo muchos a él y a decir Misa toda la mañana. Era natural de Estella, del Reino de Navarra y del Obispado de Pamplona, y nació a 3 de diciembre de 1705.

Isidro M^a Sans

P. Ramón M^a Ormaza

n. 04.09.1741, Bilbao
i. 21.09.1756, Bilbao
o. 14.10.1764, Valladolid
+ xx.01.1789, Liverpool

Ramón M^a nació en Bilbao el 5 de setiembre de 1741 “de familia rica y honrada”. Y comenzó sus primeros estudios en el Colegio jesuítico de San Andrés, en el mismo Casco Viejo de Bilbao. Allí concibió muy pronto el afán por incorporarse a la Compañía de Jesús. Antes de cumplir sus 15 años de edad solicitó y obtuvo su ingreso en el Noviciado. El Rector y Maestro P. Idiáquez lo recibió en el de Villagarcía de Campos el 21 de setiembre de 1756. Dos años después, el 22 de setiembre de 1758, emitía sus primeros votos y a continuación se trasladaba al Colegio-Filosofado de Medina del Campo para estudiar el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1758-61). A renglón seguido pasó a estudiar la Teología en el Colegio-Teologado de San Ambrosio de Valladolid (1761-65). El 10 de octubre de 1764, después de terminado su 3^o de Teología, fue ordenado presbítero. Tenía especial afición y facilidad por las Matemáticas, por lo que los Superiores le enviaron al Real Colegio de Salamanca para que se especializara en ellas.

Y en Salamanca le sorprendió la invasión de las tropas de Carlos III: “Como a las 6 de la mañana del día 3 de abril de 1767 entró el Alcalde Mayor en el Colegio con parte de la tropa y, convocada aquella respetable Comunidad al Claustro de la portería, mandó calar la bayoneta a algunos soldados. Entregó después al Escribano la Pragmática Sanción y le mandó que la leyese” (P. Isla). El día 4 muy de mañana, con el desconuelo de no haber podido oír Misa y sin haber desayunado, iniciaron el camino hacia el exilio hacia Santander. En Santander fueron embarcados para El Ferrol. Y desde El Ferrol la entera Provincia de Castilla zarpó hacia los Estados Pontificios, aunque finalmente fue abandonada en Calvi de Córcega el 19 de julio. Y ya el 24 de ese mismo mes anota en su “Diario” el P. Luengo la fuga de cinco compañeros, entre los que se encontraba el P. Ramón M^a Ormaza, “aterrado sin duda del aspecto terrible de todas las cosas en la dicha Ciudad en los primeros días de nuestra habitación en ella, hallándonos expuestos a las miserias y horrores de una guerra civil, y aun a morir de hambre y de sed”. El mismo Cronista comentó entonces: “Me compadezco, pues, mucho de los que se han huido, por los males a que se exponen”. Ni el mismo Ramón M^a ni sus compañeros preveían entonces que el mismo Señor iba a transformar aquellos males en bienes, como suele: el P. Ormaza seguiría siendo jesuita aun después de la extinción general de la Compañía por el Papa Cemente XIV el 21 de agosto de 1773.

El 24 de diciembre de 1769 resume el mismo Luengo una carta del P. Ormaza al P. Provincial, “en la que le cuenta también sus largos viajes y andanzas” y “suplica encarecidamente y muy de veras que no le separen de la Compañía, fuera de la cual conoce que no hay para él salvación”. Vuelve a aludir a él el 1^o de setiembre de 1772 aprovechando las noticias contadas por su compañero de fuga, el P. Antonio Mezcorta. Y el 15 de julio de 1778 escribe lo siguiente: “Un suceso particular, acaecido en el mismo Londres y muy propio de este Diario, puede haber contribuido alguna cosa, a lo que se asegura, para facilitar la nueva Ley favorable a la Religión Católica, y por lo menos fue muy oportuno, muy a tiempo y sazón para persuadir al Gobierno que los católicos no desmerecían sus gracias y favores. El P. Ramón de Ormaza, de nuestra Provincia de Castilla, que, turbado con las inquietudes y alborotos de la Ciudad de Calvi en Córcega, huyó de allí a pocos días después de nuestro desembarco en aquella Isla, después de largos viajes por Italia, Francia, España, Holanda y Flandes, conservándose siempre en la Compañía, resuelto a pasar a alguna Misión de América en los Estados de la Gran Bretaña, se halla al presente en la misma Corte de Londres, haciendo de Cura Párroco de algunos católicos. ¡Raros destinos y extrañas resultas de la

universal persecución de la Compañía de Jesús! En aquella Corte, por razón de las críticas circunstancias en que se veía después de la declaración de los franceses, se ordenó un ayuno general y no sé qué otras cosas para alcanzar el favor del Cielo en las presentes necesidades del Estado. En esta ocasión nuestro Ormaza hizo a sus feligreses una plática o exhortación tan bella, tan fervorosa y tan oportuna para excitar en sus oyentes la fidelidad al Soberano, el amor a la patria y el fervor de sus oraciones al Cielo para atraer de allá bendiciones y prosperidades al Estado que agradó mucho a todos y aun a los no católicos, se hizo pública en aquella Corte, excitó la curiosidad en las gentes de conocer al jesuita español y contribuyó alguna cosa, como ya se insinuó y efectivamente se escribe, para que se expidiese la moderna Ley de tanta utilidad para la Religión. Otros muchos jesuitas habrán hecho certísimamente lo mismo que el P. Ormaza, y con estas sus exhortaciones en el día, y conservando por dos buenos siglos un gran número de católicos en aquellos Reinos, han tenido evidéntísimamente mucha parte en la presente novedad de la Corte de Londres, ventajosísima a la Religión Católica”.

El mismo P. Luengo dedica al P. Ramón M^a Ormaza la siguiente Necrología al recibir desde Bilbao la noticia de su muerte en Liverpool:

En este mismo año de 1789, y verosímilmente muy en los principios de él, murió en Liverpool de Inglaterra el P. Ramón Ormaza, de nuestra Provincia de Castilla. Aquí llegó la noticia de su muerte en carta de Bilbao, su patria, que no he visto, y sólo puedo decir en términos generales que en ella se asegura que ha sido muy sentida no sólo de los Católicos, sino también de los Herejes de aquel país. Y no es extraño, porque era un sujeto de muy buenas prendas y muy amable. Era de un genio festivo y agradable, atento, honrado y agasajador. Y su proceder en todas las cosas religioso, y arreglado a los ejercicios y prácticas propias de la vida religiosa. Estaba bien instruido no solamente en las cosas comunes a todos los jesuitas en España, de Latinidad, Filosofía y Teología, sino también en las Matemáticas, a cuyo estudio le habían dedicado los Superiores y había empleado ya en él algunos años en el Colegio de Salamanca, cuando en el año de 1767 fue arrestado allí mismo con todos los demás jesuitas, a los que siguió en el destierro hasta la Ciudad de Calvi en la Isla de Córcega, en la que entró con toda la Provincia hacia la mitad del mes de julio del mismo año. Pero no tardó mucho en huirse de aquella Ciudad con otros tres compañeros, como a su tiempo se notó en este Diario, aterrado sin duda del aspecto terrible de todas las cosas en la dicha Ciudad en los primeros días de nuestra habitación en ella, hallándonos expuestos a las miserias y horrores de una guerra civil, y aun a morir de hambre y de sed. Pues, en medio de haber dado este mal paso, conservó siempre amor a la Compañía y constancia en su vocación. Desde Córcega vino a Italia, atravesó Francia y se metió en Barcelona, en donde estaba un hermano suyo, que servía al Rey en el Regimiento de Guardias Españolas. Allí no podía estar seguro por mucho tiempo, siendo entonces tan grande el furor de los Ministros de la Corte contra los jesuitas, y volvió a meterse en Francia y, atravesándola toda, salió finalmente a los Países Bajos. Aquí le faltó el ánimo para volverse a la Provincia, como lo tuvo el P. Antonio Mezcorta, su compañero en la fuga. Pero pudo lograr unirse a los jesuitas de Inglaterra e Irlanda, como efectivamente se unió en un Seminario suyo en aquellas Provincias de Flandes, y después pasó a la Corte de Londres, y en ella y en otras partes ha hecho oficio de Cura Párroco. Y ahora se decía que había sido hecho Obispo Auxiliar, aunque me inclino a creer que no llegó a efectuarse. A él no se le ha intimado el Breve de Extinción de la Compañía, que se nos intimó a nosotros, porque en esto ha tenido la misma suerte que los jesuitas vasallos de Su Majestad Británica. Y después de haber vivido no corto tiempo incorporado con los jesuitas ingleses y de haber hecho por varios años el oficio de Cura Párroco en la misma Inglaterra, y estar acaso electo Obispo, ha muerto en la dicha Ciudad de Liverpool. Extravagantes sucesos han resultado del trastorno general de la Compañía de Jesús. Era natural, como ya se insinuó, de la Villa de Bilbao, en el Señorío de Vizcaya y del Obispado de

Calahorra, y de familia rica y honrada, y se hallaba en los 48 años de su edad, habiendo nacido a 4 de setiembre del año de 1741.

Isidro M^a Sans

P. Joaquín Ignacio de Iturri Otalora

n. 27.07.1697, Elorrio
i. 24.04.1712, Oñate
o. 1721, Salamanca
g. 15.08.1730, Villagarcía
+ 18.03.1789, Bolonia

Nació de esclarecido linaje en la villa de Elorrio a 27 de julio de 1697 y al siguiente día el cura beneficiado de las iglesias de la referida villa, D. Martín de Arauna, le administró el santo bautismo en la parroquia de la Purísima Concepción. Según consta en el libro 2º de bautizados de la misma, fueron sus padres D. Pedro de Iturri Burguiñas y D^a Ana M^a de Otalora; abuelos paternos, D. Pedro de Iturri Burguiñas y D^a Mariana de Gárate; abuelos maternos, el capitán D. Santiago de Otaola y D^a Ana de Echebarría; padrinos, D. Joaquín de Orduña y D^a Francisca de Otalora.

Los Iturri Otalora de Elorrio fueron dos: el mayor, José, entró en la Compañía después de su hermano Joaquín y murió mucho más joven, cuando todavía no había cumplido sus 35 años de edad. Joaquín no había llegado a cumplir sus 15 años cuando el 14 de abril de 1712 solicitó y obtuvo la admisión a la Compañía en el Colegio de Oñate. Se dirigió, pues, a Villagarcía de Campos para hacer el Noviciado (1712-14). Dos años más tarde emitió los votos del bienio y pasó al Colegio-Filosofado de Palencia para cursar el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1714-17); en este tiempo renunció a sus bienes y derechos. A continuación pasó a Salamanca para estudiar la Teología (1717-21).

Concluida su formación jesuítica, fue destinado al Colegio de Medina del Campo como Profesor de Gramática y Ministro de la Comunidad. Pasó luego como Profesor de Filosofía al Colegio de Segovia (1727-28) y después al de Bilbao (1728-29). Durante cuatro años reside en Villagarcía de Campos como Ayudante del Maestro de Novicios P. José Sartolo (1729-33) y en ese tiempo emite su Profesión Solemne. En el Colegio de Pamplona enseña Teología al mismo tiempo que ejerce como Consultor (1733-35). Y en el Real Colegio de Salamanca ocupa el cargo de Espiritual (1735-37), para el que seguramente lo encuentran cada día más apto sus Superiores y sus compañeros. Y es que el P. Iturri era un jesuita distinguido por el candor de su alma y la santidad de vida. Peritísimo en la Mística, formaba discípulos muy aprovechados en la vida espiritual. Demuestra su amplitud de miras en el Seminario Inglés de San Albano de Valladolid como Maestro de Controversias durante más de 20 años (1737-59). Pasa finalmente, en el mismo Valladolid, al Colegio de San Ignacio como Instructor de Tercera Probación.

Y concluida esa misión, actúa allí mismo como Operario, cuando el 3 de abril de 1767 aquel Colegio, particularmente venerado “por ser la Residencia más frecuente del P. Provincial y porque regularmente se destinan para moradores de él los sujetos más respetables en letras, en años, en religiosidad y en gobierno”, es invadido por las tropas de Carlos III. De la ejecución de la Pragmática Sanción se encargó el Intendente Sr. Bustamante. “Después de leído el Real Decreto, revestido afectadamente el Ejecutor de Soberanía y de Majestad, después de oído, obedecido y aceptado por todos aquellos venerables jesuitas con tanta presencia de ánimo, con tanto sosiego y con tanta religiosa entereza que llenó de asombro y de estupor, primero a los Secretarios y testigos que presenciaron el acto, y después a toda la Ciudad, conservando siempre el Intendente el mismo despego y severidad de semblante, significó a los Padres que cada uno podía tomar de su aposento las cosillas que permitía la Instrucción. Pero les concedió tan limitado tiempo para esto, y aun dentro de este corto término les daba él mismo tanta prisa, que se conocía claramente tiraba a hacer ilusoria la concesión, dando fundamento para presumir que tenía particular empeño en que los Padres dejasen aun aquello mismo que se les permitía llevar” (P. Isla). Desde Valladolid fueron

trasladados a Santander y desde Santander, ya por vía marítima, hasta El Ferrol, desde donde el conjunto de la Provincia de Castilla zarpó hacia el exilio el 24 de mayo hasta ser abandonada el 19 de julio en Calvi de Córcega.

El 22 de diciembre de 1767 anotó en su Diario el Cronista P. Luengo lo que sigue: “Ayer día 21, día del glorioso Apóstol Santo Tomás, fue el último término de nuestras alegrías y seguras esperanzas de volver a España y a nuestros Colegios. Y ellas eran tan universales que por lo menos dos partes de tres de la Provincia creían firmemente que marchábamos a España, y tan firmes, tan seguras y tan constantes que aun ayer mismo al anochecer se esperaba ver entrar en el puerto los Navíos españoles que nos llevasen. ¿Y cuál ha podido ser el apoyo y fundamento de una esperanza tan universal y tan segura, aun de muchos de los sujetos más graves de la Provincia? Yo lo diré con franqueza y sin rebozo. El P. Joaquín de Iturri, de nuestra Provincia, hombre ya anciano, piadosísimo y devotísimo, tenido con mucha razón por un santo, por un jesuita ejemplar y de singular virtud a quien le ven todos siempre absorto, por decirlo así, y arrebatado en Dios. Sujeto hábil, sabio, muy versado e instruido en cosas de espíritu, habiendo sido Ayudante de Novicios e Instructor de los Padres de la Tercera Probación. Este hombre, de este carácter y circunstancias y venerado de todos, empezó a decir tiempo hace con mucha aseveración y firmeza, con éstas o con las otras palabras, que se acababa nuestro destierro el día de Santo Tomás Apóstol. y habiéndolo repetido cien veces y siempre que se ofrecía la ocasión, y siempre con la misma resolución y seguridad, se extendió por la Provincia y se ha creído no poco por las dos partes de los sujetos de ella, y pasando, como era natural, de nuestra Provincia a la de Andalucía, que está aquí, y aun a las de Toledo y Aragón, en todas ellas y especialmente en la primera de las tres ha habido algunos o muchos que lo han creído también. Éste es el hecho referido sencillamente y sin disimular cosa alguna, aunque nos pueda ser de algún rubor y vergüenza.

Conque ya es preciso decir que el P. Iturri se ha engañado asegurándonos con tanta firmeza que el día de Santo Tomás volveríamos a España. Es así y Su Reverencia mismo lo confiesa con humildad y un santo encogimiento. Pero por lo que toca al P. Joaquín, aunque no puede ignorar que su dicho se había extendido por toda nuestra Provincia y aun había llegado a las otras y que, por consiguiente, viéndose tantos burlados, se pensarán y dirán muchas cosas en poco crédito y honor suyo, y aun no han faltado ni faltarán otros muchos que le reconviengan en su propia cara, todo esto no tiene inconveniente particular porque, como el P. Joaquín es verdaderamente santo y humilde, le servirá esta confusión e ignominia en un punto tan sensible y delicado para humillarse profundamente delante del Señor y merecer mucho en su divino acatamiento. ¿Y es posible, dirán algunos, que un hombre de tal carácter, cual pintamos al del P. Joaquín Iturri, se haya engañado y alucinado enteramente en una cosa de tanta importancia sin motivo ni fundamento alguno? Yo he procurado informarme de esta cosa de los que han andado más cerca del P. Iturri, y esto es todo lo que he podido averiguar en el asunto. En la villa de Torquemada, no lejos de la ciudad de Palencia, yendo el P. Joaquín de viaje desde Valladolid a Santander para embarcarse en este puerto, estuvo un gran rato delante de una devota imagen de San Francisco Javier, que se venera en la Iglesia de aquella villa, y en fuerza de lo que allí vio, oyó o sintió se persuadió firmemente, y empezó a decirlo con franqueza y aseveración, que nuestro destierro no duraría más que hasta el día de Santo Tomás Apóstol de este mismo año. En esta circunstancia se engañó ciertamente el P. Iturri, pues ha pasado el día de Santo Tomás y nos estamos quietos en nuestro destierro de Calvi. Pero, si se engañó en todo y no hubo allí delante de la imagen de San Javier más que un piadoso, santo y ardiente deseo del mismo Padre, que él creyó alguna revelación, locución o sentimiento divino y extraordinario, esto nos lo ha de decir el tiempo. Porque, si yo viere en adelante algún suceso particular en orden al establecimiento de la Compañía en España el día de Santo Tomás Apóstol, creeré que el santo Padre tuvo alguna inteligencia del cielo sobre esta cosa, pero que no entendió el año en que había de suceder, y sus piadosas ansias y ardientes deseos fueron causas de que se persuadiese que había de ser este presente año”.

De hecho, tras un año largo de dificultades de todo tipo, el 19 de setiembre de 1768 lograron embarcar hacia el Golfo de Génova para luego reanudar su odisea hacia los Estados Pontificios. El 3 de octubre anota el P. Luengo que se había resuelto habilitar una Casa de Ejercicios de la Compañía, “que aseguran es muy capaz y muy hermosa”, como hospital para los enfermos, y habían sido llevados allá entre otros “los PP. Joaquín Iturri, Gabriel del Barco y Fernando Vázquez, sujetos graves de la Provincia”. Al fin, todos consiguieron arribar a los Estados del Papa el 5 de noviembre de 1768 y asentarse en Bolonia.

Allí vivió también el P. Joaquín Ignacio Iturri durante más de 20 años hasta su fallecimiento el 18 de marzo de 1789, *en olor de santidad*. Le enterraron en caja en la parroquia de San Benito de los PP. Mínimos de San Francisco de Paula. Le tuvieron dos días sin enterrar y al hacerlo estaba *tan flexible* que llamaron al facultativo, que dijo era caso *extraordinario y un prodigio*. Su fallecimiento con el extracto de su vida consta al folio 25 del libro de finados de la Parroquia de la Purísima Concepción de Elorrio. Le enterraron poniéndole en las manos un compendio de su vida y virtudes, escrito en pergamino metido en un tubo de cristal. Sus retratos, vida, etc., los mandó hacer el P. Francisco Javier Buelta, que fue su confesor durante los 22 años de destierro.

El mismo P. Buelta escribió una semana después una extensa carta a D^a M^a Josefa de Iturri, sobrina del P. Joaquín, dándole la noticia. La transcribo a continuación de la reproducción del retrato y del pergamino recién citados:



Joaquín Iturri Cantaber Sacerdos S. J. profusus, solus innocens, mansuetudine, caritate, sapientia praesertim ecclesiae clarissimus obiit Bononiae 18 Martii Obi. 1789. aet. 22.

D. O. M.

Patri Joachim Iturri, Sacerdoti olim Societatis Jesu,
Natione Hispano, Elorrii in Cantabria ex nobili familia nato,
Viro candore animi et vitæ sanctitate clarissimo,
Qui humaniores litteras, Philosophiam ac Theologiam
Magna cum ingenii laude tradidit,
De pietatis studio, vel inter assiduas discendi aut docendi curas
Nihil remisit.

In Theologia, praesertim Mystica, versatissimo,
Qui à Moderatoribus electus in Socium Magistri Novitiorum,
Tum ad institutionem Patrum tertiae Probationis,
Eos potius quam verbis, exemplo vitæ ad virtutem informavit.
Virtute religionis prorsus eximio,
Nisi ex obedientia susceptis occupationibus distento,
Solito Uni Deo vacare.

Qui Deiparam, aliosque cœlicolas impense coluit,
Quasvis seu corporis, seu animi molestias,
Miserrimas etiam ærumnas,
Semper tranquillo atque hilari vultu
Dei Providentiæ conquiescens pertulit.
Societatem Jesu, quam filiali affectu prosequabatur,
Imperturbatus disjectam adspexit.
In Deo omnium eventuum curam reposuit.
Mundanos honores æque ac ludibria contempsit.
Nihil præter Deum loqui, nihil scire, nihil cogitare visus fuit.

In ardentissimos affectus charitatis, in maximis etiam perturbationibus,
Identidem erumpere familiare habuit,
Cui intime conjunctus semper vixit,
Deo æternum adhæsurus.

Magna egregiæ pietatis existimatione relicta
Obiit Bononiæ,
Anno ab inita Societate septuagesimo septimo,
Ab emissa quatuor votorum professione septimo et quinquagesimo,
A Societate ex Hispanis ditionibus ejecta secundo supra vigesimum,
Ætatis nonagesimo secundo
Die decima octava Martii,
Anno Domini millesimo septingentesimo octogesimo nono.
Optimo seni, cunctis morum suavitate charissimo,
Amici atque olim Fratres
Benemerenti
P. P.

Señora D^a María Josefa de Iturri. Muy Señora mía: El día 12 de este mes de marzo, día último de la novena de mi santo San Javier, escribí a Vd. en nombre del P. Joaquín y mío. Ahora escribo a Vd. en nombre mío solamente, porque el P. Joaquín me dejó solo en este doble destierro y él se fue a su amada patria, por la cual ha suspirado tantos años. Doy a Vd. mil enhorabuenas de que tenga en el cielo un tío que abogue por Vd. y por su casa en la presencia de Dios; y créame que no me atrevo a darle el acostumbrado pésame y que haría lo mismo si hubiera visto su santa muerte y el estado en que quedó su venerable cadáver. Como su vida fue su muerte: aquélla, desde los primeros años fue toda divina, inocente, pura, humilde, devotísima, mortificada, paciente y de un trato tan familiar, tan íntimo y tan continuo con su Dios que, aun estando comiendo y aun durmiendo y aun delirando, se le unía con ferventísimos actos de amor, de conformidad, de resignación, sacrificios y ofertas de sí mismo, peticiones, súplicas, deseos ardientes de verle y otra infinidad que sólo entienden bien los que los practican. Por esta íntima unión que tenía con su Dios, ningún suceso adverso le movía ni conturbaba ni alteraba su paz y tranquilidad de ánimo. Destierro, despojo de bienes, destrucción, pobreza, falta de lo necesario, dormir en el suelo, peligros de la vida y falta de todo humano consuelo, ninguna mella hacían en su corazón, por estar éste unido perfectamente a la divina voluntad, sin querer otra cosa que lo que esta Suprema Voluntad quisiese y dispusiese; y así, en los tragos tan amargos que tuvo que beber en estos 22 años de destierro, repetía al Señor con sensible afecto, que lo pegaba a cuantos le oíamos: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum? Fiat voluntas tua.* A este supremo ápice de la perfección subió el P. Iturri por la escala de las demás virtudes, empezándola a subir desde los 14 años, en que entró en la Compañía de Jesús y no dejó de subir siempre y adelantarse hasta los 92 años, en que murió, con sola esta diferencia, que empezó como la luz de la mañana que siempre va creciendo hasta un perfecto día.

La humildad fue su primer escalón: ésta se funda en el conocimiento de la grandeza de Dios y en el conocimiento de nuestra propia vileza y miserias de alma y cuerpo. Uno y otro conocimiento tuvo en grado sublime el P. Joaquín y, fundado en él como en una firme roca, no se movía con el inane viento de los aplausos humanos. Sentía bajamente de sí y de sus talentos. Era eminente en las dos Teologías, Mística y Escolástica. Muy versado en todos los Santos Padres, habiendo dejado escritos de su mano algunos libros con lo más selecto de ellos. Tenía un don de sabiduría, propio del Espíritu Santo, que mostró en muchos y graves negocios que le encargaron. Puso en el estado en que le vemos, con el decreto de aprobación de virtudes heroicas, la causa del iluminado Doctor Místico V. P. Luis de la Puente, y en Roma admiraron la exactitud de las diligencias más menudas; y hoy sería el día que lo venerásemos en los altares si los profundos y ocultos juicios de Dios no reservaran esta causa para otros tiempos. Otra causa de Beatificación muy ruidosa puso en no pequeña parte en el estado en que hoy día se ve. Y siendo tanta su sabiduría y tan eminente su virtud en los ojos de todos, él se tenía por el más ignorante, el mayor pecador y la cosa más abominable del mundo. Cuando estaba de Superior en el Colegio de San Albano de Valladolid, en la obra que allí se hizo, sirvió, como suena, de peón, poniendo su delantal para no ensuciarse y llevando piedra, ladrillo, cal y agua, por todo el tiempo que duró la obra. Servía en la cocina y en los ministerios más bajos. Muchas veces me decía, con gran confusión mía, puestas las manos con humildad profunda: “P. Buelta, yo soy un pobretón y un ignorante delante de Dios. Enséñeme V. R., como a un niño que nada sabe, a orar y confesarme”. Y el pobretón y el ignorante no era el que lo decía, sino el que lo oía. Conociendo lo arraigado que estaba en esta virtud de la santa humildad, los Superiores, tomando ocasión de algunas cosas que hacía en la Santa Misa y fuera de ella, en fuerza de sus escrúpulos y temores, de que casi siempre fue agitado, le daban fuertes manos para probarle; pero, creyendo las merecía, no decía una palabra, como si fuera insensible. Confieso que yo muchas veces se las di también estas reprensiones, y muy acres por probarle más, pero siempre quedé asombrado de su invicta paciencia y sufrimiento, nacido de una profunda humildad, por la cual se conocía digno de este áspero trato, y mucho peor.

Hermana de la humildad es la santa pobreza: la miró siempre como Madre, conforme a la regla de su santo Padre Ignacio. Fue siempre pobre en todo, y de afecto y de efecto. Vestió pobremente de modo que sus vestidos, después de su muerte, no han servido más que para los pobres miserables de la calle y para repartir por reliquias, como luego diré. En una palabra, cuanto tuvo y usó, así aquí como en España, todo respira pobreza.

A este talle fueron las demás virtudes, por las cuales, como por otros tantos escalones, subió al supremo grado de una vulnerante caridad, con que concluiré esta carta. Fue heroica su obediencia a cualquiera que tuviera sobre él alguna superioridad: obedecíale mirando en él a Dios y con los cuatro grados de perfección de esta virtud, es a saber, con rendimiento de juicio, con prontitud de voluntad, con presteza en la ejecución, y con gozo y contento aunque la cosa mandada fuera áspera y repugnante. Fue singular en la limpieza de corazón, que nos manda Jesucristo, por la cual fue y será siempre bienaventurado, no admitiendo en sí ni mancha de pecado advertido ni ruga de imperfección deliberada; y si indeliberadamente caía en aquellas faltas que lleva de suyo la miseria humana, luego se purificaba y limpiaba con repetidos actos de contrición y amor de Dios, en que empleaba gran parte del día, en la soledad de su aposento, quedando su corazón y alma con este sagrado fuego de amor divino más limpia que antes. Como gusta Dios de tratar íntima y familiarmente con los humildes y limpios de corazón, tenía con este su siervo sus delicias, convidándole y moviéndole con luces e inflamaciones a su familiar trato. Éste era tan íntimo, tan continuo, tan lleno de dones y misericordias que no es posible decirlo en una carta. No le bastaba el día ni gran parte de la noche para este trato divino: siempre decía que estaba muy atrasado, que le faltaba tiempo, y decía bien, porque según los atractivos de Dios y las ansias de su alma para unirse a Él no le bastaba el tiempo: era necesaria la eternidad en donde, sin interrupción de sueño y de otras funciones necesarias a la vida humana, se tiene esta íntima, insoluble y eterna comunicación y unión con Dios. Y en este trato, por medio de la oración vocal fue, a juicio de todos los que le han conocido, excelente, singularísimo y sin segundo. Uno de los que le han conocido mucho dijo con gracia, pero al mismo tiempo con mucho énfasis, que, desde que nuestro Señor Jesucristo enseñó a sus apóstoles la oración del *Pater Noster*, ninguno hasta ahora la ha dicho y rezado tantas veces y con tanto fervor y devoción sensible. Y yo, que le conocía íntimamente y he vivido y confesádole por casi todo el tiempo de este destierro, esto es, por casi 22 años, digo lo mismo y creo que nada pondero. Tenía para este fin un Libro o Devocionario, compuesto y escrito por él, en donde tenía y por donde rezaba devotísimas oraciones a María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, a San Miguel Arcángel, Ángel Custodio, San José, San Joaquín y Santa Ana, y otros muchos santos. En este libro tenía también sus exámenes particular y general, sus ofrecimientos a Dios, súplicas y jaculatorias; y metido todo y engolfado en este Santo libro y en su contenido, bien pudiera caerse y arruinarse todo el mundo, que él no se movía ni alteraba. Y esto era ya proverbio entre los nuestros. Todas mis riñas y reprensiones eran sobre que no rezase, y dejase a Dios y a su trato para poder comer, dormir y descansar, etc.: “P. Joaquín –le decía– por amor de Dios que deje V. R. de rezar, y que coma y descanse, que después rezará y tratará con Dios”. Obedecía luego pero, en fuerza del hábito y de la luz que le arrebatava suave y dulcemente, volvía a lo mismo. Y esto le sucedió hasta el mismo momento cuasi en que expiró, moviendo los labios y los ojos, ya que no podía mover la lengua por faltarle ya el habla. Paso en silencio su paciencia invicta, por la cual más parecía insensible que paciente. Paso también su mortificación interna y externa, su modestia y composición por la cual era llamado un Novicio antiguo. Dejo en blanco su pureza angélica y más que humana en el mirar, tratar, hablar; su fe y religión, y sólo digo de ésta lo que todos aseguraban, que era propio de aquellos Patriarcas antiguos Abraham, Isaac y Jacob, y no sabían otro modo de figurarse aquélla que viendo ésta del P. Joaquín. A este talle era su esperanza en Dios en cuanto le pedía, creyendo y esperando todo de su bondad y liberalidad infinita, fiado en sus divinas promesas, y esto con tanta seguridad como si ya se hallara en la posesión de lo que pedía.

Finalmente, dejando lo demás, porque todo es preciso dejarlo por la brevedad que pide una carta, diré algo solamente de su inflamada caridad para con su Dios y para con su prójimo. El fuego de la divina caridad inflamó y abrasó su corazón desde los 14 años en que entró en la Compañía de Jesús, con tan divina impresión hasta los 92 años que le transformó en una imagen de Jesucristo y consumió y borró la del Adán terreno, pudiendo decir aquello del Apóstol: “Vivo yo, ya no yo, sino que Jesucristo vive en mí”. Este sagrado fuego, que dentro ardía, se nos manifestaba por las llamas que salían afuera de ardientes suspiros, de inflamadas palabras, de encendidos afectos y aun por sus mismos ojos centelleantes, de modo que solían decir los que lo trataban: “No se puede ver ni oír a este Santo Viejo sin que se caliente nuestra frialdad en el amor divino”. Con el amor que amaba a Dios, amaba también a su prójimo por amor a Dios, doliéndose de sus miserias, así espirituales como temporales, con su corazón tierno y compasivo, procurando remediarlas del modo que le era posible. En España, en los ministerios de misiones, confesar, predicar y procurar por todas partes a los desvalidos limosnas y socorros; y aquí, en el destierro, con continuas oraciones para que Dios las remediase, cercenando y quitando de lo necesario para poder hacer alguna limosna todos los días de fiesta, de lo que Vds. le remitían para socorro y alivio de su vejez. En este tenor de vida deífica perseveró el P. Iturri desde el año de 1712, en que entró en la Compañía de Jesús, hasta 1789, en que, saliendo de este duplicado destierro por la puerta de una santa muerte, volvió a entrar en ella y en la compañía de todos los Bienaventurados. ¿Deseará Vd. saber las menudas circunstancias de su muerte? Pues voy a decirlas en compendio. A principios de enero se le oyó exclamar, levantando las manos al cielo: “Al cielo, al cielo, a la gloria sempiterna, a la patria amada. Se acabó ya mi destierro. A Dios, a Dios”. Si dijo estas palabras en fuerza de la luz que tuvo de Dios, o no, acerca de su próxima muerte, yo no lo sé, porque no me lo dijo; lo que sé es que, habiendo dicho esto a principios de enero, el día 19 del mismo mes le sobrevino una debilidad y falta de fuerzas tan grande que poco a poco le iba acabando sin calentura ni otro mal o dolor, sino propiamente se iba acabando por vejez y porque aquel árbol, digámoslo así, después de haber dado tantos frutos y tan copiosos y sazonados a su Señor, se iba secando y acabando. Vio esto el médico y en la primera visita me ordenó que se le diese el Santo Viático y que después, según fuese observando se acercaba su fin, le administrase la Santa Unción. Así lo ejecuté al pie de la letra: dile yo mismo el Santo Viático, llevándolo del oratorio que tengo erigido pegado a su cama. De lo dicho en esta carta se entiende bien, sin que yo lo diga, la devoción, amor, ansias y agradecimiento, con que recibió a su Señor Jesús, que venía a convidarle a su amada y dulce compañía y sacarle de los dos destierros tan amargos y dolorosos y tan largos, que el uno le ha durado por 22 años y el otro por el espacio de 92. Como vi que se le aumentaba más y más la debilidad y por las señales conocí se le acercaba ya el fin de sus días y el quedarme huérfano y sin su amada compañía, se le administró la Santa Unción. Conociendo el Santo Viejo que se le acercaba el término de sus ansias y suspiros, esto es, la unión eterna e inmutable con su Dios y Señor, se conmovía todo, lloraba y se deshacía en deseos y ansias de su Dios; y a cualquiera texto que le sugería, de los que usaba en vida para más encenderse en el amor de Dios, de su bondad y caridad, y en la confianza y filial devoción a María Santísima y de su protección en la hora de la muerte, noté que le sucedía esto mismo de conmoverse extraordinariamente. Viendo yo esta gran conmoción y temiendo le abreviase la vida, tuve por mejor sugerirle poco y pocas veces, y dejarle que se las entendiese a solas con su Dios y Señor; pero poco adelanté, porque vi y observé que movía los labios, pues no podía hablar, elevaba los ojos al cielo y ponía las manos en ademán de orar. Y así no me quedó duda que a Dios le decía en aquella última hora lo que tantas veces le había dicho con gran fervor, preparándose en vida para ello: “Deseo, mi Señor Jesús, ser desatado de las prisiones de este cuerpo y vivir eternamente unido con Vos. Cuán hermosos son tus tabernáculos y morada, oh Dios y Señor de las virtudes. Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a Ti, mi Dios. Mi alma tiene sed de Dios vivo, cuándo tengo de aparecer en la presencia de mi Dios”. En estos afectos perseveró hasta el último aliento, en que, diciéndole yo las palabras con que Nuestro Señor Jesucristo

expiró en la Cruz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum, et haec dicens spiravit*, expiró el P. Joaquín y entregó su alma en manos del Señor que lo crió. Pero poco antes de expirar, le dije estas palabras: “V. R. dentro de poco se hallará, como espero, en presencia de la Santísima Trinidad por los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo, y sus buenas obras; le encargo con el mayor empeño pida lo primero por sus Señoras sobrinas y sus familias, que con tanta caridad le han socorrido en sus necesidades; lo segundo, por sus pobres y desterrados compañeros, especialmente por mí, el más necesitado; lo tercero y último, no cese de clamar y pedir por sus pobres hermanos, que se ven como aquellas turbas de quienes dice el Evangelio se compadeció Jesús por verlas afligidas y descarriadas como ovejas sin pastor, *tamquam oves non habentes pastorem*. Y, bajando los ojos e inclinando la cabeza, dio muestras de entender y hacer lo que le encargaba; y así murió. Quedó su cadáver con las manos puestas en ademán de orar, flexibles, y tan devoto que causaba devoción y lágrimas a muchos que vinieron a verle por la fama de santidad que se había divulgado. Y hubo personas que no le habían conocido ni visto y con todo eso vinieron hasta cinco veces a verle y besarle las manos por devoción con lágrimas en los ojos, esperando sanar de algunos males que padecían, gracias a su intercesión. Estuvo expuesto su cadáver en la sala de la casa dos días: la víspera de San José, desde las 7’30 de la mañana, en que murió, hasta el siguiente día por la noche, en que le llevaron a la parroquia de San Benito, que es la iglesia de los RR. PP. Mínimos de San Francisco de Paula; y al día siguiente, 21, víspera de San Benito, se le hizo un decente y religioso funeral, habiéndose celebrado por sus Hermanos, los desterrados, más de 100 misas, y se enterró en caja con un compendio de su vida y virtudes, que incluyo en esta carta, en el sepulcro destinado para dichos religiosos. En los dos días que estuvo expuesto su cadáver, los que concurrían hombres y mujeres, le quitaron las uñas y los cabellos; y los que no tuvieron la fortuna de llevar alguna reliquia, me la pidieron y prosiguen en pedir las con instancia, y yo tengo la consolación de repartirlas. Debo decir, por último, que su cadáver hasta el entierro, en que se volvió a abrir la caja para dar consuelo a algunos que no lo habían visto, estaba flexible y tratable, como si estuviera vivo, y el cirujano, que llamé para que lo observase y tocase por todo el cuerpo, dijo públicamente que aquella flexibilidad tan grande era muy extraordinaria y todo un prodigio.

Acabo, mi Señora D^a María Josefa, pues ya paso los términos de una carta, con decir a Vd.: *Ecce quomodo moritur iustus*, así muere el justo. Su muerte es preciosa, dice San Bernardo, porque es fin de los trabajos y puerta de la vida. Pongo fin a esta carta con lo que la empecé, dándole mil enhorabuenas a Vd., a mi Señora D^a M^a Agustina, D. Martín José, D. León y otros, porque tienen en el cielo un abogado que alcanzará de Dios mil bendiciones y misericordias, y entre ellas las de vivir y morir santamente en el ósculo de nuestro Dios y Señor, y dentro de su santísimo Corazón para así acompañarle en la gloria. Nuestro Señor nos lo conceda, amén, por la intercesión de su humilde siervo, y guarde a Vd. muchos años. Bolonia y marzo, día de la Encarnación del Verbo eterno en las purísimas entrañas de María Santísima del año de 1789. Muy afecto y Capellán de Vd.,

Francisco Javier Buelta

D. Juan Antonio Goiri, párroco de Elorrio, fue tan adicto a los jesuitas que mandó en su testamento se entregase su biblioteca a Loyola cuando se restableciera la Compañía. También él recibió copia de la carta del P. Buelta y se la comunicó a D. Antonio de los Tueros, maestrescuela y canónigo de la Iglesia Metropolitana de Toledo. Éste le respondió así: “Toledo y mayo 3 de 1789. Muy Señor mío y mi dueño: El pensamiento de dirigirme Vd. las copias de la carta y resumen de la vida y muerte del P. Iturri lo he agradecido mucho y no puedo menos de darle las gracias más expresivas y afectuosas. Para mí tiene una recomendación particular el P. Iturri y su virtud muy apreciable y exquisita, porque, habiendo intervenido en la causa del V. P. La Puente, aprendería más menudamente lo que es y sus quilates y obraría según entendió en los escritos y ejemplos del Venerable. No hay duda que es admirable cuanto dice el P. Buelta y, si el P. Ordeñana viviera, pudiera individualizar más

cosas, pero en general no añadiría más. He notado el pulso y cuidado del P. Buelta y, sin embargo de estar puesta la carta de priesa, tiene toda verdad y buen estilo. Los que han visto la carta y resumen de la vida desearían se imprimiese, pero esto no se podría hacer sino en Bayona para que se hiciese muy pública la virtud del P. Iturri, pues esto y más merece su prodigiosa vida. Pueden hacer vanidad las Señoras sobrinas de tener tal tío y seguridad de ser cierto cuanto asegura el P. Buelta, pues su virtud y literatura no le permiten decir otra cosa de lo que ello es y, quien lo ha tratado, me ha hecho muchas ponderaciones. He celebrado esta ocasión para renovar a Vd. mi afecto y deseos de complacerle y, seguro de mi voluntad, mandará lo que guste y quiera a su verdadero servidor y Capellán, *Juan Antonio de los Tueros*”.

El P. José de Cardaveraz felicita también a M^a Josefa de Iturri, el 18 de marzo de 1789, por tener un abogado delante del trono de Dios, que estará ya “gozando del premio de sus heroicas virtudes ejercitadas con singular constancia en su prolongada vida de 92 años” por haber sido “Varón verdaderamente de Dios, siempre extático o endiosado en continua oración”.

Asimismo escribe a M^a Josefa de Iturri, el 26 de marzo de 1789 el P. Francisco Javier de Bazterrika: “Para consuelo y alivio de nuestra pena, su santa muerte nos ha dejado prendas seguras de su eterna felicidad por haber sido la muerte de un JUSTO y que vivió así toda su vida, y así ha sido una muerte envidiada de todos nosotros y aun de los que no le conocían”. Por eso los jesuitas desterrados, deseando conservar la memoria de este excelente miembro de la Compañía de Jesús, que tanta gloria dio al Instituto de San Ignacio, trataron de retratarle y, al efecto, se modeló primeramente su cabeza y rostro en cera, sacado con toda perfección, se copiaron pinturas de tan exacto parecido que cuantos conocieron al P. Iturri, en cuanto veían la imagen, exclamaban al instante: “Es el retrato del Santo viejo, éste es el P. Iturri”. El P. Buelta, a quien se debe este recuerdo, mandó grabar en Bolonia más de 400 estampas. D. Martín José de Murúa y Eulate y D^a María Josefa de Iturri y Acharaz, sobrinos del Venerable, por el gran cariño que le profesaban, le instaron con mucho empeño, en atención a los trabajos y miserias de la emigración, sobre todo por su ya avanzada edad, a que viviesen a Vizcaya y estuviese a su lado, pero no quiso separarse de sus compañeros de infortunio ni recibir fondos para su alivio; únicamente aceptaba la limosna de misas que le enviaban a él y otros jesuitas; el estipendio era de tres reales y con tan exigua cantidad apenas se comprende cómo pudieron vivir. Disuelta la Compañía de Jesús, podía admitir bienes y aun así no quiso. Contentóse con vivir pobre, pudiendo haber disfrutado de comodidad porque su familia era rica. Es, pues, de admirar y de alabar este espíritu de desasimiento y de pobreza del P. Iturri, en conformidad con el voto emitido en religión. Su testamento es el siguiente, escrito en un pedazo de papel: “JHS. Suplico al P. Javier Buelta que, si me alcanza la vida, disponga en bien de mi alma todo lo que tenga para mi uso, según su prudencia, repartiendo nueve zequies a los que le tengo dicho. Bolonia, 17 de noviembre de 1783. JHS. Joaquín de Iturri”. Adjunta iba una declaración: “Al H. Manuel dará V. R. dos zequies y no más, pues ya le he pagado en vida sus servicios abundantemente. Iturri”. En media docena de líneas se contiene la última voluntad del Venerable. Las vicisitudes por las que ha pasado la Compañía desde su extrañamiento de España han contribuido a que tan esclarecido jesuita pasase ignorado y que tan sólo su familia, poseedora de las cartas preinsertas, de una serie de las del Venerable, dirigidas a sus sobrinos y hermano D. Pedro Gregorio de Iturri, párroco de Elorrio, y de su retrato, conservase la memoria de tan egregio varón, predestinado de primera clase y las niñas de los ojos de Dios, como le llamaba el apóstol P. Pedro de Calatayud, según el P. Buelta.

D. Francisco Javier de Jausoro, amigo del P. Iturri y conocedor de sus virtudes, felicitaba también a su sobrina por el feliz tránsito de su tío desde Salinas de Gupuzcoa a 26 de abril de 1789, diciéndole que el P. Buelta podía haber dicho más, de lo que dice en su carta, de las grandes y raras virtudes, en grado heroico, del Venerable, según el concepto grande que él siempre tuvo formado de la santidad prodigiosa del P. Joaquín. “Cuando sea tiempo, Dios hará que se publiquen a su mayor gloria las maravillosas virtudes de su Siervo,

fiel en todas líneas y no dudo que entonces lleguemos a saber cosas admirables de su santa vida”.

El P. Antonio Eusebio Samaniego, tratando de la oración, escribía a su hermano Félix lo siguiente: “Ojalá yo lo hiciera con aquel fervor con que lo hacía el P. Iturri, de quien acaso oirías hablar cuando estábamos en España, pues fue hombre estimado por su doctrina y santidad. Y por ser de ese país, del lugar de Elorrio, haciendo poco ha que ha muerto en el presente año, me ha parecido decirte dos palabras de su muerte. Pasó de los 90 años y creo se acercaba a los 92 años el venerable viejo Joaquín Iturri, de una familia distinguida de aquel pueblo, vivió siempre una vida inocente, sin haber perdido la gracia bautismal, según lo asegura quien gobernó su interior. Fue eminente en la doctrina, haciendo los hombres más sabios mucho caudal de su parecer en las consultas que le hacían, siempre metido en Dios, con quien estaba unido continuamente por la oración metido en sus libros, y estos años de su destierro en Bolonia metido en su casa o estudiando u orando; y después de una dichosa y apacible muerte quedó su cadáver flexible y todos los que de este país le vieron, que no le conocían tanto, quedaron admirados, pidiendo alguna cosa por reliquia y grata memoria”.

El P. Luengo también nos legó una extensa biografía del P. Joaquín de Iturri, consignada en su Diario dos días después de su fallecimiento. Por desgracia, la transcripción que conservamos nos ha llegado muy incompleta y estropeada. En ella, con todo, puede descubrirse lo mucho que admira su ciencia y sus virtudes. Su “presencia y semblante, aun en su extrema ancianidad hermosa y agradable, formaban un anciano amabilísimo, amado y venerado de todos, y aun de las gentes de los barrios en que ha vivido y le han visto algunas veces en las calles o en las iglesias vecinas, y en todas partes rebosando siempre piedad y devoción. En estos últimos meses perdió en gran parte la memoria, pero no se olvidó de tener el rosario en la mano y de estar todo el día ocupado santamente, rezando Padrenuestros y Avemarías; y así le llegó la hora y expiró suavemente”.

Isidro M^a Sans

H. Martín José Lanz

n. 18.09.1720, Vera de Bidasoa
i. 04.04.1743, Villagarcía
g. 15.08.1753,
+ 17.11.1789, Rimini

Nace el 18 de septiembre de 1720 en Vera de Bidasoa. El 4 de junio de 1743 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 23 años de edad, en el Noviciado de Villagarcía. Termina su noviciado y pronuncia los primeros votos en 1745. Es destinado luego a las Misiones de Quito. En el Colegio de San Luis de Quito será Administrador del Colegio y de las casas de Noviciado y de Ejercicios. Hace su incorporación definitiva en la Compañía de Jesús por los últimos votos el 15 de agosto de 1753.

Cuando el Decreto de expulsión de Carlos III en 1767, permanece separado más tiempo en el Convento de San Francisco, porque como Administrador tenía que entregar las cuentas a los ejecutores del Decreto. Y es desterrado a Italia con todos los jesuitas de las Misiones. Muere en Rimini el 17 de noviembre de 1789, con 69 años de edad y 46 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Valeriano Ordóñez

P. Martín Romero

n. 11.11.1735. Villanueva
i. 11.08.1758, Villagarcía
g. 02.02.1769,
+ 27.11.1789, Ravena

Nace el 11 de noviembre de 1735 en Villanueva. El 11 de agosto de 1758 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 23 años de edad, en el Noviciado de Villagarcía. Termina el noviciado y pronuncia los primeros votos en 1760. Es destinado a las Misiones de Quito. Allí hará la incorporación definitiva en la Compañía de Jesús por la profesión de cuatro votos el 2 de febrero de 1769.

Es desterrado a Italia, con todos los Misioneros jesuitas de aquellas partes, por la expulsión de Carlos III. Muere en Ravena el día 27 de noviembre de 1789, a los 54 años de edad y 31 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Valeriano Ordóñez

H. Juan de Iturrioz

n. 11.09.1715, Aulestia
i. 03.09.1738, Villagarcía
g. 02.02.1749, Villagarcía
+ 07.02.1790, Fano

Nació el 11 de setiembre de 1715 en Aulestia, bonita población vizcaina de grandes casonas y blasones armoriales de siglos pasados. Durante su adolescencia y primera juventud trabajaría seguramente en las faenas del campo, ayudando a sus padres. A punto de cumplir sus 23 años experimentó la llamada de Dios a la Compañía de Jesús y se fue al Noviciado Villagarcía de Campos. Allí le recibió el P. Diego de Tobar, recién nombrado Rector y Maestro de Novicios, que dos años después recibió sus primeros votos.

El H. Juan permaneció estable en Villagarcía durante casi 30 años, hasta la expulsión decretada por la Pragmática Sanción de Carlos III en 1767. Y prácticamente estable también en sus labores y tareas campesinas, aprendidas desde los primeros años de su vida. Al principio se le cataloga simplemente como Campesino o agricultor (1741-53), luego más específicamente como Administrador de la finca de Santa Eufemia (1753-59). Pero desde ese puesto pasa a ser Procurador de la Casa (1759-67). Así le encuentran el 3 de abril de 1767 los Oficiales y Soldados del Regimiento de Suizos de Reding enviados para cumplir la delicada Comisión de intimar a aquella Comunidad la Pragmática Sanción de Carlos III y de ejecutar todos los puntos de la Instrucción bajo la supervisión de D. Pedro Villegas, Oidor de la Cancillería de Valladolid.

El H. Iturrioz no pudo acompañar a su Comunidad en el viaje desde Villagarcía hasta Santander y El Ferrol. Hubo de quedarse “algunos meses para dar cuentas de las cosas del Colegio y para hacer entrega de todo”. Finalmente llegó a Cartagena. “Conforme iban entrando los Procuradores en Cartagena, se les iba encerrando en el Hospital, donde se dobló la guardia desde el arribo de los primeros. Al apearse los recibía un Escribano que, después de tomada razón de sus baúles o maletas, los llevaba a la Audiencia del Alcalde Mayor, que, rodeado de Escribientes y otros Ministros les hacía un breve interrogatorio. Con toda verdad se puede decir que en el Hospital de Cartagena fue donde se vio hasta dónde puede llegar la desdicha y el abandono de los que están en desgracia de su Rey y sin amparo de la Justicia pública. Nueve meses duró la prisión de los Procuradores y enfermos en el Hospital de Cartagena, al cabo de los cuales llegó la Orden para que se embarcasen. Ejecutóse el embarco el día 7 de octubre de 1767 y el 9 se hizo a la vela todo el convoy. La asistencia en la navegación fue poco más o menos como había sido en el Hospital. Habíanse hecho las provisiones cuatro meses antes y el Asentista, a cuyo cargo corrían, esperaba que se las mandarían renovar al cabo de tantos meses. El agua estaba mareada desde el primer día y en el bizcocho se encontraban algunos gusanos. El vino por la mayor parte intolerable, y aun éste faltó tres días. A fuerza de muchas instancias se consiguió que se hiciese una corta provisión de agua fresca en la Bahía de Alicante, estando sobre las anclas. El Contador Mayor del convoy visitó todas las embarcaciones, vio las miserias que se padecían, compadeciéndose de los trabajos que toleraban los jesuitas, pero dejólos en ellos. El día 2 de noviembre dieron fondo en frente de los Capuchinos de Ajaccio. Mantuviéronse a bordo dos días y medio. Y la tarde del 5 los echaron en tierra, no con el abandono con que fueron arrojados en ella las Provincias de Castilla y Andalucía en los Presidios de Calvi y Argaiola, porque al fin ya estaba alojada en Ajaccio la Provincia de Toledo, y los Procuradores no desembarcaron hasta tener asegurados sus víveres y sus alojamientos” (P. Isla).

El H. Iturrioz se reunió entonces con sus compañeros de la Provincia de Castilla que residían en Calvi y viajó con ellos hasta Bolonia en los Estados del Papa. Después de la extinción de la Compañía en virtud del Breve de Clemente XIV de 21 de agosto de 1773, por

causa de sus males, se fue, acompañado de un sobrino suyo, a la Ciudad de Fano. Y allí murió el 7 de febrero de 1790, a sus 75 años de edad. El P. Manuel Luengo nos legó su Necrología:

El día 7 de este mes murió en la Ciudad de Fano el H. Coadjutor Juan Iturrioz. Al tiempo que salimos de España, después de haber cuidado varios años de algunas haciendas del Colegio y Noviciado de Villagarcía, era Procurador en el mismo. Por esta causa se quedó en aquel lugar algunos meses para dar cuentas de las cosas del Colegio y para hacer entrega de todo. Acaso entre todos los HH. Coadjutores, que por razón de cosas temporales se quedaron en España, ninguno fue solicitado con tanta fuerza a que dejase la Compañía ni tratado con tanta dureza y desprecio como este H. Iturrioz. Pero él ni se rindió a las solicitudes ni se abatió por los malos tratamientos, y después de concluir sus negocios se vino a Cartagena para embarcarse con los demás Procuradores para la Isla de Córcega, en donde estaba nuestra Provincia, como todas las demás de España. Era este H. Iturrioz un hombre de fuerzas corporales extraordinarias y casi gigantescas, y no dejaron de servirle en alguna ocasión y peligro en que se vio en los muchos viajes que hacía continuamente desde el Colegio a las haciendas, y muchas veces de noche. Y con más gusto las empleaba en trabajar mucho, sin detenerse en incomodidades y molestias, aunque fuesen bastantes para acobardar a otros. Estas sus fuerzas y su personalidad o corporatura algo extraordinaria también le daban la apariencia o exterioridad de un oso o de un león y de un hombre fiero y terrible. Pero en la realidad era un cordero humilde, manso, rendido, y de un modo particular obediente a los Superiores, obsequioso, agradable y servicial para todos, y en los demás ejercicios de la vida religiosa era regular y exacto. Algunos años después de la extinción de la Compañía, por causa de sus males, acompañado de un sobrino suyo se fue a la Ciudad de Fano. Y en ella, después de haber padecido mucho con cristiana paciencia y resignación, viéndose postrado en una cama por muchos meses y sin poderse vales de sí mismo para cosa alguna, ha muerto santamente. Era natural de Aulestia, en el Obispado de Calahorra, y nació a 11 de setiembre del año de 1715.

Isidro M^a Sans

H. José Tomás Alonso

n. 18.09.1739, Allo
i. 16.02.1767, Villagarcía
+ 24.02.1790, Bolonia

Nació el 18 de septiembre de 1739 en Allo (Navarra). El 16 de febrero de 1767 ingresa en la Compañía de Jesús, a los 28 años de edad, en el Noviciado de Villagarcía. El 3 de abril de ese mismo año, a las 5 de la mañana, tropas del Regimiento de Suizos invadieron aquella Casa de Probación. “Y sin más detención ordenaron que nuestro P. Rector mandase reunir a toda la Comunidad en una pieza capaz, que fue la del refectorio. Fuimos a llamar al P. Rector, a los Novicios a la Capilla chica, donde estaban empezando la composición de lugar para la oración, y después de rezar una *Ave Maria* a la Virgen bajaron en Comunidad al refectorio. Juntos todos los sujetos del Colegio, se leyó el Decreto de S. R. Majestad. Y, leído esto, nos sacaron a todos los Novicios del Colegio entre dos filas de soldados con bayoneta calada, inocentes aún de lo que pasaba por no haber entendido el Decreto. Luego nos dijeron que mirásemos bien lo que habíamos de determinar, ya fuese para seguir a los Padres en el destierro o ya para irnos a nuestras casas. De los 79 Novicios que éramos, no fallaron más que 3, aunque quedaron dos en Villagarcía por enfermos. La Comunidad, con el Rector P. Julián Fonseca al frente, empezó a salir de Villagarcía como a las 2 de la tarde del día siguiente en 27 o 28 carros”. De Villagarcía a Rioseco, Ampudia, Palencia, Magaz, Torquemada. Allí los Novicios fueron separados de la Comunidad y comenzaron a sufrir vejaciones. A pesar de todo, 20 Novicios lograron llegar a Santander, encontrar allí a su antigua Comunidad y zarpar con ella hacia el exilio.

De esos 20, 7 eran Novicios Coadjutores, casi todos navarros y ya maduros: uno de éstos era el H. José Tomás Alonso. El Cronista H. Isidro Arévalo sólo le cita expresamente una vez al contar cómo en el “lugar de Canduela, un cuarto de legua distante de Santander”, salieron a buscar a los HH. Camus, primos entre sí, dos familiares suyos y el H. Alonso se encargó de acompañarles. En el camino a Reinosa, donde esperaban albergarse aquella noche, “el H. Manuel Camus, se había quedado atrás por casualidad con el H. José Alonso y le dijo inocentemente a éste que le hiciese la caridad de acompañarle a un bosque que había al lado del camino; que para llegar a comer, donde habían quedado con su padre, había suficiente tiempo. Su fin era llevar unos báculos para alivio del camino de sus Hermanos; fuéronse al bosque, vino su padre y no encontró atrás ni adelante a su hijo. Desazonado el Sr. Alejandro, que así se llamaba el padre del H. Manuel, meditaba volver a buscar a su hijo, cuando he aquí que entran los dos en el mesón de Bárcena de Pié de Concha con sus báculos a cuestas. Pregunta el padre a su hijo que por qué se había detenido en el camino y no se vino con su primo. Responde el hijo a su padre con santa inocencia y le dice: ‘Hay una regla de nuestro Padre San Ignacio en que dice que no estemos ociosos y quise emplear este tiempo en cortar estos báculos para mis Hermanos’. Subieron a comer y entre tanto le decía: ‘No te me irás otra vez’. Así fue, pues de adelante le llevaba, digámoslo así, de las manos. De allí a poco salieron, el uno con su hermano y el otro con su hijo, y nos les volvimos a ver hasta Santander”.

El H. Alonso acompañó al resto de su Comunidad en su viaje hasta los Estados Pontificios y vivió en Bolonia hasta su muerte el 24 de febrero de 1790. El P. Manuel Luengo le dedicó estas cariñosas líneas necrológicas:

Antesdeayer por la tarde murió en esta Ciudad de Bolonia el H. Coadjutor José Alonso. Para un digno elogio de este H. Coadjutor basta decir que fue uno de los Héroes Novicios de nuestra Provincia que a costa de mil improperios, molestias y trabajos consiguieron seguir al destierro en Italia a su Madre la Compañía, especialmente no habiendo

oscurecido esta gloria de modo alguno con su conducta en los muchos años que hemos vivido en este país. Siempre ha sido este H. Alonso, y lo mismo antes de la extinción de la Compañía, cuando se dedicó por orden de los Superiores a aprender el oficio de Sastre o de Roperero, que después de ella, viviendo regularmente con algunos Padres a quienes servía en muchas cosas, un Coadjutor muy piadoso y devoto, pobre, humilde, retirado y silencioso. Su vestido negro y talar, como el de los Sacerdotes, era siempre pobrísimo y algún deshecho de otro o de alguno de los difuntos. Y a este modo fue algún tiempo su comida, y hubiera sido siempre si se le hubiera permitido, porque su gusto era gastar consigo muy poco y todo lo que le sobrara darlo a los pobres o a otros de sus Hermanos que se hallasen en alguna necesidad o que se lo pidiesen, suponiendo él con esto sólo que la tenía, como efectivamente lo ha hecho varias veces. Y una con tanta abundancia que dio todo lo que tenía, y aun buscó prestado para el mismo sujeto una cantidad no pequeña, obligándose él mismo a pagarla. De aquí resultó que, no volviéndole a él ni lo suyo ni lo ajeno que había tomado prestado para otro, tuvo él mismo que pagarla, reduciéndose para hacerlo a un trato en todo miserabilísimo. De este descuido y desprecio de sí mismo ha provenido su muerte con algún arrebató y aceleración. Por no ser molesto a los Padres con quienes vivía, disimuló y sufrió en silencio y sin rendirse a la cama un mal muy grave que, habiéndole rendido finalmente, casi no dio lugar para otra cosa que para administrarle los Sacramentos, que recibió muy devotamente, y, al segundo día que se declaró por enfermo, lo arrebató. Esta mañana se le hizo el Oficio con la acostumbrada decencia en la Parroquia de San Blas, que es Iglesia de los Religiosos Agustinos Calzados, asistiendo muchos de la Provincia, así a celebrar como al Nocturno y Misa cantada. Era natural de Allo, en el Reino de Navarra y del Obispado de Pamplona, y nació a 18 de setiembre de 1739.

Isidro M^a Sans

P. Antonio Eusebio de Samaniego

n. 16.12.1739, Laguardia
i. 05.11.1757, Logroño
o. 05.10.1766, Salamanca
g. 02.02.1764, Salamanca
+ 09.03.1790, Bolonia

Nació el 16 de diciembre de 1739 en Laguardia (Álava). Y es de suponer que estudió en el cercano Colegio de Logroño, pues en éste fue recibido y aceptado para la Compañía el 5 de noviembre de 1757, poco antes de cumplir sus 18 años de edad. A continuación se trasladó a Villagarcía de Campos, donde le recibió el Rector y Maestro P. Francisco Javier Idiáquez. Emitidos los votos del bienio, y tras un año de Humanidades, pasó al Colegio-Filosofado de Santiago de Compostela, donde cursó el clásico trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1760-63). Y a continuación estudió la Teología en el Real Colegio de Salamanca. Consta que tanto en Santiago como en Salamanca ejerció el oficio de Bedel de sus condiscípulos. Terminado su curso 3º de Teología fue ordenado presbítero el 5 de octubre de 1766. Al comenzar la Teología había emitido probablemente la Profesión de tres votos *ratione maioratus*, a tenor de lo aprobado por la Congregación General V (1593-94) en favor de algunos jesuitas españoles. Y al terminarla hubo de salir hacia el destierro en virtud de la Pragmática Sanción de Carlos III: “El Colegio Real de Salamanca fue embestido, de la misma manera que los demás, por el Regimiento de Pavía la noche del 2 al 3 de abril”. Allí gobernaba el P. Francisco Javier Idiáquez, el mismo que le había acogido al llegar al Noviciado de Villagarcía. El P. Samaniego salió con sus compañeros camino del exilio, hasta llegar, tras una complicada y dolorosa odisea hasta Bolonia, en los Estados Pontificios.

Y en Bolonia vivió más de 20 años hasta su fallecimiento el 9 de marzo de 1790. El P. Luengo le retrató cariñosamente en la Necrología que escribió en su “Diario de la Expulsión”:

Antesdeayer murió en esta misma Ciudad de Bolonia el P. Antonio Samaniego. Era este P. Antonio uno de los sujetos que en el estado presente se tienen todavía por jóvenes, y de los más apreciables de toda la Provincia. Era de familia ilustre y el mayor entre sus hermanos, y heredaba por consiguiente el mayorazgo no pequeño de su padre. Con gusto lo abandonó para entrar y vivir en la Compañía y estuvo muy lejos de arrepentirse ni por un momento siquiera de haberlo renunciado en medio de que su resolución de hacerse jesuita le ha ocasionado tantos trabajos, miserias, oprobios y deshonras. Al tiempo que salimos de España en año de 1767 estaba en el último año de Teología en el Real Colegio de la Ciudad de Salamanca, y con igual aplicación que ésta había estudiado antes Humanidad y Filosofía, y en todas había salido aprovechado. En los muchos años del destierro siempre ha conservado una aplicación seria a las ciencias dichas y a otras, como la Historia, la Moral, la Escritura y la Mística, que le podían ser útiles si fuese restablecida la Religión. Las demás prendas naturales y sus virtudes tenían algo de singulares. Era muy sosegado y pacífico, afable con todos, festivo con apacibilidad, atento y cumplido sin ceremonias ni exterioridades fastidiosas, ameno en la conversación sin ofensa de nadie, antes muy honrador de todos, muy servicial y amigo de hacer el bien a cualquiera que fuese. Sus virtudes más sobresalientes eran la mansedumbre, humildad y pobreza en todas sus cosas. Se contentaba con unos socorros moderados de su familia, pudiendo tenerlos más abundantes. Y de ellos una buena parte se le iba en limosnas, ya secretas y ya a los pobres de la calle, que en esta Ciudad son en un número prodigioso. Todo lo que miraba a su persona era modesto y aun pobre, vistiendo no solamente siempre de negro y de ropa talar, sino también de cosas comunes y con un noble y virtuoso desaliño. Y en todas las demás cosas no había una en que no se descubriese un ánimo manso, humilde, pobre, despreciador del mundo y sus vanidades, devoto y piadosísimo.

Su enfermedad no ha sido larga, y a pocos días se reconoció sin remedio. Recibió el aviso de su muerte con toda resignación y sin turbación alguna, y con tiernísima devoción todos los Sacramentos de aquella hora. Y murió el 9, día de Santa Catalina de esta Ciudad de Bolonia, de quien había sido muy devoto, con mucha tranquilidad y como mueren los Santos. El sentimiento de su muerte ha sido general y extraordinario en toda la Provincia, ya porque no habían uno en toda ella, ni casi podía haberlo según era el carácter del P. Antonio, que no le amase y estimase, y ya también porque estando en buena edad y bien instruido en muchas cosas y siendo un hombre de tan bellas prendas y talentos, y de virtud más que ordinaria, sería un sujeto muy útil en caso de restablecimiento de la Compañía. Mostró deseo de ser sepultado en la Iglesia del Noviciado de los jesuitas de esta Ciudad, dedicada San Ignacio, nuestro Padre y Patriarca, que está vecina a esta Casa de Ejercicios, en que yo vivo y escribo estas cosas; y por una equivocación se aprendió que habría mucha dificultad en conseguirlo de los Padres o Señores de la Misión, que viven en ella. Y al momento nuestro P. Idiáquez, que estimaba y amaba al difunto acaso más que ningún otro, empezó a mover, por decirlo así, cielo y tierra para que se cumpliese su santo deseo. De todo se desistió a los primeros pasos porque se reconoció con gusto que de parte de los Señores de la Misión no había dificultad alguna en admitirle en aquella Iglesia. Ayer se le hizo el Oficio al modo acostumbrado en la Parroquia de San Miguel *de Leprosari*, a la que pertenece su casa, y al principio de la noche, según el uso del país, fue traído el cadáver con un conveniente acompañamiento a esta Iglesia del Noviciado, en la que se le hizo esta mañana otro Oficio semejante. Y en los dos ha habido un concurso extraordinario, así a celebrar como a la Misa cantada, y no solamente de la Provincia de Castilla sino también de otras. Y en la dicha Iglesia se le ha dado sepultura, y antes de esto se sacó en yeso una máscara o molde para hacer alguna pintura, por haberse creído que sería del gusto de su familia. Era natural de Laguardia, en el Obispado de Calahorra, y nació a 16 de diciembre del año de 1739.

Isidro M^a Sans

H. Manuel de Barchaguren

n. 31.12.1719, Orduña
i. 17.10.1740, Villagarcía
g. 02.02.1751, Villagarcía
+ 18.03.1790, Bolonia

Nació el último día del año 1719 en la Ciudad de Orduña, en la que desde hacía 20 años funcionaba un Colegio de la Compañía fundado por “iniciativa de un ilustre orduñés, D. Juan de Urdanegui, Marqués de Villafuerte, que tras sus andanzas por Perú como General de los Ejércitos del Océano Meridional, acabó su vida como humilde Hermano jesuita”. Desde pequeño, por tanto, conoció a los jesuitas y quizá asistió a las clases de los HH. Basurto y Garmendia, que allí enseñaron a los niños sus primeras letras. Y con su enseñanza se fue encariñando también con su vocación. En todo caso tenía ya 20 años de edad cuando decidió ingresar en la Compañía. En el Noviciado de Villagarcía le acogió el Rector y Maestro P. Diego de Tobar el 17 de octubre de 1740. Su segundo año de Noviciado lo hizo en el Colegio de Zamora como Cocinero (1741-42) y allí permaneció luego como Cocinero y Despensero (1741-47). A continuación volvió a Villagarcía, ahora como Ayudante del Procurador H. José Barrio (1747-51) y después como Ayudante del Administrador de la Iglesia (1751-56). Pasa entonces al Colegio de San Sebastián como Procurador (1757-58) y después vuelve al de Zamora como Procurador y Portero (1758-61), donde además se encargará de la administración de las fincas de la Moraleja y del Carnero. En 1766-67 es Procurador en el Colegio de Soria, que es donde le sorprende la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III el 3 de abril de 1767.

“En el Colegio de Soria no se notó otra cosa que la inconsecuencia con que procedió aquel Ejecutor, nacida, no ciertamente de destemplanza de genio, que no podía ser más dulce, ni mucho menos de dureza de corazón, verdaderamente piadosísimo y tiernísimo, sino de un ánimo ofuscado y preocupado con el exceso del dolor. Permitió por una parte que los jesuitas recogiesen y llevasen sin escasez todo cuanto la Instrucción les permitía llevar y recoger. Pero por otra, ni a él ni al Escribano, que le asistía, se les ocurrió arbitrio alguno para aprontar siquiera un carro en que conducir un pobre baúl. ¡Notable efecto del aturdimiento y de un corazón verdaderamente atribulado! ¡No ofrecerse a la memoria la disposición de un solo carro en la Capital de la Provincia de Soria, cuyas interminables carreterías suelen inundar a una y otra Castilla! Pero ello así fue y en consecuencia de esto, tuvieron los jesuitas que dejar en el Colegio todo lo que habían recogido menos aquello poco que cabía precisamente en unas miserables alforjas o en alguna estrecha maletilla”.

El H. Barchaguren no pudo acompañar a su Comunidad: como los demás Procuradores, tuvo que quedarse para dar sus cuentas y viajar luego hasta Cartagena y navegar luego hasta Córcega y arribar en la Ciudad de Ajaccio. Más tarde podría reunirse con sus compañeros de la Provincia de Castilla en Bolonia. Y en Bolonia murió la víspera de San José, 18 de marzo de 1790. El P. Luengo nos ha legado esta breve, pero cariñosa Necrología:

La noche del 18 al 19 y de la víspera del día de San José murió en esta Ciudad el H. Coadjutor José Barchaguren. Al tiempo que salimos de España era Procurador en el Colegio de San Sebastián o en otro de aquel país y por esta causa, debiendo de dar sus cuentas y hacer entrega de todas las cosas, fue algo más tarde a la Isla de Córcega y se quedó con los demás Procuradores en la Ciudad de Ajaccio. En este país, en donde yo empecé a conocerle, ha tenido siempre un proceder arreglado y piadoso, y yo he podido observarle mejor después de la extinción de la Compañía por haberse venido a vivir a esta Ciudad. En cuanto lo han permitido las Órdenes de los Comisarios siempre ha estado reunido con otros Hermanos Coadjutores y apartado del trato de las gentes del país. Su vestido siempre ha sido modesto y por lo común talar como los Sacerdotes, y muchas veces pobre. Y todas sus ocupaciones se

han reducido todo este tiempo principalmente a ejercicios de piedad y devoción, siendo muy constante en las Iglesias mañana y tarde, al cuidado de su Casa y a servir a los que se valían de él para alguna cosa, en especial mientras tuvo fuerzas y buena salud, y lo hacía con muy buena voluntad. Y en el trato común mostraba buen juicio, agrado, atención y honrados respetos. Su muerte, después de recibir con mucha devoción todos los Sacramentos de aquella hora, ha sido piadosa y muy tranquila. Ayer se le hizo el Oficio con la decencia acostumbrada y con asistencia de muchos de la Provincia en la Parroquia de Santa Cecilia, que es Iglesia de los PP. Agustinos Calzados. Era natural de Orduña, en el Obispado de Calahorra, y nació el 31 de diciembre del año de 1719.

Isidro M^a Sans

H. Felipe de Osés

n. 01.05.1712, Artazu
i. 23.08.1735, Villagarcía
g. 02.02.1746, Loyola
+ 22.05.1790, Faenza

Nació el 1º de mayo de 1712 en Artazu (Navarra). El 23 de agosto de 1735 ingresó en la Compañía de Jesús, a los 23 años de edad. Comienza el Noviciado en Villagarcía y lo concluye en el Colegio de Santander, ejerciendo el oficio de Cocinero. Continúa en Santander con el mismo oficio (1737-39). Pasa luego al Colegio de Loyola como Ayudante del Procurador (1739-51). Regresa a Santander, ahora como Procurador (1751-54) y Horticultor (1753-54). En el Colegio de Palencia asume los oficios de Sacristán y Enfermero (1754-59). Y en el Colegio de Burgos los de Sacristán, Enfermero, Hospedero y Roperero, ejerciendo además el cargo de Bedel de los Hermanos (1760-64).

La invasión de las tropas de Carlos III y la intimación de su Pragmática Sanción le sorprendió el 3 de abril de 1767 al H. Osés en el Colegio de Oviedo. “En el Colegio de Oviedo se cometió un exceso tanto más reparable cuanto su ejecución fue por orden de un Ministro tan sabio, tan cristiano y tan moderado como el que actualmente preside y rige aquella Real Audiencia. Luego que entró en dicho Colegio con un pequeño pelotón de soldados, Ministros de Justicia y Criados suyos, se fue derecho al aposento del P. Rector, sin que en su comitiva apareciese persona alguna Eclesiástica, y, llevándole consigo a la Iglesia, mandó abrir sus puertas exteriores para introducir en ella el Cuerpo de Guardia, compuesto de seis u ocho soldados que tenía prevenidos, los cuales entraron por el templo con bayonetas caladas y, penetrando por medio de él hasta la Sacristía, dejaron sus puertas cerradas, como también las exteriores y las interiores de la Iglesia. Causó desde luego esta inesperada acción la disonancia y el dolor que se dejan considerar, viendo tan atropellada la misma Casa de Dios con notoria violación de su sagrada inmunidad”. Y, por supuesto, ese dolor tuvo que resultar más agudo para el Sacristán, H. Osés. “Pero se hizo después mucho más extrañable esta violencia cuando se leyó lo que tan cristianamente prescribe el capítulo 8º de la Instrucción sobre el *respeto* y la *decencia* con que se debía tratar todo lo que perteneciese a Iglesia y Sacristía, suponiéndose que en estas Sagradas Oficinas nada se podía practicar sin la intervención de Provisor, Vicario Eclesiástico o Cura del Pueblo a falta de Juez Eclesiástico legítimo. Ni deja de ser digno de reparo que el Regente anduviese tan apresurado en aquella diligencia como que fue la primera que hizo después que entró en el Colegio, siendo así que era la octava en la Orden de las que se le encomendaban, no descubriéndose razón alguna para esta menos considerada apresuración, puesto que los soldados que esperaban a la puerta de la Iglesia igualmente podían entrar por la portería común del Colegio, que tenía aquel Ministro a su disposición” (P. Isla).

A los jesuitas embarcados en San Sebastián, Bilbao, Santander y Gijón “se les obligó a salir del puerto con viento contrario a pesar de las representaciones de los Pilotos, el cual, arreciándose cada día más y amenazando con los funestos efectos que son tan frecuentes en aquella brava costa de Cantabria, después de ocasionarles una tarda y penosísima navegación, los puso repetidas veces a dos dedos de un miserable naufragio. Librólos de él la amorosa Providencia del Señor y, habiendo aportado todas las embarcaciones al término de la general reunión en el puerto de El Ferrol, se dispuso también el embarco general para los Estados del Papa, distribuyéndolos en dos convoyes, escoltado y mandado el uno por el Navío de guerra San Genaro, mandado y escoltado el otro por el Navío también de guerra San Juan Nepomuceno. En cada uno de estos dos Navíos se acomodaron 201 jesuitas, que, añadidos a la numerosa tripulación y a la guarnición de tropa marina, apenas cabían de pie en los buques, aunque tan capaces y tan gruesos, de manera que para maniobrar, especialmente en las faenas

más prontas y de mayor cuidado era menester que los pasajeros se bajasen a sus camas de entre puentes. En éstos y en la Santa Bárbara se acomodaron las 200 camas que ocupaban los jesuitas, siendo fácil, a cualquiera que esté bien instruido en las dimensiones de un Navío de 70 cañones, calcular el estrechísimo espacio que correspondía a cada una, la congoja y apretura con que estarían aquellos afligidos Religiosos, el aire impuro y abrasado que respirarían en el rigor de los calores de junio y julio, los tediosos y malsanos efluvios que exhalarían tantos cuerpos reunidos en un espacio tan ceñido, especialmente no habiéndoseles dado ni tiempo ni libertad para proveerse de la ropa blanca, que es tan necesaria para el aseo y para disminuir en gran parte aquellas incomodidades. Éstas les hacían tan molestas las horas destinadas para el descanso que las consideraban las más penosas de todo el día, y todos comenzaban a acongojarse cuando se iban acercando” (P. Isla).

“Fondeamos a la vista de Civitavecchia el 14 de junio de 1767, fiesta de la Santísima Trinidad, hacia la mitad de la tarde”. Y al no permitírseles desembarcar allí, hubieron de volverse marcha atrás, hacia la Isla de Córcega y fueron abandonados en Calvi. Sólo un año largo más tarde, después de muchas dificultades, pudieron reemprender la marcha hacia los Estados Pontificios, a los que por fin arribaron el 5 de noviembre de 1768, asentándose finalmente en Bolonia. Allí vivió algún tiempo el H. Osés hasta que, una vez extinguida la Compañía de Jesús, se trasladó con otros Hermanos a Faenza, donde falleció el 22 de mayo de 1790, a los 78 años de edad y 54 de vida religiosa en la Compañía de Jesús. El P. Luengo nos ha legado sobre él estas breves notas:

Ayer llegó aviso de la muerte del H. Coadjutor Felipe Osés en la Ciudad de Faenza de la Provincia de la Romagna y pudo ser hacia el día 22 de este mes de mayo. Ni en España ni en este país he conocido a este H. Coadjutor, y casi no me acuerdo de haberle visto una vez sola, ni he oído tampoco de él cosa alguna particular que pueda servir para dar a conocer su carácter. El haber perseverado en la Compañía hasta el fin en tiempos tan calamitosos, en los que hubo tentaciones tan violentas para abandonarla, y el haber llegado a una edad muy grande en la que aun los más distraídos se entregan del todo a las cosas de piedad y devoción, son indicios bien claros de una vida cristiana, y de que habrá preparado santamente para lograr una muerte preciosa. Para esto mismo le habrá ayudado mucho el haberse visto por dos o tres años lleno de males y postrado en una cama. Y juntándose a este su miserable estado la pobreza y la falta de medios, y el haber muy pocos de nuestra Provincia en aquella Ciudad, se vio necesitado a ser conducido al Hospital de San Juan de Dios, en el que ha muerto. Y en su Iglesia se le ha dado sepultura. Era natural de Artazu, en el Obispado de Pamplona, y nació el 1º de mayo de 1712.

Isidro Mª Sans

H. José Antonio de Ocerín

n. 11.01.1732, Ceánuri
i. 26.03.1757, Villagarcía
g. 24.03.1768, Calvi
+ 30.05.1790, Bolonia

José Antonio de Ocerín nació en Ceánuri (Vizcaya) el 11 de enero de 1732. A sus 25 años decidió responder a la llamada del Señor Jesús e ingresar en su Compañía y solicitó el ingreso en Villagarcía. El 26 de marzo de 1757 lo recibió el Rector y Maestro P. Francisco Javier Idiáquez en el Noviciado (1757-58). El segundo año de Noviciado lo hizo en el Colegio de Orduña, ejerciendo los oficios de Cocinero, Despensero y Despertador (1758-59). Emitidos los votos del bienio, fue destinado al Colegio-Filosofado de Santiago de Compostela, como Ropero y Hospedero (1759-64). Y ejerciendo esos mismos oficios continuaba en el Colegio-Filosofado de Medina del Campo el 3 de abril de 1767, cuando las tropas de Carlos III lo ocuparon e intimaron su Pragmática Sanción a aquella numerosa Comunidad compuesta de 36 sujetos. “La única demostración que se hizo en el Colegio de Medina del Campo, después de intimado y obedecido el Real Decreto, y habiéndose retirado el Juez Comisionado con los PP. Rector y Procurador a entender en las demás diligencias que encargaba la Instrucción, fue que los demás Padres y Hermanos, que habían quedado en la pieza donde se les había congregado con orden de que ninguno saliese de ella con pretexto ninguno, se postraron todos inmediatamente en tierra y perseveraron en una larga hora de oración” (P. Isla).

Salieron, pues, los jesuitas de Medina camino de Santander. “Habiéndose destinado el Colegio de Santander para Caja general de todos los jesuitas de Castilla y León, fue preciso acomodar las camas en el Claustro, en las Escuelas y hasta en la misma Galería abierta a todos vientos, cuyos arcos se cerraron con esteras y con mantas lo mejor que se pudo, pero quedando siempre con el desabrigo y destemple que se deja considerar. Embarcaron, en fin, los jesuitas de Santander para reunirse con todos los demás en el puerto de El Ferrol, y se hizo muy digno de reparo que así a éstos como a los otros tres convoyes que zarparon de San Sebastián, Bilbao y Gijón en Asturias, se les obligó a salir del puerto con viento contrario a pesar de las representaciones de los Pilotos, el cual, arreciándose cada día más y amenazando con los funestos efectos que son tan frecuentes en aquella brava costa de Cantabria, después de ocasionarles una tarda y penosísima navegación, los puso repetidas veces a dos dedos de un miserable naufragio. Librólos de él la amorosa Providencia del Señor y, habiendo aportado todas las embarcaciones al término de la general reunión, se dispuso también el embarco general para los Estados del Papa, distribuyéndolos en dos convoyes, escoltado y mandado el uno por el Navío de guerra San Genaro, mandado y escoltado el otro por el Navío también de guerra San Juan Nepomuceno”.

Desde El Ferrol zarpó el conjunto de la Provincia de Castilla el 24 de mayo rumbo a los Estados Pontificios. Arribaron el 14 de junio a Civitavecchia, pero se les prohibió desembarcar y hubieron de volver Mediterráneo atrás. En Calvi de Córcega fueron abandonados. Tras un año largo de dificultades y penalidades lograron reemprender la odisea, hasta llegar al Estado de Bolonia el 5 de noviembre de 1768. En Bolonia vivió el H. Antonio Ocerín, ejerciendo su antiguo oficio de Ropero “hasta el día mismo de la extinción de la Compañía, y siempre con aplicación y con mucho aseo en todas sus cosas”. Después de la extinción de la Compañía en 1773 vivió con otros HH. Coadjutores, que le ayudaron en sus males sicológicos y corporales. Y en Bolonia murió el 30 de mayo de 1790. El P. Luengo nos legó la siguiente Necrología.

El día 30 del mes antecedente murió en esta Ciudad en H. Coadjutor Antonio Ocerín. En España había sido varios años Ropero, y, al tiempo que fuimos desterrados, lo era en el

Colegio de Medina del Campo. Y en el destierro continuó su oficio hasta el día mismo de la extinción de la Compañía, y siempre con aplicación y con mucho aseo en todas sus cosas. Y estaba tan metido en las cosas de su ocupación que en ellas y en los ejercicios espirituales empleaba todo su tiempo. Era hombre muy retirado y silencioso, obsequioso y servicial, pero más de obras que de palabras y expresiones. Este su genio poco inclinado a tratar con gentes le inclinaba a vivir y andar siempre solo después que, con la extinción de la Compañía, se le puso en libertad de hacer lo que gustase. Y de aquí provino que, aumentándose la hipocondría, llegó a perder casi de todo la cabeza. Y por esta desgracia y otros males, que le sobrevinieron, deseó entrar a vivir con otros HH. Coadjutores, que con mucha caridad le recibieron en su Casa y asistieron por varios meses, que con llagas muy grandes y muy asquerosas ha estado postrado en la cama. Él por su parte ha llevado con mucha resignación y sufrimiento sus miserias y dolorosas operaciones de cirugía, que se le han hecho varias. Para mayor pena en sus males y trabajos se hallaba pobre y falto de medios para los gastos necesarios en medicinas y en otras cosas. Pero ha sido socorrido en sus necesidades por algunos de la Provincia y en particular por nuestro P. Idiáquez. Y así nada le ha faltado ni en el tiempo de su enfermedad ni para hacerle el Oficio con la decencia acostumbrada, como efectivamente se le ha hecho hoy en la Parroquia de Santa Catalina de la Calle de Zaragoza, asistiendo a todo muchos de la Provincia. Era natural de Ceánuri, del Señorío de Vizcaya y del Obispado de Calahorra, y nació a 11 de enero del año de 1732.

Isidro M^a Sans

P. Francisco Javier Idiáquez

n. 24.02.1711, Pamplona
i. 19.02.1732, Villagarcía de Campos
o. 1740, Salamanca
g. 15.08.1749, Valladolid
+ 01.09.1790, Bertalia (Bologna)

Era vizconde de Zolina como primogénito de los duques de Granada de Ega, emparentado por línea paterna con los Loyolas y Borjas, y por la materna con la casa de Javier. Se educó en el Seminario de Nobles, que dirigían los jesuitas franceses en Burdeos, y fue paje del príncipe de Asturias, luego Carlos IV.

Hecho el Noviciado en la Compañía de Jesús, estudió Filosofía (1734-1737) en Medina del Campo y Teología (1737-1741) en Salamanca, más un bienio de especialización teológica, dando muestras de gran espíritu religioso y dotes intelectuales. Enseñó letras en Villagarcía, y Filosofía y Teología en Santiago (1745), Valladolid (1748), Salamanca (1750) y Valladolid (1751). Era Rector (1752-1755) del colegio de Burgos cuando fue elegido como delegado para la Congregación General XVIII (1755-1756). En su camino a Roma, se puso enfermo y hubo de detenerse en Turín, lo que le impidió estar presente en su elección como Asistente. Sus insistentes ruegos lograron que se aceptara su renuncia al cargo. Muchos veían en él un futuro General.



De vuelta en España, fue Rector (1756-1762) del colegio de Villagarcía, promoviendo de tal modo los estudios humanísticos, que llamó la atención de los jesuitas españoles. Pronto aparecieron numerosas ediciones escolares de textos clásicos, gramáticas y retóricas, vocabularios y fraseologías, y aun la traducción griega del Kempis por G. Mayr. Para esto hizo instalar imprentas y traer de Holanda los tipos griegos. Sus ideas programáticas las plasmó en *Prácticas e industrias para promover las Letras Humanas*.

Tras dos años de Rector en Salamanca, fue Provincial (1764-1767) de Castilla. Entonces se sirvió de sus contactos en la Corte para lograr que los jesuitas franceses, disueltos en su patria, pudieran instalarse discretamente en España. Acabado su Provincialato en enero de 1767, se trasladó a Madrid para intentar conjurar los peligros que amenazaban a la Compañía de Jesús, aunque en vano. Como la expulsión estaba ya decidida, Idiáquez siguió a los jesuitas toledanos y llegó a Córcega en septiembre, en donde el día 28 se incorporó a la Provincia castellana. En marzo de 1773, fue de nuevo Superior de la entonces llamada Viceprovincia de San Francisco Javier.

En las angustiosas condiciones a que quedaron reducidos la mayor parte de los jesuitas, Idiáquez fue el recurso providencial que logró de la Corte licencia para acoger en una casa a los ancianos y enfermos, y remedió las más urgentes necesidades con las limosnas que recibía de su familia. Se distinguió por la prudencia mesurada en el gobierno, su caridad para con todos y su pobreza que despertaba especial admiración. En medio de la difícil situación de su destierro, todavía encontró tiempo para defender la antigüedad de la devoción al Corazón de Jesús en la polémica sostenida por varios jesuitas contra el abogado Camillo Blasi. También polemizó fraternalmente con Juan Andrés sobre la existencia de centros educativos en la España visigoda antes de la invasión árabe.

Obras. *Fábulas de Fedro* (Burgos, 1755). *C. Nepos de Vitis excel. Imperatorum* (Villagarcía, 1758). *Prácticas e industrias para promover las Letras humanas* (Villagarcía, 1758). *Prácticas espirituales para el uso de los HH. Novicios* (Villagarcía, 1760). *Disertación histórica sobre las Sociedades, Colegios y Academias de la Europa y de España* (Madrid, 1788).

Bibliografía. Andrés Navarrete, J., “Vita F. Xaverii Idiaquezii”, *De Viris illustribus in Castella Veteri...* (Bolonía, 1797) 2:201-375. Astráin 7:73-76. *FontiDoc* 733. Koch 837. Martínez de la Escalera, J., “Ciencia y Letras entre los jesuitas de la Corona de Aragón”, *MisCom* 40 (1982) 263-325 [308-319]. Olaechea, R., “En torno al ex-jesuita Gregorio Iriarte”, *AHSI* 33 (1964) 157-233. Pérez Picón, C., *Un colegio ejemplar de letras humanas en Villagarcía de Campos (1576-1767)* (Santander, 1983). Polgár 3/2:249. Reyero, E., *Imprentas de la Compañía de Jesús en Valladolid* (Valladolid, 1917).

C. Pérez Picón (†) / J. Escalera

Nace el Padre Francisco Javier Idiáquez en Pamplona, el día 24 de febrero de 1711. Procedía de estirpe muy noble. Era el primogénito de los Duques de Granada de Ega, Señores de Loyola, Condes de Javier y Grandes de España de primera clase. Aprende las primeras letras en el palacio paterno bajo la dirección de un Sacerdote y pasa después a estudiar Retórica, Artes y Filosofía en el Colegio de los Jesuitas de Burdeos. Joven de 18 años se vio precisado a vivir en Madrid al lado del Conde de Salazar, privado de Felipe V y tío suyo, para que se adiestrase en el trato de la Corte; pero esa nueva vida le afianzó más en el despego de las cosas temporales y le confirmó en su propósito de escoger las asperezas del claustro. Sabedor el Duque, su padre, de esos intentos del joven, le llamó a Estella y rogó al P. Calatayud que probase la vocación de su hijo. Lo hizo el P. Calatayud y Francisco Javier salió victorioso de las pruebas.

Renuncia a sus estados, blasones y pergaminos, e ingresa en la Compañía de Jesús en Villagarcía de Campos el 11 de febrero de 1732. Descuella grandemente en su amor a los desprecios y a la pobreza en los años de Noviciado. Solía macerar su cuerpo con cilicios y disciplinas. Hace los primeros votos en 1734. Hace la profesión solemne de cuatro votos y renuncia al mayorazgo. Sigue los estudios en Valencia y en Salamanca, donde recibe las Órdenes Sagradas. Siente impulsos de ir a Misiones de Indias, imitando a su pariente San Francisco Javier, pero no alcanza permiso de los Superiores. Enseña Retórica en Villagarcía de Campos y en 1745 lo destinan a explicar Filosofía en Santiago de Compostela: en sus lecciones y modo de proceder inspira a sus discípulos la ciencia envuelta en el aroma de la piedad. Les recomendaba la devoción a la Santísima Virgen. Quiso el Duque, su padre, que se doctorase en Teología, pero él rechazó esto por no dar margen a ambicionar honras y títulos honoríficos.

Sobresaliendo por sus dotes de gobierno, le nombraron en 1752 Rector del Colegio de Burgos. Enterado del estado económico poco satisfactorio, logró remediarlo y se esforzó en promover la observancia religiosa yendo él a la cabeza con su ejemplo y abnegación. Introdujo la práctica de los Ejercicios Espirituales entre personajes ilustres, consiguiendo notable fruto.

De Burgos es trasladado a Villagarcía con los empleos de Rector y Maestro de Novicios, y los recibe con complacencia porque le proporcionaba el consuelo de la soledad, en que cifraba sus delicias.

Elegido como Vocal para ir a la Congregación General de Roma que había de nombrar General de la Orden, sufrió graves angustias por correr peligro que se le designase para el cargo. En la Congregación eligieron por General al R. P. Centurione y por Asistente de España al P. Idiáquez con ánimo, al parecer, de que sucediese al P. Centurione, que por sus años y achaques no podía vivir largo tiempo. Al saberlo el P. Idiáquez corrió a Roma y supo exponer tales razones a los Padres Congregados que le dejaron volver a su retiro.

Aquí se entregó a la formación religiosa de 80 o más novicios, a atender a las necesidades así espirituales como temporales del noviciado. Seis años estuvo en esta ocupación dejando gratisimos recuerdos; introdujo en la biblioteca, enfermería, ropería..., grandes reformas. Puso una imprenta, trajo excelentes tipos de Madrid y Holanda; y buenos impresores para estampar hermosos textos de los clásicos latinos y griegos.

Pasó de Rector al Colegio Teológico de la Compañía en Salamanca y en este empleó su actividad, como en Villagarcía de Campos, en promover la observancia de las reglas y los ministerios espirituales en pro de las almas. Tres mil soldados con sus jefes se albergaron el Colegio en la guerra de España con Portugal; no se altera la disciplina religiosa y consigue el excelente Rector la conversión de muchos soldados...

Se le designa por Provincial de Castilla en 1704. Su método de Gobierno se avino con el de sus Rectorados. Quiso que resaltasen la observancia y el amor al trabajo. Por su complexión delicada padeció mucho en sus viajes por las Casas; pero en los pueblos, en que se detenía, enseñaba la doctrina cristiana a los niños...

Empezó a rugir la tormenta que iba a cernirse sobre la Compañía de Jesús. Los Superiores le envían a Madrid, confiados en que podría conjurarla. No lo consiguió; y a pesar de que le brindaron en la Corte halagüeñas ofertas para permanecer en España, prefirió salir desterrado con sus hermanos.

En 1773 en Bolonia (Italia) se le concedió la segunda patente de Provincial. Su humildad le movía a rehusar la dignidad; pero, aconsejado por el P. Calatayud, la aceptó.

Muere con suma paz y alegría, llorado y admirado de cuantos le conocieron, en 1790, a los 79 años y medio de su edad. Quiso que se le sepultase en un nicho junto al P. Calatayud, en la Iglesia de San Ignacio.

Valeriano Ordóñez

El 1º de este mes de setiembre de 1790, como a las 5'15 de la mañana, murió en una Casa de Campo inmediata a la Parroquia de Bertelia, a un cuarto de hora de la Ciudad de Bolonia, nuestro estimadísimo y venerado P. Francisco Javier de Idiáquez. En cuatro renglones he presentado aquí un suceso muy grande e importantísimo por todas sus circunstancias, del cual me sería muy fácil, y en alguna manera gustoso, escribir largamente. Muchas hojas no serían bastantes para pintar como es en sí la fortísima impresión que ha hecho su muerte en toda la Provincia. De la mayor parte de los sujetos de ella fue Maestro en el Noviciado, Rector en España y en Italia, y dos veces Provincial de todos, y antes y después de la extinción de la Compañía Padre de todos, y de un modo particular de los pobres y necesitados. Protector de todos, amado y venerado de todos. Y era, por decirlo así, el centro de reunión de todos, el alma de la Provincia, que, animada por él, como que parecía que estaba todavía formada en alguna manera. Y además de todo eso era para todos una poderosa sombra y apoyo, así para con las gentes de la Ciudad, y aun para con el Ministro en Roma y para con la misma Corte. Todos, pues, hemos perdido a nuestro Padre y todos hemos dado en su muerte muestras de pena y de dolor, propias de hijos amantes y respetuosos. Y en estos tres días, que han pasado desde su muerte, no se ven en todos los sujetos de la Provincia sino semblantes tristes, caídos y llorosos, y nadie sabe hablar sino de la gran pérdida que acabamos de tener. Una demostración de sentimiento y de pesar por la muerte de este venerable anciano tan universal y tan vehemente es la prueba más segura y más clara de su singular mérito, y, si pudiera explicarse y entenderse como es en la realidad, debía de equivaler a un elogio suyo, el más sublime y más lleno, y a una historia entera de su vida colmada de acciones loables de todos géneros. Y de cierto ella le honra mucho más que los funerales y exequias más pomposas y más solemnes.

Acaso ha sido tan vehemente el dolor por la muerte del P. Idiáquez entre los jesuitas de la Provincia de México como entre nosotros. Los PP. Mexicanos han vivido por la mayor parte en esta Ciudad de Bolonia, y entre ellos no hay uno, ni anciano ni joven, ni Sacerdote ni Coadjutor, que no le conociese y hubiese visitado muchas veces, que no le amase y venerase de un modo particular. Y por su parte el P. Javier les amaba a todos, a todos acariciaba, servía y protegía en todos los lances y ocasiones que han ocurrido en estos años. Y así, hablando con toda verdad y sin exageración, en el modo de tratar y de recurrir los jesuitas de la Provincia de México al P. Idiáquez y de corresponderles éste, los PP. Mexicanos y Castellanos todos parecían de una misma Provincia y, en cuanto he podido observar, no lo parecen menos en las demostraciones de pena y dolor en su muerte.

Casi la misma impresión que en las Provincias de Castilla y de México hará en todas las demás Provincias Españolas la noticia de la muerte de nuestro P. Idiáquez, porque en todas ellas era casi generalmente conocido, amado y venerado singularmente, y en todas se le miraba de algún modo como el Padre común, el Jefe y Cabeza de la Compañía de Jesús de España. Prueba de esto puede ser el haber escrito muchas veces los sujetos más autorizados de ella, comunicándole estas y aquellas cosas propias de las mismas que redundaban de algún modo en el Cuerpo de la Compañía de Jesús, dando por razón, como yo mismo he visto varias veces, el que no debe haber negocio propio de la Religión, decían los mismos sujetos que escribían, que no se comunique a Vuestra Reverencia, y sobre que no se le consulte por las singulares circunstancias de su persona. Esto mismo se vio más claramente que nunca el año pasado, cuando por haber muerto nuestro Soberano en España, en todas las Provincias Españolas se pensó, se habló y se proyectó mucho sobre Memoriales al nuevo Monarca. En esta ocasión y en este negocio tan importante, y el mayor que le podía venir a las manos a la Compañía de Jesús de España, el modo de pensar común en todas las Provincias, de que se forma, era que el P. Idiáquez solo, como Jefe en alguna manera de todas, o por lo menos como el hombre más autorizado, debía firmar el Memorial al Rey o poner su nombre delante de los demás que se creyese debían firmarlo también. Y así tengo por cierto que no iría a

Madrid Memorial alguno a nombre de alguna Provincia hasta que se llegó a entender que el P. Idiáquez no se resolvía a enviar por su parte el suyo.

Ni dejará tampoco de hacer alguna impresión la noticia de la muerte del P. Idiáquez entre los jesuitas de demás Naciones, franceses, alemanes, polacos, rusos, y entre los portugueses e italianos que viven en este mismo país. Dificilmente habrá sucedido ni una vez siquiera, en estos 22 años que ha vivido en esta Ciudad de Bolonia, que haya venido a ella algún jesuita, de cualquiera Nación que fuese, que no mostrase una muy particular solicitud de ver y conocer al P. Idiáquez, que no le visitase en su Casa, y generalmente con tales muestras de aprecio, de amor y de respeto cuales pudieran dar al General de la Compañía, Lorenzo Ricci, si después de su prisión en el Castillo, hubiera vivido en esta Ciudad. De aquí ha nacido que, siendo pocos los jesuitas de las Provincias de España que no hayan venido en estos años alguna vez a Bolonia, casi todos le han visitado y obsequiado. Y entre los italianos son muchos, pues a los que se retiraron a esta Ciudad después de la extinción de la Compañía, con la cual perdieron en mucha parte aquel aire de superioridad sobre nosotros, de que se mostraron revestidos mientras fuimos jesuitas, se deben añadir otros en gran número, que han pasado por aquí, y entre ellos algunos de los más respetables, como el Durazzo, genovés, y el P. Abogadro de Venecia, que es ya Obispo de Verona. Y yo mismo he visto más de una vez en su aposento jesuitas franceses y alemanes.

A la verdad se puede decir sin arrogancia y sin ponderación alguna que al presente era este P. Idiáquez el jesuita más conocido y más estimado entre los jesuitas de todas las Naciones. Los jesuitas franceses tenían un poderoso motivo para amarle y estimarle en la tierna y generosa acogida que experimentaron muchos en Su Reverencia el año de 1763, cuando era Provincial de la Provincia de Castilla y ellos se vieron obligados a abandonar Francia y en buen número por Navarra, Vizcaya y Guipuzcoa entraron en el territorio o distrito de la dicha Provincia. Según las Órdenes del P. Provincial Idiáquez fueron recibidos en los Colegios de Navarra, y en mayor número en los de San Sebastián, Bilbao y Loyola con toda caridad y atención, tratados en ellos con la decencia acostumbrada entre nosotros, sin que contribuyesen cosa alguna, aun después que recibieron pensión de su Corte. Y para volverse a su patria, cuando se les permitió, les dio a cada uno de ellos 1.000 reales o 50 escudos. Y ellos mismos y todos los demás jesuitas de todas las Naciones tienen otra razón poderosísima para amar y estimar al P. Idiáquez en la singularísima circunstancia de tener en sus venas la ilustre sangre del inmortal San Ignacio de Loyola, Patriarca y Fundador de la Compañía de Jesús, y del incomparable San Francisco Javier, Apóstol de las Indias, y acompañada de un mérito personal tan distinguido que la Congregación General, que se tuvo en Roma el año de 1755, y no teniendo el P. Idiáquez más que 43 años de edad, le hubiera hecho segurísimamente Prepósito General de la Compañía si él no lo hubiera impedido. Y en la siguiente y última Congregación que se tuvo el año de 1758, en la que fue elegido el P. Lorenzo Ricci, lo hubiera sido infaliblemente el P. Idiáquez si con humildísimas súplicas no hubiera sido descargado del empleo de Asistente de España, evitando de este modo el verse obligado a vivir en Roma y a asistir a la dicha Congregación.

Todos los PP. Vocales a la dicha Congregación del año de 1755, vueltos a sus Provincias, contarían en ellas cómo habían visto en Roma al pariente más inmediato de San Ignacio y de San Javier, que era hombre de mucho mérito y de una humildad tan profunda que rehusó eficazísimamente ser Asistente de España y aun Prepósito General de la Compañía. Y por aquí se entiende que no hubo Colegio alguno en toda la universal Compañía de Jesús en que no fuese oído con respeto y con estimación el nombre de Francisco Javier de Idiáquez. De un hombre, cual aparece por esto poco que aquí se ha insinuado, se debe escribir una vida circunstanciada y, si estuviesen a la mano los convenientes documentos, podrá ser una historia no solamente de mucho honor para Su Reverencia, sino también en sí misma curiosa y bien provista de sucesos dignos de saberse. Por lo menos tendrá un lugar distinguido entre los Varones Ilustres de nuestra Provincia, que han muerto después del destierro de España, cuyos elogios o compendios de vidas, por encargo de este mismo P. Idiáquez, va escribiendo

en latín el P. Juan Andrés Navarrete. Por esta razón, porque una vida larga no viene bien en un Diario, y porque no tengo tiempo para otra cosa, me contentaré con trasladar aquí el elogio sepulcral que dentro de un canutillo de hojalata se ha metido dentro de la caja en que se ha enterrado su cadáver. Y diré después alguna otra palabra sobre sus talentos y literatura y sobre su conducta y su virtud. El elogio, pues, compuesto por el P. José Petisco, dice de esta manera:

D. O. M.

P. Franciscus Xaverius de Idiáquez,
Paterno genere Toparchiae Gentis Loyolae, Materno Comitatus Xaverii haeres natus,
Regio Sanguine Anticos Navarrae Reges et Incas Imperatores contingens,
Vice-Comes Zolinae, Marchio de Cortes,
Inter Primarios Hispaniarum Magnates Dux Granatae ad Egam,
Infantia et pueritia castissimorum innocentia morum
et litterarum praesertim humaniorum ingenti laude feliciter exacta,
Iam adolescens, in ipso aetatis flore, anno scilicet vigesimo,
Haereditatis nobilissimae atque opulentissimae iure in fratrem translato,
Societatem Jesu,
quam diu in votis ardentissime habuerat,
Post longa et varia certamina fortiter superata,
Ingressus est
Magna hominum admiratione ac maiori exemplo.
In ea
Sanctorum Ignatii et Xaverii Consanguineorum suorum
Vivas imagines expressit
Magisterio, Praedicatione, Prudentia, Sanctitate;
Divinae Gloriam promovendae tam avidus
Ut ab hominibus continuo praepeditus
Ne illam ad Extremos Indos propagaturus abiret,
Eius apud Deum haec esset jugis oratio:
Domine, si Tu es, jube me venire ad Te super aquas.
Humilitate tanta
ut cum omnium Sociorum suffragiis ad Supremam Ordinis Praefecturam expeteretur,
ipse sibi vilissimus, nihil non tentavit, solertissimo quo praeditus erat ingenio,
donec alio dignitatem illam avertisset.
Nihilominus Assistens Hispaniae
Absens licet, creatus, hoc etiam munus summis imisque precibus
Romae praesens apud Patres Congregatos deprecatus est,
ut charissimos sibi Novitios in Villa-Garcia solitudine reviseret.
Voti compos factus, incredibile dictu est quantum in eorum animis excolendis
tum virtute tum eruditione adlaboraverit ac proficerit.
Ad Provinciae deinde Castellanae gubernacula quamvis invitatus admotus,
Scholarum omnium domesticarum non magis quam externarum
via et ratione docendi accuratissima in integrum restituta,
Splendorem, pietatem, studia, compendia mirifice renovavit.
Rector Regalis Collegii Salmanticensis secundum renuntiatus,
et Matritum gravissimi negotii causa missus,
cum caeteris Sociis Hispanis relegatur in Italiam.
Sed Dux omnibus fuit

in laboribus, et aerumnis itineris et exilii prope infinitis perferendis
deteriora quaeque sibi semper sumens in lecto, vestitu, habitaculo, cibo,
quo reliqui mitius habent.

Abolita Societate

Dum esset iterum Provincialis, mores non mutavit
Perpetuo sui similis contemptu rerum humanarum egregio,
demissione animi singulari, non minus
quam magnitudine adversitatum tolerantia,
obedientia, mansuetudine, Religione, fide, spe, caritate.
Denique spectatissimo speculo vitae
vel in medio saeculo ducendae
ad normam Evangelii et Ecclesiae Catholicae,
cuius Sacramentis, deprecationibus, indulgentiis rite susceptis,
eximio devotionis intimae sensu

Ad extremum eheu! quantopere desiderandus aeternum victurus

Pacatissime occidit,

Annos natus septuaginta novem, menses sex, dies sex, Kalendis Septembris

Anno a Christo nato MDCCLXXX.

Parenti suo Beneficentissimo

Omnium Magistro virtutum et scientiarum

Policiorum Artium cum pietate coniungendarum

Auctore praecipuo verbo, scriptis et opere

Bene merenti

Perennis observantiae Monumentum

Sodales Hispani oppido moerentes

Posuerunt.

Nada hay en este elogio que no sea cierto o que se pueda decir, con razón, exagerado; y acaso menos que todo, lo que se insinúa sobre sus talentos, instrucción y sabiduría. Tenía en la realidad el P. Idiáquez talentos escogidos para todo, y por lo menos para todas las cosas a que en algún tiempo se aplicó. Después de haber estudiado Filosofía en Medina del Campo y Teología en el Real Colegio de Salamanca, por haber salido muy aventajado en una y otra, enseñó la primera a los nuestros en el Colegio de Santiago de Galicia y la segunda en el dicho de Salamanca y en el de San Ambrosio de la Ciudad de Valladolid, escribiendo el curso de aquélla y algunos tratados de ésta. No menos que en Teología Escolástica estaba instruido en la Moral, y sobre ésta escribió una obrita en latín, y con propísimo estilo, y se intitulaba *De Castitate Confesarii*. No era forastero en la expositiva y en el estudio de la Sagrada Escritura, y en todo lo concerniente al gobierno y dirección de almas y conciencias de todas clases y condiciones, ya ejercitando los sagrados ministerios, ya dando los Ejercicios de San Ignacio y ya haciendo de Maestro de Novicios por seis años en el Noviciado de Villagarcía, en el que solía haber 60 y aun 80 jóvenes. No sólo tenía en grado muy subido la instrucción y ciencia conveniente, sino también prudencia y destreza particular, y cierto tino práctico, que no se adquiere con el estudio. Y por este tiempo escribió con el título de *Prácticas* un librito precioso para la práctica dirección de todas las acciones particulares de un Novicio.

Para las funciones del púlpito tenía un talento muy escogido y propiamente extraordinario. Arte perfecta con una suma naturalidad, que impedía a todos descubrir en sus sermones el menor artificio, solidez, grandeza y novedad de pensamiento con mucha piedad, celo, devoción y ternura eran las cualidades de todos sus sermones, panegíricos y morales, dichos en la Iglesia al pueblo o en una Capilla a los de Casa. Se le oía por tanto siempre, y yo le oí muchas veces en Villagarcía, en Salamanca y en este país, con un gusto muy particular y con provecho, no obstante que no tenía mucha gracia en el decir y que la acción, por cierto

desaliño o dejamiento natural, era muerta y desanimada. Y conviene advertir que por falta de tiempo, por sus muchas ocupaciones y negocios, y por ser poco expedito en el escribir, jamás escribió ninguno de sus sermones, a lo menos en los muchos años que yo le conocí, y todos los predicaba sin otra preparación que algunas cortas apuntaciones y alguna meditación sobre ellas.

Y, después de todo, su talento particular y sobresaliente era para cosas amenas, para humanidad, poesía latina y española. Sabía tan comprensivamente, por decirlo así, la lengua latina, que en un libro entero escrito en ella descubría una sola palabra que no fuese propia. Y tenía un oído tan fino, tan delicado y tan naturalmente poético que, leyéndose en su presencia mil o dos mil versos, notaba al instante si alguno de ellos no constaba. Ésta es una cosa que la hemos observado cien veces todos los que hemos andado algún tiempo cerca de su persona, y aun es sabida de todos los de la Provincia. Y si se recogiesen muchas pequeñas composiciones poéticas en lengua española en mucha variedad de metros y otras tantas o más en lengua latina, elegías, cartas familiares y epigramas, compondrían uno o más tomos. Y aunque compuestas de repente, como por diversión y casi sin más tiempo que el necesario para escribirlas un Amanuense, se descubrirían en ellas mucha fluidez y naturalidad, pensamientos muy oportunos y graciosos, y otras muchas gracias poéticas. Y lo más singular es que, siendo todo esto certísimo, lo es igualmente que no hizo estudio particular de las cosas pertenecientes a la poesía. “Jamás –le oí decir cien veces–, después que entré en la Compañía, empleé por mi arbitrio y gusto un cuarto de hora de tiempo en aprender a hacer versos”. Por donde se puede colegir que, si, estando dotado por la naturaleza de un talento tan particular para la poesía, la hubiera tenido por ocupación digna de su persona y se hubiera aplicado a ella con algún empeño, hubiera sido un poeta muy aventajado y sobresaliente.

En el destierro siempre tuvo entre las manos alguna obra, aunque siempre estuvo lleno de ocupaciones. En los primeros años escribió una sólida, vigorosísima e invencible impugnación de la famosa Pastoral del Arzobispo de Burgos, el Sr. Rodríguez Arellano en el punto del libro de los Ejercicios del Patriarca San Ignacio, en el que no se hallará otro vicio que el ser más larga de lo que gustarán algunos. Por este mismo tiempo escribió dos disertaciones sobre la causa de D. Juan de Palafox, y una es sobre la tentación de la carne, que el dicho Señor llamaba el *Gran trabajo*, y la otra sobre su modo de celebrar la Misa. Y las dos, a lo que tengo entendido, se han insertado en el suplemento adicional del presente Promotor de la Fe; y las dos bastan, si en esta causa se procediera con rectitud y sinceridad, y no fuera en ella todo por parte de España y de Roma efecto de viles e injustas pasiones, para que Palafox fuese tenido por un hombre extravagante por lo menos e indignísimo de que se tratase seriamente de ponerle en los altares.

Poco después de la extinción de la Compañía emprendió la Vida del Santo P. Pedro Calatayud y escribió sobre ella muchas hojas. La esperanza de poder recobrar muchos documentos pertenecientes a ella, que fueron embargados al pasar por Parma, le hizo suspender el trabajo, y después entregó a otro, como se dijo poco ha, todos los papeles pertenecientes a este asunto. Contra el español Juan Andrés, jesuita de la Provincia de Aragón, autor de una voluminosa obra sobre la Literatura Universal, ha escrito el P. Idiáquez dos tomos: uno sobre el artículo de Seminarios para la educación de la juventud, que se imprimió en Madrid hará dos o tres años; y el otro que, en cuanto yo sé, no se ha impreso todavía, sobre las ciencias graves o literatura seria: y uno y otro está bien escrito. Los últimos años de su vida, y en una edad bien grande, y hallándose sumamente débil y casi sin fuerzas, ha estado dedicado a ilustrar la piadosísima devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y ha escrito una obra bastante larga, en la que tiene el empeño de probar su práctica por tradición de siglo en siglo desde el principio de la Iglesia. Y no hay duda de que en ella ha recogido muchos monumentos oportunos que verosíblemente no se hallarán en otras obras sobre esta devoción, aunque también es razón decir que el ardiente deseo del devotísimo anciano le ha hecho aprovecharse de varios testimonios que en el asunto no son muy concluyentes. No es inverosímil que escribiese algún otro librito, especialmente antes del año de 1755, en que yo

empecé a conocer al P. Idiáquez, que no haya llegado a mi noticia, y aun me acuerdo de haber oído hablar de una obrita sobre método de estudios de latinidad, impugnando a un escritor francés y defendiendo la *Ratio Studiorum* de la Compañía. Pero bastan estos escritos, que aquí he insinuado según se me han venido a la memoria, para prueba de que tenía para muchas cosas escogidos talentos, y de que era hombre instruido y verdaderamente sabio.

De sus virtudes y vida ejemplar pudiera hablar largamente. ¿Y cómo podía dejar de ser Santo un hombre que, siendo hijo primogénito de padres ilustres y heredero de ricos mayorazgos, lo abandona todo y cien lisonjeras esperanzas, y en edad de 20 años se retira a vivir escondido en los Claustros religiosos? En efecto, en España y en Italia tuvo siempre en un grado poco común todas las virtudes que forman un observante y fervoroso Religioso, las que se pueden comprender en una palabra sola, y ésta es regularidad y exactitud en todos los ejercicios de la vida religiosa, acompañada de mucha piedad y devoción tierna, constante e invariable en todos tiempos, circunstancias y ocasiones. En España se debe añadir celo y laboriosidad en todos los ministerios sagrados y en el desempeño de sus ocupaciones. Y en Italia mucha paciencia, resignación y tranquilidad en los trabajos, miserias y necesidades de que hubo tanta abundancia en los primeros años del destierro. Y en una y otra parte, habiendo sido en las dos Superior por muchos años, un cariño, amor y ternura más que de Madre para con todos sus súbditos, sin que le faltasen las otras prendas que forman un digno Superior.

Tres virtudes, no obstante, eran en nuestro amabilísimo anciano singulares de algún modo y de ellas diremos en particular una palabra. Una de ellas es una solidísima y profundísima humildad. No se veía en él resabio alguno ni aun memoria, en cuanto de él dependía, de lo que había sido en el mundo: humano, afable, igual y aun inferior a todos; gran despreciador de todas las grandezas humanas, y aficionadísimo a todas las cosas llanas, sencillas y comunes; y aun me atrevo a decir que lo humilde, pobre, bajo y ordinario en el vestido, en la cama, en la comida y en todo género de ocupaciones, le agradaban tanto y estaba tan gustoso con su bajeza y desaliño como si le fueran connaturales, y nunca hubiera sabido de otra cosa. La segunda es su amor a la Compañía de Jesús, su Madre. Sobre este punto basta decir que no hay en la lengua expresión alguna que pueda ser exagerativa, y todo lo que se diga sobre este particular es menos que su amor y ternura para con su Madre, la Compañía de Jesús. Cuando se trataba de sus ventajas y de su honor, estaba siempre prontísimo a abatirse a todo género de humillaciones y de oprobios personales. Y no es esto lo sumo, porque todo ello era conforme a su humildad y al gusto en verse despreciado. Mucha más era, y es lo sumo que se puede decir sobre este particular, que, estando de por medio el honor de la Compañía, si era necesario para defenderlo, dejaba de ser humilde, por decirlo así, y se acordaba de lo que había sido y lo empleaba todo, y todo el crédito, autoridad y grandeza de los suyos en defenderla.

La tercera y última es un gran corazón, una magnanimidad e intrepidez muy particular, juntamente con una fecundidad casi prodigiosa de medios y arbitrios aun en los casos más difíciles y más arduos, y una extraordinaria actividad y fuego en su práctica y ejecución. Por estas tres cosas, que acabamos de hablar, aparece este nuestro Padre un hombre capaz de las más arduas y más grandes empresas, especialmente cuando se tratase del honor y ventajas de la Compañía de Jesús. Y por lo mismo de un carácter del todo contrario al del P. Lorenzo Ricci, su último General. ¡Qué no hubiera discurrido, inventado y ejecutado este P. Idiáquez si el año de 1755, o a más tardar el de 1758, cuando fue elegido el P. Ricci, hubiera sido nombrado General de la Compañía en su horribilísima persecución desde aquel tiempo a esta parte! Basta decir en términos generales que, sin dejar de acudir al Cielo, y de hacer y de encargar muchas oraciones, que fueron casi los únicos medios que se pusieron en práctica por el P. General Ricci, hubiera movido cielo y tierra, y hubiera tomado tantos, tales y tan extraordinarios arbitrios que, o hubiera desconcertado el plan de los enemigos de la Compañía, o por lo menos les hubiera detenido y embarazado mucho en su ejecución. Veneremos, por tanto, los inescrutables juicios del Señor por haber dispuesto que, en lugar de este grande hombre, muy a propósito para salvar a la Compañía en la furiosísima tempestad

que se levantó contra ella, fuese elegido por su General otro, cuya sola elección hizo cantar el triunfo a sus rabiosos enemigos en la Corte de Roma.

Algún concepto se puede formar de lo que hubiera hecho el P. Idiáquez en la presente persecución de la Compañía, si hubiera sido su General, por lo que quiso hacer en Madrid, y hubiera hecho si hubiera sido Superior y no súbdito. Al dejar de ser Provincial de la Provincia de Castilla en los primeros días del año de 1767, fue enviado a la Corte por el nuevo Provincial, porque en términos generales no se ignoraba que las cosas de la Compañía estaban en ella en mal estado. Después de mil arbitrios, diligencias y averiguaciones, el negocio se vino a reducir a estos términos. Unos creían que el Rey había firmado el Decreto de destierro de los jesuitas de todos sus Dominios, otros lo negaban, y por tanto se miraba como un suceso dudoso. En este caso el P. Idiáquez no solamente se ofreció a presentarse a Su Majestad, sino que suplicó e instó al P. Provincial de Toledo y al P. Rector del Colegio Imperial de la misma Corte para que alguno de ellos le acompañase, como era forzoso por ser ellos Superiores en aquel país. Y por lo demás le dejasen a él todo el cuidado y toda la acción de hablar con el Soberano. Si aquellos Padres hubieran condescendido con sus instancias o hubiera tenido el P. Idiáquez por sí mismo autoridad para hacer en un negocio tan importante y sumamente delicado lo que tuviese por conveniente, segurísimamente se hubiera presentado a Carlos III y le hubiera pedido de tal modo, con tal entereza y vigor que, antes de desterrar de sus Dominios a la Compañía, se le dijese sus delitos y se les oyese sus respuestas y descargos, que probablemente y aun infaliblemente con este paso se hubiera desconcertado el proyecto de su destierro de la Compañía de España y por consiguiente el plan de su general extinción.

Después de ésta por varios años no hizo la menor mudanza en todas las cosas pertenecientes al trato de su persona, y nunca en las de piedad y devoción y pertenecientes a la vida cristiana y religiosa. Los terremotos del año de 1779, muchos y violentos en esta Ciudad, hicieron una mudanza tan grande en su salud que, siendo hasta entonces un hombre sano y robusto, bien pronto se vio tan abatido y postrado que apenas podía salir de Casa a dar un corto paseo. En estas circunstancias, y por condescender con los ruegos importunos de todos los que le rodeaban a todas horas, consintió en tener un cochecito y en salir algunos meses a una Casa de Campo. Pero en estas mismas cosas, que tenían algún aire de señoriles, por condescender con su humildad siempre había de haber algunas circunstancias que respirasen pobreza y desprecio de las vanidades del mundo, aunque se riesen las gentes del país. Y a estos dos alivios que contra su gusto tomó, y por no contristar a tantos que con importunidad de lo suplicaron, se debe el haberle gozado estos 6 u 8 años últimos de su vida. Aun con ellos, desde los terremotos de esta Ciudad todos los años iba perdiendo sensiblemente las fuerzas. Y estaba ya este verano tan débil y tan sin vigor que un resfriado con un poco de calentura ha sido bastante para quitarle la vida, no atreviéndose los Médicos, por la suma falta de fuerzas, a hacer remedio alguno algo violento.

Poco a poco se fue debilitando y perdiendo las pocas fuerzas que tenía, pero casi sin sentirlo, sin afán ni dolor alguno. El P. Miguel Castaños, que era su Confesor y estaba constantemente a su cabecera, me ha asegurado que el Señor le ha concedido la muerte más dulce que se puede tener, sin dolor alguno en el cuerpo y sin una sombra de turbación e inquietud en el alma. En este estado recibió devotísimamente todos los Sacramentos propios de aquella hora, y, rodeado siempre de muchos de sus amados hijos, aunque su Casa estaba fuera de la Ciudad, se fue acercando a la muerte. Al ver este espectáculo, y más estando el piadosísimo moribundo tan pacífico, tan devoto y sumamente amable aun en su misma agonía, “he aquí –decían todos– una imagen de la muerte del Patriarca Jacob y de los Santos Patriarcas fundadores de las Órdenes Religiosas”. Pocas horas antes de morir tuve el gusto y consuelo de besarle la mano para que aquel ósculo me sirviese como de una bendición patriarcal. Y observé que otros muchos hacían lo mismo. Y después de muerto tuve otra vez la misma consolación. Y en el féretro estaba con un semblante tan natural, tan amable y tan hermoso que, lejos de causar pavor alguno, se sentía un gusto particular en verle y acompañarle.

En cuanto yo sé, después de encargar que se den buenos agasajos a dos criados y a una mujer anciana que le servían, que se dijese muchas Misas por su alma, y que se diesen dos pesos duros a cada uno de los sujetos de la Provincia sin otra obligación a los Sacerdotes que de decir dos Misas y a los Coadjutores de encomendarle al Señor, y que se le enterrase en la Iglesia de San Ignacio, no ha insinuado otra cosa por lo que toca a su entierro, sino que nada se haga en él que tenga visos de seculares y profano. No obstante, se tuvo por conveniente embalsamarle porque había de estar sin ser sepultado casi tres días, y sus entrañas fueron sepultadas en la Parroquia de Bertelia, a la que pertenece la Casa de Campo en que murió. Y por este respecto se dio una buena limosna a la Iglesia y otra para los pobres de la misma Parroquia. Se pensó también en hacer su retrato, especialmente que es fácil de prever que su familia tendrá empeño en que se le remita uno o más a España.

El mismo día 1º en que murió, luego que se hizo de noche, fue traído el cadáver ocultamente a la Ciudad, y a la mañana siguiente estuvo expuesto en la Iglesia de las Monjas de San Gervasio y Protasio, que es la Parroquia a la que pertenece su Casa dentro de Bolonia. Y en ella se le hizo el Oficio con poco más aparato que a los demás jesuitas, porque lo contrario era muy ajeno de su humildad y de su gusto. Pero en la misma y en otra de muchos altares, que se preparó para este efecto, se dijeron Misas en gran número, no habiendo en Bolonia, generalmente hablando, jesuita alguno español, de cualquier Provincia que sea, que no acudiese a ellas a celebrar por nuestro P. Idiáquez. Poco después de anochecer, según el uso del país, fue llevado el cadáver con buen acompañamiento de Sacerdotes y buen número de hachas, aunque todo menos de lo que usan los Señores y personas distinguidas, desde la Parroquia de San Gervasio y Protasio a la Iglesia de San Ignacio, que fue del Noviciado de los jesuitas de este país. En ella se le hizo la mañana siguiente otro Oficio como el del día 2, y aun se preparó otra Iglesia inmediata para que en las dos se dijese Misas, y efectivamente se dijeron por los jesuitas españoles casi tantas como en el día antecedente. Después se le dio sepultura en la bóveda de la dicha Iglesia, y puntualmente en el mismo nicho o arca en que están las cenizas de su estimado y venerado Maestro en el espíritu, el santo P. Pedro de Calatayud. Era hijo, como ya se dice en el elogio, del Duque de Granada de Ega y de la Marquesa de Cortes. Y su familia, así por parte de hermano como de una hermana casada con el Marqués de Valmediano, está ya establecida en la Corte y agregada a la Grandeza de España. Nuestro P. Francisco Javier nació en la Ciudad de Pamplona a 24 de febrero del año de 1711. Dejamos, pues, enterrado a este nuestro amantísimo y venerado Padre en la Iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús de esta Ciudad de Bolonia, pero su memoria será eterna en su Provincia de Castilla.

Manuel Luengo

P. Martín de Láriz

n. 11.10.1714, Lequeitio
i. 27.01.1730, Lequeitio
o. 01.11.1738, Salamanca
g. 02.02.1748, Salamanca
+ 12.12.1790, Bolonia

Martín nació en Lequeitio: *Reges debellavit, horrenda cete subiecit, terra marique potens, Lekeitio*. En aquella ilustre Villa marinera funcionaba un pequeño Colegio de la Compañía de Jesús, fundado a fines de 1688 por el capitán José de Mendiola y D^a María Pérez de Bengolea, su mujer. En él inició sus estudios el pequeño Martín y en él fue aceptado para la Compañía el 17 de enero de 1730, cuando sólo tenía 15 años. Ingresó en el Noviciado de Villagarcía de Campos, donde fue recibido por el Rector y Maestro P. José Sartolo. Coronado el Noviciado (1730-32), estudió en el Colegio-Filosofado de Palencia el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1732-35). Pasó a continuación al Real Colegio de Salamanca para estudiar la Teología (1735-39). El 1º de noviembre de 1738 fue ordenado presbítero por Msr. José Granados. Se queda en Salamanca un curso más, enseñando Metafísica (1739-40). Pasa al Colegio de Bilbao como Profesor de Gramática (1740-42) y después al Colegio vallisoletano de San Ambrosio como Profesor de Metafísica (1742-43). Y probablemente coronó en el de San Ignacio su formación jesuítica con la Tercera Probación (1743-44).

En el Real Colegio de Salamanca ejerce como Maestro de Escolares (1744-48) y luego como Profesor de Teología (1749-50); aquí, en Salamanca, es donde se incorpora definitivamente a la Compañía mediante su Profesión Solemne el 2 de febrero de 1748. Pasa entonces al Colegio vallisoletano de San Ignacio como Profesor de Teología Moral y Espiritual de la Comunidad (1750-53). El 23 de setiembre de 1753 es nombrado Rector del Colegio de Villafranca. Y luego lo encontramos en el Colegio de Oñate con los cargos de Operario, Prefecto de Estudios Superiores, Espiritual, Admonitor, Consultor, Catequista de Hermanos, Confesor (1758-61). Volverá a Salamanca, donde se le declara ya débil. Y la intimación de la Pragmática Sanción le sorprende en el Colegio de Bilbao, donde en relativamente poco tiempo adquiere gran fama y es muy consultado, como reconoce el P. Luengo en la Necrología que le dedica tras su fallecimiento, ya en el destierro de Bolonia, el 12 de diciembre de 1790:

La noche del 12 al 13 murió en esta Ciudad de Bolonia el P. Martín Láriz. En España, después de haber enseñado Filosofía en cátedras principales y Teología en los Colegios de Valladolid y Salamanca, fue Superior en Villafranca del Bierzo y acaso en otra parte, y ya algunos años antes del destierro de España, vivía retirado y de asiento en el Colegio de Bilbao. Era hombre sabio en lo perteneciente a las ciencias graves y no forastero en las amenas, y sobre todo se había dedicado últimamente con empeño y aplicación a la Teología Moral, en la que llegó a estar muy instruido y a ser propiamente Maestro y casi un Oráculo. En la dicha Villa de Bilbao, en la que por el mucho comercio y trato con muchas gentes ocurren con frecuencia dudas bien intrincadas sobre contratos y sobre otros puntos, y generalmente de todo el Señorío de Vizcaya era consultado este P. Láriz, y eran recibidos con particular aprecio y estimación sus resoluciones y dictámenes. Y en esta útil y laboriosa ocupación y en el ejercicio con aplicación y con celo de todos los ministerios sagrados estaba empleado el P. Martín cuando, arrestado con todos los demás del dicho Colegio en año de 1767, siguió a la Provincia en su destierro de España. En este su estado miserable de abatimiento e ignominia se ha visto constantemente una prueba segura, no solamente de que con su celo y doctrina sirvió bien a muchos, sino también de que ha tenido la fortuna, que

pocos, de haber hecho bien a hombres agradecidos. En efecto, yo no conozco ni uno siquiera en toda la Provincia que, como este P. Láriz, haya debido una memoria tan fresca y tan constante a los Seculares y Eclesiásticos del país en que últimamente había vivido y hecho algún bien, y que en tanta abundancia haya recibido por este título limosnas y socorros para alivio de sus necesidades en el destierro.

Por lo demás, era el P. Martín un hombre de honrado corazón, atento, de una cordura en todo arreglada, piadosa, igual y siempre uniforme, y del mismo modo en este país que en España, después de la extinción que antes de ella. Y efectivamente después que la Compañía se deshizo con inexplicable dolor suyo, porque la amaba tiernísimamente, haciendo la mudanza del cuello para obedecer al Breve, su vida se ha reducido en estos 17 años a sus ejercicios piadosos, a los libros y a un poco de conversación honesta con los que fueron sus Hermanos, sin divertirse ni entender en otra cosa alguna. En estos últimos años ha padecido mucho, ya que su edad grande y suma pesadez no le permitían salir de Casa a dar un paseo. Y efectivamente en varios años casi no ha salido una vez de Casa sino arrastrando antes de amanecer a decir Misa en una Iglesia vecina a su habitación. Hará como dos meses fue asaltado de accidentes de perlesía, que le postraron y pusieron casi inmóvil en una cama. Y a vuelta de ellos, estando muy en su juicio para recibir todos los Sacramentos de aquella hora, como los recibió con mucha piedad, murió la dicha noche del 12 al 13. Esta mañana se le hizo el Oficio al modo regular y con numeroso concurso de los de la Provincia, y aun de los de otras, en la Parroquia de San Nicolás de la calle de San Félix. Era natural de la Villa de Lequeitio, del Obispado de Calahorra, en donde nació a 11 de noviembre del año de 1714.

Isidro M^a Sans

P. Antonio de Antomás

n. 21.06.1723, Cárcar
i. 11.04.1739, Logroño
o. ¿1748?
g. xx.08.1756,
+ 1791, Imola

Nace Antonio el 21 de junio de 1723 en Cárcar (Navarra), nombre que en el antiguo idioma ibero significa ‘doble fortaleza’. Al parecer estudió sus primeras letras en el Colegio de Logroño. No había cumplido todavía 16 años cuando solicitó y consiguió ser admitido en la Compañía de Jesús el 11 de abril de 1739. Se trasladó, pues, a Villagarcía de Campos, donde fue acogido por el Rector y Maestro de Novicios P. Diego de Tobar. Emitidos los votos del bienio al culminar el Noviciado (1739-41), pasó al Colegio-Filosofado de Palencia para cursar el trienio filosófico: Lógica, Física y Metafísica (1741-44). A continuación estudió Teología en el Real Colegio de Salamanca (1744-47), pero sin terminar el clásico cuatrienio es enviado a Chile. Allí será ordenado y en agosto de 1756 emitirá su Profesión Solemne.

Será profesor de Teología en el Colegio de Santiago de Chile y sobresaldrá también como predicador. Su celo misionero se comprueba en su arriesgada expedición a la Isla de Juan Fernández, en la que permaneció cerca de un año, y fue durante este tiempo cuando compuso su estimable obrita: “Relación del viaje a la Isla de Juan Fernández y del fruto que en ella se hace”. De vuelta a Santiago, tuvo a su cargo la dirección de los Monasterios de Santa Rosa y Carmen Alto, puesto que aún desempeñaba cuando vino el Decreto de Expulsión (1767) que lo alejaba para siempre de Chile. Emigra a Italia y fija su residencia en Imola.

El P. Luengo cuenta en su “Diario de la Expulsión”, el 3 de abril de 1778, lo siguiente:
“ A esta paga de la pensión ha acudido un jesuita español que en estos dos o tres años no se ha presentado en parte alguna para cobrarla. Éste es el P. Antomás, navarro de Nación, que de nuestra Provincia pasó a la de Chile, en América Meridional, y de allí vino desterrado a Italia, como todos los demás de todas las Provincias. Hará como dos o tres años que corrió mucho entre nosotros, y al parecer con algún aire de verdad, que nuestra Corte permitiría que se fuesen a vivir a Francia todos los que quisieran. Este Padre lo creyó, o sin creerlo del todo, y de cierto sin aguardar la intimación de la orden de Madrid, que efectivamente no ha llegado, se puso en camino para Francia y se supone que ha estado en algún lugar de la frontera hacia el Reino de Navarra, y que allí habrá tenido el gusto de ver a algunos de sus parientes después de 20 o 30 años que pasó a América”.

Escribió varias obras que fueron impresas: “Arte de perseverancia final en gracia, Lima 1762” y “Christianus huius saeculi illuminatus per epistolam D. N. J. C. Apocalipsis III scriptam, 1785”. Y otras que quedaron inéditas como una “Colección de sermones y panegíricos morales”, etc.

El P. Domingo Antomás divide su obra sobre la perseverancia final en tres partes, y cada una de éstas en tres capítulos. En la primera trata de definir lo que se entiende por perseverancia, y en las dos restantes se ocupa de los medios que a su juicio existen para mantenerse en ello. Destinado este libro a toda clase de personas, Antomás se ha empeñado especialmente en que su estilo sea lo más sencillo posible y su modo de discurrir el más habitual, y he aquí cómo de esa manera ha producido una obra ajena a las vanas declamaciones y a las huecas pompas de un vano estilo. Ilustrando sus doctrinas con ejemplos deducidos de los hechos ordinarios de la vida, habla con tono persuasivo y familiar, es amable y sabe seducir. No se encuentran en su libro las amenazas del Infierno, tan frecuentemente insinuadas por otros escritores de su índole, ni el prisma engañador de exageradas promesas;

por el contrario, el autor de la *Perseverancia final* trata de convencer, se insinúa con agrado y logra merecer el pleno asentimiento de sus lectores.

Al decir de Sommervogel acabó su mortal carrera alrededor de 1791. Y así contaría 68 años de edad y 52 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Isidro M^a Sans

H. Juan Francisco de Maquiarrain

n. 04.10.1699, Pamplona
i. 19.02.1733, Villagarcía de Campos
g. 15.08.1743, Coruña
+ 17.03.1791, Bolonia

Juan Francisco nació el 4 de octubre de 1699 en Pamplona. Tenía ya 33 años cuando, atendiendo a la llamada del Señor, se presentó en el Noviciado de Villagarcía de Campos: era el 19 de febrero de 1733. Le recibió el Rector y Maestro P. José Sartolo. Emitidos los votos del bienio, fue destinado al Colegio de Oviedo como Cocinero (1735-38). Luego pasó al Colegio de La Coruña, primero como Procurador durante 22 años y después como Maestro de Niños durante otros 7.

En La Coruña le sorprendió la intimación de la Pragmática Sanción de Carlos III el 3 de abril de 1767. Ese Colegio fue destinado para Caja General de todos los jesuitas que se hallaban en el Reino de Galicia. “La ejecución en el mismo Colegio de La Coruña, y la superintendencia de todos los que se debían congregarse en él, la encargó el Comandante General del Reino a un Alcalde del Crimen de aquella Audiencia, que en todo procedió con arreglo y con moderación. Intimó el Real Decreto con señales de compadecido y lastimado; recogió las llaves y pasó al registro de oficinas y aposentos con asistencia de sus respectivos habitantes y Oficiales; contó el dinero que se halló en el depósito común de los sujetos del Colegio, que eran 13, y halló, no sin asombro suyo, que entre todos no componía más que tres mil y algunos pocos reales. Dio todas las providencias que pudo para que en la mesa se tratase a los Padres con la decencia y aun con el regalo que encargaba la Instrucción. No se atrevió a permitir que los Padres celebrasen Misa en la Iglesia a puertas cerradas, hasta que, consultado el punto con el Comandante General, y éste, de pronto con el Real acuerdo y después con la Corte, respondió a aquél que interinamente se les podía conceder este consuelo mientras llegaba la respuesta de la última, la cual fue que se les permitiese celebrar cada día el Santo Sacrificio a puertas cerradas sin poner límites a su devoción. No se los puso el Ejecutor y sólo señaló algunos Alguaciles para que cuidasen de la Sacristía, Ornamentos y Vasos Sagrados, lo que ejecutaron estos Ministriles inferiores con tan ofensiva desconfianza que a ningún jesuita dejaban solo en la Sacristía, temiendo que peligrasen aquellas sagradas alhajas” (P. Isla).

Al no ser ya Procurador, el H. Maquiarrain no tuvo que quedarse en España, y dada su fortaleza, pudo seguir a su Comunidad camino del destierro. Primero hasta El Ferrol y luego hasta Calvi y Bolonia. Desde la salida de La Coruña hasta la fecha de su muerte el 17 de marzo de 1791 transcurrieron casi dos docenas de años. Sobre todo desde la extinción de la Compañía en 1773 se entregó por entero a la oración, como testifica en su Necrología en P. Manuel Luengo:

Ayer 17 murió en esta Ciudad el H. Coadjutor Juan de Maquiarrain. Antes de salir de España en año de 1767 era ya hombre de muchos años y propiamente viejo, pues estaba cerca de cumplir los 68 años de su edad, y ni aun por ceremonia se habló de quedarse en España. Y no había en la realidad motivo alguno, porque estaba sano, robusto y casi estoy por decir joven. Y aun ahora, cerca de cumplir los 92, estaba tan vigoroso y tan fuerte que, si los Médicos no se hubieran acobardado por su mucha edad, y en su enfermedad le hubieran curado como a un mozo, sangrándole 4, 6 veces y aun más, como ellos mismos han reconocido y confesado después, hablando humanamente había hombre para mucho tiempo, y le hubiéramos visto verosímelmente cumplir un siglo, y puntualísimamente todo el siglo XVIII.

En el Colegio de La Coruña, en el que le conocí la primera vez cuando estuvimos allí encerrados todos los de los Colegios de Galicia, después de haber sido Maestro de Niños por

varios años y acaso también Procurador, hacía el oficio de Portero, y continuó en el mismo en Italia hasta que fue extinguida la Religión. Y en todo este tiempo su vida se venía a reducir al cumplimiento de su oficio y a emplearse todo el tiempo, que le sobraba de él y de los otros ejercicios de Comunidad, en oración y en otras cosas piadosas en la Iglesia, si podía, o en el rincón de su aposento. Con la extinción de la Compañía el año de 1773, y hallándose el H. Maquiarrain en los 74 años de su edad, quedó libre de toda ocupación, como todos los demás, y se puso a vivir en compañía de otros Hermanos suyos, y a ellos les dejó no sólo el cuidado de las cosas de la Casa, sino también de las pertenecientes en particular a su persona, y en esto reconocía una obra de caridad de parte de sus Hermanos y una singular gracia del Señor para que, desembarazado de todo cuidado temporal, pudiese ocuparse del todo en las cosas de su santo servicio y de su alma.

En efecto, en estos 17 años, vestido pobremente, de negro y de talar, y aun con su cuello de Eclesiástico, más ha vivido en el cielo que en la tierra y, de cierto y sin ponderación alguna, más tiempo ha estado en las Iglesias delante del Santísimo Sacramento que en su Casa, en las calles y otros sitios de Bolonia, ocupado siempre y en todas partes en cosas de piedad y devoción, con una abstracción, la mayor que puede ser, de todas las cosas de este mundo. Muy temprano salía de Casa y se iba en derechura a una Iglesia, en la que se estaba varias horas antes de tomar un desayuno. No hace muchos años, y puntualmente tenía 87 este H. Juan, le encontré yo mismo en la calle la mañana del día de San Francisco Javier, a 3 de diciembre, siendo todavía de noche y haciendo un tiempo muy rígido. “¿Adónde va, Hermano –le pregunté–, a estas horas y con un frío tan grande?”. “Padre –me respondió con mucha humildad–, ya veo que es muy temprano, pero creo que estará ya abierta la Iglesia del Noviciado de la Compañía y voy a comulgar en ella en obsequio de nuestro Santo Apóstol”. En esto se le puso finalmente, aunque muy tarde, alguna moderación, y no se le permitía salir de Casa tan temprano y en ayunas, si no había de comulgar. Por lo demás, todo el día era suyo y él lo empleaba todo en las Iglesias, y especialmente en la que se hacía por turno la exposición del Santísimo Sacramento, y en la de San Martín Mayor, que está cerca de su Casa y era su Parroquia.

En ésta gastaba diariamente algunas horas, y muchas veces dos y tres seguidas aun en edad de 90 años clavado de rodillas delante del altar del Sacramento sobre las duras piedras, y sin arrimarse ni recostarse sobre cosa alguna, lo que con razón asombraba a todos y mucho más a la gente del país, que no sabe rezar un *Padre Nuestro* sin poner las rodillas sobre una tarima o reclinatorio y los codos sobre el mismo o sobre un banco. Por casualidad esta mañana, por ser viernes de Cuaresma, debía de hacer una platiquita al pueblo el Religioso Carmelita Calzado que es Cura Párroco en la dicha Iglesia y, dejándola por las circunstancias del Oficio de este difunto, hizo de paso un breve elogio del mismo, que estaba de cuerpo presente, diciendo en substancia al auditorio: “Todos conocéis al que está en este féretro, pues le habéis visto diariamente por muchos años horas enteras como una columna inmóvil delante del augustísimo Sacramento. Ahora goza ya del premio de tantas horas de oración y de tantas visitas y obsequios a Jesucristo. Aquí podréis aprender a vivir de un modo seguro para tener una santa muerte, como él de cierto la ha tenido”.

Para lograrla, además de su santa vida, en su enfermedad ha estado sumamente piadoso y fervoroso. Recibió muy a tiempo y con muy particular preparación todos los Sacramentos propios de aquella hora, y al entrar el Señor en su cuarto, si no se le hubiera detenido, se hubiera puesto de rodillas sobre la cama o se hubiera tirado en el suelo, y sin que nadie pudiese prevenirlo se quitó prontamente todo lo que tenía en la cabeza. Hasta el último aliento conservó el juicio despejado u hasta el mismo expirar estuvo con mucho fervor desahogándose en los actos y santas aspiraciones más convenientes a aquella hora. Esta mañana se le ha hecho en Oficio, con la decencia que entre nosotros se usa, en la dicha Parroquia de San Martín Mayor, que es Iglesia de los PP. Carmelitas Calzados, asistiendo en gran número a decir Misa los de nuestra Provincia y no pocos de otras. Era natural de la Ciudad de Pamplona, Capital del Reino de Navarra, y en una Parroquia de ella, y será en la

que fue bautizado, haciendo que se quedasen allá unos 3.000 reales, que le debían enviar para sus necesidades en el destierro, se ha hecho a su costa un retablo a un Santo de su devoción. Nació en la dicha Ciudad a 4 de octubre de 1699.

Isidro M^a Sans

H. Domingo de Ugarte

n. 20.02.1717, Lemóniz
i. 09.06.1751, Tepetzotlán
g. 15.08.1763, México
+ 04.07.1791, Imola

En el pueblecito bizkaino de Lemoniz, no lejos de Munguía, y allá por los años de 1717 vio la luz primera nuestro Domingo Ugarte. Hijo de una familia acomodada y, sobre todo, cristiana de ancestral raigambre, estudió en su pueblo natal las primeras letras y a leer y escribir en una escuela pública. Más tarde, además de ayudar a los suyos en diversas labores caseras, pretendió aprender algún oficio; pero no le iban bien las cosas y así anduvo cambiando de uno en otro sin ningún resultado positivo. Y al no ver mejor perspectiva para su futuro, decidió pasar al Nuevo Mundo de las Américas y allí dirigió sus pasos en busca de una salida a su infructuosa búsqueda. No se sabe en qué fechas hizo la travesía marítima.

Llegó a Nueva España, México, y por lo visto tampoco allí encontró un modo de vida que le pluguiese suficientemente. Tenía ya 34 años cumplidos, cuando aparece su nombre por aquellas tierras aztecas. Y aparece nada menos que como Novicio en la Casa-Noviciado de Tepetzotlán, localidad cercana a la capital mexicana y donde los jesuitas tenían una casa de Probación para los candidatos a ser jesuitas. Por lo visto, Dios nuestro Señor le tocó el corazón y buscó y encontró ese *oficio* que no le daba el mundo de los negocios, pero que le sería mucho mejor que los hasta entonces pretendidos inútilmente. La fecha de ingreso en el dicho Noviciado de Tepetzotlán fue el 9 del mes de junio de 1751. Y en 1753 hizo los votos del bienio en el mes de junio.

Muchos años le quedaban por delante hasta su muerte en 1791: 40 nada menos, pero desgraciadamente divididos en dos partes: antes de la expulsión y destierro a Italia, 1767, y después viviendo como desterrado unos 24 años. Después de las votos del bienio permaneció allí, en la Casa de Probación, otros dos años más desempeñando varios oficios domésticos. Y ya en 1755 fue destinado al Colegio de Guadalajara, donde ejercería diversos cargos: portero, sacristán, visitador de la oración y de los exámenes, etc.; pero a los 6 años cambiaba de lugar de residencia, ya que en 1761 se le ve funcionando en la Casa Profesa de la Ciudad y Capital de México y, entre otros oficios, ejerció el de acompañante, cargo de bastante importancia y sobre todo de confianza, por razón de los PP. que solían salir a esas visitas. Y estando allí, le tocó hacer sus Últimos Votos el día 15 del mes de agosto, fiesta de la Asunción de María de 1763, incorporándose definitivamente a la Compañía de Jesús con gran consuelo de su alma: en adelante sería ya un Hermano Coadjutor Temporal formado.

A raíz de esta efemérides y el año de 1764 era destinado al Colegio-Seminario de San Ildefonso de la misma Capital, desempeñado el oficio de Despensero en una Comunidad de muchos alumnos, cargo de gran responsabilidad, aunque a primera vista no lo parezca. Y así estuvo hasta el infausto día en que le pilló en el Colegio de la Veracruz, puerto en la costa del Pacífico, cuando le intimaron el decreto de Carlos III, la célebre Pragmática Sanción, de salir desterrado hasta tierras de Italia. De este modo se vio forzado a abandonar su 2ª patria adoptiva mexicana y embarcarse en la fragata 'La Flora' y, pasando por La Habana y Puerto de Santa María, España, llegar a tierras italianas a mediados de 1768. Y desde esta fecha no se supo más de él el resto de su vida, hasta que llegó aviso de su muerte, como de tantos otros, que el P. Luengo iba anotando en su famoso Diario, en un 4 de junio de 1791, después de 23 años de su llegada a las tierras de los Estados Pontificios del Papa. Tenía 74 años de edad, 40 de jesuita y 28 de últimos votos. ¡Descanse en paz el fiel siervo del Señor!

J. J. Totorikagüena

Índice alfabético de biografiados 1773-91

	nombre	nacido	origen	ingreso	fin
P.	Aguirre, Juan Hermenegildo de	1710.04.13	Vergara	1732.10.15	1785.11.05
H.	Alberdi, Francisco de	1727.08.27	Azcoitia	1749.11.04	1786.08.24
H.	Alonso, José Tomás	1739.09.18	Allo	1767.02.16	1790.02.24
H.	Andeyeta, Juan de	1720.09.02	Macaya	1748.05.19	1778.08.21
P.	Antomás, Antonio de	1723.05.21	Carcar	1739.04.13	1791
P.	Antomás, José Ramón de	1721.08.13	Carcar	1737.04.27	1782.02.
P.	Aranguren, José Joaquín de	1712.01.13	Mondragón	1740.03.08	1775.01.01
P.	Arizabalo, Juan José de	1713.09.06	Pasajes	1738.10.23	1782.10.31
P.	Arizaga, Ignacio de	1714.09.22	Lizarza	1743.05.03	1779.04.22
H.	Arregui, Sebastián de	1711.01.07	Oñate	1737.01.12	1776.05.04
P.	Arto, Román	1719	Sangüesa	1746.08.29	1788.05.30
P.	Azanza, Pedro de	1712.07.28	Pamplona	1733.11.25	1785.07.02
H.	Azpiazu Indo, Tomás de	1696.03.10	Azcoitia	1712.02.24	1782.02.05
H.	Barchaguren, Manuel de	1720.01.01	Orduña	1740.10.17	1790.03.18
P.	Benitua, Martín Ignacio de	1728.02.01	Anzuola	1746.08.25	1779.06.15
H.	Burgaña, José de	1730.05.04	Amoroto	1751.09.11	1788.06.13
P.	Burgés, Francisco	1709.02.02	Pamplona	1728.09.23	1777.12.28
P.	Bustinzurúa, José de	1746.01.06	Ondarroa	1760.04.14	1787.03.31
P.	Cardiel Lagunas, José	1705.03.17	Laguardia	1720.04.08	1781.12.07
H.	Castillo, Antonio del	1702.09.08	Durango	1725.08.25	1774.04.18
H.	Cía, Joaquín de	1736.04.16	Mañeru	1754.09.07	1787.10.03
H.	Ciganda, Fermín de	1703.03.08	Larrainzar	1739.02.06	1788.04.16
H.	Cobeaga, Juan de	1723.09.09	Lequeitio	1755.06.20	1775.04.05
H.	Díaz, Angel	1728.05.05	Tudela	1746.05.24	1782.09.15
P.	Elcarte Ucar, Ignacio de	1704.02.01	Pamplona	1720.10.04	1779.02.08
P.	Eleta, Vicente de	1722.04.20	Pamplona	1740.10.17	1781.12.17
H.	Ellacuriaga, Pedro de	1706.01.21	Durango	1728.07.12	1779.03.02
P.	Elorduy, Rafael de	1743.10.26	Bilbao	1763.08.05	1774.05.12
P.	Elorriaga, Juan Francisco de	1717.03.24	Oñate	1737.11.17	1786.08.11
P.	Ezterripa Zuazu, Atanasio de	1704.11.10	Durango	1725.03.17	1788.04.27
H.	García Burunda, J. Francisco de	1724.05.24	Vidaurre	1749.12.13	1785.08.09
P.	Gaztelu, Juan Bautista de	1724.02.13	Anzuola	1739.05.24	1777.06.22
H.	Goitia Arangoena, José de	1742.10.16	Aulestia	1760.03.24	1785.11.09
P.	Goitia, Juan Ignacio de	1737.11.05	Anzuola	1755.06.12	1775.03.21
P.	Górriz, Pedro José de	1719.06.19	Anzuola	1736.04.30	1781.02.03
H.	Goyri, Pedro José de	1712.06.27	Oquendo	1735.08.24	1784.10.10
H.	Hernández, Francisco José	1714.12.03	Cascante	1734.08.09	1788.02.26
H.	Ibaseta, Domingo de	1713.11.27	Berriatúa	1737.08.15	1782.11.16
H.	Ibaseta, Miguel de	1727.01.19	Berriatúa	1745.09.07	1775.04.07
P.	Idiáquez, Francisco Javier	1711.02.24	Pamplona	1732.02.19	1790.09.01
E.	Idiáquez, Pedro	1721.08.03	Estella	1737.09.13	1783.08.09
H.	Ilzarbe Leoz, Juan de	1696.08.29	Cizur menor	1717.04.12	1777.10.01
P.	Iriarte, Juan Bautista de	1724.07.29	Anzuola	1738.09.07	1773.10.18
P.	Iriarte, Martín de	1707.11.23	Galar	1730.01.09	1779.04.23
P.	Iturri Otalora, Joaquín Ignacio de	1697.07.27	Elorrio	1712.04.25	1789.03.18

H. Iturrioz, Juan de	1715.09.11	Aulestia	1738.09.03	1790.02.07
P. Jaureche, Pedro de	1711.01.02	San Salvador de U.	1731	1781.01
P. Labastida, Luis de	1736.08.19	Corella	1754.05.13	1780.09.10
H. Lanz, Martín	1720.09.18	Vera de Bidasoa	1743.06.04	1789.11.17
P. Láriz, Martín de	1714.11.11	Lequeitio	1730.01.27	1790.12.12
H. Larumbe, José de	1715.03.15	Arazuri	1737.11.20	1778.06.06
H. Leoz, Pedro de	1716.06.11	Biurrun	1745.02.07	1786.09.17
P. Lezana, Domingo de	1723.08.04	Escota	1746.04.22	1785.11.06
P. Losada Figueras, Francisco A. de	1705.09.08	Marquina	1725.03.17	1774.06.23
H. Maquiariain, Juan Francisco de	1701.10.04	Pamplona	1733.02.19	1791.03.17
H. Martínez, Andrés	1738.10.28	Azuelo	1765.12.19	1784.10.22
P. Mata, Agustín de la	1704.08.27	Viana	1719.09.27	1785.02.10
P. Mendiburu Olano, Sebastián M.	1708.09.02	Oyarzun	1725.09.05	1782.07.14
P. Mendizabal Aristoy, Juan B. de	1705.12.27	Marquina	1721.09.30	1774.12.15
P. Mendizabal, José Joaquín de	1714.10.16	San Sebastián	1733.05.02	1777.03.02
H. Mugarza, José de	1725.02.16	Lacunza	1754.12.04	1788.03.20
P. Muru, José Gil de	1719.05.05	Pamplona	1741.03.24	1777.01.21
H. Ocerín, José Antonio de	1732.01.11	Ceánuri	1757.03.26	1790.05.30
P. Ocerinjauregui, Martín	1744.11.11	Durango	1764.11.11	1780.03.20
H. Ojeda Peciña, Francisco de	1705.10.28	Labastida	1725.07.07	1780.02.28
P. Ordeñana, Miguel Ignacio de	1716.02.16	Bilbao	1731.05.03	1784.01.27
P. Ormaza, Ramón M ^a	1741.09.04	Bilbao	1756.09.21	1789.01
H. Osés, Felipe de	1712.05.01	Artazu	1735.08.23	1790.05.22
H. Ozcáriz, Martín de	1716.12.02	Tafalla	1745.10.23	1788.03.13
P. Palacios, Jerónimo	1713.05.06	Oyón	1730.03.24	1787.01.18
H. Pejenaute, Matías	1710.03.27	Villafranca	1740.11.04	1785.10.16
H. Perea, Manuel de	1725.01.29	Escota	1753.05.11	1779.01.30
P. Rodríguez, Agustín	1722.08.29	Bilbao	1740.12.03	1778.08.24
P. Romero, Martín	1735.11.11	Villanueva	1758.08.11	1789.11.27
P. Samaniego, Antonio Eusebio de	1735.12.16	Laguardia	1757.11.05	1790.03.09
P. San Cristóbal Azcona, Juan T. de	1706.12.22	Viana	1723.02.12	1782.01.16
P. San Vicente, Buenaventura	1721.02.10	Orozco	1736.08.05	1784.03.04
H. Santesteban, Miguel de	1700.03.31	Zubiri	1736.10.14	1779.10.08
P. Sarachaga, Pedro de	1712.04.29	Bilbao	1730.02.26	1787.07.12
P. Terreros Pando, Esteban	1707.07.12	Trucíos	1727.06.10	1782.0.103
P. Torrano Abaigar, Francisco	1706.12.03	Estella	1722.07.30	1788.10.17
P. Torre, José de la	1699.05.08	Cascante	1718.09.27	1786.12.04
H. Ugarte, Domingo de	1717.02.20	Lemóniz	1751.06.09	1791.07.04
P. Urbiola, José de	1714.05.08	Durango	1755.05.04	1783.07.29
P. Uriarte, Lorenzo Ignacio de	1711.08.10	Bilbao	1731.05.03	1779.03.30
H. Urquina, Domingo de	1707.03.01	Arrigorriaga	1740.03.05	1777.07.09
H. Virto, José Ramón	1715.02.02	Miranda de Arga	1738.12.18	1776.06.24
P. Xarabeitia, Martín de	1717.02.02	Bilbao	1735.04.24	1780.05.09
P. Yraola, Vicente de	1738.05.05	Beasaín	1764.06.21	1783.06.25
P. Zabala Madariaga, Pedro Juan de	1709.03.29	Bilbao	1724.04.22	1788.06.16
H. Ziriza, Juan de	1730.08.14	Echarri	1758.07.29	1779.08.03
H. Zubiate, Pedro de	1702.02.08	Bilbao	1726.10.31	1778.05.21
P. Zubiaur, Nicolás de	1717.11.17	Begoña	1744.06.12	1787.01.25

P. Zubimendi, José de
H. Zumbil, José

1710.03.15 Azpeitia
1715.05.01 Tafalla

1732.02.19 1783.12.25
1733.06.21 1786.11.15